UN PASEO POR LA HISTORIA CRIMINAL Y REVOLUCIONARIA DE BARCELONA

LA CIUDAD VIOLENTA

JORDI COROMINAS

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

PENÍNSULA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Introducción

Primera parte. La violencia política (1835-1939)

1. De la ciudad sitiada a la expansión hacia los márgenes (1835-1877)

2. La ciudad de las bombas: la Barcelona de la propaganda por el hecho (1884-1909)

3. Fuego y resaca: la Semana Trágica y el caso Enriqueta Martí (1909-1912)

4. Los años del pistolerismo, cuando Barcelona se anticipó a Chicago (1917-1923)

Segunda parte. La violencia criminal (1929-1991)

5. Años accidentados para los márgenes: el crimen de Ricardito…

6. Los años cuarenta, o cuando nadie mataba en la calle

7. Los crímenes extranjeros o la Modernidad entre hoteles y marines (1951-1962)

8. La década bisagra: los setenta, entre psicópatas y política (1971-1979)

9. Los años ochenta o el extraño paréntesis…

Tercera parte. La ciudad refundada o el presente (1993-2019)

10. Maletas, racismo y desigualdades sociales…

11. Poco a poco se hacen las cosas: la década acumulativa (2010-2019)

12. De mica en mica s'omple la pica: la década política (2010-2019)

Bibliografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Del pistolerismo a Urquinaona, Jordi Corominas sirve en bandeja la cruda historia de protestas, violencia y manifestaciones de la Ciudad Condal, desde el siglo XIX hasta nuestros días, a partir de un mensaje claro: Cada década del último siglo barcelonés tiene uno o varios crímenes capaces de resumir el contexto de la ciudad en ese momento histórico, desde lo político hasta lo social, para trazar un mapa de la capital catalana insólito mediante conexiones con la actualidad a partir de una premisa clara: entender el presente desde el pasado.

LA CIUDAD VIOLENTA

Un paseo por la historia criminal y revolucionaria de Barcelona

Jordi Corominas

ediciones península

Prólogo

Hace más de quinientos años, Cervantes calificó Barcelona de «archivo de la cortesía», definición que no es incompatible con su historial de violencia y criminalidad. ¿Hay alguna ciudad grande y antigua cuyo pasado no sea esencialmente convulso? Jordi Corominas, viajero incansable por las afueras de la realidad, se ha embarcado en una apasionante travesía por los últimos dos siglos de Barcelona que empieza con las primeras bullangas, unas revueltas populares de signo liberal que arrasaron no pocos edificios históricos de la ciudad y provocaron centenares de muertos, y concluye en la violencia de baja intensidad del *procés* , que por suerte no se ha cobrado ninguna vida.

En ese recorrido hay escalas sacralizadas para siempre en los manuales de Historia, como la racha de atentados anarquistas de finales del siglo XIX que convirtieron a Barcelona en la «ciudad de las bombas», o la enardecida semana de 1909 en la que las calles fueron pasto de las llamas revolucionarias, o el pistolerismo de finales de la década siguiente, que elevó la ciudad al podio del crimen al lado del mismísimo Chicago. Podrían añadirse unos cuantos episodios más de violencia, pero de momento limitémonos a esos tres. El primero, a través de las bombas Orsini, era una respuesta de la clase obrera a las salvajes condiciones laborales de la época. El segundo, encabezado por madres y mujeres de reservistas, reaccionaba contra una clase política empeñada en mandar a

los jóvenes a morir en una guerra lejana. Y el tercero, con la canalización de la violencia de la patronal por la vía de los llamados Sindicatos Libres, expresaba los propósitos de los empresarios de prolongar a costa de los trabajadores la prosperidad vivida durante la Gran Guerra. Dicho de otra manera, detrás de cada estallido de violencia hay siempre algo más, un cambio de fase o de etapa, una nueva metamorfosis de la sociedad, la irrupción de un fenómeno novedoso que viene a alterar los equilibrios precedentes: la conflictividad causada por una industrialización rampante y sin escrúpulos en el caso de los ataques con bomba, las secuelas de la nostalgia de las antiguas colonias en el de la Semana Trágica, la pujanza creciente de las organizaciones sindicales en el caso de los pistoleros a sueldo de la patronal.

Se diría que cada episodio de violencia no es sino un síntoma de una patología o un malestar previo de la sociedad, el espasmo con el que esta trata de sacudirse un dolor oscuro. De ese modo, la crónica negra de cualquier ciudad podría ser vista como una serie ordenada de radiografías, el relato de sus transformaciones más profundas, el compendio de las variaciones de un alma colectiva en constante evolución, incluso como la serie de anillos concéntricos que señalan en el tronco la antigüedad del árbol. Entre los episodios seleccionados por Jordi Corominas hay algunos, los más anecdóticos, a los que la historiografía local apenas si concedería una nota a pie de página y, sin embargo, puestos uno detrás de otro, se nos presentan todos cargados de sentido histórico, porque revelan algo del cambiante *Zeitgeist* barcelonés.

El derribo de las viejas murallas acabó con la tradicional promiscuidad social e instauró una Barcelona dividida en barrios ricos y barrios pobres. La expansión de la ciudad

posibilitó una rápida industrialización, que atrajo las primeras grandes oleadas de inmigrantes y ahondó las desigualdades. Una lucha cada vez más extendida por los derechos de los trabajadores marcó, junto al nacimiento de una conciencia nacional, el cambio de siglo. Llegaron después las décadas más convulsas del siglo XX , que acabarían sustanciándose en una Barcelona franquista de vencedores y vencidos, de estraperlistas y carpantas, de inmigrantes con alpargatas y maleta de cartón, de hermosas mujeres de glamur provinciano cuyos restos, como los de Carmen Broto, podían aparecer cualquier día enterrados en un descampado del barrio de la Salut. Eran todavía los años de la guerrilla, último estertor de la guerra civil, y el régimen estaba a punto de ser premiado por su anticomunismo, lo que le aseguraría la supervivencia y empezaría a abrirle las puertas al mundo. Primero los marines de la Sexta Flota, luego los músicos del Jamboree y más tarde los primeros *hippies* proporcionaron un matiz cosmopolita a la mugre desarrollista. Con la muerte del dictador, Barcelona vivió su breve verano de la acracia, liquidado por los cócteles molotov de la sala de fiestas Scala, e inició con paso firme su andadura hacia su designación como ciudad olímpica y hacia una modernidad crecida a la sombra de la globalización: el turismo le cambiaría el semblante a la ciudad, la inmigración nacional sería sustituida por la extranjera, las ferias y los congresos aportarían sus dosis de vicio, la prosperidad traería consigo mayores raciones de desigualdad e indigencia…

Todo esto y mucho más está detrás de las explosiones y los crímenes recogidos en esta historia alternativa de Barcelona que es *La ciudad violenta* . Siempre hay algo detrás de ellos. Pero es que también hay algo debajo. Toda ciudad tiene algo de palimpsesto: la actualidad escribe sobre un pasado que dejó unos rastros de una escritura anterior bajo la cual todavía

pueden distinguirse las huellas de un texto oculto aún más antiguo. Donde ahora está el mercado de la Boqueria hubo varios conventos que ardieron en las bullangas de hace casi dos siglos, y en un lateral de la plaça Folch i Torres estuvo la vieja prisión de Reina Amàlia, en uno de cuyos patios se agarrotaba públicamente a los condenados a muerte, y en plena Rambla del Raval hubo hasta hace poco unas manzanas de casas que una gentrificación intensiva ha borrado de la memoria ciudadana, y no muy lejos de allí…

Todas las ciudades están hechas de estratos, de capas que se superponen. Recuerdo que en *Dos ciudades* el polaco Adam Zagajewski evocaba los paseos con su abuelo, que había perdido la memoria reciente pero mantenía intactos los recuerdos del pasado. Nieto y abuelo paseaban juntos por las mismas calles, pero en realidad paseaban por dos épocas distintas. El nieto paseaba por el presente, el abuelo por el pasado. También nosotros, cuando paseamos por Barcelona, paseamos por épocas diferentes. *La ciudad violenta* nos invita a recorrer una Barcelona que es a la vez presente y pasado y nos descubre las múltiples interacciones entre la ciudad actual y la de los últimos dos siglos. Gracias a Jordi Corominas he sabido de algunos crímenes que se cometieron a pocos portales del mío o en calles por las que transito habitualmente. Ahora, cada vez que paso por esos lugares del pacífico y ordenado Eixample barcelonés, ese pasado violento vuelve momentáneamente a mí.

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

Introducción

El siglo XXI vive pegado a un insano presentismo, como si el pasado no hubiera existido, algo que se hace más palpable, si cabe, en ciudades con proyección internacional reciente. Y quizá Barcelona es su mayor ejemplo. Cúspide de una economía basada en un turismo *low cost* donde no importa tanto el contenido como el continente, casi siempre monetario, Barcelona se preocupa poco o nada por transmitir su historia, que siempre utiliza dos motores, Antoni Gaudí y Leo Messi, modernismo y fútbol, sin considerar lo demás. Se aparcan así otras cuestiones para evitar problemas y no profundizar en el porqué de una identidad a preservar ante el inminente riesgo de perderla. Y aquello que no se explica deviene borroso e incomprensible.

Para evitarlo, existen muchos modos de contar lo pretérito. En estas páginas he decidido abordarlo desde la violencia, en sintonía con las sucesivas transformaciones de la capital catalana durante la forja y el desarrollo de la Modernidad.

Para facilitar la comprensión, he optado por dividir mi investigación en tres partes. La primera corresponde al instante fundacional, un preludio de la contemporaneidad donde esta aún batalla con lo antiguo desde la violencia politica. El siglo XIX anida en su interior los gérmenes de nuestro mundo, visibles en la Ciudad Condal desde 1835, cuando las bullangas advirtieron de un nuevo paradigma, con la clase obrera como santo y seña de problemáticas futuras, en progresiva evolución

al avanzar la centuria. El siglo estuvo marcado, en este sentido, por la organización del proletariado, ácrata en estos lares desde 1868, afín a un gusto por el uso de explosivos para conseguir relevancia mediática y expandir mejor el mensaje revolucionario.

La propaganda por el hecho sacudió Barcelona durante el último tramo del Ochocientos, con bombas y atentados en eventos ciudadanos y en enclaves emblemáticos de la burguesía y el poder. El fracaso de esos métodos no supuso una rápida transformación hacia el sindicalismo de masas, solo consolidado tras la Semana Trágica de 1909, penúltimo episodio de esta etapa, eminentemente política.

El punto final de la misma surgió por el éxito de la Confederación Nacional del Trabajo y su apuesta por coordinar los movimientos de los trabajadores en pos de beneficios prácticos; su cúspide fue la huelga de La Canadiense en el invierno de 1919, cuando consiguieron, entre otros hitos, las ocho horas diarias, tan reivindicadas por sus antepasados desde la instauración de la jornada del Primero de Mayo, en 1890.

Los efectos de su victoria conllevaron una reacción de la clase empresarial, poco estudiada pese a su impacto en la cotidianidad. Los años del pistolerismo, clausurados a nivel oficial en 1923 con la dictadura de Miguel Primo de Rivera, colearon hasta los instantes previos a la guerra civil española, canto del cisne del anarquismo ibérico, y convirtieron Barcelona en una Chicago *avant la lettre* : hubo centenares de asesinatos en plena calle, abuso policial tolerado por las autoridades y una larga resaca republicana por la irrupción de fuerzas catalanistas de idiosincrasia parafascista, contraponiéndose con los libertarios proclives a la lucha armada, hasta el enfrentamiento.

Durante el siglo XIX , la violencia política tuvo tanta pujanza como para casi ocultar la criminal, que quedó reducida a un breve mal narrado en los periódicos. El estudio de la crónica negra en los rotativos del Novecientos nos aporta impecables ejemplos para tomar el pulso a esa sociedad. De este modo, como desarrollo en el segundo tramo del volumen, la efeméride pasó a la primera plana, entre el sensacionalismo para satisfacer al lector y un inconsciente cuadro de costumbres. Cada década del siglo pasado puede colmarse con los sucesos. La de 1910 aún tiene aires basados en lo político, pues al fin y al cabo el personaje de Enriqueta Martí, tan maltratado desde la propagación de la mentira, fue un chivo expiatorio para condenar a toda una clase social tras la Semana Trágica.

Entre finales de los años veinte y la época republicana, el caso de Ricardito y Pablo Casado expone el tratamiento de la homosexualidad, aún mencionada con vergüenza y fuente de inabarcables polémicas, vinculadas con el urbanismo, por el nacimiento en el Raval del barrio chino. Esas calles fueron amadas por extranjeros como Jean Genet y demonizadas por el sistema, ansioso por derruirlas y finiquitar ese nido de vicio e inmoralidad en pleno centro.

En los años cuarenta se pretendió, a imagen y semejanza de lo propugnado por el fascismo italiano, una España limpia de crímenes y se obligó a la prensa a un relativo silencio, desmentido al desmenuzar las hemerotecas. La violencia criminal de ese decenio es descarnada, entre la desesperación del hambre, el horror de una rutina abocada a la pobreza y un indudable deseo de abandonarla. Su cénit, con suficientes mimbres como para desafiar esa ordenanza nada invisible, fue el asunto de Carmen Broto, tergiversado hasta su mitificación en la pluma de Juan Marsé, quien aprovechó la muerte de esa

rubia con ademanes de Veronica Lake como excusa para escribir *Si te dicen que caí* , causa de algo muy habitual en estas coordenadas: la exaltación amplificada de los bulos, al ser mucho más apetitosos desde lo narrativo pese a desfigurar la verdad de los hechos.

Durante los últimos coletazos de la autarquía y el debut del desarrollismo, los medios de comunicación dieron prioridad a los crímenes donde los extranjeros eran los culpables, para dignificar la imagen del español en oposición a los escasos visitantes y forasteros residentes en Barcelona. El asesinato de Mulchand Chandrai en el Hotel Ritz resulta magnífico para enseñar complejos y hábitos, desde el abrigo coloreado manchado de sangre hasta la omisión del nombre del establecimiento para no perjudicar su reputación. Otro, como el caso de los mal llamados existencialistas de 1962, ahonda en la estigmatización de una juventud descarriada, por desgracia norteamericana, algo más bien inconveniente ante la ayuda estadounidense al régimen desde los acuerdos de Madrid de 1953.

En los años setenta Barcelona disipa su inocencia, entregada al maná cultural de Estados Unidos, tanto en estética como en comportamientos. Los casos del asesino de Pedralbes y José Ignacio Orduña, el violador de Lesseps, viran hacia los disturbios mentales y la adaptación a estereotipos audiovisuales, cuajados en una superficie donde lo político vuelve con la transición, repleta de manifestaciones, formación de terrorismos autóctonos de carácter extremista y unas fuerzas del orden aún demasiado imbuidas de las consignas dictatoriales.

Los años ochenta y el prólogo a las Olimpiadas, con la ciudad metamorfoseándose víctima de sus propias contradicciones, tienen elementos propios de nuestra

posmodernidad. La conflictividad carcelaria se mezcla con la acción de mafias internacionales, mientras la violencia de género aún no es tratada como tal, y lo mismo acaecía con la ejercida contra el colectivo LGTBI, aún una rareza sin derecho a ningún tipo de respeto ni consideración penal.

La tercera parte de mi estudio se centra en la refundación de Barcelona, cuando la violencia criminal se funde con la política. Esta violencia puede dividirse en dos ciclos. El primero, hasta aproximadamente 2010, es un crisol con valor al exponer la configuración del presente. Los errores de los dos pasajes fronterizos entre el Guinardó y el Camp de l'Arpa nos hablan de carencias en nuestro sistema educativo para saltar hacia lo inédito en el tránsito de un milenio a otro por el *boom* migratorio, con las bandas juveniles en la picota de un debate alargado en el Maremagnum, lugar donde el ecuatoriano Wilson Pacheco murió ahogado, lanzado al agua por algunos porteros de discoteca de ese flamante recinto urdido justo después de los Juegos Olímpicos para entroncar la Rambla con el Mediterráneo.

Ese crimen conllevó la reglamentación de ese oficio nocturno y sacudió las mentalidades desde el racismo, no solo étnico, sino también de clase, como atestigua otro caso, el execrable delito del cajero, cuando tres jóvenes quemaron a la indigente Rosario Endrinal en la zona alta de Barcelona.

La década de 2010, con su controvertido verano de 2019, muta hacia una atomización de la violencia criminal. Carece de casos memorables, sustituidos por una incesante constancia de sucesos medio aislados, preocupantes y significativos por su perversión desde el periodismo, urgido de *flashes* pero que no disecciona los hechos. Una prensa amante del alarmismo que no se ciñe a los códigos de la profesión, para mayor gloria de la política. Esta cierra mis indagaciones desde una doble

tangente: una de cariz social, muy acorde con dinámicas económicas reflejadas en disturbios con el universo okupa de fondo, y otra con el *procés* soberanista como protagonista para determinar si podemos englobarlo en los casos estudiados, no tanto a partir de sentencias judiciales, sino más bien por componentes insólitos en el bagaje. Con la propaganda erigiéndose en una forma indiscutida de violencia mental nada inocente por su impacto colectivo y ser el motor de escenas comparadas con las revueltas anarquistas desde la más absoluta ignorancia histórica.

Mi modo de examinar los acontecimientos ha sido y será poliédrico. Cada palabra bebe de urbanismo, geografía, historia, cotidianidad, política, periodismo y múltiples aspectos esenciales para no dejar ningún cabo suelto. Agradezco la confianza depositada en mi persona a Laura Gamundí, sin quien este ensayo no hubiera visto la luz, así como el inestimable apoyo de mi madre, Inmaculada Julián, y las vivencias compartidas con José Luis Mula, fallecido durante los compases iniciales de la pandemia. Amigo, para ti van dedicadas estas páginas. No las podrás leer, pero sé que las hubieras disfrutado como un enano, criticándome y ayudándome a mejorarlas con tus comentarios.

Santa Maria de Palautordera,
domingo, 27 de diciembre de 2020

Primera parte
La violencia política (1835-1939)

1

De la ciudad sitiada a la expansión hacia los márgenes (1835-1877)

Resulta sencillo formular una historia alternativa de Barcelona, entre otras cosas por amnesias voluntarias y una escasa voluntad de entenderla desde una perspectiva temporal completa. Por motivos nada misteriosos, todo en la capital catalana parece nacer en algún instante indeterminado de finales del siglo pasado.

Un buen ejemplo sería la Rambla del Raval, inaugurada en septiembre de 2000 y, para una gran mayoría, parte del paisaje desde tiempos inmemoriales. Este hecho se agrava por la utopía de dar con instantáneas anteriores a su construcción, fruto de un proceso de higienización del entorno, esa horrible expresión acompasada con el cambio de nombre del barrio, conocido durante muchas generaciones como el barrio chino, fuente de vicio y, en cierto sentido, barra libre de pecado en pleno centro histórico mientras jamás nadie se ha preocupado por frenar su calamitoso estatus, una anomalía sin comparación en el resto de Europa.

La utopía de localizar fotografías de esas callecitas entronca con un momento fundacional. Es una condena de la memoria, un olvido deliberado para ocultar vergüenzas y pintar el mapa

de rosa. Se ha decretado la inexistencia de ciertos pasados. Para la publicidad institucional, Barcelona nace el 25 de julio de 1992. Cada nacimiento entierra lo pretérito hasta difuminarlo en una peligrosa bruma, como si las urbes no fueran la consecuencia de muchos sedimentos forjados a lo largo de las centurias.

Barcelona, quizá por privilegiar su marca, es una gran víctima de esta ignorancia posmoderna. Antes de los Juegos Olímpicos renació en agosto de 1854, cuando se derribaron las murallas y, al fin, pudo vislumbrar una especie de destino manifiesto. Ella, siempre puntera e impedida por grotescos muros, perfecto mecanismo para coartar su pujanza económica y ambición imperial.

En 1834, Barcelona era la punta de lanza peninsular y el Raval, yermo desde la última ampliación de las murallas a manos de Pedro IV el Ceremonioso en el siglo XIV , se llenaba de fábricas. Como pueden intuir, la aparición de esta estructura laboral conllevó el surgimiento de un proletariado con características propias, primera página de un relato omitido por los poderes contemporáneos de izquierda y derecha tras su barrido sistemático por parte del franquismo. Por aquel entonces algunos reformistas como Pere Felip Monlau, quien tendrá cierta relevancia en esta narración, atisbaban el problema y recomendaban la instauración de educación primaria para los trabajadores. Elevarla de grado crearía, según su criterio, ilusiones estériles, pues una formación superior confiere al individuo deseos y necesidades imposibles de satisfacer. Complementaba su propuesta apostando por asistencia médica específica y auguraba limitar las quejas con aumentos salariales o una rebaja en el precio de los alimentos.

En ese 1834 los obreros y los empresarios compartían anhelos liberales. Barcelona contaba con 133.045 habitantes;

234,8 de sus 314,7 fanegas se hallaban bajo control militar, mientras la mayoría de su espacio público se ocupaba con cuarenta grandes conventos, veintisiete edificios públicos, once precarios hospitales y siete cuarteles. Se contabilizaban 860 habitantes por hectárea, la tasa más elevada en toda Europa. Cada persona disponía de once metros habitacionales, y la esperanza de vida era de treinta y seis años para las clases holgadas y de veintitrés primaveras para las más desfavorecidas.

El cóctel era explosivo, y esos meses alambicaron todos los ingredientes para el estallido. Por supuesto, en Barcelona el pálpito era otro bien distinto. Uno puede transitarla hoy en día y apenas notar la tensión imperante. Los balcones tienen banderas, y el ruido no se desvanece al tener la conciencia de conflicto. Lo mismo sucedía durante esa guerra civil, sin tener relevancia la ausencia de lucha en las calles. En Madrid, Mariano José de Larra afirmó la visión de un convento como foco bélico, con los frailes como enemigos y los carlistas presos como reos tolerados, y desde esa imagen encontraba normal la defensa de toda la sociedad para prevenir esa amenaza. Para otros, los obispos, cabildos y monasterios nadaban en la opulencia, mientras confesionarios y cátedras del Espíritu Santo servían para dar nuevos soldados al príncipe rebelde; cada convento, cada iglesia, cada ermita era un pertrecho militar para los facciosos, con las feligresías como punto de reunión de los cabecillas.

Ese 1834, el panorama se aliñó con una epidemia de cólera. En Barcelona, diezmó a la población, algo agravado por las odiosas murallas.

Los ciudadanos, como explicaba el *Diario de Barcelona* el 8 de enero de 1835, estaban divididos entre leales, realistas, publicistas, prudentes, decididos, moderados, liberales,

adictos, honrados, ilustrados, defensores de la fe, celosos, practicantes o bienaventurados; todo este mejunje anidaba en su seno la chispa de la revuelta, y a nadie debe asombrarle dónde residía para provocar el incendio y marcar una senda de no retorno hasta 1936.

LAS BULLANGAS: LA VIOLENCIA ARCAICA Y LOS UMBRALES DE LA MODERNIDAD

Fernando VII no fue un rey culto y profesó una verdadera devoción por la fiesta nacional. Poco después de su muerte se inauguró el Torín de la Barceloneta, concretamente el 26 de julio de, adivinen, 1834. Tenía poca altura para no molestar el ángulo de tiro. El recinto, primero de su género en la capital catalana, tenía cabida para trece mil espectadores y fue un soberbio manantial de pasiones.

El 25 de julio de 1835 era el día de Sant Jaume y los espectadores se congregaron para asistir a una magna corrida. Según las crónicas, los toros que se lidiaron fueron mansos, malos y cobardes. El gentío se exasperó, y de los gritos avanzó hasta un barullo devenido motín. Se arrojaron a la plaza un sinfín de abanicos, y tras ellos siguieron bancos, sillas y algunas columnas de los palcos.

El dia de Sant Jaume

de l'any trenta-cinc

hi va haver gran broma

dintre del Torín.

Van sortir set toros,

tots van ser dolents:

això va ser la causa

de cremar convents.

La poesía popular esgrime la mala calidad de los animales para acelerar una revuelta conocida como la primera bullanga, nombre con el que denominamos de modo genérico todos los tumultos sucedidos entre 1835 y 1843. La excusa para el arrebato fue la muerte en Reus de cinco miembros de la milicia urbana a manos de un grupo de guerrilleros carlistas, con frailes entre sus componentes. Se llegó a rumorear que uno de ellos, ni corto ni perezoso, había ordenado crucificar y sacar los ojos a una de sus víctimas.

La reacción barcelonesa fue, en este sentido, previsible con alguna dosis de originalidad. Los manifestantes ataron al quinto toro, lo transportaron hasta la basílica de la Mercè y la iglesia de Sant Francesc, intentando prenderle fuego. Al fracasar viraron hasta la Rambla, donde se desbocó la mecha, quemándose los conventos de San José, actual emplazamiento del emblemático mercado de la Boqueria, el de los carmelitas calzados del carrer del Carme, los dominicos de Santa Caterina, los agustinianos del carrer Hospital y el de los trinitarios descalzos de la Rambla, donde desde 1847 se instaló el Liceu, santo y seña de la burguesía catalana.

El éxito de esta primera bullanga se debió a la implicación de todos los ciudadanos. La burguesía quería acceder a los terrenos quemados y desamortizados, no tanto por Mendizábal, sino por el abandono de los mismos. Los progresistas odiaban a los frailes y al carlismo. Por último, como siempre se da en estos casos, un nutrido grupo de incontrolados demostraron su gusto de destrucción por el mero placer de la misma. Las componendas políticas también tuvieron un papel decisivo: todos estos grupos querían superar

el Estatuto Real, recuperar la Constitución de Cádiz y conseguir una senda de libertad y democracia auspiciada por la monarquía isabelina.

El historiador Joan Cortada fue testigo de los acontecimientos y, años más tarde, recordó cómo la multitud acalorada, no solo por el estío, corría sin freno para pegar fuego a los conventos y asesinar a dieciséis religiosos mientras la autoridad militar canonizaba con su presencia la algarada y aconsejaba a los participantes no hacerse daño.

Lo curioso fueron las consecuencias. El capitán general de Cataluña, Manuel Llauder, pasó brevemente por Barcelona y publicó una proclama donde amenazaba con castigos a los culpables y advertía, según fuentes bastante confusas, de cómo los altos mandos habían impedido un asalto contra las fábricas. Esto asustó a la burguesía e irritó al sector más radical de los liberales.

Llauder envió para capear el temporal al general Pere Nolasc de Bassa i Girona, quien llegó a Barcelona, dejó la tropa acampada en el pueblo de Sants y se dirigió al edificio de Capitanía. Para rematar la faena amenazó a los congregados en sus alrededores y pronunció su célebre y mortal «O el pueblo o yo». Pueden imaginar el desenlace. Al día siguiente, 5 de agosto de 1835, la multitud entró al palacio, le descerrajó un tiro y, entre vítores, arrojó su cadáver por el balcón. Arrastraron el cuerpo por el paseo de la muralla, no sin antes tumbar la estatua de Fernando VII en la plaza de Pla de Palau, y prendieron una pira para quemarlo con los documentos recolectados en el colegio de San Ángel de los carmelitas descalzos del carrer Conde del Asalto, actual Nou de la Rambla, desacralizado y convertido en cuartel de la policía armada.

La quema de un difunto no era ninguna innovación. A lo largo de la historia existen múltiples ejemplos de esta práctica. En la Alejandría del año 361 después de Cristo el arzobispo arriano Jorge, azote de cristianos y paganos, fue incinerado tras ascender al trono imperial Juliano el Apóstata. Sus restos fueron depositados en la mar para limpiar la ciudad de tanta inmundicia, y lo mismo hicieron los barceloneses con Bassa, en otra demostración de arcaísmo.

En *Barcelona, una discussió entranyable* , Josep Pla declara su simpatía por las bullangas por su indudable labor de liberar espacio mediante la quema de conventos. Uno se imagina al grandísimo literato bien ufano mientras escribía esas líneas, con la sonrisa infantil de quien comete una gamberrada.

No sabemos su parecer sobre el siguiente episodio, casi encadenado con el desfile mortuorio del torpísimo general. Esa misma noche ardió en el carrer Tallers la fábrica El Vapor, cuyos activos eran de varios socios. Entre estos, destacaban tanto por experiencia en el sector como por una mayor contribución de capital la familia Bonaplata, experimentada por viajes a Inglaterra para comprobar los avances técnicos en el textil e importarlos a España.

El Vapor fue la primera fábrica del Estado en funcionar con este tipo de energía. Tenía empleados a más de seiscientos trabajadores y recibió durante su breve existencia todo tipo de elogios, en especial por sus telares mecánicos. Al saber del ataque, se dispuso una guardia privada y las autoridades, con la colaboración de algunos obreros, hicieron lo posible para impedir el desastre, fundamental para entender la metamorfosis del criterio de la burguesía en lo relativo a los altercados, desde entonces tildados de bárbaros, con los bullangueros calificados de anarquistas con la única ambición

de robar, asesinar, incendiar y destrozar bienes ganados con sudor, sacrificios y peligros. Para algunos cronistas, debían ser tratados peor que los negros, pues al menos estos trabajaban, si bien este desprecio obviaba su incansable tarea para enriquecer al empresariado catalán.

Mucho se ha discutido sobre los condicionantes de la quema de la fábrica. La lógica histórica de este incipiente proletariado lleva a equiparar la acción con el ludismo británico, donde un misterioso, y con toda probabilidad fantasmagórico Capitán Ludd, alentaba a los obreros a destruir las manufacturas, por ser un sitio opresivo, porque la mecanización aumentaba el paro y dejaba a muchas familias en la más absoluta de las miserias.

El caso de El Vapor encaja con estos atributos y, asimismo, se enmarca en una concatenación de eventos impulsados por la rabia de esas jornadas. Con sus llamas acariciando el cielo, se asistía, sin poder constatarlo por lo insólito, al alba de un nuevo tiempo, con la clase trabajadora barcelonesa a la vanguardia de muchas revoluciones europeas.

Al día siguiente, Aleix Pardiñas, implicado en los acontecimientos, fue torturado y fusilado. Le seguirían tres compañeros más —Aleix Bell, Joan Jaldi y Josep Prats— por participar en los disturbios, y posteriormente se endureció la legislación laboral. El capitalismo, ante la constatación de tener un enemigo en su interior, apostó por la carta de afilar sus colmillos para expandirse y aumentar sus prerrogativas, sin cavilar siquiera un solo instante el riesgo de optar por medidas represivas en vez de apaciguar tanta cólera y humanizarse para aspirar a una improbable Arcadia entre amos y sometidos.

El 10 de agosto, una junta configurada en su grueso por los propietarios procedió al incierto regreso a la normalidad.

Restauró la Academia de Buenas Letras, organizó una biblioteca pública con los libros de los conventos suprimidos, puso en marcha unos Estudios Generales, hasta lograr el retorno de la Universidad, desterrada en Cervera desde Felipe V, y obtuvo el nombramiento como capitán general de Espoz y Mina, querido por los catalanes tras su arrojo durante el trienio liberal. Una vez este tomó el bastón de mando, la junta se disolvió sin conseguir rebajar los ánimos, ubicándolos en una encrucijada más patente por la ruptura de la unidad y una división de claro cariz económico.

Para terminar con esta primera fase, faltaba el remate. El 30 de diciembre de 1835, un comunicado de Espoz y Mina informaba de que un prisionero escapado del santuario de Lord, próximo a la leridana Sant Llorenç de Morunys, aseguraba que los partidarios de Carlos María Isidro habían fusilado a 33 prisioneros liberales. La noticia encrespó a la plebe, y en consecuencia se asesinó a más de cien prisioneros carlistas encerrados en la Ciutadella. Al día siguiente, 5 de enero de 1836, el sexto Batallón Nacional de Voluntarios fue hacia Pla de Palau, sede del poder civil, entre cánticos del himno de Riego y vivas a la Pepa. No dieron con el apoyo esperado. Los mismos liberales partidarios de arrasar con los conventos en julio ahora callaban por respuesta al aprender a temer las aspiraciones de las clases más precarias.

Se depuró a los urbanos y se desterró a muchos liberales fieles a las ideas originales de estas bullangas. El panorama fijó un antes y un después. Lo primitivo de estas formas de violencia reluce por la ausencia de líderes visibles y lo impulsivo, casi un suspiro, de todos los episodios relatados. Pese a ello, se apreciaban movientes más allá de lo atávico, al esgrimirse por un lado demandas de mayor representatividad democrática y causas económicas reconocibles desde agosto

de 1835, cuando además de prender fuego a El Vapor se destruyeron las casitas de Burots, barracas en la entrada de las ciudades encomendadas a cobrar tributo por las mercancías. La modernidad se aprestaba para cruzar el umbral, pero aún aguardaba para quitarse la máscara definitivamente, como si, algo frecuente en Barcelona, los afanes fueran a una velocidad demasiado acelerada para el resto del país, y en eso la Ciudad Condal recogía con turbio agrado su pertenencia al Viejo Mundo en contraste con el atraso de la Meseta, un sambenito positivo que la acompaña hasta nuestros días, con el guiño gracioso en *Asesinato en el Comité Central,* de Manuel Vázquez Montalbán, cuando una compañera de partido espeta a Carvalho eso de Barcelona, tan europea ella.

LA LEYENDA TRASPASA FRONTERAS: EL CASO DEL LIBRERO ASESINO

> Ustedes conocen nuestra vieja capital de Cataluña y sus callejuelas tortuosas; también la Barceloneta, al contrario, con sus casas tan bien alineadas. Han recorrido nuestra localidad tan orgullosa de su Bolsa, de su Capitanía General y de su aduana, con murallas de estuco y mármol. Saben cómo es de infatigable y laboriosa la población que la habita; se diría que el aire de este país inspira el amor al orden y al trabajo. Se hace difícil comprender cómo unas pasiones malignas pueden subsistir en presencia de esta activa industria, de esta noble emulación. Sin embargo, en todas partes se encuentran excepciones, y la justicia humana tiene que castigar hoy crímenes, sembradores de pánico en Barcelona desde hace algún tiempo.

Este es el inicio de un texto publicado en París el 23 de octubre de 1836 en la *Gazette des Tribunaux* . La revista debió ser un intento ficticio de crónica judicial de actualidad transnacional sin ceñirse a ningún tipo de verosimilitud.

Descubrí este relato en 2009, cuando preparaba la antología *Matar en Barcelona* . Raúl Argemí, el más veterano de los autores del elenco, lo escogió, considerándolo necesario para hilar una progresión de la criminalidad barcelonesa. Entonces

no nos conocíamos demasiado, pero con el paso de los años hemos comentado la cuestión, riéndonos de los crédulos de esa increíble trama de un monje de Poblet con mucho apego a sus libros, obcecado por acaparar venerables manuscritos sin apenas saber leerlos.

La fama del librero asesino de Barcelona tiene un origen y una consolidación debida a un cuento del adolescente Gustave Flaubert, quien escribió sobre el mito tras leerlo en la entrega de la *Gazette des Tribunaux* o en una versión más reducida y efectista en el semanario *Le Voleur* .

La gran pregunta es el motivo de su invención con escenario en Barcelona. La respuesta obedece al impacto internacional de las bullangas de 1835, cuando las noticias españolas reclamaban la atención del Viejo Mundo por la guerra carlista y lo inextricable del contexto ibérico, con el añadido de una digestión más prolongada de lo leído. Los fuegos condales debieron avivar la llama imaginativa de nuestros vecinos, y a ello se sumaba el aura romántica de la Península, bien plasmada durante el Ochocientos por muchos escritores galos, como Prosper Mérimée con su novela corta *Carmen* , inspiradora de la celebérrima ópera de Georges Bizet.

Por lo demás, Barcelona y el resto del país se revestían para Francia de un aura exótica combinada con un sincero aprecio por sus logros culturales del pasado, entre otros motivos por las colecciones pictóricas exhibidas en el palacio del Louvre entre 1838 y 1853, tan sugerentes como para alentar a Édouard Manet a cruzar los Pirineos e ir a Madrid en 1865 para hechizarse con los Velázquez del Prado y vomitar improperios por los platos nacionales, rebosantes de aceite.

En 1835, la imagen de España era aún más pintoresca, y eso mismo allanó el camino para sacarse de la manga al librero asesino. Su historia es la siguiente. Fray Vincente, ya resolveremos el porqué de este sonoro (sic), era un monje de unos treinta años, residente en una callecita aledaña al carrer Ample desde hacía poco tiempo, pues con anterioridad había desarrollado su vocación en el monasterio de Santa Maria de Poblet, saqueado en 1833, durante la primera guerra carlista.

Este hecho le obligó a abandonar los votos y recalar en Barcelona, donde su aspecto envejecido y un carácter más bien huraño le granjearon fama de hosco e inaccesible. Tenía una tienda repleta de incunables, y su codicia se centraba en recolectar cualquier pergamino a su alcance. Los adoraba por su olor, sus etiquetas gastadas y la pátina de su tacto. Apenas comía o bebía. Solo luchaba por sus manuscritos.

Un buen día, un estudiante de la Universidad de Cervera entró en su librería junto con dos criados, signo indudable de riqueza. El chico quería *La crónica d'en Puigpardines* , y Vincente no quería venderla por nada del mundo, pero el soplo de un ejemplar único *dels Furs de València* de 1482 y la palabrería del muchacho, con espurios sueños papales, le hicieron tirar la toalla.

Tras el coloquio acudió raudo y veloz a una paradita de libros en el Call, el barrio judío, de tradición libresca y donde aún hoy en día es posible admirar los esgrafiados de la imprenta de Sebastián de Cormellas, salvados del habitual desprecio al patrimonio al haber transitado en esos aposentos don Quijote de la Mancha para descubrir estupefacto la visión de su apócrifo de Avellaneda.

Nuestro protagonista cogió un pliego enorme con páginas vetustas y preguntó al vendedor si tenía los tan codiciados

Furs , confesando este su entrega al párroco de la basílica de la Mercè pocos minutos antes.

Para agrandar su desdicha quiso pujar en una subasta por una *Gramática latina* de 1468, arrebatándosela su gran adversario, el bibliófilo Patxot, con negocio en los arcos de Els Encants.

Pocos días más tarde, saltó la noticia de la muerte del estudiante cerca del Hostal del Sol, la típica posada justo en uno de los ingresos de la ciudad. Vincente esbozó una sonrisa. A la mañana siguiente las campanas de Santa Maria del Mar lo despertaron a las once de la mañana. Al cabo de media hora se sobresaltó por los gritos del gentío. El local de su adversario Patxot ardía sin remisión. Era su oportunidad para apoderarse de todos esos botines tan codiciados y rescatarlos.

Los asesinatos no cesaron. Un bachiller alemán apareció muerto en la calle de Basea, un poeta perdió la vida en la riera d'en Malla, hoy tapada por la Rambla de Catalunya, y un aristócrata aficionado a la lectura exhaló su último suspiro al lado de las Atarazanas. Hubo más víctimas, y pudieron acrecentarse de no haber intervenido la casualidad en forma de inspección policial en su templo. La caída de una *editio princeps* de 1503 fue el vendaval para condenarlo, y para más inri durante el juicio fue humillado al mostrarle el magistrado un ejemplar de una obra en su haber que consideraba única. Antes de pasar por el cadalso pidió tenerla en sus manos, y para verificar su posesividad infernal la despedazó con saña para sentirse propietario exclusivo en el consuelo de su nada.

En 1927, el investigador y editor Ramon Miquel y Planas quiso escarbar en los vericuetos de la leyenda y publicó el monumental, no por enorme sino por riguroso, *El librero asesino de Barcelona* . He contado el episodio según la

síntesis efectuada por el sabio barcelonés, quien a base de deducciones ató cabos, no sin ciertas dificultades. El nombre de Vincente remitía a un catálogo bibliófilo confeccionado por el librero valenciano Vicent Salvà en Londres, donde habitaba desde 1823 para evitar una segura condena a muerte por sus opiniones políticas durante el trienio liberal.

La portada de la colección rezaba lo siguiente: *«A catalogue of Spanish and Portuguese books, on sale by Vincent Salvà,-124, Regent Street, London. Part II. MDCCCXXIX».* En la misma figuraban los *Furs del Regne de València* , del que se desconocía cualquier otro ejemplar además del presente, muy bueno y en perfectas condiciones.

Barcelona no es una urbe de asesinos en serie. Las motivaciones criminales de los *killers* de la capital catalana son arquetípicas. Amor y dinero son motores habituales en cualquier centímetro del planeta. Otro rasgo de la crónica negra condal es un cierto guante blanco en su proceder, a diferencia, por ejemplo, de Madrid, donde los sucesos siempre se han revestido de mayor escabrosidad. En los últimos tiempos, como veremos en posteriores capítulos, la marca Barcelona ha prorrumpido en la necesidad de inventarse criminales en serie, y por eso mismo Enriqueta Martí comparte con fray Vincente el honor de pertenecer a esta categoría como un emblema. Las coincidencias entre ambos son literarias y los contrastes navegan en el hecho de ser uno un personaje literario, mientras en el caso de la mal llamada vampira la han trocado en eso cuando era una persona de carne y hueso perteneciente a los estratos más bajos del proletariado del primer Novecientos. El parecido entre realidad y ficción es nulo, sin alcanzar siquiera el grado de apariencia por excesos de embustes y sed de coser hechos sensacionalistas para terminar el siempre imperfecto rompecabezas del anecdotario.

DE LAS BULLANGAS A LAS MURALLAS: HACIA LA REFUNDACIÓN

Entre 1837 y 1843 prosiguieron las revueltas. Los demócratas de ayer devinieron los autoritarios de hoy, y así fue como hasta 1839 Cataluña tuvo *de facto* un dictador en su capitán general, el barón de Meer, quien debía proteger los intereses burgueses para cumplir el impedimento de las reformas de progreso, esas libertades constitucionales vistas por los propietarios como paparruchas para reducir todo a un eterno desorden, para mayor medro de malvados y advenedizos.

En 1840, la regente María Cristina vino a Barcelona para tomar los baños. Los motivos eran otros bien distintos. Espartero, azote de los carlistas, escuchimizados tras el Abrazo de Vergara como finiquito de la campaña del norte, había entrado en la capital catalana el 14 de junio; su popularidad era un hueso duro de roer. Para tirar adelante sus reformas legislativas, María Cristina debía contar con él para anular la previsión de nubarrones políticos en el horizonte. Para ello se reunió con el pacificador de España y le ofreció el cargo de primer ministro, pero había un escollo para aceptarlo. Solo daría su sí si la viuda de Fernando VII retiraba la Ley de Ayuntamientos, que reducía el poder municipal y nombrar a los alcaldes por designación real para así cortar las alas a cualquier atisbo de oposición desde el feudo urbano de los liberales progresistas.

La negativa de Espartero aumentó la tensión, dirimida el 12 de octubre de 1840 en otro encuentro en Valencia, adonde se había desplazado María Cristina ante la hostilidad exhibida por los barceloneses. De este modo, la regencia pasó a manos del héroe milita, lo que produjo, como suele suceder en nuestro país, una mayor disensión parlamentaria, con los liberales moderados obstinándose en oponerse al nuevo

mandamás por su querencia a codearse con una camarilla militar compuesta por allegados, los ayacuchos. Hubo pronunciamientos, inestabilidades consabidas y un incremento del malestar social, entre otras cosas por el nacimiento de una izquierda ajena al Partido Progresista, a partir del ascenso de candidatos republicanos en las elecciones municipales de 1841. Estos estaban relacionados en sus aspiraciones con las recién nacidas sociedades obreras de ayuda mutua, la primera de ellas creada por los tejedores barceloneses en mayo de 1840, presidida por Joan Muns y con la huelga como vehículo para conseguir el cumplimiento de sus demandas.

En otoño de 1842, corrió el rumor de un acuerdo librecambista con el gobierno británico para rebajar los aranceles a los productos textiles ingleses, medida dañina para los intereses de los industriales catalanes del sector. En esta ocasión, la chispa para prender la mecha emergió el 13 de noviembre en los burots de Portal de l'Àngel, cuando unos obreros quisieron pasar al interior de los muros unas botellas de vino sin pagar los preceptivos impuestos. Cuando al día siguiente una comisión pidió liberarlos, recibió el encarcelamiento como respuesta, y entonces se desataron todas las iras mediante una guerra de barricadas emprendida por la milicia urbana junto a paisanos y mujeres que arrojaban agua hirviendo desde las ventanas del Call. El caballo del general Zurbano murió durante los tumultos y el capitán general Van Halen ordenó a sus tropas replegarse a la Ciutadella y Montjuïc mientras la Junta de Vigilancia reclamaba Cortes Constituyentes y protección a la industria nacional.

Espartero era partidario de un castigo, y este tomó cuerpo con el bombardeo del 3 de diciembre. Se arrojaron once mil proyectiles desde todas las fortificaciones, con el balance de

335 víctimas civiles. Como consecuencia, la ciudad debió pagar un tributo extraordinario de doce millones de reales, se cerraron todos los periódicos salvo el conservador *Diario de Barcelona* y se clausuró la asociación de tejedores.

A partir de ese momento, Espartero perdió el apoyo barcelonés. Cuando cayó, en junio de 1843, una nueva junta pactó con el general Serrano tres puntos para aceptar su gobierno provisional: Constitución de 1837, Isabel II y Junta Central. El guapo militar los aceptó al no tener intención de cumplirlos y, cuando se supo poco después del desarme de la milicia madrileña, se prepararon quince premisas para presentar un proyecto español de progreso. Entre ellas sobresalían eliminar la partida del presupuesto real mientras no se amortizara la deuda pública, la exigencia de rendición de cuentas de su gestión por parte de María Cristina, la supresión de los jefes políticos para traspasar sus atributos a las diputaciones provinciales, la reducción del ejército a cincuenta mil hombres, destinados a proteger las fronteras, libertad religiosa, libertad de producción y venta de la sal, contribución sobre los artículos de lujo y suntuarios, prohibición sobre los artículos de primera necesidad, derribo de las murallas barcelonesas, libertad de imprenta e incompatibilidad entre la condición de diputado y la de funcionario público.

Era una propuesta, la primera de una larga trayectoria, para mejorar España desde Cataluña, casi un embrión del futuro ideario catalanista, tergiversado en el presente por su absurda identificación con el nacionalismo, pues mientras el primero es inclusivo el segundo es su antípoda egoísta y reaccionaria.

Gran parte de la historiografía ha preferido omitir este decálogo para limitar los daños a la revuelta de la Jamancia, así denominada desde el desprecio a los voluntarios de los batallones, alistados según esas malas lenguas para comer

gratuitamente y cobrar el estipendio de cinco reales, cuando en realidad los alborotos se avivaron ante el desdén de Serrano a la Junta Central y su alegría a la hora de ser infiel a sus promesas, algo secundado por su sucesor, Joaquín María López.

La Jamancia duró de septiembre a noviembre de 1843 y terminó con el segundo bombardeo de Barcelona, esta vez a cargo del brigadier reusense Joan Prim, quien entre el estruendo de las bombas pronunció aquello de *«O caixa o faixa»,* o caja de pino o faja de general.

La ciudad se vació durante la rebelión: sus habitantes la abandonaron en masa hasta quedar tan solo cincuenta mil almas. La Junta capituló y el clima revolucionario decayó durante la década moderada, hasta el regreso de Espartero. Durante todo ese período nadie se olvidó de las murallas.

El 31 de diciembre de 1840, el Ayuntamiento convocó un concurso en el que ofrecía como premio una medalla de tres onzas de oro a la mejor memoria sobre las ventajas de derribarlas. El galardón lo ganó Pere Felip Monlau con *Abajo las murallas!!! Memoria sobre las ventajas que reportaría a Barcelona, y especialmente a su industria, derribar las murallas que circuyen su ciudad.* Sus alegatos exponían con solvencia la inutilidad militar de los muros, las ventajas higiénicas de su derrumbe y las mejoras de una extensión más grande para establecer nuevos servicios. El texto manifestaba la necesidad de ponerse manos a la obra para respirar con libertad e independencia en pos de la refundación.

La noche del 25 al 26 de octubre de 1841, la Junta de Vigilancia aprovechó la partida del capitán general Van Halen para combatir a los partidarios moderados de María Cristina y ordenó derrocar los muros de la Ciutadella. Su retorno del

frente dilapidó el sueño; los ciudadanos se vieron obligados a pagar de su propio bolsillo la reconstrucción de la fortaleza, pero pese a la dureza de la medida esta solo fue un leve paréntesis antes de terminar con la pesadilla.

El 22 de diciembre de 1843, con la resaca de la Jamancia a cuestas, los generales Sanz y Schelley escribieron un artículo en *El Imparcial* con argumentos de peso en favor del derribo al ser las fortificaciones nocivas, opresoras y decididamente feas en su enorme contribución a la insalubridad, además de haber quedado obsoletas como sistema de defensa. Según su parecer, era conveniente desmantelarlas y establecer una cadena de fuertes en la sierra de Collserola.

L'Eixample es la refundación de Barcelona, un año cero en pleno Ochocientos. Ildefons Cerdà quiso tejer algo demasiado avanzado a su tiempo, con interiores de isla rebosantes de verde en medio de calles anchas en previsión a las futuras locomotoras individuales.

Mientras preparaba estas páginas me di cuenta de la relativa importancia de l'Eixample en cuanto a la violencia histórica de Barcelona. Como es comprensible, sus calles y apartamentos han sido escenario de revueltas y crímenes, pero en el extenso paseo ciudadano por la muerte y sus concomitancias su trascendencia ha sido menor, configurándose como un limbo entre geografías donde su misma estructura descarta cualquier forma de relevancia en este sentido, produciéndose los más remarcables sucesos en otras topografías barcelonesas, tanto en lo alto como en lo bajo.

Su construcción enlaza con una tendencia propia de la segunda mitad del Ochocientos y devuelve ese sambenito de Barcelona con un espejo donde, como por arte de magia, aparecía París en el cristal. Como es bien sabido por todos, la

capital francesa emprendió una catarsis a través del piquete capitaneado por el barón Haussmann, prefecto de Napoleón III. Ambos conjugaron lo mejor y lo peor de su época para trazar avenidas infinitas con la excusa de librar a los parisinos de tanta insalubridad e inmundicia por culpa de las callecitas de la vieja Ciudad de la Luz, propicias para montar barricadas y complicar sobremanera la actuación de las fuerzas del orden.

Lo mismo, desde otros condicionamientos, acaeció más o menos por las mismas fechas en Viena con el derribo de las murallas en 1857 y la construcción del Ring durante el resto de la centuria.

Para Barcelona las afueras tenían otra connotación y los más desfavorecidos se mantuvieron durante decenios en márgenes no muy distantes del centro, con la Barceloneta como nicho de podredumbre y el Raval reciclado, al carecer de sentido seguir llenándolo con fábricas que se podían trasladar a las poblaciones aledañas, y así fue como Sant Martí de Provençals devino el núcleo fabril por excelencia, con el Poblenou, hasta ese instante un pequeño sector de la vasta población, rebautizado como el «Manchester catalán».

Todos los pueblos cercanos tenían su propia personalidad, y esto se ha mantenido hasta la actualidad para aportar aún más enjundia a la cuestión identitaria. Todos se vieron contagiados por la expansión barcelonesa, y entre ellos Gràcia experimentó un espectacular incremento demográfico hasta ser la octava ciudad española, justo antes de las agregaciones del 20 de abril de 1897, cuando todas estas localidades, con la excepción de Horta y Sarrià, pasaron a integrar el territorio condal, como era previsible desde el derribo de las murallas, generándose algunas leyendas sobre cómo era imprescindible proceder a anexionar esas villas para evitar confusiones en el nomenclátor al estar las calles de uno y otro sitio demasiado pegadas,

estupenda metáfora para comprender las limitaciones de ciertas independencias municipales.

A principios del Ochocientos, Gràcia tenía poco más de mil habitantes, esparcidos por su territorio de manera bastante desigual. Su configuración recibió un espaldarazo crucial más o menos hacia 1850, cuando empezó un *boom* en la compra de parcelas, bien organizadas a nivel urbanístico por Antoni Rovira i Trias, quien al ubicar en el centro de cada solar una plaza oxigenó las propiedades hasta unificarlas en el conjunto del laberíntico casco antiguo, asimismo rodeado de pequeños talleres con el republicanismo como ideología predominante.

El monumento más emblemático de Rovira se halla en la plaça de la Vila, sede cívica del pueblo, donde aún hoy en día, como muestra de su sentimiento de pertenencia, es posible apreciar los tres mástiles del Ayuntamiento modernista solo con la bandera de Gràcia mecida por el viento. La torre del reloj tiene treinta y dos metros de alto, signos zodiacales decorativos en su sector medio y una campana en la cumbre.

En 1870, toda Barcelona respiraba ufana ante los avances políticos debidos al pronunciamiento de la Gloriosa, cuando el 17 de septiembre de 1868 Prim, Topete y Serrano se sublevaron hasta expulsar a Isabel II de España. El Sexenio Democrático fue una época de gran esperanza para la clase trabajadora, partícipe sin ambages en la vida pública a través del sufragio universal masculino y una atmósfera tendiente a impulsar medidas más sociales, algo rubricado con creces y un abrumador caos durante el último año, cuando la Primera República incluso quiso impulsar, sin conseguirlo, un Estado federal durante la breve presidencia de Francesc Pi i Margall, último *premier* catalán de la historia española.

Este período, sometido a una terrible amnesia en el discurso público de nuestra nación, tuvo una larga oleada de consecuencias negativas, en parte debidas al estallido de conflictos bélicos nada aconsejables para proporcionar la estabilidad requerida para tan ambiciosas reformas. En octubre de 1868, el Grito de Yara, a cargo de Manuel Céspedes, detonó la ruta cubana hacia el enfrentamiento contra la metrópolis. La guerra de los Diez Años o guerra de Cuba, entre 1868 y 1878, fue un canto contra la esclavitud y las múltiples restricciones para con la colonia.

La reacción española consistió en el envío de un cuantioso contingente militar; los gobernantes fiaron buena parte de su suerte al sistema de quintas, mediante el cual uno de cada cinco hombres en edad de prestar servicio al ejército debía ingresar en el mismo. Las clases trabajadoras fueron el principal foco de oposición, a sabiendas de las prerrogativas de aquellos con patrimonio para evitar enfundarse el uniforme mediante el pago de 1.500 pesetas, el equivalente del sueldo trianual de un obrero a principios del Novecientos.

En abril de 1870, Barcelona se rebeló contra el envío de tantos hijos, algunos de ellos padres de familia, a las Antillas. El 5 y el 6 de ese mes hubo insurrecciones en los barrios más humildes del centro, del Carmen hasta San Pedro, pero la resistencia más numerosa se forjó en los pueblos. Sant Martí y Sants se alzaron contra la injusticia, sin poder paragonarse con Gràcia, cuyos habitantes levantaron barricadas mientras una mujer anciana de la localidad pasaba una jornada entera tirando de la cuerda de la campana de la plaça de la Vila para llamar a somatén. De tanto ímpetu, la rasgó, y así fue como en la actualidad los amantes de las terrazas escuchan cada cuarto de hora su sonido característico, fruto de la alarma, el miedo y la energía de esos cinco días primaverales. La campana sirvió

para dar nombre a una revista satírica, *La Campana de Gràcia* , con mucho arraigo en la prensa catalana hasta la entrada de las tropas franquistas en Barcelona en enero de 1939, y el pueblo la bautizó como Marieta, quizá el nombre de esa dama anónima tan implicada en aunar las fuerzas de sus vecinos para intentar evitar la triste proliferación de tanta injusta carne de cañón.

Los militares, dirigidos por el general Gaminde, subieron desde la plaça de Catalunya hasta la confluencia del passeig de Gràcia con el carrer de Còrsega, límite fronterizo donde lucía una desgraciada estatua de la diosa Ceres, molesta para Gaminde, quien histérico ante el rumbo de los acontecimientos, mandó trasladarla para poder bombardear a su antojo a tanto rebelde. La pobre divinidad emigró al naciente Poble Sec hasta su definitiva demora en Montjuïc, donde pasa sus horas contemplando un Sant Jordi, con quien mantiene un utópico idilio por la inamovilidad de la piedra.

Cuando la principal columna de las cuatro conminadas a terminar con el desaguisado ascendió por el carrer Salmerón, actual Gran de Gràcia, el panorama era desolador, con el suelo levantado y diez barricadas formadas por troncos y adoquines, dispuestas de manera casi simétrica, como una metáfora de la ilusión y la imposibilidad de vencer el envite. Algún valiente disparaba desde los balcones, y según la tradición, cerca de la plaça del Sol, un grupo sacó un cañón de un domicilio.

Eran fuegos de artificio. Según Artur Masriera, todo ese campo atrincherado era una platea teatral sin actores, mediocres al carecer de organización, municiones, táctica, plan y seso. La represión fue leve y los doscientos prisioneros fueron eximidos de condena al cabo de pocas semanas. Solo se fusiló a cuatro ladrones, sentenciados en consejo de guerra al robar en la carretera de Argentona y rechazar cumplir las

órdenes de los guardias civiles destinados a detenerlos. Sus cadáveres yacieron exánimes en la Ciutadella, desde el año anterior propiedad del Ayuntamiento, bajo la condición de correr con los gastos de la demolición ante la exigencia inapelable de construir jardines donde antes reinó el horror.

EL ÚLTIMO SUSPIRO DEL PASADO O UN ASESINATO PERIFÉRICO

Los confines de Gràcia constituyen un enigma incluso para sus más acérrimos partidarios. Si subimos hasta la plaça Lesseps alcanzaremos la iglesia de los Josepets, templo barroco dedicado, y la referencia nada tiene de casual, a la Virgen de Gràcia. Si proseguimos con el ascenso ingresaremos en Vallcarca, cuya etimología remite a un valle angosto, desde finales del siglo XIX colonizado por villas estivales en un ámbito idílico envuelto de naturaleza asilvestrada, con pequeños movimientos de grandes familias de la Ciudad Condal para urbanizarla.

Vallcarca pertenece al distrito de Gràcia, aunque durante el Ochocientos sus dominios eran propiedad de Horta. Esta disquisición podría llenar muchas páginas. No es nuestro objetivo, si bien no está de más resaltar cómo aún quedan restos del viejo acueducto que proporcionaba líquido elemento a la villa en los terrenos de Can Turull en el Mas Falcó, propiedad del barón de la Barre. Lo recuerda un arco más bien desconocido para los barceloneses, y si recuperamos la anécdota es por tener cierta relevancia en nuestro camino hacia otras alturas.

Desde el carrer de la Mare de Déu del Coll muchos turistas algo temerarios se aprestan a la escalada de la Baixada de Briz o la de la Glòria, con abruptas pendientes salvadas parcialmente por una escalinata nada favorecedora del

esfuerzo para alcanzar el Park Güell. Su entrada más desconocida es un sendero de tierra, donde a veces las cotorras dialogan con los paseantes entre árboles con inscripciones amorosas. Si en vez de ir hacia la ciudad jardín proyectada por Gaudí con el fin de contentar al conde de Güell tomamos la dirección contraria, vislumbraremos una increíble vista de Barcelona, desde la Sagrada Família hasta el castillo de Montjuïc. Pocos metros más allá, el Bar Delicias ha perdido su prestigio de antaño entre contrabandistas para ser una de las referencias gastronómicas del tapeo por la proverbial calidad de sus patatas bravas, en cierto sentido un símbolo de esta periferia en contraposición con las de Tomás, al otro extremo del mapa, en Sarrià, como si esa pugna de tubérculos mostrara las similitudes entre dos antiguos pueblos sin contacto alguno por sus divergencias socioeconómicas.

La recomendación culinaria no debe despistarnos de nuestra meta. Desde la terraza del bar puede apreciarse la ermita de Nuestra Señora del Carmel, construida a toda prisa por iniciativa de su primer residente, el ermitaño Miquel Viladoms, para «honra de la Santísima Virgen, fomento de su culto y edificación de los fieles».

Cuando se inauguró, el 16 de mayo de 1864, dependía de la parroquia de Sant Joan de Horta. Más de cuatro mil personas acudieron a celebrar este nuevo santuario, a poco más de trescientos metros de la muy maltrecha ermita medieval de Nuestra Señora del Coll.

La razón de tantos templos en una zona tan agreste se debía a su altitud, idónea para retiros y la búsqueda de contacto con lo divino. Para Barcelona estar a más de doscientos metros sobre el nivel del mar implica ese toque tan capitalino de pensar en respirar mejor y notar una impecable circulación de la sangre al empaparse de naturaleza. Josep Maria Huertas

Claveria realza esta tesitura con una efeméride según la cual se planteó situar el Palau Reial en la colina, descartándose en detrimento de Pedralbes por motivos desconocidos.

Poco sabemos de Miquel Viladoms. La revista madrileña *Gil Blas* del 26 de agosto de 1865 dedica un artículo a la ermita con cierto tono jocoso, al referir que en ese rincón de Vallcarca solía reunirse gente más bien impía por su afición a merenderos y bromas; de repente, asocia estos elementos con la descripción del templo, más bien una cueva con aspecto de albergue de forajidos, donde se vendían escapularios con el reclamo de una bandera en la fachada. Podían comprarse a varios precios y una inscripción con letras muy grandes afirmaba la salvación para quienes los adquirieran.

Viladoms se invistió a sí mismo prior y dormía en una estera de su «gruta», tan solo decorada por un crucifijo, una calavera y un cleriguillo de barrio más bien esperpéntico, con toda probabilidad sacado de algún mercadillo de feria.

Quizá nos equivocamos por analizar todo ese repertorio desde un punto de vista más bien contemporáneo, pero todo apunta a una escenografía bien pertrechada por Viladoms con el fin de conseguir adeptos para el recinto. No lejos de la ermita existía, en la confluencia del torrente del Paraíso y el de Besora, un lugar conocido como el Salto de las Brujas, con cierto aroma de malditismo para hundir el pasado de tantas mujeres avezadas en las artes medicinales. El transcurso de los siglos había mutado ese beneficio en daño y muchos asociaban el enclave con prácticas algo diabólicas, y eso sin duda allanaba el terreno para invertir la demagogia hacia el exorcismo, y a eso se aplicó nuestro protagonista con bulos consistentes en declarar haber expulsado a una inquietante bruja y conjurar de los pies de un devoto sus zapatos, henchidos del mal propio del ángel caído.

Sus capacidades de exorcizar hicieron del paraje, si creemos la crónica a pies juntillas, una corte de los milagros a imagen y semejanza de la plasmada por Victor Hugo en su *Notre-Dame de París* . La geografía del Carmelo, sin urbanización de ningún tipo y más bien escarpado hasta la construcción de una carretera hacia 1875 para unirlo con Gràcia desde la actual plaça Sanllehy, debió favorecer ese clima desquiciado para colmar todos los parabienes del falso prior, quien tanto recibía a una chicuela de doce años como a hombres robustos apocados por el pánico al demonio, y de este modo la venta de escapularios constituyó una empresa fabulosa durante más de una década, con la autoridad civil ausente de las inmediaciones sin tener constancia de las alocadas prédicas, los donativos recibidos por las sanaciones y la inocencia de tanto analfabetismo, dichoso por dar con un placebo para aliviar todas sus calamidades.

La ausencia de seguridad se solventó en 1874 con una fuerza de carabineros encargados de vigilar la comarca, apta para robos rurales y escaramuzas de poca monta. Quien escribe sospecha la impunidad de Viladoms, sólido en su rocalla y orondo por emplazar su santuario en un límite entre poblaciones. La nueva carretera debió otorgarle más visitas de almas desesperadas hasta la noche del domingo 15 de julio de 1877, cuando fue encontrado sin vida al pie de la estatua de la Virgen, una incorporación imprescindible para el atrezo. El cuerpo recibió ocho puñaladas, y los distintos medios que se hicieron eco de la noticia cavilaban sobre una venganza como motor del delito, al hallar en los bolsillos del ermitaño once pesetas y haber respetado el asesino las alhajas del templo.

Antes de comenzar con mis pesquisas sobre el crimen de Viladoms tenía muy pocas esperanzas de resolver el entuerto siquiera de modo parcial, sobre todo por otro factor relativo a

la aparición de la Modernidad con mayúsculas. La prensa de los años setenta del siglo XIX aún estaba en pañales, y las informaciones se cernían a la descripción de los hechos sin profundizar ni querer ampliarlos para sacar réditos económicos.

Esto es visible en el asunto, magnífico como esbozo de una novela y lamentable para atar todos sus cabos. El 28 de julio de 1877, *Crónica de Cataluña* recogía varios sucesos violentos, todos arquetípicos de una época aún arcaica sin refinamientos técnicos ni intencionalidad más allá del arrebato. Un demente se había escapado del manicomio de Sant Boi de Llobregat. En Sants, la Benemérita capturó a un caco perteneciente a una banda asaltadora de carros. En la casa de socorro del distrito primero se prestó auxilio a un hombre con una herida en la mejilla derecha y una contusión en el ojo al haber recibido un garrotazo durante una riña. Otro individuo acudió al mismo centro por culpa de la coz de un buey en el matadero.

Entre tanta tragedia cotidiana la salsa radicaba en la detención por parte de la Guardia Civil del autor del robo y asesinato del vigilante de la ermita del Monte Carmelo. Fue arrestado en Sant Andreu del Palomar, aún un pueblo de las cercanías de Barcelona, y al registrarse su domicilio se hallaron 968 duros y algunas monedas de oro, puestas sin pestañear a disposición judicial.

Los días siguientes otros medios repitieron el párrafo, y después el asesinato se olvidó por completo, y en esto intervinieron dos factores. El primero se ha perpetuado hasta la actualidad y constituye un clásico de la sección destinada a la crónica negra. Los crímenes periféricos tienen muchas menos entradas que los perpetrados en el centro urbano, como si fueran menos relevantes por la condición social de los

implicados. En este caso concreto la distancia del santuario era abismal y solo los más osados se aventuraban hasta esa cima por esos anhelos explicados con anterioridad. La muerte de un pobre religioso apartado del mundanal ruido era irrelevante, y la razón topográfica sirve para priorizar lo noticiable.

Si nos diera por lanzar hipótesis podríamos establecer un *modus operandi* del asesino de Viladoms. Desconocemos si había cosechado tanta fortuna con la venta de escapularios, pero el misterioso criminal del Carmelo bien pudo merodear por los alrededores y conocer de las actividades de su víctima, bien por haber cometido pequeños hurtos en las proximidades montañosas, bien por haber recogido la popularidad del ermitaño y su tinglado limítrofe. Lo imagino experimentado, con el ojo bien enfocado hacia una acción sin mancha al ignorar aquello de que no existen crímenes perfectos, sino investigaciones imperfectas.

Si el periodismo de la época hubiera detentado aspectos modernos tendríamos un croquis más completo. ¿Quién dio el soplo para detenerlo? ¿Lo vieron salir de la cueva y avisaron a los carabineros? Todo parece indicarlo. Lo arrestaron a casi cinco kilómetros de distancia. Lo seguían, tendieron la tenaza y él, incauto, no sospechaba ni por asomo de su ingrato destino.

El Carmel, lo hemos comentado hace un suspiro, continúa en esa marginación de los contornos, como si no tuviera vinculación alguna con Barcelona. El Carmel es noticiable solo si sus habitantes protestan. Otra alternativa para aparecer en los medios de comunicación es por desgracias de cualquier tipo. En enero de 2005 el desprendimiento de las obras de ampliación del túnel de la línea cinco del metro obligó al desalojo de doce familias residentes en el número 10 del

pasaje Calafell. Al cabo de 48 horas la tierra se tragó el garaje adyacente a esa finca y el barrio se vio sumido en un calvario.

El metro finalmente se instaló en esa montaña pelada, con tres salidas, una de ellas en plaça Pastrana, gentilicio de una localidad de Guadalajara en homenaje a la proveniencia de muchos de los residentes carmelitas. El 7 de abril de 2013, en un piso de esa ágora una mujer ahogó a sus dos hijos en la bañera. Estaba aquejada de una fuerte depresión. La iban a desahuciar al cabo de pocas semanas y quiso cortar por lo sano suministrando a sus retoños unos sedantes para asesinarlos sin dolor. Se reconoció culpable ante el tribunal sin dudarlo ni siquiera un instante. Estas son las notas lúgubres, las únicas dedicadas a este barrio de trabajadores en eterna resistencia para salvar sus raíces, amenazadas de forma contradictoria entre olvido, turismo y el aliento de la gentrificación. Trabajadores muy apegados al territorio desde su aislamiento, fortalecedor del sentimiento comunitario hasta sobresaltarse, lo he vivido en mis propias carnes, cuando asoma por la pendiente del carrer Llobregós un grupo de curiosos empecinado en romper con la invisibilidad de ese muro de cartón piedra.

El primero en mostrar esta otra Barcelona a la luz pública fue Juan Marsé en *Últimas tardes con Teresa.* La novela puede leerse desde muchas perspectivas, aunque la más cabal es ver esa historia de amor fallida como una imposibilidad por juntar dos realidades diametralmente opuestas que convivían y conviven en la misma geografía, bien regada de barreras sociales para impedir cualquier trastoque del orden natural trazado por barrios, distritos, actitudes y vestimentas.

La noche de San Juan, siempre mágica, más aún en la narrativa condal, catapultará la coincidencia, con cierto baile de disfraces y un continuo juego de engaños entre los señoritos

de mierda y el andaluz con aspiraciones de quebrantar su posición en un ascensor inamovible, parapetado en una montaña donde la cumbre es la indigencia.

Su protagonista, Manolo Reyes, solo saldría en el telediario de haber cometido alguna fechoría. En 1877 hubiera sido carne de breve, y una centuria después su situación en las linotipias, rebautizadas por su torpeza como lipotimias, no hubiera avanzado un ápice. Y aquí irrumpe el segundo factor de la ecuación.

La Modernidad, y con ella un mayor desarrollo de la información de todo tipo, también la criminal, llegó en 1888 desde una doble vertiente. El crecimiento económico de Barcelona la destacó del resto de España hasta enaltecer su ambición internacional, exhibida en 1888 con la Exposición Universal, el mejor muestrario del siglo si se aspiraba a la grandeza.

Para ello se endeudó y puso todas las cartas sobre la mesa. El triunfo fue celebrarla, y a partir de ese evento la ciudad se vinculó a acontecimientos de impresión para remodelarse, como la Exposición Internacional de 1929, la frustrada Olimpiada Popular de 1936, el Congreso Eucarístico de 1952, los Juegos Olímpicos de 1992 o el desastroso Fórum de las Culturas de 2004.

En 1888, Barcelona puso su particular pica en Flandes en la escena mundial y su cuadrícula se rellenó de simbolismos imperecederos. El monumento a Colón plasmaba su relación con América, mientras la urbanización del litoral y la instalación de iluminación eléctrica en sus principales avenidas, con la Rambla sobresaliendo entre las mismas, apuntalaba la apuesta por el progreso, refrendada con la ubicación de los pabellones de la muestra en la Ciutadella, de

este modo desterrada de su viejo recuerdo opresor para devenir la amplitud de miras con el mañana, encarnado por todos los inventos presentes y un sector pletórico de aparatos tecnológicos, como una estación meteorológica y un mapa de piedra con las distancias que separaban a la capital catalana del resto de los lugares emblemáticos del planeta, a día de hoy ilegible por culpa del poco esmero del municipio para preservar y transmitir su pasado.

Llegaron los extranjeros, y muchos de ellos durmieron en el efímero Hotel Internacional, obra de Lluís Domènech i Muntaner, quien además de su labor arquitectónica propugnaba realizar una arquitectura nacional, y esta llegaría al cabo de muy poco tiempo con el modernismo, omnipresente en todo el perímetro ciudadano, con especial relevancia en l'Eixample, unificado mediante este estilo para remarcar ese instante de pujanza, descrito con suntuosidad sorprendida durante la Exposición por periodistas provenientes de los cuatro puntos cardinales. La cinta se había cortado y ahora solo quedaba determinar qué Modernidad se elegía para desplegar con más prestancia las velas del renacido navío.

En 1888, la prensa dio un volantazo en su tratamiento de la crónica negra. Ocurrió en Inglaterra, y muchos aseverarán con la cabeza mientras leen este parágrafo al asociarlo con los crímenes de Whitechapel, cinco asesinatos cometidos entre el 31 de agosto y el 9 de noviembre de ese mismo año. Las víctimas fueron cinco prostitutas y los tabloides no desperdiciaron ningún detalle del caso, siempre más apasionante a medida que se acumulaban las informaciones y se activaban las cábalas para conocer la identidad del psicópata, siempre a sus anchas en sus lóbregas callejuelas, hediondas por lo mísero de sus habitantes, concentrados a decenas en sus habitaciones y consolándose de tanta sordidez

omitida por Su Majestad la reina Victoria en tabernas de mala muerte, frecuentadas por el más bajo estrato del proletariado y mujeres condenadas al alcoholismo y a ofrecer su cuerpo para poder sobrevivir en una jungla nada dickensiana, pues la realidad era mucho más ruin que en las novelas.

La prensa ofreció todo lujo de minucias. Los lectores sabían de pe a pa las vicisitudes de todas las víctimas. Mary Ann Nichols, Polly, presentaba un par de cortes en la garganta, el abdomen parcialmente rasgado y varias incisiones en otras partes de su organismo. A la desdichada Annie Chapman le rebanaron la garganta, su vientre fue apuñalado a destajo y le extirparon el útero. Las dos siguientes damnificadas murieron en la madrugada del domingo 30 de septiembre con apenas cuarenta y cinco minutos de diferencia, cuando la policía perseguía al fantasmagórico criminal, quien completó su macabra obra con Mary Jane Kelly, descuartizada por completo, con su rostro arrancado y su corazón en la mesa de su cochambrosa recámara.

Además de recrearse en la descripción, útil para comprender el *modus operandi* , los periódicos no menoscabaron otros pormenores, desde pintadas anónimas donde se libraba de toda culpabilidad a los judíos hasta envíos de trozos corporales o cartas dirigidas a las fuerzas del orden y a redacciones de periódicos, válidas para especular sobre la identidad de la bestia por ciertos modismos norteamericanos o su célebre autógrafo, Jack el Destripador, quien en otra misiva se atrevió a declarar, sin errar en el tiro, que con él empezaba el siglo XX .

Por vez primera un caso criminal adquirió envergadura global. Los británicos atendían con expectación cada mañana la llegada del chico de los diarios. Los bares comentaban las últimas informaciones con voracidad, y los directores de los

medios incluían cualquier dato para avivar el fuego, a sabiendas de tener en la tinta una mina áurea de proporciones inéditas hasta la fecha.

En casos de este calibre la atención siempre termina por declinar. Con Jack el Destripador se asistió a un momento fundacional, con repercusiones más allá del morbo y el sensacionalismo. George Bernard Shaw definió al asesino de Whitechapel como el mayor reformador social de su tiempo, al introducir en la opinión pública la lamentable situación de las clases más desfavorecidas. Podían haberse manifestado en el centro de Londres para reclamar mejoras, podían haber denunciado la dejadez, pero solo el puñal de un maníaco dio pie a una leve preocupación por ese tercer mundo insertado en el primero, siempre urgido de purria para acelerar la máquina industrial y presumir de un imperio plagado de doble moral, no en vano la era victoriana es la máxima expresión de ocultar realidades pese a saber de su existencia, y por eso mismo la literatura del período se vio inundada de esa doblez con ejemplos tan prístinos como *Alicia en el país de las Maravillas* , *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* , *Las aventuras de Sherlock Holmes* o *El retrato de Dorian Gray* , con Oscar Wilde como gran bufón consentido y agasajado hasta caer en la trampa de traspasar el umbral tolerable al denunciar a un noble. Como consecuencia, vio toda su inteligencia encerrada en Reading, donde durante dos largos años picó piedra a base de inhumanos trabajos forzados hasta fallecer, irreconocible, en su exilio parisino.

Jack el Destripador traspasó fronteras. Para cualquier investigador la irrupción de *La Vanguardia* en 1881 es una bendición por tener una referencia constante, más útil si cabe por la tendencia de este diario, siempre muy acoplado con lo predominante en cada etapa histórica. No podría disponer de

más datos sobre el santón del Carmel en caso de no haber existido el legendario periódico barcelonés durante ese verano de 1877, pero saberme huérfano de sus páginas tiene cierto matiz simbólico, como si antes de su aparición el campo fuera más yermo e indescifrable. En su portada del 25 de octubre de 1888 glosa los sucesos londinenses y pide disculpas por varias imprecisiones. El asesino no recibía el apodo del gaitero, pues «Yack the Triper», transcribo literalmente, era Jaime el Destripador. En fin.

Con la Exposición Universal y el monstruo de Whitechapel se conjugan dos modernidades a través del ingreso de Barcelona en el escaparate continental y la entrada de la prensa en otra dimensión al superar la superflua descripción de hechos para aprovecharlos mediante su ampliación, ser más fehacientes y catapultar el beneficio económico. A partir de ese momento, la transmisión de la violencia y su repercusión en la sociedad transitaron hacia estadios más precisos, con lo arcaico desterrado a la papelera de la historia.

2

La ciudad de las bombas: la Barcelona de la propaganda por el hecho (1884-1909)

Toda ciudad tiene un imaginario mítico forjado a través de las experiencias pasadas, pero cuando estas caen en un pozo sin fondo conviene recordarlas para retornar a las calles ese legado imperecedero. Si en vez de tratar la historia de Barcelona desde la violencia fuéramos simples cronistas de lo esencial, podríamos resumir los hitos en pocos episodios muy fijados en el tiempo, y quizá solo uno se intuyó como capital mientras duró.

En la Ciudad Condal la máxima expresión de lo dicho fueron los nueve meses comprendidos entre julio de 1936 y mayo de 1937, cuando el enfrentamiento entre las izquierdas hundió ese sueño, bien narrado por George Orwell, de una sociedad con componendas anarquistas para conseguir algo cercano a la igualdad. La diatriba nacida entre los miembros del Comité de Milicias Antifascistas generó los luctuosos Hechos de Mayo y la pugna armada, una guerra civil dentro del conflicto contra los golpistas, entre los partidarios de ganar la guerra, capitaneados por ERC y el siempre más influyente PSUC, y los partidarios de hacer la revolución mientras durasen las hostilidades, encabezados por la ácrata

Confederación Nacional del Trabajo y el Partido Obrero de Unificación Marxista.

La derrota de estos últimos culminó un ciclo histórico del obrerismo barcelonés, quizá el único en todo el planeta donde el anarquismo tuvo suficiente pujanza como para encabezar al proletariado entre sus luchas contra el Estado y el capital desde una transformación vertiginosa, debida al proceso de acontecimientos sucedidos entre 1868, con la visita del italiano Giuseppe Fanelli para transmitir el evangelio de Mijaíl Bakunin, y 1909, cuando la hecatombe de la Semana Trágica provocó devolver el contador a cero para organizar los esfuerzos de los trabajadores a través del sindicato más poderoso de toda la singladura de la modernidad española.

Antes de estos puntos hubo algunos precedentes. El vigor de la clase obrera barcelonesa en el recorrido español del siglo XIX se debía a la extraordinaria actividad industrial del Principado, a años luz de cualquier otra región de la península ibérica.

La participación de los empleados en el éxito de la instauración del Bienio Progresista debía tener, *a priori* , ciertas contrapartidas; la posibilidad de las mismas, solo albergadas por la prohibición de las selfactinas, se dilapidó en abril de 1855 con el nombramiento de Juan Zapatero Navas como capitán general de Cataluña. Este coronel, partícipe del segundo bombardeo de Barcelona en 1843, quiso desde su ascenso al cargo liquidar cualquier atisbo de ganancia proletaria sin andarse con chiquitas. El 30 de abril, decretó la prohibición del cierre de las fábricas por parte de los patronos y el abandono colectivo del trabajo por los obreros, no sin establecer la obligatoriedad de la autorización gubernativa para permitir el funcionamiento de las asociaciones obreras,

sus principales enemigas, ciñéndose su siguiente tiro de una pistola hiperventilada contra Josep Barceló.

Este hilador de profesión se constituyó en portavoz del resto de los trabajadores durante los tumultos de 1854, hasta ser elegido capitán de la restablecida Milicia Nacional. Cuando Zapatero accedió al mando, la partida se jugó entre estos dos hombres, uno por simbolizar la dureza sin miramientos del poder central y el otro por encarnar la capacidad de movilización proletaria al ser considerado como *alma mater* de la asociación de hiladores de la capital catalana.

El duelo tenía un evidente desequilibrio. En mayo se restablecieron las selfactinas y, el 6 de junio, Barceló fue ejecutado al ser declarado culpable de un crimen en una masía cercana a Olesa. La única prueba en contra de su persona fue la declaración de uno de los ladrones de la finca.

El ajusticiamiento de Barceló, acompañado de setenta deportaciones de otros compañeros a Cuba, fue la gota que colmó el vaso y alentó a los obreros hacia una situación insólita: la huelga general, más justificada si cabe cuando el 21 de junio Zapatero, entregado por completo a su causa aniquiladora, ilegalizó las asociaciones, los ateneos y las mutualidades obreras para impedir reivindicaciones, esperanzas de educación independiente y el cubrimiento mutuo en caso de paro, enfermedad e incluso viudedad u orfandad.

La huelga empezó a la hora del almuerzo del 2 de julio de 1855, cuando los trabajadores barceloneses y de los pueblos del llano abandonaron sus obligaciones laborales. En Sants, donde con anterioridad se mascaba la movilización por discusiones en la España Industrial, Josep Sol, diputado y

antiguo dirigente del Vapor Vell, la fábrica de los Güell, fue asesinado de un disparo.

Al día siguiente, la revuelta se extendió a otras poblaciones catalanas. Los obreros, aún amparándose en Espartero, popular pese a tantos desengaños, pedían pan y trabajo. El 5 de julio se trasladaron dos delegaciones a Madrid para reclamar las diez horas de jornada laboral, el derecho de asociación y la instauración de un jurado conformado por trabajadores y patronos. Espartero las recibió, prometiéndoles cumplir sus demandas si cesaban la huelga y regresaban a la normalidad, finalmente recobrada a mediados de mes, no sin encarnizadas disputas en la Rambla y furibundos ataques de la prensa nacional.

Por vez primera los acontecimientos de Barcelona crearon una solidaridad nacional entre elementos del proletariado. El 7 de septiembre se presentó en Madrid la «Exposición» presentada por la clase obrera a las Cortes Constituyentes. La redactó Francesc Pi i Margall y venía avalada por las firmas de obreros de todo el país.

Sus consecuencias fueron nulas, pues por aquel entonces las Cortes ya discutían un proyecto de ley con la aspiración de someter a toda sociedad de fabricantes u operarios a la autorización del gobierno, la formación de jurados integrados por prohombres industriales, la instauración de la media jornada de trabajo para los niños de ocho a doce años y las diez horas diarias para los jóvenes con edades comprendidas entre los doce y dieciocho. Por lo demás, sus señorías no vieron necesidad de mayor capacidad asociativa porque esta se colmaba con la pertenencia a la nación.

Todo esto se perdió como lágrimas en la lluvia cuando, durante 1856, se incrementó el clima de tensión social y el

general O’Donnell, ministro de la Guerra en el gobierno Espartero, arremetió contra el peligro de esas masas reacias a la familia, la propiedad y lo más sagrado. Renacieron las revueltas y se terminó con la resistencia barcelonesa, bombardeándola el 20 de julio desde el sólito castillo de Montjuïc. Tras la rendición de Zaragoza, se disolvió la milicia y se suprimieron tanto ayuntamientos como diputaciones. El 2 de septiembre se cerraron las Cortes Constituyentes y se restableció mediante otro decreto la Constitución de 1845, dándose por zanjado el Bienio Progresista.

UN ITALIANO EN L’EIXAMPLE

La unidad urbanística de l’Eixample impresiona, con su cuadrícula como símbolo de la nueva ciudad surgida del derrumbe de las murallas. Visto desde el aire, el barrio parece hecho de una pieza, pero lo cierto es que no se concluyó hasta 1929, con motivo de la Exposición Internacional, cuando, al fin, todo su lado izquierdo transmitió cierta sensación de conjunto.

Cerca de la Diagonal, una avenida poco querida por los barceloneses pese a atravesar la ciudad de punta a punta, hay un pasaje desapercibido para la mayoría. Los nombres del nomenclátor siempre tienen hondo significado político, y asimismo remiten a la construcción de un tejido histórico a través de los decenios.

Este pasaje se dedica a Lluís Pellicer y sirve de atajo para enlazar la calle de Muntaner con la de Casanova. No sé si existen las casualidades. La imaginación vuela libre por el conocimiento de datos relevantes.

Durante los primeros meses de 1869, la zona debía ser un pequeño páramo. Una foto de pocos años antes muestra la plaça Universitat en pañales, con su edificio central a medio construir y otros inmuebles desperdigados en la cercanía. En una esas fincas del carrer de Casanova, confundido según la leyenda por algunos censores franquistas con el mujeriego veneciano, residía el pintor Josep Lluís Pellicer, gran ilustrador, corresponsal bélico con sus dibujos y director artístico de editoriales con solera como la Montaner y Simón, sita a finales del Ochocientos en la actual Fundació Antoni Tàpies, en el carrer Aragó.

Pellicer simpatizaba con los ideales obreros y esa tarde invernal había cedido su hogar para una extraña cita. Recibiría, junto a otros compañeros, al italiano Giuseppe Fanelli, representante de la Alianza Internacional de Mijaíl Bakunin, uno de los padres fundadores del anarquismo clásico.

La Alianza perseguía como fin expandir su ideario por todo el Viejo Mundo, y durante ese intervalo España devino una presa muy apetecible por la caída de la monarquía isabelina y la posibilidad de una república federal, la favorita entre el grueso de operarios catalanes, como habían demostrado durante el congreso obrero de diciembre de 1868, donde además de abogar por esta forma de Estado abrazaron el cooperativismo.

Uno de los promotores de este cónclave proletario fue Rafael Farga, familiar de Pellicer. Ambos esperaron al napolitano, un apóstol de la divina acracia convencido de tener plenas prerrogativas para fundar la sección española de la Asociación Internacional de Trabajadores, alumbrada por Karl Marx en Londres el 28 de septiembre de 1864.

Marx y Bakunin nunca se llevaron bien. Discrepaban por muchas razones y el padre del socialismo científico nunca confió en el ruso, acusándole de ser un agente del zar y un conspirador. Por si esto fuera poco, las disensiones ideológicas entre ambos eran profundas en campos como la abolición de la herencia, juzgada por el eslavo como un mecanismo perfecto para acabar con los privilegios, y la visión sobre el Estado.

Estas discrepancias harían inviable la alianza entre ambas esferas del universo obrero, pero en septiembre de 1868 Bakunin pidió el ingreso de la Alianza en la Internacional, y Fanelli viajó hasta la Península convencido de esta integración, desestimada en diciembre. Por eso mismo se vio imbuido de inexistentes mandatos, claves para entender el viraje del proletariado barcelonés hacia ciertos parámetros más bien distantes de las predilecciones marxistas.

Según la leyenda, Fanelli, como ya hiciera en su primer apostolado madrileño, se dirigió a los asistentes por signos. Quien escribe lo duda, porque aún hoy en día los hablantes de las múltiples lenguas latinas podemos comprendernos con una mezcla de las mismas. Lo importante, más que el modo de comunicarse, fue lo dicho, y aquí es imperativo recordar los cinco puntos clave de la Alianza.

El primero pedía la abolición definitiva y completa de las clases para conseguir la igualdad socioeconómica de los individuos de ambos sexos. Para ello debía abrogarse la propiedad individual y el derecho a heredar con el fin de crear un porvenir en función de la capacidad productiva de cada individuo, con los instrumentos de trabajo a manos de los trabajadores agrícolas e industriales.

El segundo versaba sobre uno de los pilares de la acracia, pura vanguardia social hasta no hace mucho tiempo. Todos los

niños de ambos sexos debían nacer en igualdad de los medios de desarrollo, comprendiendo estos la alimentación, la ilustración y con ella la educación en cualquier grado para lograr la igualdad social, económica e intelectual hasta hacer desaparecer los desequilibrios producto del curso de la historia hasta ese instante.

El tercero negaba cualquier forma de Estado y solo aceptaba acciones revolucionarias encaminadas al triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; los Estados políticos y autoritarios debían reducirse a simples funciones administrativas de los servicios públicos a nivel nacional, estableciéndose una unión internacional de las libres asociaciones agrícolas e industriales.

El cuarto insistía en el internacionalismo del proletariado y la ausencia de fronteras, pensamiento reforzado con el rechazo al patriotismo y a la rivalidad entre naciones.

El quinto y último argumento quería la abolición de los cultos desde el ateísmo y la sustitución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la humana.

Estos cinco apartados marcaron el recorrido del obrerismo catalán hasta la guerra civil española y aún tienen un valor práctico, coherente y dinámico en la configuración de una cosmovisión ajena a banderas, desde un profundo humanismo para igualar a todos los ciudadanos del planeta en una serie de derechos básicos, incomprendidos aún en muchos lugares.

El rechazo de Marx hizo moderarse a Bakunin, quien en enero de 1869 aceptó disolver la Alianza y establecer desde los restos de la misma la sección ginebrina de la Internacional. En mayo de ese mismo año, los barceloneses crearon su propio grupo dentro de la AIT, pese a proseguir con el decálogo emanado por Fanelli, afín en sus aspectos más políticos al

federalismo predominante, pese a desear la supresión del Estado y predicar la antipolítica como *modus operandi* , con su aversión al sistema parlamentario como elemento determinante una vez se aprobó el sufragio universal masculino en 1891, si bien este se mantuvo vigente durante el Sexenio Democrático, donde el barcelonés Pau Alsina fue el primer obrero elegido como diputado. Una vez se truncó ese paréntesis revolucionario, Alsina recaló en las filas del posibilismo republicano de Castelar, nada extraño en alguien vinculado con la masonería, desde mi punto de vista con claras conexiones tanto con el credo federalista como con ciertos conceptos anarquistas, pues ambas parcelas asociativas ponían entre sus prioridades el combate de la luz contra las tinieblas de la sinrazón despótica y clerical. Esta coincidencia es visible en la estatua de la libertad que corona la primera biblioteca pública de Barcelona, establecida en el número 26 del passeig de Sant Joan por los testaferros testamentarios de Rossend Arús, entre ellos Valentí Almirall, padre del catalanismo político desde axiomas federalistas.

Durante el Sexenio, las agrupaciones obreras tuvieron libertad de acción. En 1870 se celebró en el Teatro Circo de Barcelona, ubicado en el carrer Montserrat, en la parte baja de la Rambla, el primer Congreso Obrero Español. Rafael Farga fue el primer presidente de unas sesiones donde se discutieron cuatro grandes temas: acción sindical, cooperativismo, organización social de los trabajadores y la actitud a mantener ante la política.

Los asistentes se dividían en tres grupos. La corriente bakuninista bebía, sin duda, del efecto Fanelli, mientras los sindicalistas solo tenían en común su denominación al separarse entre apolíticos y políticos, con estos últimos favorables al republicanismo federal. El otro sector en liza era

el cooperativista. La gran coincidencia entre todos ellos fue sentirse miembros integrantes de la Federación Regional Española de la Internacional, de breve camino por las circunstancias políticas. Sobrevivieron hasta 1881, pese a permanecer en la clandestinidad desde principios de enero de 1874, cuando el golpe de Estado del general Pavía, quien nunca entró a caballo en las Cortes, arruinó la obra del Sexenio hasta asentar los cimientos de la restauración borbónica.

La Federación se disolvió por sus conflictos intestinos al haberse gestado durante ese decenio una barrera ideológica entre varias regiones españolas a partir de la visita del cubano Paul Lafargue a Madrid en 1872, con el fin de difundir la doctrina de su suegro, Karl Marx. Esta encontró acomodo entre el grupo del diario *La Emancipación* , y dentro de él su mayor adalid fue Pablo Iglesias Posse, fundador en 1879 del Partido Socialista Obrero Español, cuyo asentamiento radicó en la capital y en Euskadi, progresivamente industrializado con los Altos Hornos de Vizcaya. La disolución de la sección española de la Internacional partió del grupo anarcosindicalista catalán, con Farga aún en la brecha, partidario de aprovechar la llegada al gobierno del liberal Práxedes Mateo Sagasta, quien cumplió con su promesa y aprobó la libertad de asociación, y con ella el nacimiento de la Federación de Trabajadores de la Región Española durante un congreso celebrado en septiembre de 1881, en el mismo lugar del de 1870, aunque en esta ocasión los congregados, con Pablo Iglesias ausente, se manifestaron reacios al parlamentarismo y favorables al colectivismo. Sus tesis eran sólidas y eludían con astucia las del congreso de las asociaciones obreras reunido en Londres, a finales de julio de 1881, para reflotar la efímera Internacional anarquista de Saint-Imier, cuyas actividades

duraron de 1872 a 1877, tras la expulsión de los partidarios de Bakunin de la AIT.

Los reunidos en la metrópolis británica no pudieron reconstruir la organización, pero entre las resoluciones de esas jornadas defendieron añadir a la propaganda oral y escrita otra basada en el hecho, con la ilegalización como vía suprema para llegar a la revolución, bien respaldados por la dinamita.

HITOS INTERNACIONALES DE LA PROPAGANDA POR EL HECHO

La invención de la dinamita por Alfred Nobel supuso un punto de inflexión en la historia del terrorismo, al ofrecer múltiples ventajas para la ejecución de atentados de gran envergadura por el fácil manejo del artefacto, su fiabilidad y la sonoridad del explosivo para sembrar el pánico y conseguir repercusión mediática.

Los rusos fueron los primeros en emplearla a gran escala. Según Alain Pessin, los anarquistas contemplaron la violencia desde dos matices innovadores. En primer lugar, elevaron los crímenes de derecho común, tales como robos, falsificación de moneda, asesinatos o fabricación de armas a la categoría de instrumentos útiles para la lucha revolucionaria y regenerar al colectivo desde el ilegalismo subversivo. De este modo, el hecho delictivo se erigía en transgresor de la moral, el poder y la autoridad burgueses para restituir al pueblo sus riquezas y derechos acaparados con suma injusticia por una minoría. Desde esta perspectiva, los grandes terroristas de la divina acracia eran héroes al encarnar el espíritu de bandidos sociales, redimidos por su creencia en una utopía liberadora.

La segunda invención sería la misma propaganda por el hecho como justificación de una violencia ciega e ilimitada. El

término, con su correspondiente elaboración teórica, fue acuñado por el socialista francés Paul Brousse o el campano Carlo Pisacane, presentándose en sociedad durante una serie de simposios que tuvieron lugar de julio a octubre de 1876 en Nápoles; de ahí intentó medrar en un congreso de la Internacional celebrado en Berna, donde no cuajó al votarse a favor de la lucha sindical.

Su puesta en escrito se publicó el 3 de diciembre de ese mismo año en el *Bulletin de la Fédération Jurassienne* , bajo la firma de Carlo Cafiero y Errico Malatesta, quienes proclamaban el hecho insurreccional como el medio de propaganda más eficaz y el único con hechuras para penetrar en las capas sociales más profundas y atraer a las fuerzas vivas de la humanidad, sin engañarlas. Se quería iluminar sobre los beneficios del acto terrorista como el mejor mensajero de la necesidad de derribar regímenes.

El último tercio del siglo XIX recolectó una extraordinaria cosecha de atentados contra personalidades políticas, pero no todas estas agresiones deben enmarcarse en la propaganda por el hecho. Un elenco más o menos completo incluiría el fallido intento de regicidio de Max Hödel contra el káiser Guillermo I el 11 de mayo de 1878; los dos tiros del revólver del tonelero catalán Joan Oliva Moncusí contra Alfonso XII el 25 de octubre de ese mismo año; la gran oleada francesa, con protagonismo italiano, culminada con el asesinato del primer ministro Marie François Sadi Carnot el 24 de junio de 1894; el apuñalamiento mortal de Isabel de Baviera, mujer de Francisco José I de Austria, el 10 de septiembre de 1898 en Ginebra; el disparo certero de Gaetano Bresci contra el rey Humberto I el 29 de julio de 1900 en Monza, o el tiro fatídico de Leon Czolgosz durante la Exposición Panamericana de Búfalo para asesinar al presidente estadounidense William

McKinley, fallecido el 14 de septiembre de 1901 por las graves heridas recibidas.

Johann Most, antiguo diputado del Reichstag y formador de grupos anarquistas antes de exiliarse a Norteamérica, propugnaba explicar en carteles el porqué de las acciones para sacarles mayor partido, del mismo modo que consideraba natural el procurarse explosivos y conocer las técnicas para utilizarlas con fines revolucionarios.

El atentado de mayor simbolismo a nivel internacional sucedió el 4 de mayo de 1886 en Haymarket Square, Chicago, donde un artefacto estalló y se cobró la vida de siete policías como reacción a la represión desplegada por las fuerzas del orden para contener una marcha anarquista en protesta por el contrato de esquiroles en una fábrica agrícola y a favor de la jornada de ocho horas.

El juicio fue una farsa condicionada por la prensa amarilla, henchida de ira hacia la mayoría de los extranjeros en el banco de los acusados. De los ocho supuestos responsables, cuatro fueron ejecutados, uno se suicidó y tres más sufrieron largas penas de cárcel.

Los ocho mártires de Chicago no murieron en vano. En 1886 se otorgaron las ocho horas a centenares de miles de obreros en suelo estadounidense. En 1889 la recién creada Segunda Internacional Socialista decidió homenajearlos en París cada primero de mayo, desde entonces Día Mundial de los Trabajadores. Las primeras manifestaciones de esa emblemática jornada se celebraron en 1890, con la correspondiente discusión de si debía emplearse para fomentar una huelga general revolucionaria o simplemente como un día para reivindicar derechos detrás de una pancarta desde el más estricto pacifismo.

Barcelona fue la única ciudad española donde el proletariado se congregó ese histórico jueves, imponiéndose por la mayor capacidad movilizadora de los anarquistas la opción demostrativa. Se reclamaron los tres ochos. Ocho horas de trabajo, ocho horas de ocio, no entendido desde su significación actual, sino más bien desde el tener tiempo para formarse, y ocho horas de sueño.

Los veinticinco mil asistentes partieron del Teatro Tívoli, bajaron la Rambla hasta Colón y siguieron hasta la residencia del gobernador civil, en Pla de Palau. Los socialistas aceptaban tomarse esas horas como un «Jueves Santo obrero», convirtiéndolo en inofensivo, mientras sus compañeros ácratas desconfiaban sobre estos actos al ser baldíos para la militancia. Esta idea fue el impulso para reincidir al día siguiente, convocar otro mitin huelguista en la plaça de Tetuan, parar telares y fábricas de los pueblos de la periferia e incendiar con basura el centro mientras luchaban a pedradas contra las fuerzas del orden en plaça de Catalunya hasta el 4 de mayo. Ese día, los ánimos se apaciguaron por la reacción de la autoridad y la consigna de haber adquirido una nueva herramienta para combatir en pos de mejoras laborales para todos los gremios, independientemente de su posición ideológica dentro del movimiento obrero.

El Primero de Mayo barcelonés devino en una exhibición contrapuesta a las del creciente catalanismo burgués, siempre más pacato incluso en su estética, con desfiles de estatuas medievales o himnos más bien rancios para recibir a personalidades a untar para su causa, como el general Polavieja, quien tras el Desastre del 98 fue durante unos meses la gran esperanza para conseguir un concierto económico para Cataluña. Sin embargo, esa promesa quedó difuminada cuando la grave realidad tras la pérdida de las colonias ultramarinas

condujo a recortes presupuestarios, con el consiguiente incremento de impuestos para los comerciantes barceloneses, casi la única clase media del Estado español finisecular. El boicot a pagar esas tasas se conoció como el Tancament de Caixes (cierre de cajas), recibió el apoyo del alcalde Bartomeu Robert y mostró, entre otras cosas, cómo se establecía en la ciudad una lucha por la hegemonía del espacio cívico entre el proletariado y la burguesía adinerada. Durante esos años, otros prefirieron expresarse con bombas.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE LAS BOMBAS: EJÉRCITO, BURGUESÍA E IGLESIA

La propaganda por el hecho irrumpió en Barcelona en 1884, con casi una decena de explosiones y hallazgos de dinamita por toda la geografía condal. El atentado fundacional ocurrió el 5 de junio de 1884, en el portal de un almacén en el número 12 de la Rambla de Santa Mònica. La explosión hacia las diez de la mañana de una bomba de pera con mecha rompió todos los cristales del establecimiento y mató al instante al joven Miquel Forcadell, destrozándole el cuerpo hasta salpicar con su sangre las paredes de la tienda.

A lo largo de los siguientes años se sucedieron los petardos, muchos de ellos dirigidos contra fábricas, domicilios de sus propietarios y edificios oficiales. En 1886, una bomba explotó en el Instituto del Fomento del Trabajo Nacional, sito en el carrer del Pi, hiriendo a cinco patronos; en enero de 1890, otra detonó en el portal de la casa de los fabricantes Batlló en Rambla de Catalunya; al cabo de un año se produjo una explosión delante del Ayuntamiento, en el carrer Ciutat, y en 1891 la aduana, la España Industrial de Sants y la fábrica de cerveza Moritz estuvieron entre los objetivos de los terroristas.

El año 1892 marcó un antes y un después. No solo en Cataluña. Durante la noche del 8 al 9 de enero, cientos de campesinos entraron en Jerez dando vivas a la anarquía y mueras a la burguesía. Controlaron la ciudad durante un par de horas y combatieron a la guarnición enviada para aplacarlos, produciéndose dos muertes. Se detuvo a los, como siempre, supuestos cabecillas de la revuelta; el consejo de guerra que los juzgó dictaminó cuatro penas de muerte, a ejecutar el 10 de febrero.

El día antes, como represalia obrera contra la opresión gubernamental, explotó una bomba en la plaça Reial, lugar de reunión de la policía secreta. El artefacto mató a un trapero anónimo e hirió a tres personas. Se detuvieron a más de treinta anarquistas, pero la vorágine era imparable y el terror prosiguió con estallidos en el mercado de la Boqueria, hallazgos de arsenales en Gràcia y amenazas omnipresentes, con petardos encontrados providencialmente en la iglesia dels Sants Just i Pastor y en la Llotja de Barcelona, sede de la Bolsa, tan bien retratada por Narcís Oller en su novela *La febre d'or* , con sus asiduos entregados al maná de los valores.

La prensa podía ironizar con bombas programadas para reventar en el momento idóneo para causar impresión. Sin embargo, lo peor estaba por llegar. En el número 15 del carrer Ausiàs March, el italiano Francesco Momo decía ganarse la vida con un taller de sillas; su verdadera profesión era fabricar bombas. Había aprendido del mejor de los maestros, Errico Malatesta, a quien conoció durante su prolongada estancia en Argentina, donde ambos fundaron la Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos, pionera en el Cono Sur.

Llegó a Barcelona en abril de 1892 y se dedicó en cuerpo y alma a su misión destructora, hasta morir el 13 de marzo de

1893 mientras preparaba un dispositivo. Su testamento fue un considerable remanente de explosivos, quizá aprovechado por Paulí Pallàs.

Este obrero nacido en Cambrils en 1862 también probó la aventura argentina y entabló amistad con Malatesta, con quien viajó por la Patagonia hasta instalarse en Rosario, donde asimismo vivía Francesco Momo. Regresó a España en 1892, sospechoso según algunos historiadores de lanzar una bomba en el Teatro Alcántara de Río de Janeiro durante el Primero de Mayo del año anterior. No es difícil suponer que en la capital catalana retomaría el contacto con Momo, y por eso mismo sabía dónde escondía parte de su preciado armamento.

Como no encontraba trabajo se agenció una máquina de coser y fue contratado por una fábrica textil mientras aprendía el oficio de tipógrafo en el colectivo Benvenuto Salud. Vivía en el número 7 del carrer Castillejos, hoy en día Salou, en una finca de 1877.

El domingo 24 de septiembre de 1893 le dijo a su mujer que no le esperara a comer. Salió de casa y desde Sants recorrió el trayecto hasta mezclarse con la multitud en el cruce entre el carrer Muntaner y la plaça de la Universitat. Barcelona celebraba la festividad de su patrona, la Virgen de la Merced, aunque los militares engalanados para el desfile más bien homenajeaban a la princesa de Asturias, María de las Mercedes de Borbón y Habsburgo, en su onomástica.

La marcha la encabezaba el capitán general de Cataluña, Arsenio Martínez Campos, padre de la restauración con su manifiesto de Sandhurst de diciembre de 1874 y hostil al federalismo, al que equiparaba en maldad con el anarquismo. Ese día debía pasar revista a las tropas. Había gran

expectación, con dos hileras custodiadas por policías para evitar cualquier tipo de alboroto.

Pallàs vestía camisa azul y boina. El punto donde actuó le propiciaba una escapatoria hacia el Raval, pero en vez de maniobrar con inteligencia sacó sus dos bombas Orsini rescatadas de la tierra de Montjuïc y las lanzó contra el séquito mientras gritaba eufórico vivas a la anarquía. El general cayó de su caballo y sufrió algunos rasguños, y lo mismo padecieron sus acompañantes, los generales Castellví y Pérez Clemente. Los explosivos derramaron su veneno en todas direcciones, hasta herir de gravedad en el pecho al guardia civil Jaime Tous, quien murió en el Hospital Militar al cabo de media hora.

A partir de ese instante reinó la confusión. Sonaron toques de corneta, muchos soldados permanecieron inmóviles y otros rompieron la formación para huir como alma que lleva el diablo. Otros dispararon contra la muchedumbre desbandada, con sombreros y bastones desperdigados en el suelo.

Existen dos versiones sobre el arresto de Paulí Pallàs. La más probable apunta a una inmediata detención, como si estuviera demasiado absorto en su gesta. Otra menciona el retorno al hogar, consciente de la gravedad de lo cometido y a la espera de ver entrar por la puerta a los esbirros. Sea como fuere, fue juzgado por un tribunal militar y fusilado por cuatro soldados el 4 de octubre de 1893, en la luneta de mar del castillo de Montjuïc. Antes de caer abatido, juró venganza, y esta no tardaría en asomar con macabra precisión matemática: los anarquistas leían historia y sabían cómo escenificarla.

El relato canónico de los hechos, siempre con demasiada tendencia a la simplificación, sitúa a Pallàs como el típico átomo libre, y eso ha soslayado, salvo en estudios como *El*

procés de Montjuïc , de Antoni Dalmau, otro arbitrario consejo de guerra donde se juzgaron a catorce presuntos cómplices hasta determinar el fusilamiento de seis el 21 de mayo de 1894: Manuel Ars, Josep Sàbat, Josep Codina, Josep Bernat, Mariano Cerezuela y Jaume Sogas. Su ajusticiamiento fue casi simultáneo a la decapitación del barcelonés Émile Henry en París, guillotinado por su atentado contra el Café Terminus de la gare de Saint-Lazare, donde murió una persona y quedaron heridas otras veinte.

Todo nombre tiene un porqué. Las bombas Orsini se llamaban así en honor a Felice Orsini, un revolucionario italiano que el 14 de enero de 1858 lideró el lanzamiento de tres artefactos contra el carruaje imperial de Napoleón III y su esposa, Eugenia de Montijo, en dirección a la Ópera de la rue Le Peletier, donde iban a presenciar *Guillermo Tell* , de Gioachino Rossini.

Una aterrizó al lado del chófer, a milímetros del carromato. La segunda hirió a los caballos y rompió los cristales de la carroza. La tercera cayó justo debajo de la misma e hirió de gravedad a un policía. Murieron ocho personas y se contabilizaron 142 heridos. La pareja imperial acudió a su palco para no levantar alarmas. Orsini fue guillotinado el 13 de marzo, justo treinta y cinco años antes de la muerte accidental de Francesco Momo en l'Eixample barcelonés.

El martes 7 de noviembre de 1893, el Liceu se vistió con sus mejores galas para inaugurar la temporada de invierno con *Guillermo Tell* . Cuando quedaban pocos minutos para la finalización del segundo acto, el anarquista aragonés Santiago Salvador, quien había entrado al teatro tapándose el rostro con una bufanda, sacó dos bombas Orsini de su camisa y las precipitó desde el quinto piso a la platea. Una estalló de inmediato, mientras que la segunda se posó en la falda de una

espectadora. Murieron veinte personas, diez de cada sexo, y otras treinta y cinco resultaron heridas.

Esa noche diluviaba en Barcelona. La salida del teatro fue apocalíptica. Salvador, un contrabandista de alcohol, observó desde la Rambla, resguardado entre los árboles del paseo, cómo salían los burgueses. Abundaban los lamentos y reinaba el caos. El italiano Alberto Saldani fue detenido en la misma platea, y quizá este detalle auxilió aún más al autor material en la paz de su paseo hasta perderse por los callejones del casco antiguo, protegido por la noche y el marasmo hasta dormir sosegado junto a su mujer en su habitación del número 183 del passeig del Cementiri, en Poblenou.

Al cabo de pocas jornadas se celebró el funeral público. Salvador, cuya meta era destruir la sociedad burguesa por su inquina contra los ácratas, planteó encaramarse al monumento a Colón para regodearse en el éxtasis de la dinamita y la expansión de un miedo insuperable por la incertidumbre y la carga simbólica de sus explosiones. Así, al atentar contra el máximo templo de la oligarquía, había abierto la puerta a una inseguridad casi crónica para extender la posibilidad de una amenaza mortífera en cualquier acto de la gente bien, y desde ese sentido su acción fue inigualable, al instaurar una monarquía del terror ante lo venidero.

Salvador huyó a Zaragoza, donde fue detenido el 2 de enero de 1894. Intentó suicidarse dos veces, pero lo llevaron a las mazmorras del castillo de Montjuïc. Fue juzgado en julio, y mientras tanto simuló convertirse al catolicismo para sobrellevar mejor su cautiverio y recibir un trato más amable de sus carceleros. Lo ejecutaron el 21 de noviembre de 1894, en el pati dels Corders de la prisión de Reina Amàlia, un antiguo convento reciclado en cárcel, con las celdas de las monjas reconvertidas en habitaciones para los reclusos hasta

doblar el aforo previsto y generar unas condiciones inhumanas. En 1904 se pondría fin a este hacinamiento con la construcción de la cárcel Modelo, donde se separó a los convictos por sexos.

El ajusticiamiento de Santiago Salvador permite trazar otra línea de violencia. El pintor Ramon Casas plasmó en su lienzo el garrote vil, utensilio usado para acabar con la vida del anarquista mientras cantaba con cierta sorna el himno *Hijos de la tierra* . Poco importó que fueran las ocho de la mañana. Una masa de curiosos abarrotó el recinto, como había acaecido en anteriores ocasiones. De hecho, Casas hizo varios esbozos previos, y en uno de ellos tomó como modelo las fotografías del cumplimiento de la sentencia contra Aniceto Peinador, un joven neurótico condenado por asesinar en un portal del carrer dels Banys Vells a un conocido muy presuntuoso con sus relojes, y en el lance, como si una maldición se hubiera lanzado contra ese ladrón de poca monta, apuñaló de rebote a su cómplice.

En la instantánea hasta vemos a un mozo infantil arriba de un árbol para observar mejor el desenlace. Casas se ahorró esa minucia y enhebró una composición sin mácula. El gentío se arremolina organizado y el centro de la composición es múltiple, con el estado mortuorio casi al fondo del rectángulo y una procesión en el centro. Eran los componentes de la Cofradía de la Purísima Sangre, encargados de acompañar a los reos hasta su último suspiro. Esta congregación languideció a partir de 1900, cuando se prohibió la asistencia de la ciudadanía a las ejecuciones para así terminar con la muerte como espectáculo gratuito al alcance de cualquiera.

Nuestra sociedad articula un discurso pasivo en torno a la violencia. Por una parte, la tenemos cada día en la mesa con las imágenes de los informativos o en la pantalla de cualquier

dispositivo electrónico, pero por otra la rechazamos en la calle por ser demasiado susceptibles y nunca rendir cuentas ante nuestra pasividad. A finales del siglo XIX los seres humanos convivían a todas horas con la muerte, desde una normalidad bien distinta a la nuestra.

Sin embargo, la arquitectura de esta sociedad empezaba a llenarse de ciertas grietas. Santiago Salvador murió a manos de Nicomedes Méndez, el verdugo oficial, un funcionario público con cierta notoriedad durante la época y un gusto manifiesto por darse publicidad con declaraciones suculentas, como cuando en una entrevista afirmó regocijarse del arte de su oficio, tanto, que de no haber ganado su plaza le hubiera gustado ser torero.

Con el paso de los años, Nicomedes se ha convertido en pasto de anecdotario. Desarrolló su destreza con el garrote hasta su muerte en 1912, y al final de su dilatada existencia se planteó montar un palacio de las ejecuciones en el Paralelo de Barcelona para integrarse en la feria permanente de esa avenida repleta de teatros fijos y temporales. La denegación del permiso para deleitar al respetable con simulacros de ejecuciones en un puesto temporal fue el penúltimo episodio de una singladura bastante desdichada. Desde mi punto de vista, intentaba convencerse de la belleza de sus dones para olvidar el suicidio de su hija Saturnina, desconsolada al dejarla su novio tras conocer la profesión de su suegro, y el asesinato de su hijo durante una reyerta el 19 de julio de 1886 en la plaça del Sol de Hostafrancs, actual plaça d'Herenni, donde recibió dos cuchilladas en el pecho y el costado izquierdo.

Tras estas pérdidas, el único consuelo de Nicomedes fue la cura de sus canarios y su villita en las alturas del carrer Verdi. De vez en cuando bajaba esa empinada cuesta y acudía a la Audiencia de la plaça de Sant Jaume para asistir a algún juicio

ante el veto popular a su acomodo entre las butacas de cualquier teatro y en los asientos de los tranvías, de donde era expulsado por traer mal fario al asociarse su semblante con la señora de la guadaña.

El atentado del Liceu, sin duda el más rememorado de la historia barcelonesa hasta el yihadista de la Rambla del 17 de agosto de 2017, tuvo consecuencias directas en la legislación parlamentaria, aprobándose el 11 de julio de 1894 la primera ley antiterrorista contra aquellos que atentaran contra personas o cosas empleando sustancias o aparatos explosivos. Los castigos variaban en función de la gravedad, con la pena de cadena perpetua a muerte en caso de decesos, lesiones o acciones contra edificios públicos o habitados por personas. Si la explosión no se verificaba la condena era de presidio mayor en su grado máximo y para los fabricantes, facilitadores y vendedores se establecía arresto mayor, mientras para los publicistas, amenazadores o apologistas el grado disminuía de modo paulatino hasta el presidio correccional.

Las bombas de Pallàs y Salvador causaron tanta conmoción como para hacer callar la dinamita durante dos años y medio; los motivos de este mutismo conectaban con las medidas adoptadas por la autoridad, como la suspensión de garantías constitucionales desde el 9 de noviembre de 1893 hasta la Nochevieja de 1894 y el sinfín de detenciones para desarticular cualquier tipo de continuación del terror. Este únicamente se avivó el 25 de enero de 1894, cuando Ramon Murull, un peón de treinta años, introdujo su brazo por la portezuela del coche del gobernador civil Ramon Larroca hasta disparar un tiro y herirlo en el carrillo izquierdo; el proyectil se le alojó en el hueso maxilar inferior. Ubaldo de Azpiazú, secretario del gobierno, bajó del vehículo y arrestó al agresor para impedir un segundo balazo. La prensa no tardó en

denigrar al agresor, quien negó ser anarquista y era, según las crónicas, un hombre sin sentido moral, con tentaciones suicidas al deleitarse en su miseria.

Por otra parte, la bomba del Liceu conllevó la detención de más de cuatrocientos individuos de ambos sexos afines al anarquismo en una operación para vaciar las calles de potenciales delincuentes, desballestar toda oposición y llenar las cárceles con sus cuerpos para torturarlos.

El intervalo hasta el 7 de junio de 1896 fue el propio de la calma antes de la tormenta. El 24 de febrero de 1895, un levantamiento al unísono de treinta y cinco localidades del Oriente cubano, el Grito de Baire, inició la definitiva guerra de Independencia, languidecida hasta el estallido del *Maine* en febrero de 1898 y la entrada de Estados Unidos en el conflicto. Al gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo, sorprendido por la escasa repercusión del Primero de Mayo, le preocupaba más la sequía, y para remediarla recurría a la milagrería de sacar en procesión el cuerpo de san Isidro Labrador.

En Barcelona, sacudida como todo el país por las incertezas bélicas, la situación económica empeoraba a pasos agigantados. La noche del 4 de junio, un basurero encontró en el carrer de Fivaller, hoy en día de Segòvia, dos bombas Orsini encima de un pañuelo. Su color oscuro, que sobresalía de un fondo claro, hizo que el empleado municipal las localizara en el acto al bajarse para recoger los desperdicios. Las pusieron para ser vistas, abriéndose así un resquicio de duda ante los sucesos del domingo del Corpus Christi, cuando se festejaba una de las procesiones más solemnes de la ciudad.

Ese 7 de junio el ritual se desarrolló sin obstáculos y con la habitual algarabía entre los asistentes. La procesión arrancaba

del pórtico principal de la catedral y atravesaba la plaça de l'Àngel, pasaba el carrer de la Bòria y la plaça de la Llana hasta llegar a Santa Maria del Mar, donde la afluencia de público, apiñado en su plaza y en la puerta del templo, motivó una parada un poco más larga. Hacia las nueve y cuarto de la noche, el pendón principal se hallaba en la esquina de las calles Canvis Nous y les Arenes de Canvis. Empezó a caer una lluvia fina y ligera. El capitán general Eulogi Despujol, conde de Caspe, cogió el pendón de las manos de su padre e incitó a sus acompañantes a acceder a la iglesia para no mojarse como peces. Mientras subían las escaleras se escuchó una inmensa detonación, seguida de una avalancha humana que escapaba del fuego para resguardarse en el interior, junto a la custodia, rodeada de sacerdotes y porteadores del tálamo. Despujol ordenó a la banda tocar la *Marcha Real* y los allí presentes se tranquilizaron un poco, en medio de una emoción sin igual.

El artefacto, de forma circular, tenía un mecanismo distinto a las Orsini y se depositó en el suelo con su mecha encendida; quien la prendió debía ser o muy ignorante o muy consciente de los ritos de la procesión, pues la bomba estalló justo en su cola, cuando las numerosas autoridades se disponían a ingresar en el templo. Murieron 12 personas y entre 55 y 74 —el número oscila según las fuentes— recibieron heridas de mayor o menor impacto. Los fallecidos eran humildes: pintores, estudiantes, jornaleros, amas de casa, adolescentes, obreros o simples empleados. Esto confirió a la tropelía un fabuloso ingrediente para arremeter contra sus culpables, desalmados y crueles al segar vidas civiles.

Tras el atentado todo se tiñó de un aire harto enrarecido, con el enigma de la autoría, jamás resuelta, y maniobras represoras con el fin de diezmar por completo el anarquismo barcelonés. Se efectuaron más de seiscientas detenciones,

ochenta durante los días posteriores y centenares a continuación entre ácratas distinguidos en actos públicos y prensa, militantes activos en todo el territorio catalán, parientes de otros detenidos, redactores y cajistas de periódicos libertarios, habituales de los locales anarquistas, partidarios del republicanismo y extranjeros simpatizantes. Tal fue la arbitrariedad que incluso pasaron a disposición judicial personas casadas por lo civil, matrimonios culpables de no haber bautizado a su progenie y ciudadanos en el punto de mira al optar por entierros laicos y no haber ayunado durante la Cuaresma.

El juicio dictó sentencia el 28 de abril de 1897, con cinco condenados a la pena capital: Tomàs Ascheri Fossatti como autor material del atentado y Joan Alsina, Lluís Mas, Josep Molas y Antonio Nogués como coautores de cooperación directa. Hubo veinte condenas de cárcel, 62 absoluciones y se propusieron 194 extrañamientos de reino, eufemismo de exilio, con ocho súbditos extranjeros expulsados por su implicación.

En el extranjero se realizaron varias campañas en favor de los presos. Desde París, Fernando Tarrida del Mármol denunció en su libro *Les inquisiteurs d'Espagne* las torturas e irregularidades judiciales, hasta poner contra las cuerdas al endeble gobierno español, al que comparó con el Tribunal del Santo Oficio para revivir el mito de la España negra. Mientras, el país efectuaba en la Antilla una caída libre hacia el desastre desde el más absoluto desprestigio europeo, corroborado con una carta reproducida el 16 de abril de 1897 en *La Justice de Paris* , enumerándose con pelos y señales los métodos represivos usados en las mazmorras de Montjuïc. Entre ellos, sin ser exhaustivos, cabe mencionar la amputación de los testículos con cañas o cuerdas de guitarra, aplicación de

hierros candentes a la carne, quemaduras del bálano con puntas de cigarro encendidas, introducción de cañitas bajo las uñas o el uso de una especie de casco de hierro para oprimir horriblemente la cabeza y desgajar los labios.

Josep Thiuoulose se negó a declarar en castellano y lo bajaron al cero, el sórdido cubículo donde llevaban a cabo las indagaciones. Lo desnudaron, le pusieron una mordaza de palo a manera de freno para evitar sus chillidos y le pegaron latigazos por todo el cuerpo para ver si aprendía castellano.

Lluís Mas enloqueció durante el cautiverio. A Francisco Gana le apretaron las manillas de hierro hasta coser sus manos y brazos de cicatrices; por si esto fuera poco se vio a obligado a usar braguero por culpa de una hernia en el bajo vientre, inexistente antes de su encarcelamiento. Antes de fusilarlo, a Nogués le marcaron la inicial de su apellido en la nalga con un hierro candente y le atrofiaron un testículo. Muchos otros presentaban cicatrices sanguinolentas en labios y muñecas, mientras algunos convictos tenían la cabeza hinchada, y abundaban los brazos en cabestrillo.

La carta terminaba con la petición de revisar un proceso aún no concluido. El gran torturador de los detenidos fue Narciso Portas, teniente de la Benemérita y jefe militar de la policía judicial barcelonesa. A la una menos cuarto del 3 de septiembre de 1897, el joven periodista Ramon Sempau le disparó dos tiros en las inmediaciones del Teatro Tívoli para vengar a los mártires de Montjuïc. Lo hirió, fue juzgado en consejo de guerra, condenado a muerte y absuelto tras la victoria liberal en las elecciones de 1898.

La suprema venganza por los maltratos del tenebroso castillo acaeció el 8 de agosto de 1897 en el balneario de Santa Águeda, en Mondragón, Guipúzcoa, donde reposaba en sus

vacaciones estivales el primer ministro Antonio Cánovas del Castillo. El anarquista italiano Michele Angiolillo se hizo pasar por el periodista Emilio Rinaldi y asesinó al líder conservador con tres disparos mientras este leía la prensa del día. Fue pasado por el garrote vil el 20 de agosto, en un pueblo próximo a Vergara.

Mientras España consumaba su ocaso, se aceleró el regreso de los desterrados y, en 1900, Práxedes Mateo Sagasta dictó el indulto para los aún aprisionados. Las manifestaciones obreras, siempre omitidas cuando se trata de recordar grandes concentraciones barcelonesas, y la movilización internacional dieron sus frutos. Llegaba la hora de recomponer el movimiento obrero para apartarlo del individualismo mediante nuevos cuadros dirigentes emergidos por la represión, la cárcel y el exilio. Formaron asociaciones inspiradas en el sindicalismo revolucionario francés y propagaron un giro de ciento ochenta grados mediante sus rotativas y actos políticos, entregados a exaltar el mito de la huelga general como panacea para hundir los engranajes del sistema. Hicieron pequeños ensayos con la huelga de tranvías de mayo de 1901 y lanzaron su gran órdago en febrero de 1902, cuando pararon Barcelona durante una semana entera con una huelga general iniciada por el paro de los trabajadores del sindicato del metal, en protesta para reafirmar el derecho de asociación proletaria y quejarse por la gigantesca tasa de desempleo. Fueron secundados por más de cien mil obreros, en un levantamiento urbano con más vigor en los barrios más pobres, donde niños, amas de casa, sirvientas y prostitutas se unieron a la lucha.

Durante los días del envite, Barcelona era un negocio cerrado, no tanto por el ardor obrero, sino más bien por las intervenciones de la policía y el ejército, concentrados sobre todo en la Rambla y el Paralelo, epicentros de los espacios

lúdicos de los trabajadores en su exitoso intento de plantear una cultura en las antípodas de la burguesa. Se contabilizaron doce muertos y más de cuarenta heridos. Medio millar de huelguistas fueron a la cárcel y las autoridades detuvieron a los principales cabecillas anarcosindicalistas, entre ellos Teresa Claramunt, impulsora en 1892 de la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, primera organización feminista de la historia española.

El cambio también se expresaba desde otra vertiente de gran relevancia en el imaginario ácrata, separado en dos bandos algo quijotescos, con uno partidario de una espada moderna y otro más amante de la pluma. Las ocho horas de ocio debían servir para educarse hasta adquirir rudimentos válidos para navegar por la sociedad y combatir al oponente; por eso mismo la Escuela Moderna de Francesc Ferrer i Guàrdia aún resuena como una experiencia única, pese a los repetidos intentos de sepultar el legado de uno de los catalanes más reputados para millones de personas durante el inicio de la pasada centuria.

La Escuela Moderna, fundada en 1901, abrió sus instalaciones en el número 56 del carrer Bailèn. Sus métodos eran científicos, incitaban a la reflexión a los alumnos de ambos sexos, no distinguían de clases sociales y apostaban por la necesidad de la higiene personal, el rechazo a los exámenes, la abolición del sistema de premios y castigos. Su enseñamiento se centraba en la libertad de los estudiantes, para potenciar el pensamiento crítico, con el fin de formar al individuo y hacerle tomar conciencia de sí mismo, pues solo el ser humano libre de cualquier sometimiento puede decidir sin condicionantes para mejorar e incidir positivamente en los demás.

La Escuela Moderna, libre, racional y laica, estuvo en el punto de mira del poder tanto por la paupérrima situación de la enseñanza en España como por ser una oposición para los intereses de círculos conservadores y eclesiásticos.

LAS ÚLTIMAS BOMBAS: EL CASO JOAN RULL, RENEGADO Y CONFIDENTE

El cambio de siglo supuso una verdadera revolución política en el universo barcelonés. En mayo de 1901 se fundó el primer partido catalanista de la historia, la Lliga Regionalista, de ideología conservadora y defensora de los intereses industriales. Presentó una candidatura con cuatro presidentes de instituciones relevantes del país y consiguió acceder al Congreso de los Diputados y al Ayuntamiento de la Ciudad Condal, donde aprovecharon su auge para intentar dominar el espacio público a través de la arquitectura e iniciativas políticas. Llegó a ser la formación preferida de la burguesía catalana, algo mantenido incluso después de su fraccionamiento en dos bandos con motivo de la visita del rey Alfonso XIII a Barcelona.

Sus miembros favorables a recibirlo, entre ellos Francesc Cambó y Josep Puig i Cadafalch, siguieron en la Lliga, mientras los demás, como Lluís Domènech i Montaner, iniciaron el largo camino hacia la vertebración de una izquierda catalanista con garantías. Esto último solo se consiguió cuando los regionalistas de derechas se vieron penalizados por apoyar la implantación de la dictadura de Primo de Rivera y perdieron todo su crédito hasta ser secundarios con la llegada de la Segunda República, cuando Esquerra Republicana de Catalunya manejó el bastón de mando de un catalanismo mucho más interclasista.

Al otro lado del cuadrilátero, con el anarquismo como fuerza ajena al juego político, destacó durante ese primer decenio el republicanismo demagógico de Alejandro Lerroux, periodista cordobés llegado a Barcelona con toda probabilidad por orden expresa del Ministerio de Gobernación para canalizar los ánimos del sector poblacional contrario al auge de la Lliga y captar para su causa a los obreros reacios al anarquismo. Sus estrategias se vieron reflejadas en todo su apogeo durante la ya mencionada visita real, cuando Lerroux organizó una serie de mítines distantes del paso de la comitiva alfonsina para así despejar la conflictividad.

La irrupción de la Lliga y el lerrouxixmo hizo de Barcelona un oasis en el panorama nacional, por la escasa influencia de las fuerzas inherentes al sistema del turno. Con conservadores y liberales fuera de juego, el relato de esos años, asimismo caracterizado por la importancia de todas las contiendas electorales, se dirimió entre elementos canalizadores del descontento tras el Desastre, portadores, cada uno a su manera, de mensajes proclives al espíritu regenerador.

En noviembre de 1905, la Lliga Regionalista celebró el llamado «banquete de la victoria», para festejar haber conseguido el cupo y elegir a todos los candidatos de los comicios municipales. El convite se celebró en el Frontón Condal de l'Eixample, y no lo mencionaríamos de no ser por una viñeta aparecida en el semanario satírico *¡Cu-Cut!* La ilustración mostraba a un militar departiendo con un civil en la puerta del evento. El soldado, ataviado con muchas medallas y un traje con aspecto pesado, preguntaba qué se celebraba, y el ciudadano le respondía *«El banquet de la victòria»* , replicando el oficial aquello de «Ah, vaya, serán paisanos», caricaturizándose de ese modo la fama del ejército tras la

debacle del 98, cuando nadie en su sano juicio lo valoraba con palabras positivas.

La reacción de la soldadesca no se hizo esperar. La noche del 25 de noviembre, asaltaron las sedes del *¡Cu-Cut!* , sita en el carrer del Cardenal Casañas, y la de *La Veu de Catalunya,* en la Rambla. El gobierno presidido por el liberal Eugenio Montero de los Ríos quiso mostrar moderación, pero al ser reprendido por el monarca presentó su dimisión, siendo reemplazado por otro gabinete encabezado por Segismundo Moret, quien para contentar al ejército hizo aprobar la Ley de Jurisdicciones, que puso bajo jurisdicción militar las ofensas orales o escritas contra la unidad de la patria, la bandera y el honor del ejército.

Las formaciones catalanistas lo interpretaron como un ataque contra la región, y organizaron una masiva manifestación el 20 de mayo de 1906. Así fue como vio la luz Solidaritat Catalana, una coalición electoral donde se incluían todos los partidos del Principado, menos los del turno y el de Alejandro Lerroux, quien aplaudió los ataques a las redacciones por vengar a la patria insultada.

En las elecciones generales de 1907, Solidaritat consiguió 41 de los 44 escaños en liza. Esa insólita alianza, con conservadores y republicanos catalanistas mezclados hasta con el carlismo, estaba condenada al fracaso por su misma heterogeneidad, palpable durante la discusión parlamentaria de la Ley de Administración Local propuesta por el conservador Antonio Maura. Mientras los de Cambó, demasiado imbuido de protagonismo, la veían como una oportunidad para inaugurar la descentralización, los republicanos de izquierda la tildaron de poco democrática.

El segundo choque de la Solidaritat Catalana llegó en el Ayuntamiento de Barcelona durante 1908, con la propuesta republicana de introducir la coeducación, dar las clases en catalán y castellano y retirar los crucifijos de las aulas para conseguir la neutralidad religiosa.

La puntilla a la coalición sería la Semana Trágica de julio de 1909, pero antes regresaron las bombas anarquistas, muchas de ellas en un urinario situado en la Rambla de les Flors, casi adyacente al mercado de la Boqueria. Este mobiliario urbano era de fabricación francesa y se conocía popularmente como «vespasiana», por ser el emperador romano Vespasiano el primero en instalarlos en la vía pública durante la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana.

El 4 de septiembre de 1904, unos peatones hallaron en su interior una cazuela envuelta en trapos. En realidad, era una bomba de inversión. La trasladaron primero a la comisaría más cercana y luego al Palacio de Justicia del Saló de Sant Joan, actual passeig de Lluís Companys, aún en obras, para tenerla a buen recaudo antes de desplazarla al Camp de la Bota y detonarla sin peligro para la concurrencia. Estalló en una habitación y rompió centenares de cristales del edificio.

Por este estallido fue detenido, entre otros, Joan Rull i Queraltó, de veintitrés años. Vivía en la Bordeta, el barrio más periférico de Sants, y frecuentaba el Centre Obrer d'Estudis Socials, uno de los principales círculos anarquistas tras el período esencial de la propaganda por el hecho. Rull permaneció en la recién estrenada cárcel Modelo hasta diciembre de 1905, por lo que no pudo intervenir en la colocación de otra bomba en el carrer de la Petxina, colindante a la Rambla, en septiembre de 1905, con el saldo de cuatro fallecidos, entre ellos dos hermanas de clase trabajadora, homenajeadas por el Ayuntamiento con un funeral público.

Eran vírgenes y merecían póstumo respeto. Su clase social no figuraba en la ecuación.

Rull renunció a su ideología y se ocupó en la sección de fontanería del consistorio municipal. Intimó con dos componentes de la brigada y quiso aprovechar la coyuntura para ganarse un sobresueldo como confidente de las autoridades. Eusebio Güell le puso en contacto con el gobernador civil, el duque de Bivona, y a partir de entonces reinó la paz en la capital catalana, con toda probabilidad por la felicidad de Rull al recibir más dinero.

Tras el relevo en el Gobierno Civil, Rull era un estorbo prescindible. Francisco Manzano lo despidió y las bombas volvieron a proliferar. El 24 de diciembre de 1906, en un portal del número 7 de la Rambla de Sant Josep, se halló un artefacto. Al cabo de dos días, la dinamita explotó en el urinario de la Rambla de les Flors, hiriendo a Benito Llop, un aragonés que se encontraba de visita para curarse una infección ocular. La munición destrozó el pavimento de mármol de la vespasiana y repartió su metralla por todo el cuerpo del pobre desgraciado, quien tras acudir a un dispensario fue detenido por guardar su nombre similitud con el de un anarquista buscado por las fuerzas del orden.

El 20 de enero de 1907, en la escalera del número 1 de la Rambla de Canaletes, explotó otro petardo hasta lacerar a Arturo Vives y a Domingo Brugués. Una semana más tarde, en el portal del número 36 de la Rambla de les Flors —como comprobarán, todas las acciones se desarrollaron en la misma zona—, estalló una carga, quedando otra desactivada. En esta ocasión, el lesionado fue Miguel Cervantes. Trasladaron la bomba indemne al Camp de la Bota, donde resultaron heridos un capitán y un soldado.

Por último, el 8 de abril del mismo año, explosionó otro ingenio en el portal del número 26 del carrer de la Boqueria hasta lastimar a Ramona Ferré Tarrés, quien falleció como consecuencia de la metralla impactada en su organismo. A Maria Rodó le amputaron el brazo derecho, mientras a Juan Rico le cortaron una pierna. El mismo día, otro artilugio detonó toda su metralla en el Saló de Sant Joan.

Barcelona colapsó. Enric Prat de la Riba, presidente de la Diputación, se quejó por el escaso número de inspectores y policías en la Ciudad Condal, solo 146, en comparación con los 1.445 de Madrid. Para arreglar tanta alarma social creó, de acuerdo con el Gobierno Civil, una policía especial dirigida por el inspector Charles John Arrow de Scotland Yard, quien pese a ser británico y aterrizar con una vitola a lo Sherlock Holmes bastante tenía con entender el complejísimo contexto político, en llamas entre el pánico cotidiano y las disputas bizantinas incomprensibles para un inglés orgulloso del imperio.

En enero de 1907, Madrid encargó a Ángel Ossorio y Gallardo la responsabilidad de poner orden en esa imprevisible jungla. En julio de ese mismo año, quizá por la desconfianza del agente Tressols para con Rull, se hartó de los chantajes de su confidente, detenido junto con los cómplices de su banda, siempre reunidos en un prostíbulo o en el domicilio de su líder, donde su hermano Hermenegildo y la madre de ambos, María Queraltó, también participaban de esa empresa tan explosiva. Su actividad obligó a la aprobación del Real Decreto del 25 de febrero de 1908, mediante el cual se obligaba a los propietarios de fincas urbanas de las dos grandes ciudades españolas a tener un portero encargado de vigilar la escalera e impedir la comisión de delitos contra la propiedad y los habitantes del inmueble.

El juicio a Joan Rull causó inusitada expectación, hasta adquirir proporciones mediáticas y ser discutido en cualquier taberna barcelonesa. En abril de 1908, el clan familiar fue condenado al garrote vil, aunque Alfonso XIII terminó por indultar a María y Hermenegildo. Joan, de quien hasta apareció en prensa su último sombrero como icono conceptual, fue el primer reo ejecutado en la flamante cárcel Modelo, el sábado 8 de agosto de 1908. Ocho del ocho del ocho. Nicomedes Méndez desplegó sus artes con su proverbial pericia mientras el vulgo se concentraba en las inmediaciones del recinto. Fue la última escena de una época marcada por la dinamita.

Por cierto, el urinario recibió otro atentado el 27 de junio de 1908, fue desmontado y el semanario satírico *L'Esquella de la Torratxa* propuso conmemorar su recuerdo con un obelisco, petición desestimada por grotesca, sobre todo cuando siguió causando problemas en su nueva ubicación en el popular Paralelo, al lado del Teatro Nuevo. Fue desmontado los últimos días de agosto de 1909 ante la insistencia de los dueños de cafés y establecimientos de la avenida, justo treinta días después de la Semana Trágica, punto final del siglo corto estrenado con las bullangas y encrucijada de todo lo venidero.

3

Fuego y resaca: la Semana Trágica y el caso Enriqueta Martí (1909-1912)

> Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie, penetrad en los registros de la propiedad y haced hogueras con sus papeles para que el fuego purifique la infame organización social, entrad en los hogares humildes y levantad legiones de proletarios, para que el mundo tiemble ante sus jueces despiertos.

La cita es de Alejandro Lerroux, un aventurero de primera categoría. Cuando murió en Madrid, el 27 de junio de 1949, era una reliquia de un pasado demasiado lejano como consecuencia de la guerra civil y el fin de un mundo arriesgado y apasionante que contribuyó a forjar tanto con sus arengas como con su ambición mientras desafió al sistema. Finalmente, terminó por integrarse en este último, una vez periclitó todo su furor de principios de siglo, cuando durante una década se impuso como el mayor demagogo populista de toda España.

De Lerroux, periodista de fortuna en el Madrid de 1890, se habla con fruición y superlativa ignorancia. Se lo ha comparado con políticos recientes como Albert Rivera, sin comprender las diferencias de contexto ni analizar en lo más mínimo el valor de su figura, rompedora en muchos sentidos al aprovechar el hueco republicano en Barcelona y lanzarlo hacia

un populismo desenfrenado con muy buena acogida electoral en los pueblos agregados al municipio mediante el Real Decreto del 20 de abril de 1897.

Ese caladero de votos se nutrió con elementos de clase trabajadora desapegados del anarquismo y el flamante catalanismo de la Lliga, nacionalista, burgués y católico, trilogía de adjetivos pluscuamperfecta para ataques sin fin y avivar el fuego de una rebelión, *a priori* , imposible.

Entre 1901 y 1909, su credo, con cuerpo propio desde la fundación del Partido Republicano Radical, actuó como un obús imprevisible pese a sus contradicciones. Podía abalanzarse contra la hegemonía turnista, sí, pero siempre con la vista puesta en un patriotismo insobornable, en contraposición con su fama de corrupto de altos vuelos. Podía decretar verbalmente la necesidad de arremeter contra la religión, pero cuando llegó julio de 1909 estaba en Buenos Aires, huido para no ingresar en prisión por culpa de un artículo favorable a José Nakens, encubridor de Mateo Morral, quien el 31 de mayo de 1906 había intentado asesinar a Alfonso XIII cuando la comitiva real transitaba por la calle Mayor de Madrid tras el enlace nupcial del monarca con Victoria Eugenia de Battenberg.

Morral fue ejecutado con arbitrariedad tras ser detenido en su huida. Se le vinculó con Francesc Ferrer i Guàrdia, arrestado después de los hechos y absuelto como consecuencia de una impresionante campaña internacional en su apoyo. En su defensa destacó Emiliano Iglesias, quien tomó el relevo de Lerroux tras su fuga argentina a la cabeza del Partido Radical barcelonés.

Después del caso Rull, la Ciudad Condal pareció concederse un respiro de sobresaltos. Lejos de allí, en el norte

de África, el 9 de julio de 1909, un grupo de cabileños mató a cuatro trabajadores en el kilómetro siete de las obras del ferrocarril español, cercano a Melilla en dirección al yacimiento de Uixan, lugar donde la Compañía Española de las Minas del Rif, modelo de explotación colonial en régimen de monopolio, extraía el preciado hierro.

Entre los principales accionistas figuraban el conde de Güell y el de Romanones, Álvaro Figueroa y Torres, tres veces presidente del Consejo de Ministros durante la restauración alfonsina.

El fallecimiento de estos operarios conllevó la orden de movilización para los cupos de reservistas de 1903 a 1907. Esta medida generó profundo rechazo en las clases populares, pues la mayoría de los afectados eran padres de familia y la paga de cincuenta céntimos diarios para subsanar su ausencia no alcanzaba ni por antojo lo necesario para subsistir durante la ausencia del principal sostén económico, destinado a una guerra incierta y desastrosa como toda la planificación del ejército español, por aquel entonces con una hipertrofia de generales y altos mandos, quince mil en activo y casi ocho mil en la reserva.

El 11 de julio, embarcaron sin incidencias remarcables los primeros hombres en el puerto de Barcelona; aun así, poco a poco, más bien a fuego lento, las semillas latentes de rabia estaban listas para florecer. Una semana más tarde, el 18 de julio, el adiós a los soldados se cargó de la habitual división social de la capital catalana, con el agravante de permitir el acceso al muelle a damas adineradas con escapularios, chocolatinas y cigarrillos para los reclutas de extracción humilde. Sus mujeres, vetadas en la orilla de esa simbólica barrera, aguardaban entre lágrimas, conscientes del peligro y el trato de favor a los hijos de esas señoras tan atildadas,

exentos del servicio tras el pago de seis mil reales, una cantidad inalcanzable para la gran mayoría.

Los barcos hacia Marruecos eran de la compañía del marqués de Comillas, el gran potentado de la economía nacional durante decenios. Su capital, con toda probabilidad manchado de sangre esclavista, nunca perdía comba con la actualidad. El año anterior había sobresalido por su participación en la construcción de la Via Laietana, proyecto faraónico para partir el casco antiguo de la capital catalana en dos trechos y propiciar una vía comercial, ausente en l'Eixample, para toda esa burguesía emprendedora ansiosa por remarcarse y tener un cuarto propio para desarrollar sus actividades. Esta avenida también sirvió, al fin, para lograr un paseo de enlace entre el centro y las principales sedes gubernamentales, perfecto para extender una fuerza represiva en caso de revuelta. Como afirmó Ángel Ossorio y Gallardo, a la sazón gobernador civil, «en Barcelona la revolución no se prepara, por la sencilla razón de que está preparada siempre. Asoma a la calle todos los días; si no hay ambiente para su desarrollo, retrocede; si hay ambiente, cuaja».

En 1909 lo hizo sin ser atendida. Sus prolegómenos se llenaron de manifestaciones pacifistas medio improvisadas, con consignas incluso favorables a la independencia del sector español de Marruecos.

Esos alborotos eran una mezcla entre la indignación por la previsible carne de cañón, corroborada durante el conflicto por acciones tan lamentables como la del Barranco del Lobo, y el haber decretado la partida de los desheredados de la tierra mientras los señoritos disfrutaban del verano en sus fincas vacacionales, muchas de ellas —el automóvil aún era una anécdota— en las alturas de Horta, Vallcarca o el aún

independiente pueblo de Sarrià, colmado de villitas modernistas.

El sábado 24 de julio, ante la prohibición de Ossorio para celebrar una reunión del sindicato Solidaritat Obrera, un comité de huelga clandestino formado por el anarquista Miguel Moreno, el sindicalista José Rodríguez Romero y el socialista Antoni Fabra, fijó un paro de veinticuatro horas a celebrarse durante el lunes 26 de julio.

El día anterior, *El Progreso* , órgano periodístico, publicó el artículo «Remember», firmado por Trinidad Alted, quien recordaba en ese domingo de Sant Jaume otro acaecido en 1835, jornada de los hechos del Torín de la Barceloneta, punto de partida para las bullangas.

El lunes amaneció expectante. Nada hacía presagiar lo venidero. Se quemaron, casi un ritual, las casetas de consumos en la entrada de la población, se intentó cortar la circulación de tranvías y los obreros descendieron al centro para obligar a cerrar comercios y cafés.

Por la tarde se asaltaron las comisarías de Clot y Atarazanas, quemándose los archivos policiales. Más o menos a la misma hora se aceleraron los acontecimientos cuando una muchedumbre, con niños y mujeres al frente, fue tiroteada frente al edificio de Capitanía General, en el passeig de Colom.

Sin quererlo, pese a declarar el estado de guerra con la oposición tajante de Ossorio, partidario de resolver el asunto desde instancias civiles, se sirvió en bandeja la insurrección popular, cargadísima de mitología y demasiado poco citada pese a su trascendencia para comprender el rumbo español hasta otro julio nefasto, el de 1936.

Martes y miércoles fueron los días de fuego de la Semana Trágica. Se montaron barricadas en todos los barrios y empezó la quema de iglesias, más de ochenta hasta el domingo, cuando la llegada de tropas hizo remitir el fervor incontrolado. En los últimos tiempos algunos historiadores, como Josep Pich o Gemma Rubí, han abogado por interpretar los sucesos como una revolución. Desde mi punto de vista, compartido por otros investigadores como el malogrado Josep Termes, la espontaneidad del conjunto descarta esa opción, pues si bien se cortaron comunicaciones, en ningún momento se pretendió la ocupación de centros neurálgicos como sedes gubernamentales o fábricas para impedir la producción.

En otras localidades como Sabadell, Granollers y Mataró, muy desguarnecidas de Guardia Civil, se proclamó la República mediante la formación de juntas revolucionarias. En Barcelona la única oportunidad para ir más allá del canto de *La Marsellesa* , claro signo de desafección ante el *statu quo* y grito de amor hacia un nuevo rumbo democrático y laicista, residía en la adhesión de los políticos al movimiento. Los miembros de Solidaritat Catalana se encerraron en sus domicilios convencidos del fracaso de la rebelión, como si fuera una exhalación condenada a decaer con el paso de las jornadas. Las únicas excepciones ante ese silencio cobarde fueron Jaume Carner, del Centre Nacional Republicà, y Pere Coromines, quien, con mucho tino, entendió la naturaleza de ese sentimiento de protesta generalizado. Puestos a morir, era mejor hacerlo en terreno conocido para honrar a los sacrificados en Melilla, peleles de una guerra emprendida para defender los intereses de los prohombres del país.

Los radicales hicieron mutis por el foro. Antoni Ribas emigró a Francia, donde más tarde confesó que la revuelta se les había ido de las manos. No habían cavilado sobre la

posibilidad de un odio tan sólido, pues bastó prender la mecha para hacer estallar todo en mil pedazos. El miércoles, con los templos ardiendo desde el debut de lo anticlerical en la obrera Poblenou, se produjeron escenas surrealistas en el centro, con pianos desgranando melodías en las azoteas mientras estas se poblaban de sardanistas animados por las llamas, una especie de melodía celestial, victoria pírrica ante tantos desagravios bien sedimentados durante siglos.

Si l'Eixample y la vieja ciudad amurallada recibieron más ira fue por una cuestión sociológica determinada por la geografía. Las barriadas de Barcelona contaban con pocas parroquias, y sus sacerdotes vivían pobremente, como sus feligreses, mientras el clero regular residía en grandes edificios en sitios pudientes y con una mayor renta per cápita. En estos lugares se formaban los hijos de las élites. Esto, unido a una superstición atávica, los hacía misteriosos para el pueblo llano, algo potenciado por la propaganda anticlerical lerrouxista. El ataque a los conventos, además de ser un atisbo primitivo, fue consecuencia de la curiosidad macabra y el natural rechazo al clero, siempre juzgado por los más desfavorecidos como una institución sospechosa por distintos parámetros. Entre estos, debemos relacionar su prepotencia, el adoctrinamiento sometido en sus centros educativos, la competencia desleal y toda una serie de oscuras leyendas catapultadas durante esa semana con la apertura de los sepulcros de las monjas y la colocación de algunas en las calles como si fueran prostitutas, y en este sentido *performances* de ese tipo sirvieron como vehículo para demonizar aún más lo acaecido, sin considerar el respeto por las vidas de los religiosos, ausentes en el cómputo de 78 muertos, 75 civiles y tres militares. Durante los primeros días, los más agitados, parte de la soldadesca se

mantuvo inactiva al estar de acuerdo con las coordenadas de los insurrectos.

A partir del jueves disminuyó la conflictividad. El resto de España no se unió a la causa, por la manipulación informativa y la invención de venderla como una algarada separatista, obsesión capitalina más bien hilarante cuando casi nadie, ni siquiera los más acérrimos catalanistas, se postulaban por esa posibilidad independentista, solo notoria durante el actual *procés* .

La llegada de más diez mil soldados provenientes de Zaragoza y Valencia fue el mazazo casi definitivo para capear el temporal, manteniéndose firme en los barrios más alejados, como Sant Andreu y Horta, donde una anécdota puede explicar la diferenciación entre pobres y ricos.

En 1870, un brote de fiebre amarilla fue la excusa perfecta adoptada por muchos burgueses para buscar acomodo fuera de Barcelona. De este modo nació en Horta, agregada a Barcelona en 1904, la colonia de les Estires. Su particularidad radicaba en su ubicación, distante del meollo del pueblo para separarse de los aborígenes. El único enlace entre ambos mundos estaba en la iglesia de Sant Joan, en la cima del carrer Campoamor, repleto de lujosas mansiones, muchas de ellas aún en pie.

En 1905, quiso conciliarse esa arrogancia con la construcción de un nuevo templo en la frontera entre ambas realidades. De este modo, los recién llegados simularían formar parte de la comunidad. En 1909, esta idea era solo un espejismo, y para ratificarlo la última parroquia arrasada por el anticlericalismo fue la de Sant Joan. En su lugar, poco después, se fundó el club de tenis de Horta.

En la Rambla, como siempre epicentro de los tumultos, se clausuraron esas siete jornadas con un acto sórdido enlazado con la idea de carnaval. El mozo de carbonería Ramón Clemente García bailó enloquecido junto a una momia enfrente del Palau Moja, residencia oficial del marqués de Comillas. En 1976, Joan Manuel Serrat lo interpretó en la película *La ciutat cremada* , dirigida por Antoni Ribas con la pretensión de exhibir la eterna desazón de Cataluña con el Estado español justo después de la muerte de Franco. Cuarenta años después de su estreno, el filme se ajusta a los parámetros propios de las producciones audiovisuales sobre episodios históricos de relevancia en el Principado, con una subjetividad desesperada y una nula voluntad didáctica al preferir una visión parcial supeditada al presente para exaltar los ánimos y modular el relato desde premisas ideológicas repletas de inexactitudes.

Ramón Clemente García, deficiente mental, fue uno de los cinco ejecutados por el descontrol de finales de julio, repudiado por los concejales lerrouxistas del Ayuntamiento mientras su capitoste rendía culto desde la distancia, transcribo literalmente, a «esos hombres que han iluminado el abismo con las antorchas de los conventos incendiados».

El 17 de agosto, se fusiló en Montjuïc a José Miquel Baró, artífice de la sedición en Sant Andreu. El 28, corrió la misma suerte Ramon Malet, cuyo delito consistió en haber quemado en una plaza algunos objetos de un templo profanado. El 13 de septiembre, le tocó el turno a Eugenio del Hoyo, guardia de seguridad sumado a los revoltosos. El 4 de octubre, Ramón Clemente fue pasado por las armas y, el 13 de octubre, Francesc Ferrer i Guàrdia perdió la vida al haberlo designado el tribunal que lo juzgó y la opinión pública gubernamental como el artífice de tanta destrucción. Nunca se barajó el

indulto, negado por el líder liberal Segismundo Moret, convencido de la urgencia de acabar con la vida de ese enemigo del régimen para reforzarlo: la realidad era más bien la contraria.

Cuando la ciudad recuperó la calma, llegó la hora de la reflexión. Desde *La Veu de Catalunya* se incitó sin ambages a la delación. Enric Prat de la Riba, director del periódico y presidente de la Diputación barcelonesa, censuró el artículo «La ciutat del perdó», de Joan Maragall, por discrepar con su tono conciliador, donde se ponían las cartas sobre la mesa y se planteaba si la reacción de los estratos sociales más bajos se debía a incomprensiones y maltratos de los más favorecidos a nivel económico. El poeta pedía escucharlos para prevenir futuros males, pero tanta piedad no se avino con la mentalidad vengativa de los dirigentes catalanistas. El texto, brillante hasta ser un manifiesto aún válido para comprender la eterna disensión entre las dos Barcelonas, no vio la luz hasta 1932, durante la Segunda República.

Francesc Ferrer i Guàrdia fue elegido como chivo expiatorio y, hasta cierto punto, su caso lo equipara a Alfred Dreyfus, al ser ambos víctimas de sistemas más proclives a aleccionar que a la aceptación de sus numerosos defectos.

Durante la Semana Trágica, Ferrer se mantuvo apartado en el Mas Germinal de Montgat, adonde había acudido desde Inglaterra al enterarse de la enfermedad de su cuñada y su sobrina. En algún instante de esos días se entrevistó con el radical Lorenzo Ardidad, percatándose del desmarque radical, pero no estuvo omnipresente en Barcelona, como pretendieron muchos testigos interesados durante la deliberación del tribunal militar, tan poco neutral como para descartar testimonios favorables y filtrar fragmentos del sumario para regocijo de la prensa conservadora, ávida de publicar cualquier

argumento desfavorable al imputado para criminalizarlo hasta el paroxismo. Intelectuales como Miguel de Unamuno y Azorín vistieron sus mejores galas de salvapatrias ante el caso para postularse como apóstoles contrarios a la reacción internacional, surcada de manifiestos y marchas por todo el Viejo Mundo en protesta por tanta injusta farsa. El contrapunto corrió a cargo de Benito Pérez Galdós. Según su opinión, España se sumía en la mayor infamia desde Fernando VII. En 1910, encabezó la conjunción republicano-socialista en las elecciones legislativas, históricas al ser elegido como diputado Pablo Iglesias Posse, fundador y secretario general del PSOE.

Para Josep Pla, la Semana Trágica fue una explosión de estupidez rigurosamente típica en Cataluña. El grandísimo escritor enmarcaba su comentario en su proverbial rechazo a cualquier cambio, pero en esta ocasión no podemos secundar su parecer, entre otras cosas por sus consecuencias. El asesinato oficial de Ferrer, genio para algunos, mediocre con ínfulas para otros, fue el trampolín para una descomunal resaca de graduación progresiva saldada con la dimisión del gobierno largo de Antonio Maura, la ruptura de Solidaritat Catalana y un enrarecimiento del clima sociopolítico hasta extremos inimaginables para sentar las bases de una nueva era comandada por el liberal José Canalejas. Antes de morir asesinado por el anarquista Manuel Pardiñas en la madrileña Puerta del Sol, aprovechó sus tres años al frente del gobierno para limitar la implantación de órdenes religiosas con la ley del candado, establecer el servicio militar obligatorio sin exención pecuniaria y abolir la contribución de consumos. Con el catalanismo tocado sin hundirse por los sucesos de Barcelona, llegó a un acuerdo para descentralizar el Estado mediante la configuración de mancomunidades a través de la unión de diputaciones provinciales, medida aprobada en 1913

tras su fallecimiento y clave para inaugurar el autogobierno catalán en 1914, justo doscientos años después de la disolución de la Corona de Aragón tras la guerra de Sucesión entre los partidarios de Felipe V y los del archiduque Carlos de Austria. Pla, otra vez inmiscuyéndose en estas páginas, creía que la decadencia de la restauración fue inevitable tras el crimen contra Canalejas, al perder los partidos dinásticos a los dos únicos pilares con capacidad para voltear la situación y conferir estabilidad al turnismo, en progresivo declive también por la irrupción de una sociedad moderna menos tolerante con un parlamentarismo viciado, poco limpio y teledirigido desde las más elevadas instancias.

El fusilamiento de Ferrer oscureció el resto de los veredictos. Se dictaron 175 penas de destierro y 159 cadenas perpetuas. El obrerismo fue lúcido en el mañana hasta desestimar los actos aislados para encumbrar la lucha sindical con la creación de la Confederación Nacional del Trabajo, fundada el primero de noviembre de 1910 en el Palau de les Belles Arts de Barcelona. Había pasado poco más de un año y la reorganización, pese a sucesivas prohibiciones, se reveló como un acierto más acorde con la nueva era surgida de las cenizas de julio.

La doble criminalización de Enriqueta Martí

> El sábado diez del actual, a las ocho y media de la noche, desapareció, hallándose en la calle San Vicente, no lejos de su madre, la niña Teresa Guitart Congost, de cinco años de edad, la cual iba vestida con un traje claro a rayas, con manteleta cruzada sobre el pecho, tocada con un pañuelo y calzada con polacas. Sus desgraciados padres, que viven en dicha calle, número 19, cuarto primera, agradecerán en el alma cualquier información sobre el paradero de su hija.

Esta nota del 15 de febrero de 1912 es la fundación de un mito. La súplica desesperada de sus progenitores cayó en saco

roto durante la celebración de los carnavales. Barcelona vivía un invierno surrealista, con temperaturas diarias máximas de veinticinco grados, un sol resplandeciente y un paréntesis de mentirijilla en su conflictividad, siempre con algún registro problemático entre manifestaciones, parones y el miedo a otra sublevación siempre presente.

El sindicalismo había hecho disminuir las bombas como por arte de magia. La olla a presión parecía haberse dado un respiro y el breve dedicado a Teresita Guitart no era relevante en *La Vanguardia* , solo un suspiro perdido entre las notas interiores.

Durante el primer tramo de la investigación, sin darle trascendencia en prensa, se buscó en las barracas cercanas al mercado de Sant Antoni, otra frontera interna de la ciudad. Si la abandonabas hasta penetrar en el Raval se podía asistir a un universo con componentes propios, muy peculiares. No había, ni hay, otro barrio igual en ningún centro urbano europeo. Quizá en las fechas de los sucesos de Enriqueta Martí, el Trastévere romano o Campo de' Fiori ostentarían esa extraña originalidad junto a su colega barcelonés, perfecta pocilga para un sinfín de almas desterradas de la sociedad, con mucha clase trabajadora y mucha otra en un escalafón más bajo. Era el barrio del lumpen, propiciado también en la zona por la tradicional prostitución y la cercanía del puerto, con establecimientos de mala muerte en sus inmediaciones, como las casas de camas calientes, única posibilidad de conciliar el sueño durante pocas horas para vagabundos, malhechores y demás desdichados.

El Raval, despoblado durante mucho tiempo, sufrió una edificación intensiva tras descartarse como núcleo fabril por el derribo de las murallas. Se construyeron bloques de pisos para concentrar a sus habitantes, si bien un gran número ya vivía en

inmuebles de la parte baja, un laberinto asimismo impecable para actividades sospechosas o malvivir por la indecente insalubridad, con la administración ajena a tantos quebraderos de cabeza.

En el tramo superior del carrer de Ponent, al lado de la Ronda de Sant Antoni, aún existe el Centro Aragonés, cuya sede es un palacio como prueba de la abundante comunidad radicada en ese distrito. Inmigrantes, obreros, buscavidas, supervivientes en esencia, se arremolinaban en esos apartamentos. Cercanos a todo, alejados del conjunto, permanecían para agrado de las autoridades en su reducto, como una cárcel al aire libre de la miseria, con la Rambla y l'Eixample avistándolos con atención.

En el número 29 de Ponent, una vecina y el propietario de la colchonería de los bajos habían detectado movimientos más bien inusuales. Este último habló con el guardia municipal Josep Asens, quien notificó el soplo a sus superiores la tarde del 26 de febrero. A la mañana siguiente, el brigada Ribot acudió al domicilio señalado, con posibilidades de ser clave para resolver el secuestro de la niña Guitart. La mujer de un piso convivía con una pequeña, pero durante las dos últimas semanas había dos niñas.

Para acceder a la vivienda justificaron que debían comprobar si la inquilina cumplía la ordenanza municipal sobre animales domésticos. Si tenía gallinas, se la cargaba. Se abrió la puerta. Bingo. Una niña con la cabeza rapada, por los piojos. ¿Cómo te llamas? Aquí me llaman Felicidad.

Era, por si lo dudaban, Teresita. Habían dado en el clavo.

Se llamaba Enriqueta Martí i Ripoll, nacida en Sant Feliu de Llobregat el 2 de febrero de 1871. Llegó a Barcelona con quince primaveras. Fue sirvienta, frecuentó la nocturnidad de

la capital catalana y conoció a su marido, Joan Pujaló, con quien se casó en 1895. Fue un matrimonio inestable. En lo sentimental, las discusiones eran constantes, mientras que en lo laboral, todos sus negocios tenían el sello del fracaso, desde jugar a ser anticuarios hasta las herboristerías, siempre por el radio del Raval.

En 1904 tuvieron un hijo, Alejandro, fallecido a los diez meses por hidropesía, desnutrición severa. Poco después, María, la cuñada, dio a luz a una niña en el número 155 del carrer dels Jocs Florals, en Sants. El bebé desapareció durante dos años y medio, a cargo de una nodriza en Les Corts.

Todo se debía a un acuerdo entre Enriqueta y María. La primera transigió en usar el nombre del difunto en favor de un crío de su cuñada, para así poder librarlo del servicio militar. Era una treta bastante empleada, pero como contrapartida Enriqueta se cobró su parte. La niña sería suya, y cuando la recogió en 1909, Angelita, algo comprensible dada su edad, no podía recordar nada de su pasado. Enriqueta fue su madre, llenándose el hueco de Alejandro sin su marido, de quien se había divorciado en 1906, justo cuando María la parió para cedérsela a la entonces mujer de su hermano Joan.

Enriqueta vivía de pedir, como constaba en el registro municipal. Tenía un carné para hacerlo, y sin ese deambular callejero en compañía de *trinxeraires* , niños dickensianos instalados en la calle, no hubiera podido aportar nada a su corte de los milagros, con su padre octogenario siempre acompañado de delincuentes de poca monta.

La desahuciaban con frecuencia y fue procesada doblemente, por corrupción de menores, al ser la madama de una joven de diecisiete años, e intento de robo. En ese instante residía en el Raval. Unas semanas en la cárcel le hicieron

desplazarse hasta Gràcia, al carrer Minerva, una calle estrecha y oculta pese a colindar con la Diagonal y tener la vista fija en Rambla de Catalunya.

En ese refugio se quebraron sus ínfimos equilibrios. Estar con Angelita, padecer las francachelas diarias de la banda del padre y notar pérdidas sanguíneas en la vagina eran un cóctel de abono hacia la desesperación más absoluta. En el carrer Minerva no les querían mucho por tanto alboroto, y eso derivó en una nueva mudanza al Raval, a Ponent 29, donde la pescaron.

No mostró resistencia al brigada Ribot. Durante esos minutos el se dice, se comenta, se rumorea de la calle debió ser un terremoto incalculable. La detención transcurrió con un enjambre de curiosos alrededor, calentados por la proximidad de la secuestradora y más exaltados si cabe por el intercambio de maledicencias sobre la misma hasta inventar una inmensa bola de ruido, catapultada para la ira.

Enriqueta subió al furgón y la indignada muchedumbre no pudo seguir la velocidad del motor, parándose doscientos metros más tarde en la comisaría del carrer Sepúlveda. Fue interrogada mientras, en las instalaciones policiales, el alcalde Peiró se sacaba una rigurosa foto con la pobre Teresita, cuya calvicie suscitaba compasión generalizada.

Durante esos primeros días, los juzgados fueron el nuevo polo imantado para deleite del público, feliz por encontrar un pasatiempo para matar las horas perdidas. Surgieron nuevos personajes, como Joan Pujaló, sí, el marido, un tipo estrambótico, vegetariano a base de alpiste, chaquetero político con adscripción a lerrouxistas y tradicionalistas, pintor con un aire a lo Nietzsche y un pisito a pocos pasos del de su antiguo amor.

Otros figurantes en el cartel eran su padre, Pablo Martí, *a priori* exculpado por pasarlas canutas en un cochambroso hospital durante el hallazgo, el amante parapléjico, Salvador Baquer, y claro, las niñas, ninguna de ellas hija de Enriqueta. De haberse quedado el sumario en esos márgenes la gran cuestión hubiera sido desvelar el porqué del secuestro, único ángulo aún misterioso en la actualidad al morir Enriqueta en la cárcel de mujeres el 12 de mayo de 1913 por las complicaciones derivadas de un cáncer de útero.

Quizá quiso dar compañía a Angelita y en su progresiva enajenación —Enriqueta tras la pérdida de su hijo era carne de sanatorio—, vislumbró raptar a una compañera de juegos como una maniobra magistral para preparar un mañana sin ella, a sabiendas, desde un conocimiento ancestral, del mal cebándose en su interior como pasarela hacia la tumba.

Cuando se menciona a Enriqueta Martí, icono de la criminalidad histórica barcelonesa, apenas se tienen en cuenta sus antecedentes, arquetípicos de alguien con la pobreza integrada en su seno sin tener medicinas para extirparla. La sustracción de una menor era otra insensatez en la lista. Antes del cáncer sufrió toda la tortura mental, con las piezas desencajadas por completo.

Estas conclusiones hubieran sepultado la carpeta con el nombre de nuestra protagonista en una papelera con una ranura para el no retorno y amnesia hasta para su época. Quizá algún devoto de la hemeroteca la hubiera rastreado como una efeméride rescatable por esa urgencia de tener un anecdotario inédito, siempre fantástico para los abundantes lectores de suplementos y semanarios morbosos.

El viraje acaeció el 8 de marzo. Hubo un robo en casa de la secuestradora. Los ladrones penetraron en el apartamento con

una llave falsa. En la puerta no se detectaron signos de violencia y las llaves originales estaban en poder del juzgado.

En el procedimiento para investigar lo sucedido se desató una verdadera caja de los truenos bien orquestada desde un sensacionalismo amarillista debutante en la historia periodística nacional, con la prensa entusiasmada por elevar a la quintaesencia cualquier minucia significante.

En un nuevo registro se localizó una sopera con huesos humanos y multitud de frascos con grasas y líquidos. La leyenda se forjaba como una exhalación. Libretas con los grandes apellidos barceloneses. Asesinatos para extraer la grasa de los huesos y sanar enfermedades. Lujosos salones para recibir a sus clientes. Visitas al Liceu para conversar con los señores interesados en niños y niñas.

Durante el registro se descubrieron las partidas de nacimiento de Alejandro Pujaló y la de defunción de Benedicto Claramunt, el hijo de María, vivito y coleando tras ese cambio de cromos, uno de los aspectos que más me aturden de todo el dosier, tanto como para resaltarlo de nuevo por su relevancia y la mera estupefacción del hecho.

Esto es solo un aperitivo. El caso puede leerse desde una perspectiva moral, y aquí los periódicos olieron con solvencia un caballo ganador, una bomba para incrementar ventas hasta las celebraciones de Semana Santa, cuando la coincidencia de la festividad con unos análisis científicos aniquiló la continuación de tanta exclusiva diaria. Miles de ojos contenían el aliento ante la tinta impresa. Según la mayoría de los rotativos, Enriqueta había intentado suicidarse en la cárcel, era presa de virulentos espasmos, el corazón amenazaba con infartar y gritaba ayuda por si alguien la escuchaba en la calle.

Tras muchas lecturas mi deducción es meridiana: se moría, sí, pero del cáncer, de ahí su agonía.

El fenómeno fue tan fulgurante como para ver aterrizar a dos corresponsales madrileños, cada uno con sus características. El primero era Luis Antón del Olmet, asesinado a tiros en 1923 durante el estreno de una de sus obras en el madrileño Teatro Eslava. Era un caradura y de periodista quizá ni tenía el carné, pero creía mucho en sus atributos literarios como para fantasear durante cuartillas y más cuartillas hasta firmar en *ABC* artículos más adecuados para una compilación de relatos de terror, eso sí, ambientados en el cuarto de Enriqueta Martí y aliñados con adjetivos sórdidos como lo descrito, el horror en directo, el dedo en la llaga contra una mujer desvalida en la cárcel de mujeres de Reina Amàlia, con la vista dentro del recinto, hacia el patio de ejecuciones.

Otra de las perlas de Luis Antón del Olmet es la narración del viaje hacia el chalé del amante de Enriqueta, en el carrer de Montserrat de Casanovas del distante barrio hortense de La Font d'en Fargues. Los redactores se unieron al grupo policial con la misión de revisar ese palacete en la montaña, sin iluminación ni transporte público. Afloraron las antorchas y aquello se metamorfoseó en una noche de Walpurgis a la barcelonesa.

Olmet es el culpable de otro factor crucial en las vicisitudes de este capítulo tan emblemático de la crónica negra. Al abusar de su indudable talento para hacer hincapié en lo escabroso, ni siquiera pestañeó al montar una lista de criaturas asesinadas por la mala mujer en todos y cada uno de sus domicilios, donde se encontraron huesos de distinto tamaño, para avivar la leyenda de las necrópolis.

Estas fueron desmentidas tras los análisis del equipo médico habitual del asunto. Salvo unos huesos de un adulto entre diecinueve y veintitrés años en el carrer Ponent, los demás eran de animales; los de Ponent 29 no eran infantiles, asociándose más bien a tropelías de su padre y compañía o a la superstición pura y dura de tenerlos como amuleto de buena suerte, según una creencia arraigada en ese tiempo de 30 % de analfabetismo en Barcelona, 40 % en Cataluña y más del 50 % en España.

La superchería fue un gran estímulo para alargar la campaña de Enriqueta. Los mercados y otros enclaves de reunión eran un hervidero entre compradoras, dependientes y paisanos contentos con chismorrear sobre tan macabra noticia, más impactante si cabe por el valor de los más pequeños en una sociedad con alta mortalidad infantil y un buen surtido de hechos relacionados con su maltrato o encarnizamiento, como los abusos sexuales en un convento de Gràcia o el crimen de Gádor, con el hombre del saco de ese pueblo almeriense convertido en el terror para convencer a cualquier niño de ir a la cama sin rechistar.

La muerte de un chaval en esa localidad andaluza fue un prólogo a lo de Enriqueta. La visión de un hombre bebiendo sangre del chaval sacrificado y untándose con sus mantecas permanecía en la retina popular, y con medios aún con pocas fotos, lo terrible debía serlo aún más.

Durante este mes de máxima atención mediática, *Mundo Gráfico* ilustró a sus lectores con muchas instantáneas de los acontecimientos, y lo mismo hizo, desde un tono pertrechado para ensalzar su figura, Adelardo Fernández Arias, el Duende de la Colegiata, periodista todoterreno del *Heraldo de Madrid* , con una metodología diametralmente opuesta a la de su colega Olmet. El Duende, un personaje de armas tomar,

privilegiaba la objetividad, entrevistaba a los implicados y dejaba testimonio visual para ser creíble sin mácula. Dialogó con Enriqueta en la cárcel, comentándole esta ser incapaz siquiera de matar una mosca, y mucho menos de dar cuchillazos; estaba al tanto de la prensa, muy obstinada en sentenciarla por un cuchillo con sangre seca en su casa y esos pañuelos manchados de su propio plasma.

El Duende es el vector objetivo de la ecuación, y solo por desmarcarse de tanto poco rigor está en otra categoría. No es tremendista y se hubiera agradecido un libro suyo sobre el caso, no como los aparecidos casi *ipso facto* , ediciones populares para encumbrar aún más la leyenda, a desmenuzar rentabilizándola como un cerdo mientras se pudiera.

No podemos cerrar esta síntesis de las discrepancias madrileñas sobre Enriqueta sin comentar las aportaciones de *La Correspondencia de España* . No consta ningún enviado especial a Barcelona, y tampoco hacía falta visto el don de sus plumillas para elucubrar y soltar *scoops* para distraer a la concurrencia, como una entrevista kilométrica con desenlace jocoso al aclararnos el escritor de la pieza su falsedad al final de la misma.

Este documento volteó mis impresiones sobre todo el caso. No adelantemos acontecimientos. Otro medio más bien fidedigno para comprender la atmósfera suscitada durante esas jornadas es *La Vanguardia* . Incluye las novedades en sus primeras páginas, a veces en la cabecera junto a las necrológicas, y se conforma con verter los datos acumulados. Este estilo, neutro e inquietante por ser moralista sin usar parábolas ni evidentes demagogias, es muy práctico para el investigador actual, quien debe consultar sobre todo el entrelineado, no solo en las palabras, sino en el contexto de ver cómo el diario por excelencia de la burguesía no escatima tinta

y desde lo aséptico aprieta sin ahogar, con todo muy escueto, y locuaz: la criminalización de una mujer del lumpenproletariado pone en el mismo saco a todos sus semejantes, y lo femenino no es casual, como veremos dentro de poco.

Enriqueta fue un chivo expiatorio, no como Ferrer i Guàrdia, sino desde una revancha de los más adinerados para con los incendiarios de 1909. *La Vanguardia* sirve como hilo para fijar las etapas de apogeo, descenso paulatino y ausencia de las publicaciones. Durante la primera fase, Enriqueta Martí es una diva interestelar, con titulares a todas horas e informes de los médicos forenses, causantes de una protesta por parte de los periodistas, encolerizados al cortarse de cuajo su filón.

El descenso paulatino es el período más apasionante. Tras la Semana Santa, se provoca el decaimiento del interés, relegándolo a páginas posteriores con sentencias judiciales, breves evocadores y el óbito de la protagonista, en la memoria casi como una molestia de un pasado remoto.

Al final, Enriqueta sí tenía una libreta con nombres de personalidades. Era para ir a su domicilio y reclamarles limosnas o ayudas pecuniarias o alimentarias para llevarse algo al estómago. Estas últimas las cubría en su visita al Liceu políglota de Rambla de Catalunya, no en la ópera. Nunca la pisó. Tampoco asesinó a ninguna criatura. Su único delito en toda la coyuntura fue el secuestro de Teresita.

EL PASADO RESUCITA EN EL PRESENTE POR MOTIVOS POCO ÉTICOS

Entre el 10 de junio y el 3 de julio de 2006, Remedios Sánchez asesinó a tres ancianas, intentó matar a otra media docena y robó en los inmuebles de las víctimas. Charlaba con ellas, era

amable y al acceder a sus casas se henchía el pecho por ganarse la confianza de esas adorables viejecitas. En el piso las asfixiaba con tapetes de ganchillo, trapos y toallas para hacerse con joyas, dinero en efectivo y tarjetas de crédito. La detuvieron en un bingo hortera, como todos sus homólogos, en el confín de l'Eixample con Gràcia.

Remedios, además del síndrome de piernas inquietas, era otra vapuleada más entre los ciudadanos barceloneses. Se había separado de su pareja, había ingresado en un centro de acogida y se recuperó enamorándose de un taxista hasta sucumbir otra vez a la desilusión amorosa. Eran demasiados golpes, el trabajo en un bar al lado de una comisaría no compensaba y la ludopatía era un demonio irresistible. Fue condenada a 144 años, cinco meses y 29 días de prisión.

Algún periodista avispado y con codos blandos de archivo sumó dos más dos hasta relacionarla con Enriqueta Martí, por aquello de ser una asesina en serie. Ya hemos mencionado cómo el crimen barcelonés se cimenta en amor o dinero, con cierta sutileza en el proceder y culpables aislados, sin un loco del ascensor ni líneas hollywoodienses.

La coincidencia de Remedios y Enriqueta era, por lo pronto, femenina, y volvía a situar en la palestra al personaje de principios del siglo XX , famoso en el carrer Ponent, rebautizado poco después en el recuerdo a Joaquín Costa, como un ángel maldito del lugar; por eso mismo Terenci Moix, nacido en una granja a pocos números del 29, usó como alias Enriqueta Martí cuando ganó el Planeta. La historia formaba parte de su genética del barrio.

En 1966, *ABC* repasó lo sucedido tantos años atrás en su suplemento *Blanco y Negro* . Nunca lo tuve en mis manos. Lo sé por una carta de protesta de Teresa Guitart, harta de sentir la

leve inmortalidad de ese fragmento traumático de su existencia.

Ese mismo año, más o menos, el inclasificable Sebastià d'Arbó, un simulacro de periodista especializado en esoterismo, se sacó de la manga un apodo triunfal: la «Vampira del Raval», en 2006 una panacea para reinsertar el mito en el tejido periodístico y cultural.

El efecto Remedios extendió sus tentáculos hasta Madrid. Al cabo de pocos días, *El País* publicó un artículo del cineasta Pedro Costa, director de la serie de largometrajes televisivos *La huella del crimen* . Recogía, y sentaba cátedra hasta establecer la clásica retahíla de topicazos. Enriqueta era el mal. Secuestraba, prostituía y asesinaba a niños para extraerles sangre, grasas y el tuétano de los huesos con el fin de fabricar pócimas mágicas para sus clientes. Se vestía, como el camaleón, según sus prioridades. Por la mañana tiraba de ropas andrajosas para recoger niños en hospicios y orfanatos. Con la caída del sol se atildaba con sus mejores prendas para negociar en el Gran Teatre del Liceu. La burguesía catalana era su principal fuente de ingresos, custodiados en sus paupérrimas cuatro paredes, con un salón abocado al vicio, antesala de una rebotica donde guardaba esos potingues con fórmulas sacrosantas para sanar la tuberculosis.

Como es sabido, perdonen si me repito, toda su depravación se destapó con el rapto de Teresita Guitart. Su arresto derivó en registros, encontrándose huesos de otras criaturas. El odio hacia su persona llegó hasta la cárcel, y su mala fama contagió a sus compañeras, quienes la lincharon una mañana de mayo de 1913.

La estela de ese mito se pegó al presente. La Barcelona de principios del 2000 era, y aún es sin tanto estrépito, una ciudad

donde se recoge el guante de un chismorreo y, por un mecanismo de verdulería, se asume esa transmisión de datos sin cuestionarlos en lo más mínimo, y así la rueda gira hasta tergiversar la realidad. Algunos dirán que eso es pura posmodernidad y no les faltará razón. Era ir a los bares, comentar cualquier tontería y si aparecía Enriqueta, todo el mundo le adjudicaba un rol hiperbólico para echarse unas risas y flipar en compañía con esos pretéritos engendros.

Su recobrada inmortalidad encaja en una era cultural con productos muy lucrativos en lo concerniente a *psycho killers* , y no solo es la canción de Talking Heads, sino películas, libros, series y una rendición incondicional hacia la asimilación de modelos norteamericanos.

El parque temático no podía prescindir de su asesina en serie, y el género tiene valor añadido, pues según las estadísticas las mujeres asesinan mucho menos, resaltándose ese perfil como más rompedor, algo rentabilizado, sin ir más lejos, en los años cuarenta por el cine negro norteamericano y su *femme fatale* .

Todo lo dicho está muy bien, pero sin la exaltación mediante una oferta transversal, la leyenda se hubiera quedado en agua de borrajas. En 2008, Marc Pastor, mozo de escuadra y escritor, ganó el Premio Crims de Tinta, con su novela *La mala dona* , inspirada en el suceso de 1912. En ella enhebraba una atmósfera paranormal a partir del mismo, suficiente como para contribuir al proceso, también impulsado por el programa documental *La zona fosca* , de la televisión pública catalana, muy didáctico y una de las primeras aportaciones desmentidoras de todos los bulos históricos, eso sí, sin zanjarlos por aquello de la audiencia.

Más tarde la veta se agrandaría con cómics, novelas, diarios espurios, obras de teatro y el recurso de la prensa cuando tocaba rellenar un hueco para animar el tráfico de clics en redes sociales, bien nutridas de toda la documentación disponible en internet, sin ninguna fiabilidad, como demuestra la entrada en Wikipedia, errada hasta en la fecha de nacimiento de su protagonista, por esa cantinela de copiar lo visto en otra página hasta nublar el panorama con los mismos fallos garrafales.

En cierto sentido, también fui uno de los implicados en esa pocilga a finales de la primera década del siglo. Edité *Matar en Barcelona* , una antología de ficción negra a partir de acontecimientos reales barceloneses. Javier Calvo se adjudicó el de Enriqueta, y en las entrevistas promocionales todos nos reclamaban ir a la casa del carrer Joaquín Costa por tener más pedigrí. En el programa *Hora-L* de Radio Barcelona dirigí durante la temporada 2009-2010 una sección sobre crónica local, con crímenes antiguos y modernos.

Cuando llegó el turno de Enriqueta, repetí de pe a pa todo el veneno emanado por la pereza ajena, sin fisuras y mucho condimento. Era un vendido más en la cadena y solo un arrebato de cordura me emancipó del rebaño hacia mi desmorone del caballo. Una noche cualquiera entre semana puse un documental de Barcelona Televisió y bingo, una voz en *off* dramatizaba la onírica entrevista de *La Correspondencia de España,* ahorrándose su coda, cuando se desvela la impostura.

Navegué por las hemerotecas para leerla, y cuando di con el célebre diálogo no pude salir de mi asombro al comprobar la farsa, refrendada por muchos otros periodistas con poco o nulo interés por sumergirse en las hemerotecas. Joseph Goebbels volvía a tener razón, y ya saben, si una mentira se perpetúa

llega a ser verdad, y eso y no otra cosa es lo acaecido con el caso Enriqueta Martí, como bien pude comprobar al dedicar mis veranos entre 2010 y 2012 a diseccionar con lupa todas y cada una de las crónicas aparecidas en la prensa española del período comprendido entre 1912 y 1913.

La clave para comprender la envergadura del fraude, pura negligencia con las fuentes, estribaba, siendo bueno, en la gandulería por continuar con la lectura de los periódicos tras Semana Santa, cuando la información del suceso disminuyó hasta solo ser localizable en anotaciones más bien exiguas, aunque uno sospecha de algo peor, el conformismo de adoptar lo dicho por otros sin contrastar ningún tipo de dato para, de este modo, aceptar sin más dilación el linchamiento de Enriqueta en la cárcel o su suicidio, cuando, como sabemos, el cáncer de útero fue la causa de su muerte.

Otro mito del relato, quizá para cubrir de épica la vagancia, resalta cómo los gusanos se comieron el sumario, extraviado de la Audiencia de Barcelona, mientras las sentencias absolutorias de los cómplices sí pueden consultarse, pese a la letra desgastada y el papel amarillento. Nunca sabremos qué fue de ese documento, así como ignoraremos las motivaciones para poner en la picota a una desgraciada casi en fase terminal, enajenada por el trato recibido y la utopía de enmendarse ante las barreras impuestas entre clases sociales, por no añadir el defectuoso trato recibido ante esa suma de tragedias cotidianas.

Esta hipótesis es leve y puede estar influenciada por el reciente auge del feminismo. En 1891, la anarquista Teresa Claramunt fundó en la Ciudad Condal la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, junto con Amalia Domingo Soler y Ángeles López de Ayala. Su puesta de largo fueron dos mítines: el primero, en el Círculo Ecuestre de la Rambla,

donde congregaron a más de cuatro mil adeptas, mientras que el segundo se celebró a escasos metros, en el Teatro del Circo, en el carrer Montserrat, donde dos decenios atrás se había reunido el primer Congreso de la Federación Regional Española de la AIT.

La Sociedad Autónoma preconizaba la emancipación de la mujer, así como la defensa de sus derechos sociolaborales. Centralizó sus actividades en el Raval, realizándose debates, clases de alfabetización, veladas pedagógicas y actos recreativos.

En 1898, tomó su relevo la Sociedad Progresiva Femenina, fundada por Ángeles López de Ayala, con ideales más centrados en el republicanismo laico desde su afiliación masónica. Esto supuso un cambio de rumbo con relación a su predecesora, dirigiéndose sus primeros esfuerzos a inculcar el librepensamiento de carácter anticlerical mediante la creación de escuelas para niños y adultos, organizar compañías teatrales obreras y publicar su revista *El Gladiador* , reemplazada al cabo de poco por *El Libertador* , donde se percibe un mayor empeño en transmitir la necesidad de secularizar las costumbres, formar los valores cívicos y lograr la emancipación de la mujer, tanto en lo existencial como en lo religioso.

Todos estos ingredientes hicieron casi inevitable la vinculación de la Sociedad Progresiva Femenina con el lerrouxismo y el salto hacia el sufragismo, en auge sobre todo en el mundo anglosajón. Como consecuencia de este giro, se convocó el domingo 10 de julio de 1910 la primera manifestación femenina de la historia de España. Las veinte mil participantes salieron de plaça Urquinaona y marcharon sin incidentes remarcables hasta la sede el Gobierno Civil. Al frente de la comitiva lucía una bandera roja con un rotundo

«¡Abajo el clericalismo!» y un sonoro «¡Viva la libertad!», en parte motivados por la reciente aprobación de una norma que permitía a las confesiones no católicas exhibir signos externos en sus templos para ser reconocidas. Para muchos, Canalejas aspiraba a separar de modo amistoso la Iglesia y el Estado, lo que producía un agrio pulso entre católicos y laicos, y que el naciente feminismo interpretó como una caja de Pandora para abrir la vía hacia el voto y sacudirse el yugo de las cadenas conservadoras, discusión vigente incluso cuando se parlamentó en las Cortes republicanas sobre el definitivo sufragio universal, aprobado en noviembre de 1931 tras un encarnizado duelo dialéctico entre Clara Campoamor y Victoria Kent.

En 1910, los medios de comunicación prefirieron ahondar en anécdotas relativas a sombreros, mantillas y lazos con los colores republicanos. La estética servía para disimular cierta preocupación por la pertenencia proletaria de la mayoría de las participantes. Muchas de ellas se habían pronunciado el año anterior ante los abusos a una niña en el convento del carrer Martí de Gràcia, hasta lograr su definitiva clausura pese a ser silenciadas sus acciones, consistentes en asambleas y protestas, en casi toda la prensa barcelonesa.

Aquí incide el factor Enriqueta. Al engendrar un ser espeluznante, podían asimilarlo al sector obrero de su género. Si ella, establecida en los barrios arquetípicos de las revueltas, era así, las demás debían ser como ella, arpías sin moral bien canalizadas hacia el crimen. Eso sí, sin entrar en consideraciones sobre cómo la desidia burguesa aglutinaba bolsas de miseria, indudables gérmenes para la rebelión, como se constató en octubre de 1912 con el nacimiento en el Clot del sindicato textil La Constància, integrado por hombres, niños y mujeres, protagonistas en verano de 1913 de una larga

huelga debida a la inobservancia de la duración máxima del trabajo nocturno en ocho horas, tal como se había legislado en 1900. Además, solicitaron la semana de cincuenta horas y tener la tarde del sábado libre para poder atender su casa, al tiempo que pedían una subida salarial del 25 %, algo imperioso dado el aumento del coste de la vida y la clara injusticia de tener un sueldo netamente inferior al de sus compañeros.

Para conseguirlo, las mujeres, mayoritarias en una huelga con más de sesenta mil obreros implicados, apostaron por reunirse en la plaça de Catalunya, bajar la Rambla, cruzar el mercado de la Boqueria y alcanzar la residencia del gobernador civil en Pla de Palau. Estas marchas se iniciaron el martes 5 de agosto de 1913 y se convirtieron en un ritual diario. El hecho de que las manifestantes no fueran solo obreras hizo entender a las autoridades que se hallaban ante un verdadero movimiento social.

Durante cinco días estas mujeres llevaron a término un desfile muy bien coreografiado. Empezaba a las tres de la tarde, cuando el paseo estaba hasta los topes. La consolidación de su lucha sumó a sus maridos, quienes se unieron para protegerlas de las fuerzas del orden, dispersándolas en más de una ocasión, sin impedir el aterrizaje de más de doscientas heroínas en la puerta de la residencia gubernamental. De este modo activaron la conciencia femenina y reincidieron en sus protestas hasta el 15 de septiembre.

La huelga concluyó cuando el gobierno decretó la semana de sesenta horas, con la tarde del sábado libre y la gradual supresión del trabajo nocturno femenino, a eliminar en 1920. Las viudas con hijos y las mujeres casadas fueron las primeras en beneficiarse de la medida.

Las mujeres de Barcelona eran invencibles al haber tejido una red cívica desde sus tareas cotidianas, al ocupar espacios públicos emblemáticos, como mercados y plazas. Eran la garantía de la normalidad, y por eso mismo se intentó desestabilizarlas con el caso Enriqueta Martí. El fracaso de la campaña se percibió con más estrépito si cabe en enero de 1918, cuando, ante el aumento disparatado de los productos básicos, la ciudad amaneció con las damas en pie de guerra mientras recorrían tiendas, fábricas y negocios para sumar más partidarias a su causa, victoriosa a lo largo de las siguientes semanas, después de que los hombres se uniesen a sus demandas hasta paralizar Barcelona, provocar la destitución del gobernador civil, el cese de las garantías constitucionales y alargar el movimiento a otras capitales de provincia como A Coruña, Alicante o Málaga.

Sus peticiones fueron aceptadas, reduciéndose en un 30 % el precio de los productos de primera necesidad y garantizándose el abastecimiento. También pidieron, en otro guiño al presente, la disminución de los alquileres, inaugurándose así la senda hacia futuras huelgas, con la vivienda encaramada a lo más alto del escalafón.

Enriqueta yacía en una fosa común del cementerio de Montjuïc. Las damas de blanco no debían recordarla mucho, por no decir nada. Gestaban, quizá ignorándolo, un nuevo estado de esta historia, con una crisis sistémica a la vuelta de la esquina y las pistolas bien cargadas para ajustar cuentas y responder al más mínimo sobresalto. Cuando el poder no controla los mecanismos, suele decretar pesadillas.

4

Los años del pistolerismo, cuando Barcelona se anticipó a Chicago (1917-1923)

Es de noche. Paseemos un poco. Este martes cualquiera de 1914 invita a caminar por el Paralelo, avenida del Marqués de Duero en el nomenclátor oficial. Sus seiscientos metros tienen una historia fundacional alucinada e imprevisible. Según lo estipulado en el Plan Cerdà, el ancho de la calle debía ser de cincuenta metros, y para lograrlo se ideó el método de los edificios porticados, pero muchos vecinos no se encandilaron con la propuesta, quedándose vastos descampados libres, y así fue como surgieron barracas teatrales con aspecto de ser efímeras, algo desmentido por el paso del tiempo.

Por eso, mientras irrumpe la luna, asistimos casi cegados al maravilloso espectáculo de los incipientes neones, una novedad de la época, que nos deslumbran durante nuestra escapada, donde constituye un esfuerzo notable avanzar entre tanto transeúnte y chafardero. La oferta es inabarcable. No contamos el número de teatros abiertos. Se acercan a treinta, y muchos tienen nombres afrancesados, como el Bataclan o el Petit Moulin Rouge, rebautizado el Molino durante la dictadura franquista por eso de quitar el rojo, no fuera a pensar el respetable en comunismos recién derrotados.

Durante nuestra marcha, aún no luce sus típicas aspas. No muy lejos vemos el Arnau y, al otro lado de la calle, el Apolo. Si subiéramos un poco más arriba podríamos pagar la entrada del Cómico y, a pocos metros, el Talía, gestionado durante la posguerra por Paco Martínez Soria, nos recibiría con los brazos abiertos.

Al final, algo desbordados, bajamos por Nou de la Rambla, donde el gentío aún privilegia el Edén Concert. Hace dos días asesinaron en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando de Austria y algunos peatones hablan del hecho, preguntándose si habrá guerra y si España participará en la misma.

En la Rambla el cachondeo es el de cada noche, con una variedad de repertorio ocioso bastante envidiable, válido tanto para los más adinerados como para los bolsillos más humildes.

Como no sabemos muy bien adonde ir, plegamos velas y tomamos la senda hacia el hogar. Nada ha sido muy impresionante, porque nos conocemos los locales de pe a pa pese a su loable intentona de cambiar y parecer modernos, algo quimérico en ese clima provinciano donde todos identifican al otro y la perversión se localiza con demasiada previsibilidad. La revolución está al caer y casi nadie se ha dado cuenta.

Al cabo de un mes, las naciones del Viejo Mundo se han declarado la guerra en cadena y España, como era de prever, permanece al margen del conflicto. En la Rambla y en las tertulias se producen discusiones muy peliagudas entre aliadófilos y germanófilos. Prat de la Riba, presidente de la nueva Mancomunitat, es partidario de esta última opción, mientras el intelectual de cabecera del momento, el ególatra Eugeni d'Ors, firma un manifiesto por la unidad de Europa mientras proclama sin ambages los riesgos de una guerra civil

en el Viejo Mundo con el enfrentamiento entre Francia y Alemania.

La neutralidad es una panacea para la industria catalana, enriquecida a ritmo vertiginoso, como mínimo hasta 1917, cuando la entrada en el conflicto de Estados Unidos de América provocará una menor necesidad del textil del Principado y sus alimentos, hasta la fecha esenciales para el suministro de las fuerzas contrarias a los imperios centrales.

Durante ese período la ciudad abandonará su apacibilidad de antaño para, en un movimiento sin posible marcha atrás, internacionalizarse casi por decreto ante el incomparable flujo de espionaje por la posición estratégica de su puerto, la cercanía de la frontera y la proliferación de consulados como correa de transmisión informativa.

Por si fuera poco, las actividades culturales se llenaron de extranjeros como nunca antes, casi como anticipo de la inmigración murciana de los años veinte, llegada a la Ciudad Condal desde otros condicionantes de carácter más económico, pues los foráneos arribados durante la Primera Guerra Mundial solían huir en muchos casos por motivaciones políticas o la denegación del permiso de residencia en Francia, como acaeció con gran parte del grupo de artistas afincados en la colina de Vallcarca, entre los que figuraba Arthur Cravan, famoso sobrino de Oscar Wilde, inmortalizado en el anecdotario barcelonés por protagonizar un combate de boxeo en la plaza de toros Monumental el domingo 23 de abril de 1916, cuando Sant Jordi aún no era una fiesta.

Otros nombres de relumbrón dejaron su impronta durante ese trienio. El incombustible Francis Picabia publicó la revista de vanguardia *391* . Poco después de su salida al mercado, visitó Barcelona un viejo conocido, quizá el mayor símbolo de

ese tránsito del pueblo grande hacia la urbe moderna. Dice Enrique Vila-Matas que, en cualquier caso, lo mejor es irse, y a ello se aplicó Pablo Ruiz Picasso en 1904, con sus maletas hacia la conquista de París. Con toda probabilidad, hizo caso de los consejos de sus veteranos amigos, Ramon Casas y Santiago Rusiñol, pioneros en eso de largarse del terruño al comprender la imposibilidad de progresar artísticamente en su seno.

En la primavera de 1917, el pintor malagueño regresó a Barcelona para presentar en el Gran Teatre del Liceu el ballet *Parade* , con libreto de Jean Cocteau, música de Erik Satie, producción de Serge Diághilev y decorados del autor de *Las señoritas de Aviñón,* quien además concibió un genial vestuario.

Debió ser extraño para Picasso dominar la platea del templo de la Rambla. Vivió muchos años al lado como el hijo de un profesor de pintura de clase media y ahora, sin haber cumplido los cuarenta, cruzaba el paseo más popular de Barcelona para ser uno de los principales demiurgos de la función.

Permaneció en Barcelona de junio a noviembre de 1917. Durante esos meses quizá acudió a la gran exposición de arte francés del Palau de les Belles Arts, con ese sentimiento mezclado de comprender su acierto por haber recalado en la Ciudad de la Luz, protagonista casi como ente abstracto. Durante esa etapa de reencuentro pudo apreciar, sin constarnos opiniones remarcables, el desarrollo de la triple crisis española, casi en coincidencia con el final de la obscena pujanza económica para los empresarios, con unos beneficios en nada repartidos con los trabajadores de las fábricas, esclavos más dolientes si cabe por la absoluta precariedad del día a día y el inasumible aumento del coste de la vida.

Los elementos para una crisis de gran calibre lucían sin disimulo en la bandeja. El primero fue la revuelta de las Juntas Militares, nacidas en Barcelona a finales de 1916 como asociación de los cuerpos medios del ejército peninsular, reacios a una ley para fomentar los ascensos por méritos, más bien arbitrarios, junto a la reducción del número de oficiales.

La diatriba entre soldados africanistas, con un contexto diametralmente opuesto al de la metrópolis, y peninsulares destapaba un apego al tradicionalismo y reformas en consonancia con el momento histórico, pues entre las demandas de las Juntas figuraba un aumento salarial para compensar la inflación debida a la Gran Guerra. Este factor económico fue uno de los trampolines para extender la revuelta por todo el país, aceptándose la preeminencia de Barcelona, con el coronel Benito Márquez como presidente de la Junta Central.

Márquez, junto a otros colaboradores, fue detenido los últimos días de mayo de 1917 y confinado en el castillo de Montjuïc. Sus compañeros pidieron su liberación y el reconocimiento de las Juntas. De no atenderse sus peticiones, romperían la disciplina y activarían una incontrolable palanca de caos, solo apartada si el gobierno actuaba según sus instrucciones.

Entonces, como era de esperar, intervino Su Majestad Alfonso XIII. Muy aficionado de pequeño a los soldaditos de plomo, amaba su papel de jefe de las fuerzas armadas y a lo largo de su reinado siempre se posicionó a su favor. El monarca compadreó con ellas. El gobierno liberal de Manuel García Prieto fue relevado por otro conservador, con Eduardo Dato a la cabeza, quien se apresuró en soltar a los presos y legalizar a las temidísimas Juntas, con suficiente fuerza como para manipular a su antojo las riendas del Estado.

Dato tenía un pequeño contratiempo. Como aún no se habían convocado elecciones, siempre en manos del partido gobernante, carecía de mayoría para controlar las Cortes, así que las cerró mientras suspendía las garantías constitucionales y establecía la censura de prensa.

Poco antes, de nuevo a finales de mayo, los partidos republicanos habían organizado un mitin aliadófilo. Además de Lerroux, participaron el líder del Partido Reformista, Melquiades Álvarez, y, a título personal, tanto Miguel de Unamuno como el socialista José Ovejero. Su formación se unió a la causa progresista en junio, cuando planteó la posibilidad de una coincidencia entre la oposición política y la militar de las Juntas.

Este punto de vista fue el detonante para acordar la lucha para formar un gobierno provisional con la finalidad de convocar Cortes Constituyentes. El comité, con Lerroux, Pablo Iglesias Posse, Francisco Largo Caballero y Melquiades Álvarez, vislumbraba un proceso pacífico, hasta el punto de solo poner en marcha la huelga general si se reprimían los planes con una dictadura militar.

Los ecos de estos anhelos viajaron hasta Barcelona, donde los complementó la Lliga Regionalista con argumentos más nítidos, desde la ausencia de representatividad de las Cortes y la imperiosa urgencia de modificar la Constitución de 1876 para dar cabida al reconocimiento de identidades regionales. Querían una Cataluña autónoma, derecho extensible a otras comunidades. Si el gobierno Dato no transigía en ninguna de las peticiones, organizarían una reunión alternativa de parlamentarios el 19 de julio, consolidándose así la inteligencia política de ese catalanismo y su máxima de aportar crecimiento al Principado para, *a posteriori* , ampliarlo al resto del Estado.

La cumbre tuvo lugar en la fecha prevista, celebrándose, tras un apasionante correcalles más propio de cacos y policías, en el parque de la Ciutadella, adonde acudieron los dos grupos principales del contubernio, esa palabra graciosa y antediluviana, desilusionados por no contar con el apoyo inestimable de Antonio Maura, quien así suscribió su pertenencia al sistema del turno.

La crisis de la asamblea de parlamentarios se solucionaría en otoño con la formación de un gobierno de coalición entre conservadores, liberales y regionalistas. El ingreso de la Lliga la hermanaba con el sistema, como si así se atara una piedra a la espalda para hundirse junto a la carga. Para completar la trilogía crítica nos falta la última bala, obrera y enfocada a un pacto casi surrealista, por quimérico, entre la UGT socialista y la CNT anarquista para desencadenar una huelga general revolucionaria en toda España. Contarían con el soporte del PSOE y las fuerzas republicanas, inasequibles al desaliento en su empeño de tomar el poder, en vista a convocar nuevos comicios y metamorfosear por completo la Carta Magna de 1876.

El paro, perdonen si vuelvo a preguntarme la relación entre la estación calurosa y estas revueltas, fue seguido en todo el territorio del 13 al 18 de agosto, con un balance de setenta muertos, más de sesenta heridos y dos millares de aprisionados. La esperanza de los dirigentes radicaba en el cambio de bando de los militares, como había ocurrido pocos meses antes en Petrogrado, hasta propiciar la caída del zar.

En Barcelona, la huelga exhibió sin muchas complicaciones la ecuación capital para comprender el fracaso de esa trilogía. El comité, con Salvador Seguí y Ángel Pestaña entre sus miembros, sabía del rechazo a la protesta de los regionalistas, siempre defensores de los intereses industriales, en unas

provincias donde los socialistas no tenían apenas representatividad, dándose por vencida la rebeldía por este detalle y la renuencia de las Juntas a conchabarse con anarquistas.

La triple crisis no cuajó porque sus tres cabezas nunca convergieron en la defensa de ninguna de sus aspiraciones. Al no encajar nunca chocaron siempre, depositando en el suelo un polvo muy nocivo. La derrota manejaba en su rabia todos los desencadenantes del colapso de la restauración.

El triunfo de la Canadiense

Barcelona ha sido muy rácana con sus héroes obreros, presentes en el nomenclátor siempre en los márgenes, invisibles a la población hegemónica. Salvador Seguí rompe con esta norma al tener una plaza dedicada al lado de la Filmoteca, no muy lejos del carrer de Sant Rafael, donde fue asesinado por un pistolero del Sindicato Libre el 10 de marzo de 1923. Sesenta años más tarde se colgó una placa conmemorativa en su esquina con el desaparecido carrer de Cadena, engullido por la Rambla del Raval.

Seguí es un perfecto desconocido para el siglo XXI catalán, quien al descubrirlo entendería otro proceder político. Este pintor de brocha gorda tuvo siempre el don de la palabra y a veces el de la energía imparable, mientras en otras ocasiones lo acusaban despectivamente de moderado; el pisarse la ciudad para desarrollar su labor sindical le había ofrecido un amplio abanico de conocimientos como para rehusar la violencia, adorar la educación como pedestal clave de todo el edificio y propagar con ese imán de voz las ventajas de la CNT por su potencia organizativa, habilidad del Noi del Sucre demostrada con suficiencia histórica a finales de junio de 1918, cuando se

celebró en Sants el Congrés de la Confederació Regional del Treball de Catalunya. Asistieron 164 delegados en representación de más de 73.000 asociados de 153 sociedades obreras y sindicatos repartidos por toda la geografía catalana.

Seguí comprendió el error de la dispersión si el sindicato aspiraba a desplegarse con eficacia. Propuso la supresión de las federaciones basadas en oficios y la creación de sindicatos únicos de industria para agrupar a todos los trabajadores de un único ramo productivo. La medida suscitó un entusiasmo casi unánime, y en apenas cuatro meses, durante la celebración en Barcelona de una asamblea regional, pudieron valorarse sus frutos. El número de adscritos se había incrementado hasta las 345.000 personas. El anarcosindicalismo parecía haber dado con el método para ser imparable en una situación donde el armisticio de la Primera Guerra Mundial en noviembre de 1918 fue la puntilla definitiva para esa leve edad de oro de la industria catalana, tapándose las vergüenzas con la lectura de la Lliga de la coyuntura internacional para reivindicar una posición autonomista. Se inspiraba en uno de los catorce puntos del presidente Wilson, concretamente en el de la autodeterminación de los pueblos, si bien esta se limitaba a las naciones del extinto Imperio austrohúngaro.

1918 vio la primera estelada y el lanzamiento de una campaña intensísima para la consecución del Estatuto, con la Lliga henchida en su rol de patrón político con una perfecta orquestación entre la asamblea de municipios y la cúpula de la formación, siempre más de Francesc Cambó tras el repentino fallecimiento de Enric Prat de la Riba y su sustitución en la presidencia de la Mancomunitat por Josep Puig i Cadafalch.

El empuje de la movilización, con manifestaciones multitudinarias y la agitación diaria como constante, dio la

sensación de ser inapagable, hasta arrancar de Madrid una comisión parlamentaria para abordar el asunto.

Las demandas estatutarias eran una cortina de humo para ocultar la conflictividad laboral y la inminencia de una gran crisis. De repente, llegó febrero de 1919, con los obreros crispados, los partidarios de la Unión Monárquica Nacional peleándose con los regionalistas en el centro de la ciudad y los anarquistas rotundos al tildar la autonomía administrativa y política como algo indiferente para los intereses obreros, puesto que los consideraban principios burgueses para mantener la esclavitud de las clases trabajadoras, desinteresadas de esos debates imperialistas, iguales en Madrid o Barcelona por ceñirse a la redistribución de las poltronas en las cúpulas.

Todo barcelonés reconoce sin pestañear las tres chimeneas del Paralelo. De pequeños, las confundíamos con las de Sant Adrià de Besòs. Ambas fueron el *skyline* de los desfavorecidos desde distintas latitudes. Las de la avenida de los cabarets y la gloria de Raquel Meller albergaban la fábrica La Canadiense, la Barcelona Traction, Light and Power, dedicada a la producción eléctrica y su distribución, sobre todo en el área metropolitana, donde asimismo intervino en el suministro doméstico y aplicaciones relacionadas con el transporte público, como los tranvías, adquiridos, así como los ferrocarriles, por Frederick Stark Pearson entre 1912 y 1913.

Pearson, fallecido durante el torpedeo del *Lusitania* el 7 de mayo de 1915, quiso, asimismo, aprovechar la zona prepirenaica para usarla desde lo hidroeléctrico mediante la construcción del Canal Industrial de Seròs, complementado con dos grandes presas, la de Sant Antoni y Camarasa, donde se ubicó una central. El primero de diciembre de 1918, la Guardia Civil empezó a registrar el ingreso de la obra. Este

hecho, unido a las duras condiciones laborales de los empleados, dio a la CNT rienda suelta para declarar la huelga y exigir un aumento salarial de peseta y media, además de reclamar el pagamento doble de las horas extra. A la mañana siguiente, el seguimiento del paro era casi completo y solo treinta de los mil quinientos obreros fueron a sus puestos habituales. Esa fue la chispa para encender el invierno más irredento de toda la historia barcelonesa.

De Camarasa a la Ciudad Condal la distancia psíquica era casi inexistente. En enero, varios oficinistas de La Canadiense fueron pasados de eventuales a fijos, y se les redujo el salario. Mientras, en las tertulias de los bares del Paralelo, como el nada sosegado La Tranquilidad, se comentaba que Fraser Lawton, el gerente de la empresa, ganaba más de treinta mil pesetas oro al mes.

Los oficinistas se levantaron bajo el lema «A trabajo igual, salario igual». El 2 de febrero, los ocho trabajadores que encabezaban la protesta, miembros del Sindicato Único, fueron despedidos. Cinco de ellos pertenecían a la sección de facturación. Sus compañeros se declararon en huelga solidaria tres días después. Salieron a la calle, hablaron con el gobernador, quien les prometió interceder, y al volver a su puesto se encontraron con la policía impidiéndoles acceder a las instalaciones. Estaban despedidos, sin explicaciones.

La CNT movió ficha con varias jugadas magistrales para escalonar la huelga. Su comité se sabía perseguido: se llegaron a reunir en un camión de mudanzas del sindicato de transportes que recorría la ciudad para recoger a los delegados. El 21 de febrero, la huelga fue secundada por todas las empresas del grupo y saltó la alarma. El 27, se unieron los trabajadores de la Sociedad General de Aguas, del Gas Lebon, única empresa extranjera del ramo, sita en plaça Universitat, y

los de la Catalana de Gas y Electricidad. La ciudad quedó parcialmente a oscuras durante más de una semana, con toda la producción en el dique seco y una alarmante y progresiva escasez de agua.

En Madrid, el conde de Romanones, primer ministro del gobierno central, anunció su dimisión una vez se resolviera el desaguisado. La solución pasaba por militarizar las fábricas para restablecer el suministro. Cuando se dio la orden, ni uno de los obreros y empleados militarizados dio el paso para cumplirla. Entre ochocientos y cinco mil huelguistas fueron detenidos para dar, como siempre, con sus huesos en el castillo de Montjuïc.

La situación era desesperada y las manecillas del reloj jugaban a favor de los intereses de la CNT; en otra descarga de alto voltaje instauró la censura roja para impedir la publicación en la prensa diaria de toda nota negativa relacionada con el asunto de La Canadiense. Finalmente, el problema se desbloqueó gracias a la visión política de Romanones, quien al ver la cerrazón de los mandamases empresariales mandó a Barcelona a José Morote, subsecretario de Presidencia, para mediar. Llegó acompañado de Carlos Montañés y Gerardo Doval, quienes ocuparon, respectivamente, el cargo de gobernador civil y el de jefe de policía.

Este nuevo planteamiento confirió esperanzas entre los trabajadores, que no cejaron en su empeño de ir a por lo máximo posible, proponiendo como inamovibles siete puntos: readmisión de los despedidos, aumento de sueldos, garantías para evitar represalias, jornada de ocho horas, abono del jornal íntegro en caso de accidente, cincuenta mil pesetas por indemnización y salarios caídos durante la huelga. Lawton los aceptó el 17 de marzo de 1919 tras la exigencia de Romanones, quien presionó a Montañés para que resolviera el

conflicto en veinticuatro horas, pues planeaba la amenaza de Largo Caballero, entonces dirigente de la UGT, de convocar una huelga general en todo el país si no se solucionaba el conflicto de Barcelona.

El comité de huelga aceptó levantarla una vez liberaran a todos los trabajadores encarcelados. El 19 de marzo, se convocó en la plaza de toros de las Arenas de Barcelona un mitin para reafirmar el acuerdo, con más de veinte mil asistentes. Salvador Seguí se topó con uno de los grandes hitos de su carrera, un reto mayúsculo con todas las cartas en contra. Antes de entrar al coso, recibió improperios y amenazas de muerte de los partidarios de continuar con el envite. Sabía muy bien qué palabras ofrecer, y su grandísima arenga desgranando la situación devino un bálsamo para todos los asistentes. Era hora de volver al trabajo. Lo conseguido era increíble, y dilapidarlo por desconfianza, un inconmensurable error. Los presos saldrían y los cimientos recién plantados serían la gran plataforma para enhebrar ese inmueble obrero, la victoria tras 44 jornadas de huelga. Los aplausos fueron atronadores. El triunfo fue colosal, tanto como para activar la reacción de los industriales, quienes en abril fundaron la Federación Patronal de Barcelona como contrapunto para contener a su única y temible adversaria, la CNT.

El pistolerismo: un fenómeno específico de Barcelona

Uno podría sospechar, sin temor a equivocarse, de un sentimiento de vergüenza de la clase dirigente catalana para con el pasado del país. Como durante muchas décadas la historia, por desgracia, la han escrito los políticos, ello serviría como excusa para intentar comprender la ausencia de libros de calado sobre el pistolerismo, con la excepción de un manual de

Albert Balcells, el impreciso estudio de Paco Ignacio Taibo II *Que sean fuego las estrellas* (Crítica, 2016), aquejado del origen del autor, obstinado y claudicante ante lo concreto de la realidad barcelonesa, demasiado específica como para ser dominada por un historiador sin relación con sus calles, algo sin embargo superado sin mayor dificultad por el novelista Antonio Soler, excepcional en su investigación plasmada en *Apóstoles y asesinos* (Galaxia Gutenberg, 2016). Se trata de una novela con hechuras de ensayo por lo excepcional de su documentación, centrada en abordar la biografía de Salvador Seguí sin olvidarse ni una sola minucia significante, no como el padre fundador de la literatura sobre el tema, Eduardo Mendoza, quien en 1975, con *La verdad sobre el caso Savolta* , quiso sacar partido del período pistolerista a través de su proverbial desparpajo, hilarante para el lector de ficción y prescindible para todo aquel con anhelos de encajar la trama en el rigor de los datos históricos.

La laguna bibliográfica conlleva otra social, como si la etapa comprendida, con sus más y sus menos, entre 1917 y 1923 nunca hubiera existido. No seré yo quien elabore en esta parte del volumen la radiografía definitiva de lo acaecido, algo utópico por la extensión de estas páginas y por la necesidad de otros mecanismos comunicativos, como por ejemplo un mapa de la ciudad con todos los atentados registrados durante ese sanguinario sexenio, excepcional y, por suerte, irrepetible en la pugna por el control del universo laboral.

Un libro soslayado, quizá por la hiperproductividad de su autor, es *Salvador Seguí, el Noi del Sucre: Materiales para una biografía* , de Josep Maria Huertas Claveria (Laia, 1976). Su acierto estriba en aunar toda la documentación escrita y entrevistar a una serie de testimonios imprescindibles cuando aún podían aportar su granito de arena para reconstruir la vida

del gran sindicalista, casi metáfora de todo ese accidentado momento.

Huertas, impagable estudioso de Barcelona, resumió en seis puntos la acción del sector empresarial con el fin de dilapidar el crédito de la CNT y dificultar la recaudación de las cotizaciones.

El primero de ellos nos conduce a uno de los atentados inaugurales del sexenio. El 8 de enero de 1918, a las siete de la tarde, la luna se desperezaba. En el carrer Urgell, dos hombres bajaron del tranvía para ir a impartir sus lecciones en la Escuela Industrial. Eran Francesc Pastor y el director del centro, el ingeniero y empresario Josep Albert Barret, célebre por dar con métodos para la obtención de acero, algo sin duda vital para las potencias aliadas durante esos últimos meses de la Gran Guerra. El Estado francés fue durante esos años uno de los clientes más rentables para la empresa de Barret, y ello supuso un intento de saboteo por parte de los servicios secretos alemanes, quienes untaban de buen grado al policía Manuel Bravo Portillo, nada discreto en exhibir un tren de vida demasiado ostentoso para el sueldo correspondiente a su profesión.

Ambos hombres fueron tiroteados. Pastor sufrió una herida en el pie derecho y Barret falleció tras recibir dieciocho balazos. Al día siguiente, el periódico *Solidaridad Obrera* , la *Soli* , se dejó llevar por la euforia y tituló a toda plana que a cada cerdo le llegaba su San Martín, disculpándose casi de inmediato cuando en un caso así siempre era tarde, pues solo con esa elección parecían revelar su complicidad con el crimen, y hacía recaer las sospechas en miembros del sindicato metalúrgico de la CNT. Se detuvo a cinco de sus afiliados, quienes confesaron tras ser sometidos a torturas.

Durante esos meses, Bravo Portillo se deleitó con su persecución contra sindicalistas, tanto anarquistas como del Ràdium, la unión de los contramaestres. La *Soli* , sobre todo a partir de la iniciativa de su director, Ángel Pestaña, consiguió una serie de documentación donde se demostraba la colaboración del agente con el espionaje naval alemán, a quien facilitó información sobre el mercante español *Joaquín Mumbrú* , hundido por un submarino del imperio centroeuropeo. Al cabo de dos semanas, el cotejo de las pruebas caligráficas verificó la autoría de Bravo Portillo, entre rejas hasta el 7 de diciembre de 1918. Cuando fue liberado, se puso al servicio del capitán general de Cataluña, Joaquín Milans del Bosch, y de la Federación Patronal, quien le pagó hasta su muerte tres mil pesetas mensuales para organizar a su banda negra, especializada en el asesinato de militantes anarquistas.

Ya llegaremos a esta encrucijada. Antes conviene atar todos los cabos represivos, bien dinamizados por el universo empresarial. Para potenciar los cuerpos contra el sindicalismo se resucitó al Somatén, milicia urbana de carácter burgués constituida por civiles armados. En Sabadell, Francesc Layret, a la postre asesinado por este enjambre de reaccionarios, advirtió de la naturaleza de este grupo, encantado de ponerse a las órdenes de las autoridades militares; con ello lanzaba una crítica afiladísima a la Lliga Regionalista, cuyo diputado y futuro ministro de Gracia y Justicia, Josep Bertran i Musitu, fue el jefe barcelonés de la organización, prepotente con sus armas largas y plena inviolabilidad judicial.

Como ven, ya tenemos dos factores enlazados sin excesivos aspavientos. Muchos empresarios eran de la Lliga, y esta no le hacía ascos a las cloacas para sacarles las castañas del fuego. Existían, como bien sintetizó Huertas, otras fórmulas para

atenazar al obrero, pues la gran preocupación de la Federación Patronal era la hegemonía de la CNT a partir de su excepcional organización y cohesión interna. Dar con un obrero dispuesto a romper con el carné sindical era casi un milagro y por eso mismo, entre otras cosas, se desarrollaron estrategias como los cierres de fábricas, los *locauts* , para ver si así recapacitaban los empleados. De noviembre de 1919 a enero de 1920, el paro patronal puso contra las cuerdas al anarquismo, que además había visto cómo en octubre se había fundado el Sindicato Libre, tradicionalista, con influjo carlista y la clara misión de reclutar a esquiroles para atentar contra sus oponentes de la CNT y producir una descarnada guerra civil en Barcelona para así criminalizar a su gran enemigo.

Por supuesto, se desarrollaron otros métodos. Las deportaciones estuvieron a la orden del día, y tampoco era infrecuente penetrar en el domicilio de cualquier obrero, sin ningún criterio, para localizar entre sus pertenencias sellos de cotización. Si los encontraban, el culpable de nada tenía todos los números para ingresar en el calabozo más cercano.

Todas estas estratagemas fueron perfeccionándose con el tiempo, incorporándose otras tretas más sofisticadas como la ley de fugas, bien respaldada por Cambó y consistente en conducir a los presos, normalmente a pie y de noche, de la cárcel al Palacio de Justicia o del hospital al espejismo de la liberación, sin obviar la salida de la comisaría de Via Laietana hacia una dirección incierta. Esos tránsitos de un punto a otro culminaban con disparos a distancia de los guardias a los reos, ejecutándolos a sangre fría mientras alegaban haber actuado para impedir intentos de fuga. Con este método, el número de víctimas proletarias se elevó sobremanera hasta completar unas cifras increíbles, con centenas de asesinados de los dos bandos, con mayor perjuicio para los integrantes del Sindicato

Único. Entre 1919 y 1923 murieron 76 obreros, 168 líderes sindicales, 40 patrones, 29 encargados de fábrica y 30 agentes de la autoridad.

MOMENTOS ESTELARES DEL PISTOLERISMO

Como decíamos hace no mucho, carece de sentido ser exhaustivos con el fenómeno, por eso creo oportuno presentar algunos capítulos imprescindibles, casi una guía básica para navegar por el pistolerismo y aprehender su escalada de violencia hasta el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, en septiembre de 1923.

El 17 de julio de 1919, Pau Sabater estaba en paro. Ello no le impedía cumplir su función como secretario de tintoreros en la CNT. Transcurrió esa calurosa mañana estival entre visitas a locales para aconsejar el camino a seguir ante la inflación desmedida y las consabidas dificultades para llegar a fin de mes.

Sabater era conocido por todos como el Tero. Vivía en el número 274 del carrer del Dos de Maig, a pocos metros de la emblemática fábrica de cerveza Damm. Esa noche cenó con sus tres hijos, departió con su mujer y nada raro asomó en el horizonte hasta la llegada de una extraña visita.

En ese turbulento principio de siglo, la zona del Camp de l'Arpa aún tenía mucha tierra baldía y cualquier ruido alcanzaba a otros barrios vecinos. Unos hombres trasladaron a Sabater a la aún más distante Torre Baró, donde lo mataron tras propinarle tres balazos. Al cabo de pocas jornadas, el cuerpo fue encontrado en esa periferia extrema. Una vez reconocido el cadáver, se procedió a un funeral multitudinario, con más de diez mil barceloneses que acompañaron el féretro

desde el Hospital Clínic hasta el cementerio de Montjuïc, con altercados entre la ciudadanía y las fuerzas del orden.

La CNT supo desde el minuto cero de la autoría de la banda negra de Bravo Portillo. Clamaron venganza, y esta llegó el 5 de septiembre de 1919. El viejo policía vivía en el passeig de Gràcia, algo más bien anómalo y reservado a la flor y nata de la burguesía barcelonesa. Ese advenedizo no tenía reparo alguno en vanagloriarse sin pudor, y haciéndolo detonaba la realidad imperante, con los buscavidas en el escalafón más alto, bien respaldados por los gerifaltes para asegurar su paz social. Sus últimos movimientos tienen origen dudoso. Ignoramos si salió de su domicilio o del de una de sus amantes, aunque también cabe la posibilidad de una visita a otra amiga o a un burdel en el carrer Santa Tecla, puerta de acceso al barrio de Gràcia. Sea como fuere, lo siguieron dos hombres. El esbirro apresuró su zancada al coincidir con un par de amigos en un automóvil, negándose a subir por no querer revelar su destino.

Este grupo de acción estaba configurado por Progreso, Volney y Armando Ródenas. Ahora, dirán con razón, son tres, y tres debieron ser cuando acorralaron a Bravo Portillo en el carrer de Santa Tecla, sin serle de gran ayuda el refugiarse en un portal para sacar su revólver y defenderse. Los dados volaban y no iban a dejarlo escapar porque era caza mayor. Un carbonero y su esposa vieron cómo se desplomaba. La noticia, disculpen si soy tópico, corrió como la pólvora y el *champagne* alegró la tarde a muchos barceloneses, abrazándose unos a otros por la Rambla al enterarse de la muerte de ese verdugo inclemente.

Bravo fue sustituido por Friedrich Rudolf Stallmann, un espía y estafador alemán rebautizado por él mismo como Barón de Koëning. Durante su liderazgo, el brazo armado de

la Federación Patronal instauró un verdadero reinado de terror en Barcelona desde su sede ramblera, donde impartía órdenes a las decenas de pistoleros bajo su jurisdicción, con las armas cursadas legalmente por obra y gracia del Gobierno Civil, feliz con esta constelación criminal, muy eficiente a la hora de liquidar antagonistas, sabotear redacciones periodísticas o reventar huelgas.

Stallmann pecó de ambición y, hasta cierto punto, perfeccionó el círculo vicioso de Joan Rull. Extorsionó a los empresarios, quienes si no pagaban formaban parte de su lista negra, siendo susceptibles de ser el blanco para eventuales atentados. Si estos sucedían, acusaba a los máximos representantes de la CNT y la rueda se completaba con generosos pagos de la patronal para eliminar a los culpables designados.

Su gran dislate ocurrió el 5 de enero de 1920 cuando, en pleno *locaut* , la banda negra arremetió contra el mismísimo Félix Graupera, presidente de la Federación Patronal, gran acólito del terrorismo blanco.

La crisis hilvanó un movimiento sísmico hasta Madrid, y Eduardo Dato, a la sazón primer ministro, decretó la expulsión del sicario. Abandonó el país por Irún, donde fue despedido con honores y fanfarria.

Su adiós hizo de prólogo para el giro copernicano del pistolerismo. Mientras el conde de Salvatierra dirigió el Gobierno Civil, la actividad represiva del Estado no menguó un solo instante, con la CNT contra las cuerdas, sin hálito para remontar la situación y un esfuerzo cada vez más estéril para recaudar cotizaciones.

Esta antesala, alentada por Federico Carlos Bas, frágil relevo de Salvatierra, mutó hasta tener protagonismo propio y

un lenguaje muy definido, con la proclamación de Severiano Martínez Anido de gobernador militar a civil de la provincia. Este futuro ministro de Franco disfrutaba con la imposición de los métodos más represivos jamás imaginados, mentalidad cuartelaria y estadísticas escalofriantes para su primer mes en el cargo, con casi tantas víctimas como días del calendario.

Antes de esta revolución desde arriba, o la militarización como si existiera una guerra, el último atentado con identidad histórica fue el de la Sala Pompeya, actual Bagdad, el 12 de septiembre de 1920, poco después de medianoche. El terrorista del Sindicato Libre Inocencio Feced depositó una bomba en una butaca, la escondió con su gorra y dijo ir a los baños para amortizar el descanso de la función. Cuando el artefacto estalló, mató a seis espectadores, con otros dieciocho heridos de gravedad. Quiso atribuir el crimen a la CNT, pero lo detuvieron, eximiéndolo con gusto al ser un confidente de la policía.

Martínez Anido era un ejecutor con influencia en las altas esferas al haber sido el ayudante personal de Alfonso XIII, quien junto con Eduardo Dato le recomendó retornar el orden en Barcelona por todos los medios, aunque debiera sacrificar obreros a millares. Dicho y hecho. Ilegalizó por sempiterna vez a la CNT y ordenó el arresto de muchos sindicalistas. A finales de noviembre de 1920, había detenido a más de treinta representantes sindicales y del Partido Republicano Catalán. Entre los encarcelados en la Modelo estaba Salvador Seguí; su amigo Lluís Companys acudió al centro carcelario para encargarse de su defensa, con la sorpresa de terminar entre rejas con mandato de deportación a la Mola, una fortaleza en Mahón, Menorca. «Política preventiva», la llamaron.

Companys era concejal municipal por el Partido Republicano Catalán, al que asimismo pertenecía el abogado

laboralista Francesc Layret, diputado a Cortes por Sabadell, gran amigo del Noi del Sucre y muy en sintonía con el futuro *president* . Mercè Micó, su mujer por aquel entonces, fue al domicilio de Layret en el carrer de Balmes, justo en el meollo de l'Eixample. Departieron y consiguieron una cita con el despiadado Martínez Anido para argüir por la liberación del representante municipal.

Acordaron verse de nuevo a las seis de la tarde. Layret, con apenas cuarenta años, era un hombre carismático, tanto por su físico quejumbroso como por su insólito magnetismo con la palabra, siempre con alegatos para conectar el catalanismo de izquierdas con las ideas sindicales, como si en algún momento Seguí, quien siempre lo rechazó, fuera a entrar en política y se catapultara una coyuntura inconcebible para las derechas, con la Lliga Regionalista en la *pole position* de los opositores a esa coalición, por pavor a ver escuchimizada su hegemonía en el Principado, donde Barcelona, como siempre, tenía ademanes independientes.

Layret, con su barba bien poblada, descendió de su apartamento hasta la calle, apoyado en sus muletas. Justo al dejar atrás su portal, varios pistoleros del Sindicato Libre, capitaneados por Paulí Pallàs, hijo del anarquista de la bomba de 1893, le descerrajaron siete tiros, como mínimo uno en la cabeza. Las heridas mortales hicieron el resto, con esa centralidad barcelonesa yerma de fuerzas del orden, ausentes hasta trenzar un desierto de media tarde, con sangre en el asfalto.

Pobre Layret, hoy en tantas plazas de la geografía catalana como si su nombre aludiera a una prehistoria, pues casi nadie sabe ubicarlo en la cronología. Fue un héroe acribillado, con el telón de su memoria desvaneciéndose tras la guerra.

Su muerte causó una hondísima conmoción. Durante la República mereció monumentos y la concesión del Paralelo, durante ese brevísimo lapso avinguda de Francesc Layret. Los días posteriores al asesinato se organizó una huelga general para homenajearlo.

Los deportados de la Mola eran las mentes pensantes del progresismo, con tendencia al diálogo y la negociación. Rotos esos puentes, se impuso la vía de las balas, vetándose las reuniones en una batalla permanente con la patronal y las autoridades. El 8 de marzo de 1921, tres anarquistas catalanes acabaron con la vida del primer ministro Eduardo Dato, y ese golpe de efecto, con el coche tiroteado desde un sidecar como en Chicago antes de Chicago, era la definición del territorio de guerra, con la sección armada del anarquismo bien adaptada en aceptar el conflicto sin límites.

La réplica gubernamental no tardó en dejarse ver. El 17 de junio, Evelio Boal, destacado dirigente afín a Seguí y a la consecución del comunismo libertario, recibió la libertad. Salió de la prisión Modelo y al cabo de pocos metros los guardias lo tirotearon adrede, con el ácrata de espaldas, de acuerdo a los criminales preceptos de la ley de fugas. Se escapaba. Por eso disparamos. ¿De acuerdo? De acuerdo.

Un mes antes, el lunes 2 de mayo, una explosión sobresaltó al vecindario del carrer Toledo, en el barrio de la Bordeta, casi en las afueras de Barcelona. A las seis de la tarde, el cuarto piso del número 10 de este manso pasaje saltó por los aires. Casi todos los presentes en el momento de los hechos fallecieron al instante. Se salvó Alfons Vila i Franquesa, o si prefieren Juan Bautista Acher, aunque también les puedo ofrecer su seudónimo Shum, un dibujante libertario muy condicionado en su estilo por el maestro Luis Bagaría y partícipe en la manipulación de bombas. También tomó parte

en el frustrado atentado del 24 de abril, cuando su grupo de acción quiso atentar contra el desfile del día del Somatén y la entrega de las banderas en un engranaje más de la colaboración entre autoridades civiles, dirigidas por un militar, y burguesía emprendedora, por llamarla de algún modo.

El artefacto preparado para la ocasión, uno de los primeros coches bomba de nuestra historia, no detonó, si bien se desencadenó una rocambolesca función con un taxista secuestrado y tiroteado. Las medidas de seguridad de la jornada impidieron colocar el vehículo en una posición idónea para su mortífera intención. Lo importante estribó en la torpeza de los anarquistas y enseña el riesgo de tener a los verdaderos líderes confinados en una isla, con los exaltados desparramándose por la ciudad para urdir violencias cotidianas sin tener la experiencia suficiente como para ser efectivos, mientras perpetuaban los mecanismos indispensables para fomentar la represión ante su negativa a respetar el *statu quo* .

Shum fue uno de esos mártires del pistolerismo. En el ambiente proletario lo conocían como el poeta, y con el estallido del carrer Toledo sus manos se llenaron de manchas blancas y nunca más pudo coger el lápiz como antes, inventándose un método propio. Fue condenado a muerte, sentencia luego rebajada a cadena perpetua, y amnistiado con la llegada de la Segunda República. Dibujó en la cárcel, y al terminar la guerra civil se exilió a Latinoamérica, donde se transformó en un artista de cierto renombre. Su legado se recuperó a lo largo de nuestro siglo.

Si mi crónica se leyera al pie de la letra, muchos podrían teorizar sobre un descenso de los atentados en 1922. Nada más lejos de la realidad. Por si fuera poco, ese año tenía en sus entrañas la demoledora metástasis del sistema de la restauración. El Desastre de Annual, con más de once mil

muertos emboscados por las cabilas rifeñas, afectó de lleno hasta a Su Majestad Alfonso XIII, comandante en jefe de las fuerzas armadas. El Parlamento, siempre más en precario, creó una comisión para dictaminar lo ocurrido en Marruecos, y como resultado se escribió el informe Picasso, desaparecido en combate y con él todos los misterios nada convenientes para el prestigio del ejército, negligente en esa aventura colonial y nada preparado para afrontarla.

Entre los otros frentes abiertos figuraba la debilidad del gobierno, con una sucesión a la italiana de primeros ministros, y, por ende, el desprestigio de los representantes elegidos en las urnas, denominados por la prensa extremista, dichosa por preparar el terreno hacia el golpe de Estado, políticos profesionales, en caída libre ante su incapacidad manifiesta para resolver los problemas más acuciantes, con la balanza de importaciones y exportaciones muy desequilibrada, colapso en muchos sectores productivos y la cuestión social a fuego vivo por el clima imperante en Barcelona.

Toda esta conjunción de catástrofes arrastraría consigo el cuerpo de la restauración, hibernado por el cirujano de hierro, según las consignas de la Institución Libre de Enseñanza, para sanarlo y recomponerlo de heridas y cicatrices. Miguel Primo de Rivera sería el hombre providencial, el Mussolini de Alfonso XIII, pues no debemos omitir la violencia callejera como un síntoma hacia el totalitarismo. Si en Italia este campó a sus anchas por incomparecencia estatal, con los Fasci di combattimento suplantando la legalidad con la connivencia del gobierno, el fenómeno en España era trasladable a la Barcelona del pistolerismo, con múltiples instituciones afines a las autoridades, que las apoyaban en su tarea opresora para cancelar al enemigo de la cuadrícula urbana.

En este sentido, Severiano Martínez Anido asumió en la representación el protagonismo de Mussolini en Italia, pero, a diferencia de este, toda su jactancia se derrumbó cuando el gobierno central dijo basta ante tanta arbitrariedad.

La lenta ruta hacia su destitución puede parcelarse en varias etapas. En febrero de 1922, miembros del gobierno Maura, encabezados por el conde de Romanones, pidieron levantar la suspensión de garantías constitucionales en Cataluña, vigentes desde marzo de 1919. Con esta medida se tendía un gesto de buena voluntad incrementado en el nuevo Consejo de Ministros comandado por el conservador José Sánchez Guerra, quien liberó a los confinados en la Mola de Mahón como preámbulo a la legalización de la CNT, con Salvador Seguí como secretario estatal, en un gesto orientado hacia la apertura de negociaciones para desatascar el entuerto.

Martínez Anido se había convertido en un virrey. Desoyó los decretos de Madrid e impidió reabrir los locales de los sindicatos únicos de la CNT en todo el Principado, al tiempo que prohibía las reuniones y cualquier tipo de actividad sindical.

Mandaba incontestado y, para rubricar su particular monumento, ingenió un plan demasiado descarado como para triunfar. Podía haberlo hecho. ¿Se acuerdan de Inocencio Feced? Volvemos a tenerlo entre nosotros. Estamos en octubre de 1922. Su función es cumplir con toda la preparación de un falso atentado contra Martínez Anido y su sádico Sancho Panza, el comisario en jefe Miguel Arlegui, a celebrar durante la madrugada del 24 de ese mes, el mismo del ascenso de Mussolini al poder.

Feced se alió junto a varios policías y reclutó a cinco libertarios entregados al sueño de terminar con la encarnación

barcelonesa del mal. La tarde de la acción se presentaron tres en un bar de la estación del Norte, con el otro par distanciado para estudiar si estaban ante una encerrona, como así se verificó, lanzándose la voz de alarma por toda la ciudad sin por ello parar lo estipulado, con los ácratas en el calabozo para recibir las preceptivas torturas, pues lo cavilado ese día consistía, en esencia, en urdir una noche de San Bartolomé contra muchos grupos de acción, con el fin de desballestarlos para siempre. Anido y Arlegui asistirían a una función de gala en el Gran Teatre del Liceu. Cuando terminara, el coche oficial bajaría por la Rambla, torcería por el passeig de Colom y se dirigiría al Palacio de Gobernación, no sin antes pasar por delante de la antigua jefatura de policía. El atentado se produciría en un tramo desierto colindante a Capitanía General.

¿Qué salió mal? Todo. Pese a la escabechina vespertina, algunos anarquistas siguieron convencidos para cargarse al dúo del terror. Hacia la medianoche del lunes 23 de octubre de 1922, los infiltrados —Inocencio Feced, Florentino Pellejero y los anarcosindicalistas Manuel Talens y Adolfo Bermejo— se hallaban en un quiosco bar de la Rambla de les Flors a la espera de ver el coche con Martínez Anido para realizar el atentado planificado. El automóvil nunca pasaría por la zona, pues solo era el señuelo contra los trabajadores. Los alrededores de la populosa avenida estaban a reventar de policías camuflados, expectantes por recibir la orden y aniquilar a todos los incautos convencidos de lo verosímil de esa actuación contra los dos supremos represores.

El comisario de policía Agapito Martín comandaba la operación desde la calle. En un momento dado, el infiltrado Florentino Pellejero se separó del grupo en la Rambla de Santa Mònica para cruzar al otro lado con la excusa de vigilar esas

inmediaciones. Como no era conocido por los anarquistas, generó suspicacias. Cualquier extraño podía ser sospechoso, por eso mismo Talens y Bermejo optaron por dispersarse, y cuando lo hicieron sus socios, conscientes de la oportunidad, se quedaron atrás para perseguirlos mejor.

Mientras duraba la persecución, Bermejo se giró y lanzó una de sus bombas de mano, fallida en su estallido. Los agentes de la ley le dispararon, matándolo mientras Talens se cargaba a Pellejero y huía por el entramado de callecitas, un auténtico reguero de sangre. No muy lejos, las supuestas fuerzas del orden detuvieron a José Claramonte, en su sidecar, sin recibir la señal acordada para intervenir en el atentado. Feced lo delató. Lo llevaron enmanillado por el carrer d'Avinyó y lo tirotearon a sangre fría en el de la Mercè. Después transportaron su cadáver al Hospital Clínic.

Pocas horas después, un grupo de agentes se encaminaron al domicilio de Amalio Cerdeño, uno de los anarquistas participantes en la trampa. Lo arrestaron en la cama, pero mientras lo trasladaban por la vía pública les dio por completar su macabra obra, encañonándolo e hiriéndolo casi de muerte. Lo dejaron tirado, como si así certificaran su intervención. No contaban con la ayuda de unos vecinos y el vigilante del barrio, quienes lo recogieron y, tras visitar una casa de socorro, lo ingresaron en el Clínic.

Martínez Anido y Arlegui buscaban poner toda la carne en el asador. Querían asesinar a seis sindicalistas, incomunicados en la jefatura superior de Policía. Para ello, Arlegui hizo subir del sótano a los condenados sin sentencia. Los interrogó, pidiéndoles delaciones mientras los golpeaban. Nadie dijo nada. La solución era ajusticiarlos. Los sacaron de comisaría atados con una cuerda hacia las dos de la mañana, escoltados por numerosos guardias. Lo más normal hubiera sido librarse

de ellos en cualquier esquina, pero los condujeron hasta el Depósito Judicial del —adivinen— Hospital Clínic, donde se guardaban los cadáveres, casi como si quisieran ahorrarse trabajo.

Cuando accedieron al mismo, se acercaron a los despojos mortales de José Claramonte y Adolfo Bermejo. Pisaron su sangre y recibieron aún más andanadas por parte de sus captores hasta acostarlos en una mesa, donde yacía un policía infiltrado, toque a rebato para más puñetazos a conciencia, siempre más duraderos, siempre más enfervorecidos. Su destino estaba sellado, aunque en un giro imprevisto de los acontecimientos se presentó un trabajador del hospital en bata blanca, conminando al inspector Romero a responder una llamada telefónica de la jefatura. Al volver, su rostro estaba surcado por el miedo. Venga, vámonos, y así lo hizo toda la comitiva hasta retornar a comisaría, donde los cautivos permanecerían incomunicados. ¿Qué había ocurrido?

La respuesta la tenía Amalio Cerdeño, quien fue interrogado por el juez de guardia antes de fallecer. En sus declaraciones denunció la aplicación de la ley de fugas, y esas palabras se comunicaron al magistrado de la audiencia Julio Gimeno, quien a su vez las transmitió al fiscal general de Barcelona, Diego Medina, raudo y veloz hacia el Clínic para hablar con el moribundo.

Eran las cinco de la madrugada y Amalio tuvo pocos minutos para explicarle a Medina cómo usaron la ley de fugas. El fiscal ató cabos y actuó con presteza, porque la noche no había terminado y estaban en juego múltiples vidas humanas. Telefoneó al presidente del Gobierno Sánchez Guerra, informándole de las últimas palabras de Cerdeño, expresándole su temor porque, entendía, se sacaba a obreros de su casa para matarlos.

Sánchez Guerra no compartía el *modus operandi* de Martínez Anido y lo tenía por un átomo libre a fulminar, en especial desde sus oídos sordos ante la legalización de la CNT catalana. Marcó su número a las cinco y veinte de la mañana, destituyéndolo junto con Miguel Arlegui y Agapito Martín.

De este modo, se clausuraba una de las etapas más espeluznantes de toda la historia barcelonesa, sin por ello decaer la incidencia del pistolerismo. En agosto, Ángel Pestaña sufrió un atentado en Manresa, pero la última triste joya de la corona fue el asesinato de Salvador Seguí y su compañero Francesc Comas, Peronas, cuyo entierro aglutinó a centenares de miles de personas indignadas por la muerte de su amigo, mártir laico, valiente y cabal. Había sido consecuente con el filo de la guadaña pendiendo sobre su alma, pues la noche anterior ya se había desembarazado de la muerte gracias a un taxista militante, enfrentándose con sus sicarios mientras su mujer embarazada y su hijastra subían a su piso del carrer València 529, a dos manzanas de la Sagrada Família.

Seguí y Comas fueron asesinados de espaldas, como suelen hacer los cobardes. Ambos dominaban como pocos ese laberinto enrevesado del Raval, parte del recorrido diario del Noi del Sucre, quien con esos paseos tomaba el pulso a la realidad y hablaba con sus compañeros de clase trabajadora. Desde la humildad había compuesto una melodía propia, creíble para el hombre de la calle por su originalidad pegada al suelo y no vender castillos en el aire desde el ensalzamiento del sindicalismo como modelo de lucha y sociedad.

Su desaparición no hizo caer el telón. Hasta septiembre, los crímenes rutinarios se empeñaron en no desmontar la estadística, y el número de bajas no se vio afectado, encaramado a un oscilante tobogán con una novedad de última

hora: para los anarquistas, sobre todo los favorables al pistolerismo, el financiamiento devino una pesadilla, y para enmendarlo atracar bancos era una fabulosa hazaña. Quizá la claudicación de los que abogaban por la violencia dentro del sindicato exhibe, en puridad, una contienda entre dos formas de entender lo libertario, la individual irreflexiva y la asociativa adscrita al pacifismo, la cultura del diálogo y la expansión de la cultura entre la clase trabajadora.

En septiembre de 1923, todo había acabado. El golpe de Estado del 13 de ese mes no debió sorprender a nadie. En las semanas previas Josep Puig i Cadafalch había movido hilos para apoyar a Miguel Primo de Rivera. Siempre la cartera antes de la bandera, con la Lliga sin caretas como la formación del empresariado, no del país burgués, factor muy útil para comprender las posturas agresivas, por ser suaves, del capital durante ese atroz sexenio.

Luego, los líderes del partido regionalista alegaron haber sido engañados, y esa mentira suele figurar en los libros de texto, pocos, donde se alude a esa colaboración catalanista. La CNT fue ilegalizada, qué raro. La UGT y el PSOE, algo también siempre bien tapado y jamás mencionado por la oposición, sí participaron en el nuevo régimen, con el camaleón Francisco Largo Caballero en una consejería de Estado.

El epílogo republicano

¿Murió el pistolerismo con Primo de Rivera? Disminuyó sobremanera, hasta apagarse. El resto de la década introduciría un nuevo invitado a la fiesta, el militarismo catalanista, encarnado por Francesc Macià y su intento de invadir el Principado en 1926. El antiguo coronel de ingenieros había

fundado una nueva sensibilidad en el catalanismo para no ocultar su apuesta por la independencia, el valor de la lucha armada y un lenguaje con mucho corte marcial. En el interior, otros grupos afines planearon atentados, como el fallido en los túneles del Garraf contra Alfonso XIII en mayo de 1925. Bandera Negra era la organización autora, no muy alejada ideológicamente de Josep Maria Batista i Roca, obsesionado con la gestación de un ejército catalán para soltar amarras hacia la independencia, tan enajenado como para querer aunar voluntades en pos de una sociedad eugenésica catalana, como un nazi cualquiera, hoy en día con un busto en un callejón de Les Corts.

Todo esto último incide para remarcar una resurrección del pistolerismo durante los primeros años treinta, con el advenimiento de la Segunda República, período dominado por Esquerra Republicana de Catalunya, nacida de la unión entre el Estat Català de Francesc Macià, a la postre presidente de la Generalitat restaurada, y el Partit Republicà Català de Lluís Companys, más federalista y socialdemócrata.

Su palabra era ley durante el quinquenio republicano, pero aquí el factor que nos interesa es la nítida separación entre los componentes de EC y los del PRC. Los primeros se adaptaron a la época con la creación de las Joventuts d'Estat Català, paramilitares y uniformadas de verde hasta protagonizar un famoso, por inquietante, desfile en octubre de 1933 por la avinguda de Maria Cristina, en la falda de Montjuïc y perspectivas afines al fascismo.

Entre estos hombres figuraban los hermanos Badía. Miquel había sido uno de los condenados por el intento de atentado en los túneles del Garraf, además de organizar las JEC desde lo paramilitar. Mientras ejerció ese cargo supremo se caracterizó por su afán represivo con los anarquistas, correosos como

siempre al plantear la República como otro Estado burgués, cuando volvieron los grupos de acción revolucionarios hasta casi subvertir el orden en cuencas mineras, como la del Alt Llobregat, en enero de 1932.

Como siempre existían en el interior del sindicato dos tendencias irreconciliables, y ambas recibían por igual en las pugnas barcelonesas, con la calle como campo de batalla para imponer hegemonía.

No nos hemos olvidado de Companys y los congeniales con el sector proveniente del PRC. El segundo *president* de la época, tras la muerte de Macià la Navidad de 1933, sabía lidiar con los ácratas por su amistad con Salvador Seguí y la complicidad de Layret. Había ayudado a fundar la Unió de Rabassaires, campesinos, y su espíritu proseguía con la tónica federalista y de buena interlocutoria tanto con Madrid como con la CNT.

Pero eso no aseguraba ningún equilibrio, y el 6 de octubre de 1934 se vio en un fuego cruzado porque, pese a estar en el sillón de mando, no supo gestionar la violencia en la calle, con las JEC de Badía como un ejército catalán, apoyado en el *govern* por Josep Dencàs, *conseller* de Gobernación y fascista a la catalana. Companys, lamentándolo, proclamó el Estado Catalán dentro de la República Federal Española, algo inexistente. Los partidarios del ala extremista de ERC, los encuadrados en Estat Català, leyeron el comunicado como la independencia; los otros, derrotados, como la marcha atrás hacia una humillación histórica.

El dualismo entre *escamots* de Estat Català y militantes de la CNT levantó ríos de tinta, y el periodista Josep Maria Planes aportó su granito de arena al denunciar con clarividencia la colaboración entre ciertos sectores anarquistas

y la delincuencia común. Planes, asesinado durante las primeras semanas de la guerra civil, tuvo a bien ver lo sórdido de una criminalidad cotidiana revestida de cierta epopeya, como cuando un grupo vengó a un compañero mediante el asesinato del verdugo de Barcelona, Federico Muñoz, en febrero de 1935. Muñoz, un pobre desgraciado, vivía en los polígonos de casas baratas en los límites del municipio con la nada, pero debía ser ejecutado al ser un perro del poder.

El relato republicano es muy denso, y por eso estos episodios quedan medio desdibujados en el cuadro de ese lustro. No solemos imaginar las calles barcelonesas con tanta conflictividad como durante el sexenio pistolerista, pero la tensión siempre fue alta, hasta rebasar a cualquier fiebre el 28 de abril de 1936, cuando un grupo de pistoleros de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, dispararon contra los hermanos Miquel y Josep Badía, matándolos a la altura del número 38 del carrer Muntaner.

Este asesinato finiquita la marcha republicana conectada con la anterior etapa. El anarquismo de acción privilegiaba la guerra contra cualquier elemento burgués al mando, con el añadido de hallar oponentes urbanos en los miembros de Estat Català, cúspide del radicalismo dentro de las fuerzas en el poder autonómico.

La guerra, aunque fuera de baja intensidad, era la misma de siempre, con otro paradigma acercándose hasta el choque de trenes, pues, al fin y al cabo, tras parar el golpe de Estado con la victoria del 19 de julio, la historia se encaprichó con una de sus piruetas más inesperadas. En Barcelona, los anarquistas frenaron a los golpistas al ostentar las armas, y así fue como Companys se reunió con ellos hasta compartir el poder en ese extraño y fascinante Comité de Milicias Antifascistas, un hecho inédito donde cogobernaban los amantes de instaurar la

revolución y los experimentados catalanistas, más convencidos del deber de ganar la guerra. Podían legislar juntos, pero sus credos no seguían la misma dirección. Los anarquistas, en ese bando idealista. Los de Esquerra Republicana, con el pragmatismo por bandera. La culminación de la herencia del pistolerismo, y de un desacuerdo perpetuo entre los libertarios y el poder, desoló mayo de 1937, mes de la guerra civil dentro de la guerra civil en Barcelona, con los anarquistas y los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista de Andreu Nin contra Esquerra Republicana de Catalunya y el Partido Socialista Unificado, pujante por el creciente influjo de la Unión Soviética. Ganaron estos últimos, y así el pistolerismo disparó, ahora sí, su última bala. La burguesía y el obrerismo libraron el combate definitivo. Salvador Seguí murió joven, pero lo hizo justo a tiempo de no deber avergonzarse por ese final, típico de dos partes insuficientes por no querer caminar de la mano y preferir alargar esa cuerda interminable. El Noi del Sucre hubiera apostado por la concordia y colaborar. La elegía, meditada por muchos, nos transporta a un entendimiento casi completo entre el gobierno republicano catalán y el sindicato anarquista, pero no considera como tanto en un lado como en otro hubieran existido igual los radicales con ribetes fascistas de Estat Català y el extremismo de los sindicalistas violentos.

Era una historia interminable, y lo narrado tras 1923 es la evolución definitiva del pistolerismo, canónico en su primera fase y más disperso en la segunda, siempre presente como un virus en el aire, hábil en sus formas para insertarse sin ser percibido en el tejido social. Quizá porque nunca se fue y, como decíamos, se transformaba para intervenir en la cotidianidad, tanto como para determinar, casi por hábitos adquiridos, la ruptura de mayo de 1937, decreto de la

imposibilidad de ganar la guerra civil contra los golpistas y sus aliados nazi-fascistas. Todo eso hizo el pistolerismo.

Segunda parte
La violencia criminal (1929-1991)

5

Años accidentados para los márgenes: el crimen de Ricardito y la Barcelona homosexual (1929-1936)

La modernidad vino para quedarse. Más allá del pistolerismo, Barcelona recogió el poso de toda convulsión y estiró su propia metamorfosis durante los años veinte, una época agridulce entre la dictadura de Miguel Primo de Rivera y el inopinado crecimiento de la ciudad, propulsado hacia una quiebra de su modelo demográfico por distintos factores. Entre 1920 y 1930, la población aumentó en más de trescientas mil personas, rebasando el millón de habitantes con la agonía del decenio.

La mayoría de estos recién llegados, a diferencia de lo habitual en el ciclo histórico, eran inmigrantes provenientes de regiones ajenas a la geografía de la Corona de Aragón. Muchos eran murcianos, y así fue como empezó a anidar en la sociedad catalana un racismo nada encubierto hasta usar el gentilicio como si fuera un término despectivo, cuando en realidad los originarios de esta región vinieron, en primera instancia, para trabajar bajo tierra en las obras del gran metro, algo indeseado para muchos obreros del Principado, transformados sin saberlo en señoritos.

El murciano, más tarde reconvertido en charnego, fue demonizado por la prensa satírica, como más tarde recordaría Paco Candel en su referencial *Els altres catalans* (Edicions 62, 1964), aunque para poner los puntos sobre las íes debieron transcurrir más de cuarenta años, una guerra y el íncubo franquista.

Candel rememoraba las fronteras malignas, esos carteles con «Aquí empieza Murcia» en l'Hospitalet y otras lindezas, como las deportaciones de los primeros meses de la República, canceladas por la resistencia de los perjudicados, cuando Macià y los suyos, como bien atestigua Chris Ealham en su ensayo *La lucha por Barcelona* (Alianza, 2005), optaron por expulsar a los impuros de sangre, episodio más bien acallado con ingentes dosis de violencia política.

Los chicos del metro, repletos de polvo mientras fundaban una urbe subterránea para toda la ciudadanía, propiciaron un efecto llamada, asimismo asegurado por otro evento capital: la Exposición Internacional de 1929.

Desde principios de los años diez, la burguesía catalana, enfrascada en la transición de la apoteosis privada del modernismo a la pública con estructuras de Estado del novecentismo, planteó una muestra con el fin de ampliar la capital catalana a la todavía virgen colina de Montjuïc. Para ello, en 1913, se propuso una Muestra de Industrias Eléctricas, se expropiaron terrenos de la montaña, la ajardinaron a conciencia y distribuyeron la planificación arquitectónica a los sospechosos habituales, todos ellos vinculados con la Lliga o la restauración borbónica.

Los avances fueron notorios, y en 1923 se había terminado parte de lo previsto. Como es sabido, en esa fecha aconteció el cambio de régimen; Primo de Rivera modificó por completo la

concepción, y con ella los nombres encargados de conducirla a buen puerto, otorgándose al marqués de la Foronda, odiado en media Barcelona por su gestión de la compañía de tranvías, la organización. Por su parte, la dirección de las obras recayó en Pere Domènech i Roura, tras relegarse a Josep Puig i Cadafalch al ostracismo pese a haber sido, junto al inefable Cambó, uno de los artífices del proyecto. El repartimiento corrupto del dinero medraría en otros bolsillos.

Para más inri, en 1928 se derribaron las cuatro columnas del arquitecto catalán. En su imaginación eran la invasión pacífica de su decálogo nacionalista en Montjuïc, visibles como coronación de un sueño y destruidas para favorecer los designios de otra bandera, en este caso la española, con su eclecticismo pletórico desde la falda hasta la cima del monte, con la Fuente de España de Jujol en primer plano hacia el perfecto enmarque del Palacio Nacional entre las torres venecianas de la avenida María Cristina, ornadas durante el período expositivo con unos «espárragos» verticales e iluminados para completar la perspectiva, no en vano la Exposición Internacional iba a centrarse en la industria, los deportes y el aire, con la imagen arquetípica del Graf Zeppelin en el cielo de Barcelona mientras duraron los fastos, inaugurados el domingo 20 de mayo de 1929.

CAMBIOS CRIMINALES ANTES DE LOS FUEGOS DE ARTIFICIO

Durante ese año la atención mediática estuvo supeditada al magno acontecimiento barcelonés, bien respaldado en Sevilla por la Exposición Iberoamericana. La prensa no escatimó esfuerzos para narrar al dedillo todo lo describible en los recintos feriales, las visitas y la inestimable inyección económica previa para trasladar a muchos trabajadores a

polígonos de viviendas, construidos para la ocasión con la intención de no afear esa efímera belleza.

De este modo, muchos inmigrantes recibieron una llave para una casita apañada en la periferia barcelonesa. Hoy en día solo queda entero el bloque de Can Peguera, en Nou Barris, mientras los demás han sido sometidos a la típica especulación inmobiliaria sin respeto alguno al pequeño patrimonio.

Los de los grupos de viviendas sociales, así como los colectivos laborales enclavados en pasajes de viviendas nacidos del cooperativismo, eran la nota de luz para la crónica, no así el desmedido aumento del barraquismo, a borrar de la tinta para no deslucir tanta pompa y boato.

El incremento demográfico también subvirtió las dinámicas criminales. La noche del 19 de diciembre de 1927, los inquilinos del número 76 del carrer Trafalgar, en el límite del centro, oyeron golpes fortísimos y un grito ahogado en la escalera, una ráfaga sonora casi desapercibida antes del descanso nocturno.

A las seis de la madrugada, un vecino se levantó para ir a trabajar y se encontró en el portal el cuerpo de un hombre tendido. Presentaba una herida en la cabeza. Al fijarse en el rostro, lo reconoció como uno de los habitantes de la finca y corrió para advertir a la familia del difunto.

Ya en el piso, con demasiada tranquilidad ante el inesperado suceso, llamaron al médico, quien, además de extenderse en el estudio del cuerpo de Mariano García Oñoro, viajante aragonés de comercio de la casa Matías López, olió demasiadas sospechas en el apartamento, contactando con la policía, quien al personarse en el domicilio dio con un colchón y ropa de cama rebosante de sangre.

Llevaron a comisaría a Josefa Fuentes, esposa del finado y madre de ocho hijos. Mientras iban hacia la central de Via Laietana se fijaron, no sin profundo estupor, en cómo la mujer iba con los guantes puestos. Cuando se los quitaron, se disipó toda duda sobre la autoría del crimen. Josefa tenía sus manos con diversas heridas y arañazos; las marcas refutaban a la mayor su «me he quemado mientras cocinaba un sofrito de tomate».

La mujer se había casado enamorada, pese a que antes había rechazado a Mariano por no estar segura de la conveniencia de contraer matrimonio, ya que de joven había sido muy guapa y tuvo propuestas para parar un carro. Amaba la fuerte complexión de su hombre y la mayor experiencia debida a la diferencia de edad. Con los años, se gastó el romance de tanto usarlo, con la distancia como motor de enfriamiento por los viajes del marido, y ella, como tantas otras, encargada de gobernar la casa y esas ocho criaturas, ya crecidas y con las ocupaciones propias de su edad.

Las peleas eran innumerables, y en esa velada prenavideña una gota colmó el vaso. Josefa confesó cuando le informaron de que podía acabar con cuatro de sus retoños entre rejas. Según su último relato, la discusión definitiva se desencadenó por el humo de un hornillo, antesala del golpe definitivo en la cabeza con una botella de gaseosa.

Josefa respiró hondo. Los chicos volvieron del trabajo, les sirvió la cena y luego bajó el cadáver a rastras por la escalera, hasta el descansillo. Durante todos los meses de investigación, se contempló un asesinato con todas las letras, pero no pudieron confirmarlo; el arma pudo haber sido una plancha, elemento recurrente durante esta temporada en Barcelona.

En octubre de 1929 fue juzgada, con el ánimo de los fanáticos algo decaído porque otros casos suscitaban mucho más interés. La condenaron a veinticinco años de cárcel, con los atenuantes de obcecación y arrebato.

Este suceso de violencia de género con las pautas invertidas debió ser la comidilla de la calle durante unos meses, por el protagonismo de una mujer ama de casa, inmigrante aragonesa del pueblo de Zuera y amantísima con su camada. Las torturas, atropellos y desconsideraciones no hicieron mella en su empecinamiento por dar una buena educación a sus hijos, algunos de ellos prósperos en el extranjero, como la mayor, dueña de una tienda de sombreros en París, con la ilusión de implicar a su madre para rescatarla del infierno doméstico.

Josefa, como todas las historias teñidas de violencia rutinaria, decayó en los titulares, hasta desaparecer. En mayo de 1929, su fama quedó relegada a un segundo plano ante un alud mortuorio con tintes espectaculares y una progresión lógica para colocar un solo suceso en la exclusividad mediática.

La casualidad juntó en la misma página dos crímenes. El primero se titulaba, simplemente, «Muerte de una mujer». Hacia las cuatro y media de la madrugada del 2 de mayo, unos gritos femeninos pidiendo auxilio despertaron a los durmientes del número 12 del carrer de la Porta de la Santa Madrona, en las estribaciones de la Rambla. Partían de una habitación del segundo piso, una casa de dormir.

De inmediato, los vecinos se dirigieron al cuarto de las voces, y como la puerta estaba cerrada por dentro forzaron la cerradura hasta acceder a la vivienda. En el suelo de la misma yacía tendida una mujer bañada en sangre y a su lado, de pie, un hombre mulato. No opuso resistencia al ser detenido.

La víctima fue trasladada a un sanitario y falleció poco después, como consecuencia de las heridas inferidas con arma blanca. El supuesto asesino tenía veintiocho años, era panameño y se llamaba Martín Palma Galástica. Era vendedor ambulante de mariscos, y para justificar lo injustificable alegó que Josefa Martínez Oliva, de veinticuatro años de edad, se causó las heridas mortuorias.

El juez no consideró muy verosímil esta versión e incomunicó al agresor. Llevaba junto a la chica tres días en esa pensión, y hasta el acuchillamiento habían mantenido unos horarios normales, yéndose a dormir hacia las once y media de la noche, con puntualidad británica.

Palma tenía todo para ser el monstruo de esa primavera. En cada una de las noticias dedicadas a su persona se remarcaba, sin pudor alguno, su tez mulata, para avivar el odio, más profundo si cabe por su mentira, pues resultaba increíble la teoría del suicidio, entre otras cosas porque nadie tras perpetrar ese acto tira el cuchillo por la ventana. El panameño estaba contra las cuerdas, pero poco a poco el interés languideció hasta esfumarse por irrumpir en escena una caja de madera con aroma inigualable.

El bulto llegó a Madrid el 12 de diciembre de 1928 y quedó en el muelle del Cocherón a disposición del destinario, un tal José Gómez. Como no pasó a recogerlo, lo transportaron el 18 de enero de 1929 al depósito de mercancías pendientes, donde permaneció hasta el primero de mayo de 1929, cuando, transcurrido casi medio año sin ser reclamado, se procedió a su apertura en la estación del Mediodía, actual Atocha.

El cajón estaba muy bien embalado. Su número de expediente era el 3.918 y se hallaba en la parte baja de la anaquelería izquierda. El mozo Pedro Vincent la agarró y fue

muy certero en sus apreciaciones. No podía ser maquinaria porque soltaba mucho pringue, hasta dejar un reguero con abundante líquido.

Vincent, meticuloso, procedió a levantar la tapa con la ayuda de un martillo y un cincel. La primera capa estaba llena de periódicos de Barcelona; debajo había grandes mantas de algodón. Una vez las quitaron, aparecieron una mano y una pierna en buen estado de conservación o, si lo prefieren —el cronista sabía cómo crear tensión en el lector—, el cadáver de un hombre de unos treinta años en perfecto estado de descomposición. Le faltaba la cabeza.

Al día siguiente, los diarios publicaron el interés de varios familiares por un pariente desaparecido meses atrás, Pablo Casado, oriundo de Porcuna. Lo identificaron por una cicatriz en el escroto debida a una operación de hidrocele, verificándose la coincidencia ante la presencia del cirujano que lo asistió en quirófano.

Había muchos interrogantes abiertos. La caja la había facturado un tal José Pérez, residente en el carrer de Provença 55, y no era necesario ser muy avispado para barruntar sobre cómo quien envió el paquete tenía relación con Pablo Casado, residente en Barcelona, en el número 55 del carrer d'Orteu del barrio de Sant Gervasi, en la aburridísima zona alta definida por Josep Pla como los restos de un pueblo de carcamales, prudentes y beatos, pequeños en cuerpo y alma, veraneantes ricos y retirados con una ambición minúscula, como sus casas, jardines y hasta el color local.

Visto así, Sant Gervasi era el lugar idóneo para instalar una fábrica de cajas y estuches de bombones de lujo. Casado había realquilado el sótano al señor Rafael Figueras. El asesinado pasaba apuros económicos, hasta pedir prestado para pagar a

sus cuatro operarias. Según el sereno, era madrileño y demostraba tener gran confianza con su criado, primera alusión a sus preferencias homosexuales.

Los redactores del caso desarrollaron un estilo propio lleno de embustes para cautivar al público. Durante los primeros días, Casado era una especie de extraño don Juan. Debía casarse con Sara Cristelli, una joven con quien se había comprometido poco antes de su desaparición. Sus familiares, al comprobar su ausencia, llegaron a culparlo de escaparse de sus responsabilidades mediante la argucia del paradero desconocido. Otras fuentes citan novias de Casado en cada puerto, algo probable, al menos como tapadera, al ser su profesión durante años la de viajante de la Casa Ochoa. Allí había sido contratado tras recalar en Madrid junto a su madre, una vez falleció su progenitor, y ambos abandonaron la localidad jienense de Porcuna para residir en la capital, donde el milagro materno de acudir a la iglesia de las Salesas a rezar devino providencial al escuchar sus súplicas la señora Ochoa. Esta, en un acto de cristianísima generosidad, dio acomodo a los recién aterrizados en la fábrica de su marido, sita en la calle Segovia. Casado fue un viajante ejemplar, con mucha popularidad en Santander, donde vivió algunos años, no sin frecuentar Madrid a la mínima oportunidad, decantándose por Barcelona para su aventura en solitario al disponer en la Ciudad Condal de todas las materias primas imprescindibles para su oficio.

Casado tenía buena relación con el clan Cristelli. En Barcelona, donde llegó con toda probabilidad entre finales de 1927 y los primeros meses de 1928, iba a comer con cierta frecuencia a casa del señor Valenzuela, casado con una hermana de su hipotética prometida. Le perdieron la pista poco antes de la Inmaculada Concepción, viéndole feliz por

remontar el vuelo al afirmar tener muchos pedidos y ganancias por valor de treinta mil pesetas, algo desmentido *a posteriori* por muchos testigos.

Los primeros artículos se estructuraron como un folletín sentimental. Su análisis presente exige ser muy despierto con el interlineado, pues de quedarnos con lo dicho estaríamos ante un dramón de sobremesa, con Sara Cristelli rezando entre los restos, depositando flores y aportando una sábana para amortajar el cuerpo, según las versiones iniciales, acomodado a la caja por alguien inexperto en el uso de una sierra de dientes finísimos, con la que cortó las piernas del fiambre. Era, con toda probabilidad, metalúrgica y su modelo encajaba con un trozo hallado dentro del envoltorio, donde el cuello se había cortado a raíz de los hombros, hasta dejarlo sin nuez, quizá para borrar las huellas. El culpable se había esmerado en limpiar los rastros.

El estómago de Casado estaba vacío, deduciéndose la muerte a altas horas de la madrugada, poco antes del desayuno. Entre el elenco de sospechosos, todos los indicios remitían a dos personas, a las que se añadió una tercera perjudicada por el crimen incluso más de medio siglo después.

El primero en la terna era Antonio Aragón Romeu, quien tuvo una sociedad con Casado para la explotación de fábricas de cartón. Las malas lenguas, siempre con los dobles sentidos a flor de piel, hablaban de una intimidad grande entre ellos. Romeu, junto a su mujer, vivió con Casado, separándose con el fin de la sociedad. Aragón pasó a dedicarse, en una estancia adyacente, a la bencina y los productos químicos. Su nueva empresa se quemó, sin llegar el fuego a las dependencias de su antiguo socio, aunque para muchos el hecho era otra mecha motivacional más.

El segundo investigado era Ricardo Fernández Sánchez, oriundo de Pastrana, en la provincia de Guadalajara. Tenía veintiséis años y había conocido a Casado hacía un lustro en la tertulia del madrileño Café Correos. Antes de entablar amistad con su futuro amo, estuvo empleado durante un mes, de agosto a septiembre de 1924, en el Hospital Provincial de Madrid, donde fue mozo de la sala de operaciones. Se le consideraba de carácter pacífico y carecía de antecedentes penales. Fue detenido el 3 de mayo a mediodía, porque Rafael Figueras lo había visto vestir un traje de Pablo Casado. En el momento de su arresto, tenía consigo un billete de barco rumbo a La Habana, donde había conseguido un trabajo en el flamante Hotel Ritz. Ricardito, muy confiado, se había presentado al número 55 del carrer d'Orteu, hoy en día un ramal del carrer de Balmes, para recoger un colchón y pagar los cinco duros que debía del alquiler.

Ya en comisaría no dudó en señalar al tercer hombre del entuerto: Josep Maria Figueras, a quien acusó de pasar muchas noches en el domicilio de Casado, y con esta difamación ponía en la picota al amigo de su dueño, quien también terminó entre rejas e incomunicado hasta quedar libre de toda sospecha. Pero, como decíamos antes, el fantasma de ese pasado lo acompañó casi hasta la tumba, pues en 1985 el embrollo del cadáver descuartizado —no se preocupen, volveremos a la cabeza— protagonizó el último episodio de la serie televisiva *La huella del crimen* : Figueras, de setenta y ocho años, salía retratado como el amante de Casado. Para subsanar el honor perdido por «tanta calumnia», no aceptó las disculpas de Pedro Costa y pidió trescientos mil euros de indemnización a pagar por el productor y TVE. El juez absolvió a ambos, al entender que Figueras había dado su consentimiento para la emisión del programa.

En mayo de 1929 todavía faltaba mucho para pleitos audiovisuales y limitar los sospechosos a dos, con uno prominente, abría una rendija de luz en esa incierta ventana. Las pesquisas se enfocaron a desgranar los movimientos de Ricardito, mientras nuevas averiguaciones servían para encumbrar el episodio en la vía pública. Y es una desgracia para quien escribe no disponer de esas fuentes orales tan jugosas, pues además de narrar lo acaecido confieso mi anhelo de poder luchar contra lo imposible y adentrarme en las tabernas para escuchar esos intercambios robados por el aire, porque al fin y al cabo la información de los periódicos solo es un pequeño complemento o un estímulo para desatar el diálogo entre parroquianos y transeúntes, adictos a lo de Pablo Casado desde el conocimiento de los códigos de su época, y en estos, como hemos insinuado sin mucho misterio, la homosexualidad parecía ser el gran motor del cotilleo.

En una trama de estas características se barajaban todas las opciones posibles. Algún redactor, con la inestimable ayuda de las declaraciones fuera de micro, debió consultar el calendario de diciembre de 1928 y, bingo, el día de la Inmaculada Concepción caía en sábado, con el domingo 9 como continuación del festivo para gozar de la calma, descuartizar el cadáver y meterlo en la caja sin ruidos ni molestias. Cada vez cobraba más fuerza el asesinato de Casado en la cama.

El encaje de bolillos proseguía sin prisa, pero sin pausa. Los papeles de periódico del embalaje llevaban notas escritas por las operarias del difunto. Una de ellas explicó cómo el día 7 de diciembre trabajaron en el taller; Casado dejó trabajo preparado para el día siguiente, no sin advertir a una trabajadora de tener una tarea para ella ese domingo. Esta, obediente, llamó a las once de la mañana a la puerta. Nadie contestó. El lunes 10 preguntó a Ricardito y, ante su asombro,

vio el sombrero y la trinchera del empresario madrileño en el perchero; este respondió con evasivas poco convincentes: habrá salido con gorra y a cuerpo. La fábrica estaba como los chorros del oro, recién limpiada y fregada.

A Ricardito el viento le soplaba siempre más en contra. Se escudaba en coartadas cada cual más fingida y alucinante. No desmentía haber salido con un carretón el lunes, aunque desde su punto de vista debía resaltar la comida con Casado y Josep Maria Figueras el domingo 9 con motivo de la muerte de un pollo por parte de su dueño, dichoso por haber mejorado la situación económica de la empresa y haber pagado a todo el mundo. Por supuesto, el plumilla de turno no pudo ahorrarse algún comentario para mantener el morbo sobre la sexualidad de los protagonistas, en esta nota con una alusión a cómo los comensales cometieron algunos excesos.

Ricardito se agarró como un clavo ardiendo a ese tiberio; aun así, sus incongruencias eran cada vez más osadas. Celestina Medrano, una de las obreras al servicio de Casado, dijo ver en el patio del número 55 del carrer d'Orteu un cuchillo ensangrentado y Ricardito, siempre con la respuesta preparada en la punta de la lengua, le replicó despreocupado explicándole que era el de la comilona del pollo. Casi el mismo día, una vecina declaró haber escuchado la noche del 8 de diciembre lamentos desde la ventana que daba a la calle Alfonso XII. Como desde hacía meses las obras del tren de Sarrià llenaban el ambiente de polución acústica, no concedió más relevancia a esos quejidos.

Mientras tanto, el retrato de Pablo Casado quedaba definido. Amaba mucho a su madre y quería ser rico para ser enterrado junto a ella en un digno sepulcro. Según muchos testigos, Casado era pulcro, sin vicios y buena persona.

Profesaba una gran afición al dibujo, hasta tener inquietudes artísticas, y solo se le reprochaba un cierto amaneramiento.

La prensa iba con tiento cínico en torno a la homosexualidad de los implicados. Luis Jiménez de Asúa, *a posteriori* presidente de las Cortes Republicanas en el exilio, se atrevió a vincular el crimen con la violencia ejercida en la sociedad sobre los homosexuales y a la reserva de estos para buscar lugares y personas para saciar sus querencias sexuales, cobijadas en un manto de secretismo agravado más si cabe por el nuevo Código Penal de 1928, concebido por la dictadura de Primo de Rivera para dar alas a los sectores más reaccionarios. No se perseguía a los «invertidos» —el término más frecuente durante el primer tercio del pasado siglo—, sino sus actos, y en determinados delitos, como besarse en público, serlo era un agravante.

El tema estaba en boga en toda Europa desde distintos pareceres. En la República de Weimar la tolerancia berlinesa, mitificada con el ascenso del nazismo, era un paraíso, mientras en Francia André Gide publicó en 1924 *Corydon* , ensayo muy intelectual donde abogaba a favor de las relaciones entre adultos y adolescentes desde una mirada platónica. Por su parte, Jean Cocteau, traumatizado por la prematura muerte de su amante Raymond Radiguet, se sumía en un desaforado consumo de opio y editaba, sin firmar, *El libro blanco* , con ilustraciones explícitas de marineros y cuerpos masculinos musculados con el miembro viril bien a la vista.

Asúa, como el doctor Gregorio Marañón, se decantaba por englobar a los homosexuales como enfermos y, desde su posición de jurista, prefería un Código Penal igual para todos, una posición avanzadísima y muy contestada. En un artículo de *La Nación* lo criticaban hasta rebatirlo con un españolísimo «Olé los hombres».

La resolución

El 23 de mayo, Ricardito confesó. Según su versión, la noche del 8 de diciembre se acostó ante la prolongada ausencia de su amo. Casado le despertó hacia las once o las once y media. Quería cenar. Prepárame un huevo y una sopa y no te metas en cosas que no te importan. Ricardito, enfadado, se resistió. No eran horas de cena. Estaba hasta las narices porque Casado le adeudaba cuatro mensualidades. La discusión subió de tono y el propietario de la fábrica le tiró un objeto, y el siguiente paso fue llegar a las manos, hasta la muerte.

Cuando comprobó el óbito de su amo, se cubrió el rostro con las manos y fue a su habitación, mientras su cerebro se llenaba de negrísimos pensamientos relacionados con el patíbulo. Al cabo de un rato, salió hacia el taller para coger un cuchillo grande y cortarle la cabeza y la envolvió en algodón y papeles, antes de dejarla apartada en un rincón. Con el cuchillo y la sierra cortó las extremidades superiores e inferiores del cadáver, y después las envolvió en algodón, empleando todo el disponible en la casa, y, como lo agotó, se dirigió a una farmacia cercana. El paquete era inmenso.

Luego lavó las manchas de sangre en suelo, paredes y camas para, acto seguido, arrastrar la caja hasta la puerta. El domingo por la mañana salió de la casa y llevó la cabeza bien envuelta y oculta bajo el abrigo hacia el puerto, adonde llegó tras coger el tranvía 17 y luego el 29, hasta la aduana. Tras apearse, se dirigió al muelle, donde entre el primer y el segundo tinglado arrojó la testa al mar, cerca de un barco. Volvió a Orteu 55, miró si había alguna huella y lavó el piso. El lunes nadie se fijó en el paquete, fue a casa de Rafael Figueras y le pidió el carretón para transportarlo, distrayéndose en el camino hacia la estación de Francia por

unas maniobras de artillería en el Saló de Sant Joan. Ya en los ferrocarriles, dio con un mozo para rellenar el talón mientras él mismo facturaba el cajón, y lo declaró en la categoría de maquinaria para no levantar suspicacias.

Había pasado más de medio año desde la noche de autos, pero el buzo Giner Paredes se sumergió en el puerto para ver si daba con la cabeza. Había caído en el borde de una lancha, con el temor de Ricardito por si se quedaba pegada a esta. La búsqueda fue infructuosa.

Pese a la confesión, aún quedaban detalles por dilucidar. Se dudaba de si había sido un homicidio o un asesinato, al tiempo que se añadían nuevos cargos al haber robado Ricardito del armario de Casado una manta de lana, un abrigo azul, una cadenilla de oro, una cartera de piel, a la que arrancó las iniciales, dos cuchillos, tres cucharas y tres tenedores de plata, todo valorado en 258 pesetas. Faltaba dar con dos sortijas reconocibles por los amigos de Casado y un mantón de Manila, una especie de reliquia materna. La caja macabra aún era objeto de investigación para localizar una camisa del asesinado, debiéndola desinfectar para averiguar si la prenda estaba en su interior.

El avance hacia la resolución chocó con la inauguración de la Exposición Internacional. Los breves suplantaron los relatos elaborados y solo quedó el juicio, a celebrar entre el 13 y el 15 de febrero de 1930. Antes, como guinda para reconstruir la situación de Pablo Casado, se precisaron los movimientos de la última noche. Durante la tarde estuvo en casa del matrimonio formado por el alemán Walter Rabenaut y su mujer, Dolores Rodríguez de Guzmán, expresándoles sus ansias por despedir a Ricardito y emprender junto a ellos, quienes querían facilitarle los mecanismos para lograrlo, la fabricación de cajas de bombones en el país germánico.

A las nueve regresó para cenar y volvió con la pareja hasta la una. Durante ese intervalo, Ricardito pensó en darle muerte. Hacia la una, Casado entró a su domicilio por la puerta de plaça Molina; después se desnudó, se acostó y dejó la puerta abierta. Entonces Ricardito entró a oscuras y le propinó un planchazo en la cabeza, que le causó la muerte por *shock* .

El 8 de enero de 1930, tres líneas perdidas notificaban la condena a catorce años de prisión a Martín Palma Galástica por el asesinato de Antonia Sancho. Un mes después, sonaron las campanas de las tres jornadas en el Palacio de Justicia para determinar la culpabilidad de Ricardito. Se produjo un gran aluvión de curiosos, y más de mil personas se quedaron en la calle sin poder acceder a la sala.

Ricardito debía recibir todos los apelativos para denigrarlo como ser humano:

> En contra de sus buenas cualidades revela una sexualidad invertida, para cuya torpe satisfacción ha realizado con habitualidad actos homosexuales, degeneración que con tan fuerte raigambre tiene el procesado, lo que le hizo abandonar colocaciones para él ventajosas para vivir en un medio social que le permitiera, aun padeciendo privaciones y penurias económicas, satisfacer sus pervertidas inclinaciones.

Ricardito adoptó una postura negacionista, con su defensa inventándose como criminales a dos hombres y una mujer con pistola mientras malmetía contra Antonio Aragón porque, en caso de defunción, uno de los contratantes de la empresa heredaba los bienes y, por si fuera poco, Casado se había pegado con su antiguo socio. De nada sirvieron estas tretas. El 18 de febrero, Ricardito fue sentenciado a dieciséis años de reclusión, treinta mil pesetas de indemnización a la familia de la víctima y tres meses suplementarios de encarcelamiento por hurto. El 27 de abril, tras varios meses en la prisión Modelo, Ricardo Fernández Sánchez ingresó en el penal de Dueso, Santoña.

1930 fue un año aciago para Barcelona. A la calma tensa por la situación política se añadieron algunos acontecimientos con suficiente envergadura como para impactar en la masa ciudadana. El miércoles 30 de julio, a las nueve de la mañana, Joan Gamper se suicidó de un disparo en la cabeza en su domicilio del número 4 del carrer de Girona. Al oírlo, su mujer, Emma, con quien tenía dos hijos, corrió desesperada y tomó la pistola de la mano de su marido; una empleada doméstica forcejeó hasta quitarle el arma y así evitó otra calamidad en la casa del fundador del Fútbol Club Barcelona.

La muerte de Gamper, pese a un funeral multitudinario con los jugadores portando el féretro, fue tabú durante decenios. La esquela de *La Vanguardia* del 31 de julio se ve acompañada de otra a pocos centímetros de distancia. Corresponde a un suizo algo menos ilustre, tan anónimo como para exigirme bucear en aguas imprevistas, como una tesis doctoral donde pude averiguar la intención de Hans Frey Gohl, empresario de aluminios Hispano-Suiza, de construirse un torreón medieval en una zona aislada de la colina de Vallcarca.

Frey se suicidó el 29 de julio. Intentaron reanimarle en una clínica particular, todo desde el más absoluto anonimato. En su obituario muchos lamentaban su pérdida, con los hijos ausentes.

Todos estos elementos han agitado la posibilidad de una relación más allá de lo comercial entre ambos hombres, aunque resulta imposible afirmarla con rotundidad. Gamper tenía muchos sinsabores. Había sido el *alma mater* del Barça, presidiéndolo en varias etapas. En la última, el 14 de junio de 1925, se celebró un partido entre el equipo azulgrana y el Júpiter en el estadio de Les Corts. Durante el descanso, la

banda de la marina inglesa interpretó el *God save the King* , muy aplaudido por los catorce mil aficionados quienes, desatados en su euforia, se atrevieron a silbar el himno español como contrapartida. El régimen ordenó cerrar durante tres meses la sede del club por desafección patriótica algo, según *ABC* , «poco sorprendente en una institución donde nunca se había visto ondear la bandera española ni se ha escrito un letrero en castellano, no tiene nada de extraño que a sus socios les parezca que allí sobra todo lo español». Esta opinión encajaba al milímetro con el decreto de clausura del gobierno, donde se hablaba de «una tendencia en la citada sociedad, acentuada en los últimos tiempos con motivo de la victoria en el último campeonato, rehuyendo citar el nombre de España y llamándole impropiamente campeonato peninsular».

Gamper no aguantó la presión y se exilió en Suiza. Se le impusieron durísimas condiciones para regresar, entre ellas el veto a cualquier lazo con la niña futbolística de sus ojos. El crac del 29 lo arruinó por completo, y solo la losa de mutismo durante décadas ha resucitado la idea de su homosexualidad, por la coincidencia de dos suicidios con tan pocas horas de diferencia, aunque también pudieron deberse a razones meramente económicas. Aun así, el nombre de Gamper fue tabú durante el franquismo. Cuando se construyó el Camp Nou, algunos pensaron en bautizarlo con el nombre del helvético, recibiendo el presidente Miró-Sans una carta del general Moscardó, delegado nacional de Deportes, para sacarle el nombre de la cabeza.

Esta historia quedará cubierta para siempre por un extraño velo.

En cambio, en otra punta de la ciudad, las coordenadas son mucho más nítidas. En 1925, el periodista Paco Madrid comparó en el semanario teatral *El Escándalo* el Raval

barcelonés con los barrios chinos de las ciudades estadounidenses. Era el primer artículo de una serie dedicada a los bajos fondos condales. En la misma aparecía la foto de La Criolla, local recién estrenado en una de las calles más peligrosas, la del Cid, hoy apenas cincuenta metros supervivientes tras la demolición de estos escondites de vicio durante la dictadura franquista, donde, todo sea dicho de paso, el Distrito Quinto se erigió en un bastión medio tolerado para prostitutas, homosexuales y gentes afanadas por escapar de una realidad insoportable.

La Criolla era distinta a todo lo visto con anterioridad. Ocupaba una antigua fábrica de tejidos e hilaturas. En el exterior, un gran rótulo de neón, vertical y rojo con su nombre presidia la fachada, de tres pisos. En el interior, había una sala de baile, presidida por la tarima de la orquesta, famosa por tocar más rápido y estridente de lo normal las melodías a la moda. Un techo amarillento se sostenía por las columnas de hierro, transformadas en palmeras, del viejo edificio industrial. El ambiente debió ser fantástico e irrespirable, con mucho tabaco, sudor, sexo y roces aderezados con violencia, entre disparos y cuchillazos, cuando las altas horas de la madrugada trastocaban la cordura. La pista, donde actuaron estrellas del calibre de Carmen Amaya o Joséphine Baker, estaba iluminada con focos y combinaciones de luz para distorsionar la realidad, algo incentivado por la orquesta. Esta se alternaba con una gramola eléctrica conectada a unos altavoces, casi como si se sentaran los cimientos para las futuras discotecas.

La fama popular de La Criolla alcanzó su cénit con la Exposición Internacional de 1929. En un episodio de *Vida privada,* de Josep Maria de Sagarra, los burgueses, como si fueran de excursión, bajan hasta el barrio chino para comprobar con sus propios ojos tanta fama lujuriosa. Querían

sentir e intuir toda la depauperación, aunque al final, en un giro muy literario, el autor les hace plantearse si no son ellos los miserables por querer indagar en la podredumbre de las clases más desfavorecidas.

Josep Maria de Sagarra y Josep Maria Planes aportaron otro granito de arena con *Nits de Barcelona* . El dramaturgo catalán y el malogrado periodista vivían fascinados por ese reducto local tan codiciado para su destrucción en cualquier época histórica, con Lluís Companys impaciente por arrasarlo y el franquismo relamiéndose por un plan urbanístico para cortarlo con esmerada parsimonia hasta hacerlo desaparecer del mapa.

Sagarra nos ha legado una serie de instantáneas tomadas durante la Segunda República con travestidos paseándose sin preocupaciones ni apuros. En La Criolla, el más famoso era Flor de Otoño, anarquista y cocainómano, preciado por su belleza y encumbrado en un pedestal corrosivo no solo desde lo nacional, pues durante el período comprendido entre los estertores de la dictadura de Primo de Rivera y el inicio de la guerra civil un elenco impresionante de autores franceses escribió novelas, crónicas y relatos para popularizar lo excepcional del barrio chino allende nuestras fronteras. Paul Morand, Francis Carco, Pierre Mac Orlan, Henry de Montherlant, René Bizet o Jean Genet cantaron las maravillas de la perversión, pero su difusión de la depravación barcelonesa no era solo anecdótica. En el París de los años treinta se tildaba a la Ciudad Condal de meca para los homosexuales del Viejo Mundo, y en esto La Criolla jugaba un papel nada despreciable, tanto como para copar los titulares de los rotativos galos con la historia de Paul Laboire, detenido el 22 de septiembre de 1934 en una pensión del carrer Nou de la Rambla, peculiar frontera entre los dos hemisferios del barrio chino, acusado de haber asesinado en París al empresario

teatral Oscar Dufrenne, cuyo cadáver apareció en su despacho del cine Palace el 25 de septiembre, medio desnudo y con el cráneo masacrado. La última persona vista en las inmediaciones fue un marino, sinónimo de homosexualidad, y Dufrenne, como muchos otros olvidados de la época, nunca renegó de su condición, pese a ser concejal municipal y haber erigido un imperio entre varietés y proyecciones del séptimo arte.

Laboire, en cuya maleta se hallaron muchas fotos de mujeres, quizá producto de la ingente industria de literatura pornográfica radicada en Barcelona, residía en esa pensión junto a una amiga y se escondía bajo el seudónimo de Robert Filipi.

Jean Genet también practicaba el enmascaramiento, pero de otro modo. Su paso por Barcelona se sitúa aproximadamente entre 1933 y 1934. En su *Diario del ladrón* describe su día a día:

> Fui así un piojo sin conciencia de serlo. En Barcelona, frecuentábamos sobre todo la calle del Mediodía y la del Carmen. Nos acostábamos a veces seis en un jergón sin sábanas y, al amanecer, íbamos a pordiosear por los mercados. Salíamos en banda del barrio chino y nos dispersábamos con un capacho bajo el brazo, pues las amas de casa nos daban más bien un puerro o un nabo que unos céntimos. A mediodía regresábamos y nos hacíamos una sopa con lo recaudado.

Estaba sumido en la más profunda abyección. Vivía con Stilitano, manco, serbio y desertor de la legión extranjera. Para satisfacerle, además de entregarle las pocas pesetas robadas en hurtos de poca monta, accedió a prostituirse para él en La Criolla. La vestimenta femenina se impuso. Algunos colegas españoles de Genet le regalaron trapos, y con ellos desfilaba primero por Cal Sagristà, renombrado por su afluencia de invertidos, y después se metamorfoseaba en una ruleta para ver en qué mesa del local terminaba, una noche con oficiales franceses y otra a la buena de Dios, como en Carnaval, donde

era más sencillo disfrazarse sin llamar la atención. Tras robar un traje de faralaes y una blusa, complementados con un abanico y una mantilla, cruza el chino para alcanzar la basílica laica del carrer del Cid. Como último rasgo de masculinidad no se quitaba el pantalón, bajo la falda; en la barra la cola del traje se desgarraba al tropezar un joven con sus encajes. Humillado, abandonaba el local en medio de las risas de los clientes y las Carolinas para tirar todo el armamento de seducción al mar.

Genet nos regala otra efeméride significativa de la precariedad de los homosexuales barceloneses durante la Segunda República. En toda Europa, un lugar emblemático para quedar y tener relaciones sin ser apercibidos eran los urinarios. Un día de invierno las Carolinas, travestidos quizá denominados de este modo por reunirse en el homónimo descampado cerca del Paralelo, organizaron un funeral para despedir una vespasiana arrancada del espacio urbano en la Rambla de les Flors:

> El cortejo partió del Paralelo, torció hasta la calle San Pablo, bajó por la Rambla hasta la estatua de Colón. Eran las ocho de la mañana, el sol iluminaba la escena. Las vi pasar, acompañándolas de lejos. Sabía que mi puesto estaba en la comitiva: sus voces heridas, sus gritos de dolor, sus gestos exasperados, se proponían atravesar el espeso desprecio del mundo. Las Carolinas eran grandiosas, las hijas de la vergüenza. Llegadas al puerto, torcieron a la derecha en dirección al cuartel, y sobre la chapa herrumbrosa y hedionda del meadero público sobre su chatarra muerta, depositaron las flores.

Las Carolinas, lo habrán columbrado, eran asiduas a La Criolla. Su dueño era José Márquez, quien en su despacho del establecimiento tenía un espejo transparente, más arquetípico de bancos, casinos y burdeles, desde donde podía observar la evolución de la pista de baile.

Pepe el de La Criolla había sido carterista, y se encargaba de la gerencia y la seguridad del local por su habilidad para resolver todo tipo de desaguisados. En 1936, abandonó la sala

para fundar el cabaret Barcelona de Noche, llevándose consigo mobiliario, como las palmeras. Su nuevo reclamo, ubicado en el carrer de les Tàpies, uno de los centros más reconocibles de la prostitución al aire libre, gozaba de una sala rectangular, un bar equipado con mesas de juego, lavabos y guardarropía. La decoración se componía de un mural con loros tropicales junto a dos mujeres desnudas columpiándose. Sobrevivió hasta 1990, cuando la inminencia de las Olimpiadas higienizó el barrio y limpió solo en apariencia esos incómodos vestigios.

Pepe no pudo acariciar las mieles de otro triunfo nocturno. El 29 de abril de 1936, hacia las cuatro de la madrugada, volvía a su casa del carrer de la Santa Madrona número 6 y 8; justo tras cerrar el portal de hierro unos desconocidos le dispararon una retahíla de balazos. A sus sesenta y cuatro años no era la primera ocasión en que se enfrentaba a una situación parecida. Intentó entrar en la vivienda, pero al llegar a la escalera, se desplomó.

Muchos vecinos acudieron de inmediato al lugar del suceso, con el vigilante de demarcación y otros ciudadanos en su auxilio. Lo llevaron a un dispensario cercano, donde los médicos detectaron una herida en el hipocondrio derecho, otra en la cara interior del muslo derecho, con salida por la cara anterior del mismo, y una tercera en la mano, con orificio de entrada por la parte superior y salida por la inferior. José Márquez Soria falleció al poco de ingresar. Entre sus pertenencias se encontraron 3.625 pesetas en billetes, joyas, una pluma y documentos personales.

Según testigos oculares, los asesinos fueron dos, y se dieron a la fuga en automóvil. Después de la noticia inicial, Pepe el de La Criolla solo aparece en otra nota, engullido por la actualidad, pues el asesinato de los hermanos Badía acaeció justo un día antes, y esta coincidencia puede darnos la

motivación del asesinato: según Paco Villar y Enric Ucelay-Da Cal, fue debido a un ajuste de cuentas por los chivatazos en los garitos del barrio chino y, claro, José Márquez Soria sabía demasiado y era un objetivo muy apetecible por su dominio de los cuatro puntos cardinales de ese sector barcelonés. El estallido de la guerra civil dejó sin esclarecer el delito. La Criolla pereció el 24 de septiembre de 1938, fiesta de la patrona de la ciudad, durante un bombardeo de la aviación italiana.

6

Los años cuarenta, o cuando nadie mataba en la calle

> No se nos tache por la amplia información de sensacionalistas ya que el buen orden de la ciudad, debido a la competencia de nuestras primeras autoridades y a las medidas que de continuo, en una labor callada, pero sumamente eficaz, realizan las fuerzas de la policía gubernativa, han sido las causas principales que de este hecho, que en cualquier capital del mundo no pasaría de ser uno más entre los múltiples delitos que a diario se cometen, sea en Barcelona un suceso insólito. Ello, pues, no tiende más que a confirmar la realidad de que en nuestra ciudad tales hechos, precisamente por su falta de frecuencia, revisten la forma de sensacionalismo, lo que dice mucho en favor de las fuerzas encargadas de mantener el orden público en nuestra ciudad.

Excusatio non petita, accusatio manifesta. Miedo. Sumisión. Bajada de pantalones por parte de la prensa local para seguir unas consignas marcadas en la baraja de la dictadura. Ya hablaremos del crimen de Carmen Broto. *La Vanguardia* le dedicó una página durante cuatro días, y eso fue suficiente para generar este párrafo de loa y así descargar la grave responsabilidad de informar a la ciudadanía sobre un crimen apasionante y ensalzado hasta lo superlativo con el paso del tiempo, uno de esos episodios, dicen, con suficientes mimbres como para resumir la década más negra de todo el siglo, cuando los vencedores de la guerra afirmaban la ausencia de crímenes por las calles ante la renacida seguridad de la victoria.

Esta llegó en Barcelona el jueves 26 de enero de 1939. Navarros, catalanes sublevados, italianos, marroquíes y otros rebeldes desde julio de 1936 ingresaron en la capital catalana, recibidos como héroes por muchas personas agazapadas durante la contienda civil, dispuestos a implantar un nuevo lenguaje. En primer lugar, desde la burla a la legalidad interior, declararon la Ciudad Condal liberada de rojos, ateos, masones, ácratas y separatistas. A continuación, procedieron a la habitual actividad represiva, con campos de internamiento dentro del perímetro urbano y más de mil setecientos fusilamientos en el marginal Camp de la Bota. Esta práctica prosiguió hasta marzo de 1952, cuando todo estaba engalanado para los festejos del Congreso Eucarístico, el recurso franquista para prolongar la tradición de un gran evento generacional para regenerar Barcelona, en este caso con el añadido de ser un colofón para purificarla de tanta impiedad durante el intervalo republicano.

No era la paz, sino la victoria, y muchos debieron penar con ese trauma henchidos de un triunfalismo bien abrazado por importantes sectores de la población, algo desmentido durante mucho tiempo por el relato oficial y recuperado desde la objetividad de los hechos históricos por autores como Jaume Fabre o Javier Pérez Andújar.

En los cines se obligó al saludo nacional, el fascista, cancelado solo en 1944, cuando el régimen, nada neutral mientras el viento sopló a favor, inició su desmarque del Eje. El catalán fue vetado de la vía pública y las prisiones se llenaron hasta los topes entre la crueldad de los carceleros y el adoctrinamiento a los reos.

El panorama, pueden imaginarlo, era desolador, con la pobreza instalada para los vencidos. El racionamiento y el Auxilio Social se vendieron como milagros de bondad, cuando

la realidad era otra bien distinta y el sistema, salvo para los listos del estraperlo como Muñoz Ramonet, ofrecía solo beneficios a sus hijos amados, como estancos de tabaco o la gestión de *meublés* , por no hablar de las ganancias económicas para todos aquellos empresarios afines al nuevo orden.

Esta situación debía crear una fachada con el fin de transmitir una narración de la realidad totalmente falseada para potenciar las virtudes de la España nacionalcatólica, donde no cabían las muertes violentas, salvo las perpetradas desde el sentido de justicia a manos de los verdugos.

No todas las ejecuciones fueron silenciadas en los periódicos por motivos de ejemplaridad y la voluntad de inculcar temor, clave para entender la pasividad de muchos durante la larga noche dictatorial. Tan fuerte fue la represión, tan tajante el pavor impuesto, que solo unos pocos valientes se atrevieron a desafiar a la autoridad con métodos poco eficaces en primera instancia por su esperanza de poder revertir el desbarajuste desde el interior mediante la lucha armada, a la espera de la providencial e inexistente intervención aliada.

Con cortes de luz continuos, traumas profundos en muchas mentes y cinismo a mansalva, era muy difícil sobrevivir. Josep Pla, quien al entrar en Barcelona fue durante un breve mes vicedirector de la refundada *La Vanguardia Española* , examinó muy bien un cambio simbólico dentro del universo barcelonés. Lo conocía bien, pues cuando bajaba desde su masía de l'Empordà era uno de los mayores asiduos en la tertulia del restaurante La Puñalada, a rozar de la Diagonal, avenida de los vencedores en una progresión bien glosada por el escritor catalán. Cuando se construyó en l'Eixample los ricos permanecieron en la Rambla, pero con el paso del tiempo la nueva Barcelona de l'Eixample los acogió al sintetizar la

hegemonía catalanista y burguesa. Una vez terminó la guerra, la Diagonal, además de ser perfecta para esos desfiles de afirmación patriótica y actos de exacerbada religiosidad, devino el paseo por excelencia, rebautizándose como avenida del Generalísimo Franco.

De este modo surgió una frontera real y psicológica para todos los habitantes. La línea recta de entrada a la ciudad, hasta poco antes casi desierta, pasó a ser el maná de los ricos, con salas de fiesta al aire libre, bares de postín como el Sandor y restaurantes con pudorosos arbustos para no ahondar más en las diferencias sociales.

El obelisco en homenaje a la República en la plaça del Cinc d'Oros, intersección entre la Diagonal y passeig de Gràcia, protagonizo una anécdota muy válida para resumir la impotencia de esa época, plagada de demoliciones de edificios con pasado político, desde el Palau de les Belles Arts, donde se fundó la CNT, hasta el Hotel Colón, sede del PSUC durante la guerra civil, derribado para ser el Banco Español de Crédito, con la plaça de Catalunya colonizada paulatinamente de inmuebles oficiales remozados, como el Banco de España o la Telefónica.

En el cruce antes mencionado existía desde los años treinta un homenaje a la República, encaramada a lo alto de un obelisco, joven, pletórica y desnuda. Tanta impudicia no podía tolerarse, y por eso mismo la estatua de Josep Viladomat fue reemplazada por otra del oficialista Frederic Marés, una victoria en la base acompañada de un águila imperial en la cima.

Los barceloneses republicanos acogieron esa afrenta con burlona resignación. Empezaron a denominar el conjunto como la plaça del Lloro, y así fue como al cabo de un año el

pájaro fascista bajó de su pedestal para no regresar jamás. La risa surgió su efecto como terapia y consuelo, pero la vida cotidiana era siempre más dura, y en ella amores, desasosiegos, tristezas y calamidades agravaban los sinsabores diarios, y entre ellos, como es comprensible, muchas personas sin ningún tipo de asidero recurrieron al asesinato por pura desesperación.

LA MENTIRA DEL SILENCIO Y LA VIUDA MACABRA DEL BARRIO CHINO

Durante la década de los cuarenta los periódicos siguieron con la información destinada a la crónica negra, sin aspavientos y brevedad para mantener la apariencia de contacto con la rutina, sin por ello menoscabar la balsa de aceite promulgada desde las más altas instancias.

Para los investigadores resulta de gran utilidad el libro *Brigada Criminal* , escrito por Tomás Gil Llamas, jefe de la misma de 1944 a 1953, como un manual para comprender los dimes y diretes de la criminalidad barcelonesa durante la primera posguerra. Gracias a su aportación, he podido escarbar mejor en las hemerotecas, dándome cuenta de la precariedad de los materiales disponibles mientras entendía su emplazamiento en las páginas y la duración de su contenido, en general no superior a dos días, recuperándose en el momento de la sentencia judicial.

De entre todos los casos resalta el de otro cadáver descuartizado, merecedor de figurar en nuestras pesquisas por ser un clásico desconocido con muchos ingredientes propios de un mundo trastocado.

El 9 de marzo de 1944, la portera del número 28 del carrer d'Anníbal del Poble Sec, en las estribaciones de Montjuïc,

halló en el descansillo del primer piso de la finca un envoltorio con una mano derecha ensangrentada de un hombre, cortada a cercén a la altura de la muñeca.

En un primer instante, la policía pensó en una broma de estudiantes de Medicina, pero al cabo de pocas horas sus compañeros de Zaragoza les notificaron la aparición de unas piernas tapadas por periódicos de Barcelona. Así enarbolaron una teoría según la cual el malhechor esparcía por toda España los restos de su fechoría con el fin de despistar sin poder ser cazado, algo desmentido cuando, pocos días después, se localizaron más restos en las cloacas de la plaça del Pedró del barrio chino y en Les Planes.

El primer impulso para dilucidar el asunto debió basarse en lo geográfico, con Les Planes vistas como otra maniobra inteligente de desconcierto, pues pese a integrar Barcelona nadie acude a ese lugar medio rural excepto si tiene una vivienda o quiere desarrollar actividades sin ser percibido por los demás.

Para afinar más el tiro, los agentes parlamentaron con el vigilante, un personaje de mucha raigambre durante el primer franquismo, del carrer d'Anníbal, para sonsacarle las intimidades del vecindario; en el mismo, figuraba una popular echadora de cartas con clientela de todo tipo y condición.

La mujer, conocida como la Andaluza, se alegró de la visita, y se reveló como una inofensiva embaucadora, adivina para llevarse algo a la boca con remedios absurdos como arrojar puñados de trigo por los lugares donde transitaba el amor perdido o llevar en la blusa un ojo de besugo. Las fuerzas del orden le preguntaron sobre visitantes de última hora, y entre ellos una tal Faustina Torres les llamó la atención. La mujer, residente en el número 2 del carrer

d'Amàlia, en el tramo más perjudicado del chino por los bombardeos de la guerra civil, buscaba retomar la relación con un hombre de quien estaba enamoradísima, y no solo eso. Lo quería por proporcionarle cada mes la nada desdeñable cifra de mil quinientas pesetas mensuales.

Faustina estaba desconsolada, enfadada por la conducta esquiva del sujeto y su intimidad con otras mujeres más jóvenes. Todo eso estaba muy bien, pero para completar el rompecabezas faltaba saber más del señor, así que se averiguó que vivía en el carrer de Pelai, por ser el enclave donde Faustina, fiel a las indicaciones de la curandera, echaba trigo para ver si volvía a su vera.

La Brigada Criminal se desplazó hasta la primera vivienda conocida de la sospechosa, en la periferia casi desierta de la Verneda, donde averiguaron ciertos desvíos mentales, como mezclar permanganato en una botella de vino en una fiesta de cumpleaños. Este acto delictivo fue la primera piedra del edificio hacia su detención, reforzada al descubrir que Faustina Torres García, modista viuda de cuarenta y dos años de edad, vivía realquilada junto al talabartero Domingo Pla Terrades, de sesenta y cuatro años y en disconformidad con su compañera de piso al permitir esta el ir y venir constante de jóvenes de ambos sexos.

Faustina abrió la puerta y procedió a someterse a un tercer grado informal. El señor Terrades se había ausentado unos días para ir a cuidar de un familiar enfermo. Enseñó las habitaciones, sin queja alguna por el minucioso registro. En la cocina había dos cuchillos, uno para la comida del inquilino y otro, más grande, para uso exclusivo de Faustina. La estancia de trabajo lucía demasiado limpia, aunque el detonante para el desmorone de la modista fue el cubo de la basura, con varios trozos de ropa masculina, todavía húmedos y con inequívocas

señales de haber servido como bayetas del fregadero. La superficie del recipiente tenía cabellos blancos adheridos a sus paredes metálicas. Ante estas evidencias, Faustina confesó. El 6 de marzo, mientras almorzaban en la cocina, sintió unos brazos como una tenaza. Domingo Pla quería abusar de ella. Logró desasirse de su agresor hasta tenerlo delante, como si se enfrentaran en un duelo desigual por la mayor fuerza del oponente, desbaratado con una patada en los genitales, inútil para agarrar el cuchillo pequeño e intentar clavárselo a Faustina, quien fue más rápida, cogió el suyo y le rebanó la garganta.

Lo acaecido a continuación tiene trazas similares a lo esgrimido antes con Ricardito y Pablo Casado. Faustina sintió una súbita ansiedad, paseó por la calle y retornó al sitio de los hechos hasta arrastrar el cadáver al cuarto de costura, donde lo desnudó y lo abandonó hasta la mañana siguiente, cuando lo descuartizó con sumo cuidado. Empezó por la cabeza: la depositó en una olla con agua y sosa cáustica para disolverla. Poco más tarde le abrió la barriga y el pecho para despojarle de los intestinos, troceados como el corazón y las demás vísceras, arrojadas al retrete en minúsculos pedazos.

No sabía cómo deshacerse de piernas y manos. Con las primeras hizo un bulto con periódicos y cartones hasta armar un paquete que llevó a la estación de Francia. Allí compró un billete hasta el Masnou para colarse en el andén e introducir las extremidades en un vagón de tercera del correo Barcelona-Madrid. En el tren, un pasajero las descubrió a medio viaje y, por el comprensible pavor a ser incriminado, decidió acarrearlas consigo hasta Zaragoza, donde las abandonó.

Otra vez en casa, Faustina intensificó su tarea en pos de la desaparición de las pruebas, moviéndose por Barcelona como una reina indiscutida, con los transeúntes demasiado

preocupados por llenar el buche como para reparar en esa peculiar señora arriba y abajo con bolsas demasiado pesadas. La última transportó la cabeza, que fue lanzada al mar desde el rompeolas. Al confesar, no mostró el menor arrepentimiento. La condenaron a treinta años de reclusión en la Central Penitenciaria de Mujeres, sita en Segovia. Por cierto, la mano derecha, desencadenante de las indagaciones, terminó en la escalera de la echadora de cartas como venganza por tanto absurdo cuento chino. Durante la República, la alfabetización dio un gran salto, sin difuminar la superchería, resucitada con las estrecheces de la posguerra en esa normalidad invisible, confinada en cuartuchos balsámicos, asideros para soliviantarse ante la pesadilla.

El mito de Carmen Broto: realidad, ficción y leyenda

El martes 11 de enero de 1949, España padecía un temporal de nieve y viento, con Cataluña eximida de tanta inclemencia meteorológica pese a unas temperaturas bajas para la media del Principado, donde con menos de diez grados todo el mundo se queja de frío y hasta castañean los dientes por pura inercia. Ese día, el termómetro marcaba una máxima de ocho grados y medio y una mínima de seis. A las dos de la madrugada, con media ciudad en la cama, se oyó un sonido similar al de un disparo en el cruce de las calles Legalitat y Escorial, entre el barrio de Gràcia y el de la Salut. Por aquel entonces, la zona se debatía entre los cascotes de ruinas bélicas y la decadencia de su viejo ambiente rural, con la masía de Can Comte, un caserío fundado en 1695 con muchas hectáreas repartidas entre la función agrícola y la de recreo. La guerra civil destrozó su hábitat y aceleró el ya iniciado proceso de urbanización, si bien a finales de los años cuarenta muchos de

sus terrenos aún eran huertos, algunos de ellos alquilados a particulares.

Nada ocurría cuando caía el sol en esas latitudes urbanas. Por eso los vigilantes se alertaron aún más ante ese ruido inesperado, y acudieron en masa a la fatal esquina, donde uno de ellos percibió un Ford Sedán mal aparcado, de matrícula V-9934. El vehículo tenía abundantes manchas de sangre, y en la puerta derecha presentaba signos de algún tipo de choque. Por si fuera poco, en uno de los estribos había un mazo de madera recién estrenado. Era como el empleado por los hojalateros, medía treinta centímetros y su cabeza tenía el diámetro de una botella.

Justo bajo el asiento delantero del coche encontraron un bolso femenino con 280 pesetas y una cartilla de racionamiento a nombre de Carmen Broto Buil, natural de la provincia de Huesca, de treinta años de edad. En el mismo asiento reposaba la foto de una rubia junto a varios amigos y un guante negro, sin su correspondiente par.

La estridencia que parecía un tiro resultó ser la explosión del motor del auto, cuyo desplazamiento había dejado un reguero de sangre hasta un huerto, donde se perdía. Los funcionarios municipales forzaron la puerta del mismo y descubrieron, ayudados por la policía, advertida del incidente, una pala nueva, con coágulos diseminados y partículas de tierra. Uno de los agentes cedió su chuzo y hollaron la tierra en varios puntos, hasta localizar más restos sanguíneos junto a una caseta del interior. Derribaron su tabique, escarbaron más y, tras levantar medio metro de suelo, hallaron el cuerpo de una joven rubia, vestida con suma elegancia. En su cabeza se apreciaba una gran herida, propinada con el mazo encontrado pocas horas antes. Entre las prendas de la víctima figuraba un abrigo de astracán, valorado en más de cincuenta mil pesetas

de la época, una cantidad apreciable: era la misma mujer de la instantánea del asiento delantero.

Más o menos simultáneamente se alertó de un cuerpo tendido en el suelo al lado del número 246 del carrer Indústria, a pocos metros del passeig de Sant Joan. Tras realizar las preceptivas averiguaciones se comprobó que el fiambre, Jesús Navarro Gurrea, era el propietario del huerto donde localizaron el cadáver de Carmen Broto Buil.

Esta información proviene de una nota periodística firmada por Felipe Vila Sanjuan, con demasiados datos, entre ellos la hipótesis del móvil del crimen para robar unas joyas; la mención a las mismas era un exceso condenable, y así fue como el nombre del cronista desapareció de los siguientes artículos, donde fueron recomponiéndose todos los puntos oscuros del asesinato, con la aparición de un suicida tras ingesta de alcohol y cianuro potásico en una pensión del carrer Mendizábal del barrio chino y la detención de un tercer hombre mientras esperaba a su prometida para embarcar juntos hacia Palma de Mallorca.

¿Caso resuelto? Un solitario en posesión de Pepita Esteve Mostajo, una modistilla novia del tercer hombre, tenía un valor aproximado de 75.000 pesetas. Aun así la policía, pese a haber dado con más bisutería en casa de uno de los autores materiales del hecho, creía no haber recolectado toda la cosecha usurpada a Carmen Broto, enterrada el 15 de enero a las ocho y media de la mañana, rodeada de numerosa concurrencia y acompañada por tres enormes coronas de flores, probablemente compradas por muchos de los integrantes de la comitiva fúnebre, compuesta por taxis y coches de alquiler de la casa de la Caridad.

La víctima era huérfana, tenía una hermana residente en Barcelona y vivía en un amplio apartamento de nuevo cuño en el número 16 del carrer Sant Antoni Maria Claret, con hermosas vistas al sector superior del passeig de Sant Joan, concretamente al bar Alaska, famoso por su actividad en bodas, bautizos y comuniones y sesiones de escuchas de discos modernos provenientes de Norteamérica. Para el curioso no está de más decir que el negocio sigue en pie, siendo reconocible en todo el barrio por ese remoto crimen acaecido una madrugada aún más lejana de esa Barcelona supuestamente cerrada a cal y canto y sin ningún tipo de ociosidad por culpa de las restricciones del momento.

A todo esto se habrán preguntado, es lo más lícito, quién era Carmen Broto, y aquí deberemos navegar en dos niveles, acogiéndonos primero a los datos contrastados para luego viajar por la fantasía de la leyenda, producida por la palpable desinformación del período, indudable acicate para fomentar bulos y elevar un mito tan colosal como para sepultar cualquier esperanza de desentrañar la verdad de su muerte aun transcurridos más de siete decenios de la misma.

Carmen Broto Buil había nacido en Guaso el 9 de abril de 1922. Era alta y esbelta, muy guapa según los cánones de esos años. Trabajó como cajera, dedicada a la fabricación de cajas de cartón, y por algún casual prosperó, según algunos ganándose la vida con la prostitución, hecho nunca aclarado y lleno de rumores eternizados hasta la actualidad, como por ejemplo su frecuentación del bar MIL del carrer d'Aribau. Este era una especie de centro de reclutamiento de meretrices; la ubicación es interesada, pues en esa arteria de l'Eixample, descrita como un vaho de fantasmas en *Nada* , de Carmen Laforet, los prohombres barceloneses habilitaron los pisos para sus queridas con la intención de tenerlas a buen recaudo y

visitarlas cuando les viniera en gana, sin apenas ser apercibidos por la habitual legión de cotillas.

La Broto, teñida a lo Veronica Lake a partir de su cambio de estatus, entabló relaciones estables con «el hombre de negocios encargado de su manutención», impronunciable en la prensa y más tarde desvelado como Juan Martínez Penas, empresario del Teatro Tívoli, en el carrer de Casp, en pleno centro de la Ciudad Condal. En esa era sin televisión, las tablas y la radio eran los alivios más recurrentes para todos aquellos ansiosos de diversiones populares, y Martínez Penas se forjó una reputación en ese escenario, aún vigente en el imaginario local.

No sabemos si llegó a enamorarse de su amada, pero, en ese rasgo típico agravado por la diferencia de edad entre los miembros de la pareja, no perdió la oportunidad para presumir de conquista en los toros, el fútbol y hasta en el palco del Liceu. En esos sitios selectos debió conocer a la flor y nata de la sociedad barcelonesa, aunque para su energía también necesitaba amistades de otro tipo, y aquí es donde aparecen en la platea sus asesinos.

Jesús Navarro Gurrea tenía cincuenta años cuando se suicidó mediante la ingesta de cianuro potásico, adquirido en una droguería de la plaça Rovira. Era natural de la población riojana de Igea y podemos deducir que se trasladó a Barcelona con el *boom* de la inmigración de los años veinte junto a toda su familia. En la Ciudad Condal tenía un hermano, Luis, con aspiraciones políticas, tanto como para presidir la Unión Republicana Democrática Federal en un distrito durante los años previos a la contienda fratricida.

El barrio donde Luis tomó las riendas de esta formación política se encuadra hoy en Sant Antoni. Vivían en un piso del

carrer Parlament, en la actualidad muy concurrido por tener casi más bodegas que viviendas, saturado de falsa modernidad mientras se desatienden las pequeñas minucias de su historia. En esas calles debieron vivir más o menos felices, con Jesús casado con María, todo muy cristológico. De su unión nació, en 1925, otro Jesús, Navarro Manau, siempre dispuesto a corretear por la avinguda Mistral junto a sus compañeros infantiles, entre ellos Jaime Viñas, cinco años menor, con quien le unió desde entonces una gran amistad.

Navarro padre era un delincuente de guante blanco, para más señas espadista, nombre dado a todos aquellos con gran destreza para abrir cualquier tipo de cerradura, desde puertas hasta cajas de caudales. Fue detenido en diciembre de 1945 por hurto y tenencia de útiles para robo, y recibió una leve condena de cuatro meses de arresto y mil pesetas de multa. Según Manuel Trallero y Josep Guixà, autores del único ensayo monográfico sobre el tema, expió su pena a través de la redacción de un manual con todos los trucos de su oficio, entregado a la policía, lo que no impidió una nueva detención en 1948 por usurpación de funciones. Resultaba algo inexplicable verlo en libertad pese a la dureza del veredicto, que lo sentenció a cuatro años, dos meses y un día de prisión menor.

El hijo no le iba a la zaga, sofisticándose por vínculos familiares. Un primo de su padre era capitán de la armada de Franco y le presentó a la marquesa de Bernet, a quien gustó tanto como para insertarlo en los círculos de la sociedad más pudiente, como el Casino Militar, donde conoció al reputado pianista Eusebio López Sert, hijo del marqués de Lamadrid, primer presidente del Comité Olímpico Español e impulsor de la candidatura fallida de Barcelona a los Juegos de 1936. Vivía

en el número 314 del carrer Aragó, siendo su vecino, no lo mencionamos por capricho, Jaime Gil de Biedma.

Eusebio López Sert, un extraordinario pedagogo musical, era homosexual. En el sumario del caso Carmen Broto se alude a sus encuentros esporádicos, muy bien pagados, con Jesús Navarro Manau, en ventaja para relatar su interpretación de lo ocurrido, al ser el único superviviente. Desde esta prerrogativa, declaró en muchas entrevistas tener conexiones con su amigo no tanto desde una vertiente erótica, sino más bien por proporcionarle cocaína, facilitada por un oficial de la marina mercante, preámbulo para entregársela al noble, a su vez distribuidor de la sustancia al resto de sus amistades.

Nos gustaría observar desde una mirilla la génesis de toda esta trama. Navarro Manau y Carmen Broto debieron simpatizar en alguna *soirée* de alto copete, eran jóvenes, de extracción humilde y frecuentaban esos ambientes por mero interés.

La coincidencia, tan devota de las casualidades, los unió más si cabe desde lo geográfico. Los Navarro emigraron de Sant Antoni a ese limbo indeterminado de Barcelona, un *no man's land* habitacional, entre el passeig Maragall y el de Sant Joan. Alquilaron un piso en el número 99 del carrer de l'Encarnació, a una travesía del huerto transformado en cementerio unipersonal, y a menos de cinco de la *suite* en miniatura de la Broto, discreta por ubicación y a prueba de bombas contra murmuraciones.

De este modo, la Veronica Lake aragonesa y el apolíneo de poca monta se hicieron socios de francachelas. Arcadi Espada, para dar más lumbre a la hoguera, mienta al gran grupo juerguista de los cuarenta, la Brigada del Amanecer, así llamada porque sus integrantes eran falangistas con ínfulas

como Francisco Godia, Mariano Calviño, Jaime Castell o Juan Antonio Samaranch, de quien se comenta que al contraer matrimonio con Bibí Salisachs hizo caer en picado el alquiler de pisos barceloneses al ahorrarse la manutención de innumerables queridas.

La Brigada del Amanecer, con nombre evocador de los paseíllos de la guerra civil, quizá cerró más de una velada con nuestros protagonistas, más proclives a bares cercanos a su residencia, y a ellos se unía a la menor oportunidad Jaime Viñas, frustrado laboralmente como panadero y con mucha ansiedad por despojarse de tanta pobreza y equipararse a sus compañeros de jarana.

Para conseguirlo, Navarro padre pertrechó un plan. Su hijo edulcoró esta estratagema con razón de causa a partir de la filiación política del padre, quien como su hermano debió ser un vencido, aunque desde aquí dudamos mucho de sus lazos con grupos anarquistas obcecados en acabar con Carmen Broto por ser una delatora de la policía. En todo su bagaje de declaraciones posteriores al crimen, añadió una donde su progenitor le había confesado haber matado a un hombre poco antes, considerándolo sencillo si se perpetraba de modo sibilino. A partir de esta invención debían eliminar a la rubia para callarla y allanar el camino para la lucha antifranquista, desde luego una milonga muy acorde con los dictámenes de la transición y la restauración democrática, cuando de repente todos y cada uno de los españoles habían sido acérrimos partisanos de terminar con el dictador, muerto en la cama.

La realidad, como siempre, debió ser mucho más prosaica, pero insistimos, no hay verdades absolutas en este embrollo, solo aproximaciones a lo que pudo suceder. Navarro padre era un genio de su profesión, y por su hijo debió abrazar la tentación de dar un gran golpe a sabiendas de la existencia de

una caja fuerte en el domicilio de Juan Martínez Penas, en el carrer d'Aribau. Para acceder a la misma, Navarro Manau y Jaime Viñas debían convencer a Broto para proporcionarles la llave y efectuar la operación en el sigilo de la noche.

Esta posibilidad choca, desde mi humilde opinión, con un pero mayúsculo. ¿Quién aseguraba la ausencia del empresario del Tívoli? ¿En caso de toparse con él lo asesinarían? Tanto Juan Marsé como el dúo Trallero & Guixà se plantean sobre la coherencia de este proyecto de hurto a partir de los antecedentes de Navarro padre, un ladrón de guante blanco sin mácula de sangre en su expediente. Aquí intervendría la precipitación juvenil de sus dos socios de correría, más proclives al asesinato por una cuestión de inexperiencia; pese a ello, si les salía bien el intento, no debían matarla, y en alguna partícula de su cerebro figuraba convencer a su amiga, hasta enrolarla en la ganancia.

La otra opción era tan básica como el robo de las joyas, puesta en tela de juicio por dos razones. La primera es su encaje con el relato oficial, mientras la segunda estriba en lo incomprensible de los suicidios con cianuro de Navarro padre y Viñas tras el fin de la función. Si bien en este aspecto debemos atender al factor humano y no cargar tanto las tintas en si se quitaron la vida por el terror a lo venidero ante la venganza de esos grandes nombres, algo más bien incongruente por la satisfacción de ver en la tumba a alguien con demasiada información relevante, si es que de verdad Carmen Broto era tan nociva como la leyenda quiere hacernos creer. El móvil del robo sería vender las sortijas, tener suficiente dinero para el casamiento de Navarro Manau con su novia y, ya puestos, repartir el botín para sacar a Viñas de sus aprietos monetarios.

Estos dos vectores se engarzan por una certeza. No querían asesinarla, pero al menos los dos suicidas no lo descartaban, de otro modo el cianuro, tan Segunda Guerra Mundial, tan nazi en su evocación, no cabría en la ecuación. Quien podría esclarecernos el móvil sería Navarro Manau, pero a lo largo de su dilatada carrera de secundario marginal siempre se escudó en el mutismo para no perjudicar a los familiares de los, *a priori* , comprometidos.

¿Cómo fueron las cosas? Juan Martínez Penas fue con su coche hasta casa de Carmen Broto. Pegó un bocinazo y ella bajó a su vera, no sin antes dar a la portera unos frascos de perfume de marca internacional, indicándole que a la mañana siguiente le daría un par de medias para zurcirlas.

El automóvil se encaminó al restaurante Parellada de la Diagonal, uno de los más prestigiosos de la primera posguerra, donde cenaron en torno a las nueve y media junto a una amiga en común, la actriz italiana y vedete del Paralelo Sylvia de Bettini. Una vez terminado el ágape, se trasladaron al cine Metropol, recordado por Enrique Vila-Matas como una de sus cumbres infantiles por la curiosa fuente de su interior, para ver *Alma en suplicio* , filme de Michael Curtiz sobre el asesinato de un rufián rompecorazones casado con una mujer emprendedora con una hija ligera de cascos, tanto como para sucumbir a las lisonjerías del embaucador.

La sesión era la de las diez y media y la película duraba casi dos horas. Debieron salir de la sala pasada la medianoche y tomaron una última copa en la Parrilla del Ritz, muy apreciada por su orquesta a ritmo de jazz. Hacia la una, o un poco más tarde, Martínez Penas se despidió de Broto en la puerta del inmueble del 16 de Sant Antoni Maria Claret.

Allí la esperaban Viñas y Navarro Manau, quien según lo convenido hizo parpadear los faros de su Ford Sedán, alquilado gracias a la inestimable mediación de Eusebio López Sert.

El hijo del cerrajero también había visionado *Alma en suplicio* en el cine Capitol de la Rambla junto a su novia Pepita, residente, al lado de su trabajo como modista, en Conde de Asalto, de ahí la decisión de acudir a la sesión de estreno en el emblemático teatro, cómodo para irse a dormir pronto una vez terminara la proyección. Al cerrarse las luces Navarro hijo quedó con su amigo Viñas en el bar Núria, y de ahí fueron a por su presa, a quien querían emborrachar para salirse con la suya.

Para conseguirlo, uno se pregunta a qué hora cerrarían los garitos, fueron a un bar en el 239 del carrer Indústria, tomaron coñac y completaron la ronda con una penúltima en el Isern de Sagrada Família, pero ella aún no iba lo bastante perjudicada y movieron ficha hacia el mercado del Ninot, en los aledaños de la finca donde vivía Martínez Penas.

Quizá en ese instante le confesaron su ardid para testarla. Navarro Manau conducía y Viñas iba en el asiento trasero con el fatídico mazo de madera. Al negarse en redondo, si tomamos como verídico lo de la caja de caudales, la golpeó y no debemos descartar, desde la naturalidad de querer sobrevivir, un forcejeo con el volante hasta desviar la trayectoria del auto e intentar escapar a la altura del Hospital Clínic, donde, en una situación muy cómica de no mascarse la tragedia, un vigilante nocturno inquirió sobre el estado de esa dama por los suelos, inventándose los asesinos un embuste sobre un excesivo consumo de vino.

Eran las dos y cuarto de la madrugada. Una hora bastó para terminar con una vida y catapultar la senda hacia el mito. El Ford, con las avenidas despejadas, avanza hacia el lugar convenido con Navarro padre, cariacontecido con el fracaso de sus *partenaires* . Visto lo visto toca deshacerse del cuerpo, y para ello deben llevarla al huerto del carrer Legalitat, con otra duda razonable al sepultarla con el valioso abrigo de astracán, desechando despojar a la víctima del mismo por la abundante sangre.

A partir de allí, se desencadena el infierno. Navarro padre vuelve a su casa, departe con su mujer, le ofrece una cháchara inconexa, regresa a la vía pública y cae fulminado por el cianuro en el cruce entre Roger de Flor e Indústria, donde lo encuentra un taxista hacia las cuatro de la mañana.

Navarro hijo también visitó a su progenitora, con un cargamento de joyas. Más tarde la policía daría en la vivienda con ropas ensangrentadas y esas alhajas. A diferencia de su padre, no quiso quitarse de en medio, ese es otro gran enigma, y llamó a su novia para ir a su habitación nervioso perdido y entregarle el solitario, un diamante de dimensiones casi épicas, mientras la apremiaba para el sueño, más bien su último recurso, de partir juntos a Palma de Mallorca.

De Viñas solo podemos deducir su recorrido. Los tres hombres debieron separarse. A cada uno su destino. Pagó por la estancia en la pensión cochambrosa del carrer Mendizábal, ingirió una botella de licor para potenciar el efecto del veneno y antes de apagarse para siempre escribió una poética nota: «Soy inocente. No se culpe a nadie de mi muerte. La vida es sueño». No era lector de Calderón de la Barca, simplemente en el homónimo teatro de Rambla de Catalunya se representaba la obra y la frase le debió resultar un magnífico broche para dar el portazo a este valle de lágrimas.

Navarro Manau siguió en sus trece. La policía acudió a la casa de su prometida, Pepita Esteve Mostajo, para determinar su paradero. La joven les dijo que se habían visto hacia las cuatro y media de la madrugada, una hora algo anómala debida a la rabia por otra discusión conyugal de sus padres. Navarro hijo le mostró arañazos en las manos ante sus tentativas de separarlos. Permaneció en el salón del recibidor hasta las nueve de la mañana como un niño cabreado por los nones de su pareja a embarcarse hacia las Baleares.

La policía acotó el cerco alrededor de ese perímetro. A las cuatro de la tarde telefoneó Viñas y a las siete reapareció Navarro desde el aparato para recriminarle su incomparecencia de la cita en un café e insistir en verla al cabo de una hora frente al quiosco de Drassanes, en la Rambla de Santa Mònica, porque tenía los billetes. Pepita, con quien más tarde contrajo matrimonio en la cárcel, desistió presionada por las fuerzas del orden, quienes la relevaron para detener al único superviviente, enchironado hasta el juicio, con los cuerpos de sus cómplices y la Broto bien juntitos en el depósito de cadáveres. A finales de abril de 1950, fue condenado a muerte y se le impuso una multa de cincuenta mil pesetas para indemnizar a la familia, más cuatro meses añadidos de arresto y una sanción de mil pesetas por inhumación ilegal. El 4 de octubre de 1952, el general Franco le concedió un indulto, rebajándose la pena a cadena perpetua por la intercesión —reitero mi escepticismo sobre todo lo desgranado por Navarro Manau *a posteriori* — del jefe de la casa civil del dictador, el marqués de Huétor de Santillán, el obispo Modrego y hasta un cardenal íntimo de Pío XII. A finales de 1959, de nuevo siguiendo los requisitos del marqués, escribió un libro titulado *Luz y paisaje: interpretación del alma de España a través del paisaje* . Pese a lo reiterativo del encabezamiento, Carmen

Polo lo leyó y de ahí a otro indulto liberatorio medió un suspiro. Durante su cautiverio, tuvo una hija con Pepita y se divorció gracias a la mediación eclesiástica. Cuando salió, lo contrataron en una empresa de componentes eléctricos y se casó dos veces. Redactó un libro inédito sobre sus aciagos quince minutos de gloria y conoció a un escritor.

S *I TE DICEN QUE CAÍ Y EL FACTOR* J UAN M ARSÉ

> Y repasando una larga lista de fantasmas, se pararon en la rubia asesinada, salió en los diarios, quién iba a decirnos que Jaimito acabaría así; le calentarían los cascos su cuñado y su hijo, que al final también se entendía con ella a espaldas del querido y del mismísimo Jaime Viñas, ¿no lo leíste, Palau?, el crimen de la calle Legalidad… Y que pronto los pescaron, a Jaime en la cama de un meublé, se envenenó con cianuro y dejó un papel que decía la vida es sueño, qué gansada.

Juan Marsé nació en Barcelona el 8 de enero de 1933. Su madre murió en el parto y fue adoptado por una familia residente en el carrer Martí en su esquina con Escorial, y el enclave sirve para explicar el imaginario de toda su obra narrativa, situada siempre en barriadas colindantes como Gràcia, el Guinardó, la Salut y el Carmel.

Durante una larga temporada fue aprendiz de joyero; el 11 de enero de 1949 se levantó de buena mañana para cumplir con sus obligaciones labores cuando, asomándose a Escorial, debió apreciar un jaleo demasiado extraño para la típica calma existente en ese sitio donde nunca pasaba nada. Según su testimonio se acercó al vehículo estacionado y luego, aunque aquí su maquinaria inicia ciertos chirridos, pudo ir hasta el huerto de Navarro padre, definido en su rememoración como un descampado, cuando era una propiedad privada.

Años más tarde, tras revolucionar la literatura nacional con *Últimas tardes con Teresa* , buscaba otro argumento novelesco para resucitar su infancia de posguerra y le vino a la mente la

imagen de un recado a entregar en el Hotel Ritz, con la habitación del libramiento ocupada por una rubia de vértigo en *déshabillé* acompañada de un perrito pekinés. La *suite* iba a cargo de un cliente habitual del taller donde trabajaba, y para colmarla de ensueños le regalaba periódicamente brazaletes de platino, brillantes, collares, pendientes y anillos increíbles. Marsé la retuvo en la retina caminando, con el can mordisqueándole los talones de unas zapatillas rosas.

Ese fue el primer fogonazo para escribir *Si te dicen que caí* , una de las novelas más complejas de la segunda mitad del siglo XX por su arquitectura oscilante entre varios niveles narrativos hasta desdibujar los límites entre la ficción y la realidad a partir del mecanismo de las «aventis», fábulas contadas por los adolescentes de la pandilla, desarraigados con el magro consuelo de fabricar un universo propio entre las ruinas de su presente, simbolizados en su vacío por Las Ánimas, una parroquia sin terminar, como si el tiempo se hubiera congelado y solo a través de la imaginación cupiera una brizna de esperanza para sacudirse de todo ese mal asumido e inyectado por las temibles consecuencias de un horizonte tapiado.

Sarnita, Java, el Tetas y los demás son los protagonistas sentimentales de la trama, continuada con otros personajes años más tarde en *Un día volveré* , donde los anarquistas de Toulouse cobran mayor relevancia. En *Si te dicen que caí* son la segunda columna del texto, y entre ellos afloran los nombres de Navarro y Viñas, peones junto a otros ácratas más bien conscientes de la inutilidad de sus acciones y maniatados por la derrota en la barra de un bar, hombres de hierro, forjados en tantas batallas, soñando como niños, o si lo prefieren bebiendo perdidos en los rincones de las tabernas, y una de ellas es el bar Alaska, frecuentado por una tal Menchu o Carmen,

plasmación de la Broto, en la novela huérfana de la Casa de Familia, cuya corrupción explota durante la guerra civil por su trato con los milicianos. Al terminar la misma, sirve en la vivienda de unos franquistas. Calza zapatos verdes y luce una cruz de rubíes en el cuello. Le gusta el oropel, y para incrementarlo se convierte en prostituta de lujo entre pisitos de mantenida y muchas fiestas de alto *standing* , arrinconadas tras una mala racha para vagar en el barrio chino, recobrarse hasta residir en una habitación del Ritz y poco después en un apartamento particular. Entre sus amigos y protectores cuenta con un director del F. C. Barcelona, un empresario del Teatro Tívoli, un concejal del Ayuntamiento de Barcelona, la vedete Carmen del Lirio y un coronel del ejército, primeras espadas de un grupo donde también aparecen de modo más esporádico estraperlistas, bujarrones y jerarcas del régimen, por no hablar de un obispo, del que se decía que era maricón, palabras textuales, y tenía una flota de taxis a su plena disposición.

Carmen/Menchu se emborracha todas las noches con Navarro, Viñas y Javaloyes en el Alaska antes de acostarse en el refugio sufragado por algunos de sus benefactores. Tras una de estas francachelas será asesinada por dos colegas de ebriedad, quienes tras pasearla con un coche la matarán con un mazo de madera para luego enterrarla en el solar del carrer Legalitat junto a un abrigo de visón, un turbante rojo y un brazalete de oro en forma de escorpión, fiel a su porteadora por las prisas de los delincuentes.

En la novela, las voces se entremezclan para ser una hasta imbricar una ardua polifonía con los partícipes del drama íntegros, aunque desdoblándose, y esa magia narrativa arrastra un desorden por las similitudes entre Menchu/Carmen y Aurora/Ramona, como si transcurrieran por vidas paralelas sin colisionar al ser distintas. Aurora/Ramona también se vincula

con la Casa de Familia, los milicianos del corto verano de la anarquía y, asimismo, es contratada como criada en el seno de unos trepadores franquistas, los Galán. Durante ese período calza zapatos verdes y ostenta en el cuello una cruz de rubíes. Su tío es el libertario Artemio Nin, asesino del señor Galán, y este crimen será su ruta hacia la perdición para ser la puta roja, refugiándose en el barrio chino y viéndose a escondidas con su amante Marcos Javaloyes en el Alaska o una trapería. Sin embargo, sus perseguidores la localizarán y fallecerá junto a su querido en las inmediaciones de la parcela del carrer Legalitat tras una explosión. En el lugar del crimen se observa «un turbante rojo manchado de sangre, los zapatos tirados a dos metros, la mano enterrada hasta la muñeca y casi también el brazalete con el escorpión de oro». Los curiosos de ocasión cuchichearán sobre una fulana rubia platino muerta, con la cabeza destrozada. A pocos metros el proverbial Ford, «cuyos cristales y asientos estaban salpicados de sangre. Pegados al manillar se veía un mechón de rubios cabellos».

Menchu/Carmen y Aurora/ Ramona son el nexo entre los chicos de la barriada, los maquis anarquistas y los vencedores de la guerra, metáfora del sexo y el eterno femenino como energía inagotable del río de la historia. Carmen se engloba en la esfera de la riqueza y el poder, mientras Aurora vira hacia la pobreza y los derrotados. No son la misma persona, pero la simultaneidad es una oda a la cotidianidad invisible, con ambas como una nada exprimible hasta la muerte por su verdadera intrascendencia, como si fueran de usar y tirar o un cerdo a desmenuzar hasta agotarlo.

Desde esta somera explicación el lector podrá haber vislumbrado cómo se forja una leyenda mediante la ficción. El mismo Marsé apuntó en más de una ocasión su apego a la misma y una nula voluntad de apoyarse en datos históricos

incontestables, algo detectable en el libro tanto en lo geográfico, el campo del Europa no estaba donde se cita en la novela, como en la síntesis de los años cuarenta, amalgama de superposiciones de conjeturas con muchos grados de separación en la realidad, de ahí su trabazón con esos espejos femeninos.

El impacto de *Si te dicen que caí* dio alas a los propagadores de bulos, y cuando estos se publican en papel adquieren una rara carta de autenticidad, recrudecidos por el huracán de publicaciones nostálgicas con tono combativo de la transición. En 1978, Rafael Abella sacó al mercado *Por el imperio hacia Dios: Crónica de una posguerra* . Al colorear la crónica negra de los años cuarenta prescindía de las fuentes para cometer el mayor error en cualquier historiador, el empleo de la fantasía para embellecer la prosa sin contrastar datos. Su narración del suceso tiene mucho aliño. Desde su perspectiva, la Broto era una muchacha de vida alegre y Martínez Penas, primer desvío, tenía tendencias muy particulares. La víctima era muy conocida en la nocturnidad barcelonesa, y al estar involucrados en su asesinato tres personalidades causó gran conmoción. Se comentaba, más mentiras sin justificar, de orgías en el piso de la rubia con nombres de rompe y rasga, no como los asesinos, dos de ellos —¿dónde está la supuesta lectura del sumario o la prensa?— detenidos sin más dilación.

El mismo Marsé tiene cierta culpa por divertirse, así lo concibo, con todo el baile del yo estuve ahí causado por su libro. Su fidelísimo amigo Carlos Barral, nacido en 1930 e hijo de vencedores, le dijo que coqueteó con ella para casi acabar en la cama y Antonio de Senillosa, aristócrata rural de 1928 y cuadro delantero del Juanismo barcelonés, afirmó conocerla. La Broto devino de la noche a la mañana un mito erótico de la

posguerra, y hasta las mujeres merecedoras de ese rango, como la diva del Paralelo Carmen del Lirio, se pasearon pavoneándose con un velo de misterio, como si albergaran secretos de alcoba y detalles bochornosos a preservar por aquello de no perjudicar, eso sí, presumiendo de intimidad con la rubia maltratada por todos, menos por Martínez Penas, a quien debió querer de forma sincera hasta morir para devolverle tanta protección. Tirar la piedra y esconder la mano, como Jesús Navarro Manau, quien un buen día de 1984 se personó ante Marsé, recuperándose de un infarto sufrido mientras jugaba al pimpón durante sus vacaciones en Sant Pere de Ribes.

Ya en Barcelona llamaron a la puerta de su casa del carrer Balcells, a menos de un centenar de metros del lugar de los hechos, y vio a un hombre con gafas oscuras y gabardina con un fajo de papeles similares al borrador de un libro. Navarro Manau, quien como hemos explicado había pagado tiempo atrás su deuda, tenía cierto aspecto de espía grotesco. Le habló de *Si te dicen que caí* , es más, quería exponerle cómo transcurrió todo porque en la novela había muchos párrafos desajustados con lo acaecido. Marsé le replicó con eso de estar supeditado a la imaginación y el hijo del cerrajero se justificó porque la Broto era una confidente de la policía y Navarro Gurrea estaba adscrito a un grupo antifranquista muy en vilo por los soplos de la mujer, a liquidar con urgencia.

Marsé no creyó ni una palabra, pero aceptó encantado ser su asesor literario. El manuscrito, pese a un estilo directo muy convincente, era de una inconsistencia garrafal. Se hicieron amigos, y quién sabe si desde esa camaradería el escritor se imbuyó de una especie de posesión indiscutible de la leyenda. Nunca fue muy dado a apariciones públicas, pero en 1996 dio una charla en la Virreina para encandilar al auditorio con

motivo de la presentación de un *Dietario de posguerra* , editado por Arcadi Espada. Ante un público entregado contó su exégesis de Broto y alrededores, reafirmándose en el robo de las joyas como móvil más factible, no sin antes enumerar el surtido de productos culturales materializados o sugeridos por la temática, como una propuesta de Jaime Camino para realizar una película con guion de Marsé y Gil de Biedma, el episodio de rigor de la serie *La huella del crimen* emitido en 1991, otra excusa más para llenar páginas de periódicos y cavilar sobre esa jornada de 1949, instalada en el imaginario colectivo como el gran crimen barcelonés del franquismo y muy oportuna para escritores en pos de un buen árbol donde arrimarse, como el argentino Alberto Speratti, autor en 1983 de *El crimen de la calle Legalidad* , novela de género morboso para elevar hasta el paroxismo los tópicos con más aportaciones entre drogas, orgías homosexuales, familias intachables por sus apellidos y disolutas en la alcoba y el descargo arquetípico de ser novelista y no historiador para eximirse de responsabilidades pese a insinuar, verbo santo y seña, demasiadas presiones de mandamases para entorpecer a todos los inmiscuidos en el enaltecimiento de bulos, casi un colectivo entre periodistas y literatos, pues entre los acólitos de la mentira perpetuada reporteros inmortales como Josep Maria Huertas Claveria, José Martí Gómez o Joan de Sagarra han contribuido sobremanera a dar por sentado el mito por su pereza a la hora de consultar los archivos, conformándose con el sensacionalismo por el sensacionalismo en una dinámica prototípica del espectro barcelonés, donde da igual lo verídico por una radical afición a la anécdota jocosa, como si la historia fuera un hilo de efemérides de Trivial Pursuit para compadrear con nuestros semejantes.

Desde esta tesitura, Carmen Broto y Enriqueta Martí son un tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando. Son mitos incólumes y despreciados, trapos sucios a airear sin lavarlos jamás por el apego a la basura mediatizada del pasado, a difundir sin aclarar.

BANDIDOS, HÉROES, RUFIANES Y PISTOLEROS

En *Si te dicen que caí,* Juan Marsé modela a su banda de anarquistas desde una amalgama de héroes comprometidos con la causa y oportunistas de medio pelo, muy encorsetados al querer incorporar a toda costa a Navarro y Viñas a esta orquesta armada, inspirada en algunos de sus atentados en el maquis urbano de Francesc Sabaté, Quico, omnipresente en Barcelona durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial como reacción a la frustrada invasión de 1944 desde Francia, contenida por el ejército franquista, el adiós al sueño de la intervención de los Aliados y esa visión, siempre más trasnochada, de justicia social a través del renacido pistolerismo de acciones económicas o expropiaciones, atracos para los corifeos del régimen y ética ácrata para quienes desvalijaban bancos en vez de fábricas por la responsabilidad del Estado en indemnizar a los afectados.

Este mal llamado bandolerismo —debemos diferenciar entre la política y el beneficio económico desde una parcela delictiva sin más— sembró incertidumbre entre la autoridad competente franquista por la imposibilidad de desbaratar sus golpes, más de cuatrocientos durante el segundo lustro de los años cuarenta, súbitos, contundentes y más cuantiosos en Barcelona, con un apogeo inconmensurable en 1949. El 26 de enero de ese año hicieron una exitosa incursión en el Banco Hispano Colonial de L'Hospitalet de Llobregat; justo un mes

más tarde asesinaron en la puerta del cine Condal al inspector Oswaldo Blanco; el 2 de marzo Sabaté, su hermano Josep y el escuadrón de Los Maños atentaron contra el coche oficial del comisario jefe de la Brigada Social, Eduardo Quintela, en el carrer de Marina, entre Mallorca y Provença; esa jornada su presa no viajaba en el auto, ocupado por Manuel Piñol, secretario del responsable del Frente de Juventudes, fallecido en la escaramuza, así como el chófer; quedó ileso José Tella, delegado de Deportes de la misma organización.

La traca más ambiciosa fue la del 15 de mayo, con la colocación de tres bombas en los consulados de Perú, Brasil y Bolivia por votar estos países sudamericanos a favor del reconocimiento de España en la ONU.

La acumulación de incursiones durante esa primavera tenía como meta hacer trastabillar la visita de Franco a Cataluña con motivo de la decimoséptima Feria de Muestras, celebrada entre el 10 y el 25 de junio de 1949, y si estos ácratas, superhéroes de la clase obrera, hubieran sido más avispados habrían interpretado la presencia de las banderas de Estados Unidos, Francia, Alemania Federal y el Reino Unido como una prueba irrefutable de la inminencia de reconocimientos internacionales a la dictadura, siempre más necesaria para el frente capitalista de la Guerra Fría por la posición geográfica española en el mapa europeo.

Pedro Costa, siempre tan delirante, sube la apuesta y en un artículo se emociona con la preparación de levantamiento popular en diciembre de ese año. Josep Lluís Facerías, el complemento de Sabaté, asaltaría la cárcel Modelo, liberaría a los presos y Quico estrellaría un coche contra la Jefatura de Policía de la Via Laietana, la casa del terror, hasta reducirla a escombros. Otro grupo debía locutar desde Radio Barcelona un comunicado para incitar a la población a tomar la ciudad

para liberarla mientras otros confiscarían los talleres de Solidaridad Nacional y reemplazarían este portavoz de los vencedores por la antigua Solidaridad Obrera. Por último, dos capitostes libertarios, Marcelino Massana y Ramón Vila, volarían las líneas telefónicas y de alta tensión. La capital catalana retomaría su hegemonía rojinegra, como en julio de 1936. Sí, los sueños, Viñas fue clarividente en su despedida, sueños son, y entre estos aguerridos combatientes había otros mucho más pragmáticos y menos idealistas en su cometido.

Muchas bandas se encaramaron a la inercia de los líderes con otras intenciones. En la monumental enciclopedia del anarquismo ibérico de Miguel Íñiguez, muchos de estos grupúsculos figuran como adeptos a la causa, pero por sus hechos los reconoceréis.

El más sonado de todos ellos fue el de los hermanos Soler Fernández. Entre noviembre de 1944 y abril de 1945, se especializaron en asaltos a casas de citas, alternándolos con robos a colmados y a particulares, implicándolos Gil Llamas en el golpe contra la fábrica de máquinas de escribir Hispano-Olivetti, si bien la mayoría suele atribuir el suceso, saldado con el trofeo de trescientas mil pesetas, a Facerías.

En mayo de 1947 José Soler, jefe indiscutible del tinglado, tuvo un arrebato de arrepentimiento, distanciándose de su hermano Jaime y Martín Gisbert, el último de fila al añadirse a la pareja familiar tras sus primeros latrocinios.

El 15 de ese mes, José llevó sus armas y municiones dentro de una caja para guardarlas en un refugio de Vallvidrera. En la estación de ferrocarriles de plaça de Catalunya, el guardia civil Gabriel Garibaldi Herrero le inquirió sobre el contenido, requiriéndole acompañarlo al departamento contiguo del jefe de estación. Como Soler no daba muestras de colaborar sacó

su pistola, pero su contrincante se la arrebató y le disparó hasta la muerte para escapar por las escaleras mecánicas de la desaparecida avenida de la Luz hasta salir a la superficie en el carrer Pelai, donde se enzarzó en un tiroteo con otros agentes. Dos de ellos fallecieron, junto a un ciudadano.

Soler fue a casa de Martín Gisbert, y quién sabe si lo desesperado de su situación fue el pretexto para reincidir con estridencia a finales de octubre de 1947, cuando acometieron hurtos en Sants, primero en el establecimiento de Francisco Reverter Villar, con la mercancía indemne, y poco más tarde en una tienda de telas propiedad de Antonio Salat, en la popular plaça d'Osca. La cajera les entregó la recaudación y los tres gánsteres de pacotilla se prepararon para la fuga bajo la amenaza de percutir sus revólveres si daba la voz de alarma, lo que hizo la pobre dependienta mientras los transeúntes les seguían. Dispararon contra la muchedumbre a diestro y siniestro, con un balance de decenas de heridos leves, siete de gravedad y tres muertos, entre ellos Josefa Sáez, de doce años de edad, y el adolescente José Mariana, de diecisiete. A finales de 1947, la codicia les condujo a desvalijar el almacén central de la firma Vicente Ferrer, llevándose setenta mil pesetas en metálico y trece mil en cheques. Las consecuencias de ese atraco fueron el detonante para atraparlos desde la vulgaridad más patética.

El 14 de enero de 1948, Martín Gisbert fue a un negocio para canjear billetes falsos de cinco pesetas. Su comportamiento dubitativo hizo recelar al tendero. Avisó a las fuerzas del orden. Lo detuvieron *ipso facto* , petrificado, como si trastabillara su castillo hasta afectar, como así fue, a sus cómplices.

El 16 de enero, probablemente a través de un soplo de Gisbert para rebajar su futura condena, la Brigada Social hizo

acto de presencia en el piso de los hermanos, en el número 8 del carrer dels Vigatans, un callejón pestilente del casco antiguo donde el clan había desarrollado de manera intachable su profesión en el sector de la trapería. Muchos vecinos se extrañaban de los costosos ropajes de los hermanos.

Los agentes ascendieron las escaleras hasta el cuarto piso y llamaron al timbre. Se descorrió el pestillo y preguntaron si los Soler vivían en el apartamento. Sin mediar más palabra, se desencadenó un tiroteo desde el interior contra los tres responsables del orden, todos heridos, aunque uno de ellos pudo usar su pistola hasta matar a Jaime Soler. Tumbado en el suelo, el cadáver impedía la apertura de la puerta, y como ignoraban si había más gente en el domicilio, hicieron una pausa a la espera de refuerzos mientras custodiaban la salida.

Cuando arribaron los compañeros, accedieron a las estancias, desiertas. En la calle otros policías forcejearon con José Soler, quien pistola en mano hirió a uno, se desasió de la tenaza y subió al terrado, hasta volatizarse.

En la finca localizaron dos pistolas. Una de ellas era la sustraída a Gabriel Garibaldi en el subterráneo de plaça de Catalunya. Tenía el número limado. Dos más dos son cuatro. Quedaba lo más difícil, pero al menos habían desenmascarado a esa cuadrilla, algo confirmado por Martín Gisbert, hundido tras una rueda de reconocimiento providencial para identificarlo como uno de los atracadores del episodio de Sants.

José Soler estaba en la encrucijada y podía tomar dos sendas, la del exilio hacia Francia o hacer como si nada hubiera pasado e iterar en sus usanzas. El 21 de enero de 1948, a las nueve de la noche, los hermanos Serafín y Ramón Redón, propietarios de un colmado en el número 90 del carrer Urgell,

habían bajado los cierres y trajinaban en la trastienda. Alguien picó desde la calle. Ramón salió a la tienda. Sería algún cliente regazado. Su sorpresa fue mayúscula. Un desconocido lo apuntaba con una pistola, exhortándole a ir adentro, sin rechistar. Le hizo caso y en el interior, este le pidió el dinero de la caja. Serafín se dio cuenta, cogió el cuello de una botella de champán y descargó el cristal sobre la cabeza de José Soler, mientras Ramón se ponía fuera de tiro. El pistolero disparó para intimidarlos, iniciándose una refriega con latas de conservas por el aire como proyectiles. Dos balas alcanzaron a los dueños, sin hacer mella en su ofensiva para despojar al delincuente de su revólver y amarrarlo de pies y manos.

El juicio a la pareja de secuaces fue exprés. El 5 de febrero de 1948, fueron sentenciados a la pena capital, con prisión para diez años a Diego Escobar por proporcionarles armamento y escondrijos. En un breve de ese mismo día se informa de la ejecución de otro trío criminal por veintidós atracos a mano armada a farmacias barcelonesas. La Barcelona de 1940 era cualquier cosa menos tranquila. José Soler y Martín Gisbert fueron agarrotados a las seis y media de la mañana del 25 de febrero de 1948 en la cárcel Modelo.

HACIA OTRA REALIDAD: FACERÍAS O EL ÚLTIMO MOHICANO

A la tercera —el refranero es muy sabio—, va la vencida. Josep Lluís Facerías nació en el Poble Sec el día de Reyes de 1920. A los dieciséis años, se afilió a las juventudes de la CNT, así como al sindicato de madera de la organización. Durante la guerra civil se alistó a la Columna Ascaso y permaneció durante todo el conflicto en el frente de Aragón. Fue detenido por los vencedores en febrero de 1939 y quedó en libertad al ser un combatiente de base. En 1942, prestó el

servicio militar en una unidad de transportes. Tras ser licenciado en 1945, reanudó su militancia clandestina en la Confederación Nacional del Trabajo.

Facerías era muy carismático y tenía porte de dandi. Sus allegados, con algo de sorna, le llamaban Petronio. Entre 1945 y 1947, trabajó como camarero de un bar y fue cajero del restaurante La Rotonda del Tibidado, atalaya privilegiada para espiar las conversaciones entre gente adinerada. Desde 1946, se destacó en la propaganda anarquista como repartidor de folletos y el panfleto *Ruta* en locales de todo el centro urbano, hasta su detención.

Cuando recobró el aire en 1947, algo le había transformado. Para ayudar a los suyos, de presos encarcelados a familias necesitadas, debía emprender la lucha armada como un Robin Hood ácrata. El 18 de diciembre de ese mismo año, participó en el atraco de una sucursal del Banco Español de Crédito, llevándose 180.000 pesetas y una sortija de brillantes. El robo le obligó a exiliarse unos meses en Francia, volviendo a las andadas en junio de 1948 con el asalto a una oficina del Banco de Bilbao. Amplió su campo de acción con el hurto, por valor de 125.000 pesetas, a una fábrica de tableros de la periferia para guarecerse otra temporada en el Hexágono, regresar con bríos renovados en agosto e incendiar un garaje del carrer Sepúlveda, robar un vehículo y ametrallar con ira la comisaría de la Guardia Civil, en Travessera de Gràcia.

Entre 1949 y 1950, sus proezas se multiplicaron. Además de colocar una bomba de ventosa en el consulado de Bolivia, metió mano en la recaudación de hoteles, joyerías, panaderías, fábricas de automóviles, garajes y hasta consiguió poner otra carga explosiva en las bancadas de las autoridades del desfile para conmemorar el undécimo aniversario de la victoria. El artefacto debió ser inofensivo, no como el situado en la

comisaría de la Llotja, causando heridas a varios policías armados.

1951 fue un punto de inflexión en todos los sentidos. En enero se notificó el aumento de un 40 % en las tarifas del billete ordinario del tranvía, incrementándose la indignación porque en Madrid era 20 céntimos más barato. A partir de febrero, muchos ciudadanos desafiaron la legalidad vigente e imprimieron opúsculos en los que alentaban a todos los trabajadores a desplazarse a pie a sus ocupaciones. De este modo, los barceloneses inauguraban la no violencia a lo Gandhi, pues nadie podía detenerlos por no subir al transporte público.

A finales de febrero, los estudiantes empezaron a tirar piedras contra los tranvías, y el primero de marzo se inició una huelga de casi una semana, con descensos en la afluencia entre el 90 y el 95 %. El gobernador civil, Baeza Alegría, volvió los precios a su estado anterior, pero la esperanza había florecido, y en una reunión del Sindicato Vertical reinó la disensión porque el PCE había conseguido infiltrar a miembros del partido en la estructura franquista; el encarnizado debate derivó en la convocatoria de una huelga general en Barcelona y toda su área metropolitana del 12 al 14 de marzo, con la participación de centenares de miles de obreros.

Ese hálito de protesta significaba un prístino antes y después, con los comunistas a la cabeza. El romanticismo de Facerías quedaba desfasado y el maquis se revistió de un aura anacrónica. El 20 de junio, quiso atentar contra un canónigo de la catedral, y al hallar resistencia le golpeó la testa con la culata de la pistola. El 14 de julio, dio buena cuenta de un garaje, pero su penúltima *razzia* es la más popular en la actualidad por el documental *La casita blanca* , un gran acierto del director Carles Balagué entre el inmediato cierre del

homónimo *meublé* de Vallcarca, derruido el 31 de enero de 2011, y el fenómeno de la memoria histórica.

La cinta disertaba con fluidez sobre los *meublés* como casas de encuentros toleradas para tener relaciones extramatrimoniales sin deber enseñar el libro de familia y así poder retozar con queridas o ligues esporádicos. Uno de estos establecimientos era el Pedralbes, en la carretera de Esplugues con Miret i Sans, alejadísimo del mundanal ruido para favorecer la paz de sus clientes.

El 21 de octubre de 1951, Facerías y su banda robaron el Cadillac de Santiago Soler y fueron hasta el *meublé* Pedralbes. En estas casas de citas, su praxis consistía en sorprender a los clientes en sus habitaciones y, con la garantía de no ser denunciados por la vergüenza de la situación, apoderarse de sus carteras. En uno de los reservados dieron con el empresario de la construcción Antonio Masana Sanjuan, pillado in fraganti junto a su sobrina de quince años. El prohombre se abalanzó bravucón sobre el grupo y José Avelino, uno de los compinches del dandi libertario, le descerrajó el cargamento de su metralleta.

La adolescente, traumatizada, solicitó irse con ellos, y así la chica y los bandoleros partieron con el automóvil americano. El 25 de octubre, la policía emprendió una persecución contra algunos elementos del grupo que desencadenó una orgía de fuego, pólvora y bombas, saldada con la detención de Jorge Oset y Pedro González, provenientes de Francia y en Barcelona desde principios de octubre, y de José Avelino, arrestado en su domicilio.

Al día siguiente, la brigada quiso tender una trampa a Facerías en la plaça Molina, donde había quedado con el resto de sus hombres. Huyó con el coche de un compañero en medio

de otro espectacular tiroteo y se dirigió a una villa del Carmel para recuperar su arsenal y documentación, incautados por las autoridades, compuestas y sin el enemigo número uno entre rejas. En el periódico de esa misma jornada, 28 de octubre de 1951, en la página contigua a la crónica de sucesos, figuraba el obituario de Antonio Masana Sanjuan, gerente de Material y Obras S. A. y consejero de la inmobiliaria Lepanto, fallecido cristianamente el domingo 21 de octubre. No se crean todas las lecturas, tampoco las piedades.

Facerías se tomó un largo paréntesis antes de su definitivo retorno, último capítulo de su epopeya. El 30 de agosto de 1957 había quedado con el Metralla en la confluencia del passeig de Verdum con el de Urrutia y Pi i Molist, en Nou Barris. La coreografía de su muerte se orquestó desde ventanas y azoteas, y como si fuera un Rasputín de los forajidos resistió la lluvia de balazos y saltó un muro para fenecer en esa siniestra orilla, hoy recordada con una placa en el pavimento de la plaça de las Madres de Mayo. El 5 de enero de 1960, Quico Sabaté fue abatido en el pueblo de Sant Celoni. Terminaba toda una época. En diferido, como si lo paralelo cediera ante un bloque monolítico eufórico por vender milagros económicos indeseados. Otra España. Otra Barcelona.

7

Los crímenes extranjeros o la Modernidad entre hoteles y marines (1951-1962)

En 1951, Barcelona tenía 1.288.000 habitantes. Diez años más tarde, la cifra había aumentado en tres centenas de millares, con inmigración procedente del sur español, episodio aún polémico por la repetición del tópico según el cual este vendaval, similar al de los años veinte, se debió a una operación del franquismo para españolizar Cataluña. Esta idea fue desmentida por los hechos desde una absoluta voluntad de integración, extraordinariamente glosada por Paco Candel en *Els altres catalans* , y una paulatina aceptación tanto social como política, con Jordi Pujol robándole al escritor de los márgenes la máxima *«Català és aquell que viu i treballa a Catalunya»* .

Por lo demás, el régimen no brindó tanta manga ancha como reza la narración sesgada con motas distorsionadoras. Para residir en Cataluña durante los años cincuenta debías tener un permiso con avales precisados. El Pijoaparte, con un hermano en el Carmel, nos conduce a otra parcela de esta realidad, de una poesía más cruda con relación a la de Joan Manuel Serrat en sus canciones de peatones con la maleta a cuestas.

El personaje de Marsé, otra vez él, es un hijo más del barraquismo, un 10 % de la vivienda ciudadana, bien diseminado por muchas periferias, del Clot al Guinardó, del Estadio Olímpico a Can Tunis para tejer una urbe dentro de la urbe, el tercer mundo del primer mundo, invisible en la prensa salvo en las ocasiones de inauguración de bloques mal estructurados con pésimos materiales, frutos de la política de vivienda y del nacionalcatolicismo, muy oportuno en vender el nuevo barrio del Congrés como la gran aportación urbanística de la cita eucarística de 1952, culminada con una misa al aire libre desde un púlpito felliniano en la Diagonal.

No deja de ser curiosa la escasa presencia de crímenes acaecidos en estos barrios en la prensa de la época. Como mucho hay breves dispersos, sin continuidad.

La otra cara de esa moneda transformadora de Barcelona, otra vez crisol de culturas, aunque desde un poso más peninsular, eran los visitantes durante ese período de autarquía, comerciantes y extranjeros sin pretensiones turísticas. La guía *Rápido* de 1951 censa 48 establecimientos hoteleros, cifra sin duda *in crescendo* por el progresivo adiós al aislamiento de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con el veto a ingresar en la ONU, remediado en 1955, el cierre temporal de la frontera con Francia y la ausencia de muchísimos embajadores.

Estos empiezan a regresar en 1951, una vez revocada en las Naciones Unidas la resolución de condena a la dictadura, y el país, pese a la protesta tranviaria y las huelgas de Euskadi, ve la luz al final del túnel diplomático. El año había fondeado en Barcelona el 9 de enero con los marines de la Sexta Flota, de aura revolucionaria por su efecto sentimental y económico durante un breve intervalo anual, fuente de alegría e ingresos en su microcosmos, con la Rambla y aledaños como epicentro

transformador. La plaça Reial sonaba a jazz. Muchos locales se bautizaron con nombres estadounidenses y se generó una mezcla delirante entre marines, prostitutas, homosexuales y pícaros de toda la vida concentrados en los dos lados de la avenida más popular de Barcelona, ambos repletos de pensiones de mala muerte, casas de gomas y lavajes y un ambiente bullicioso, de puerto mediterráneo napolitano o marsellés, personal e intransferible entre lo vivido y esos menús dobles para nativos o soldados. En 1953, los Acuerdos de Madrid rubricaron la entente entre Estados Unidos y España, con bases militares norteamericanas en territorio español a disponer como otra extensión del bloque de seguridad occidental, sobre todo para reforzar unos dispositivos defensivos irrisorios en defensa e inexistentes en el campo ofensivo. Se destinaron 365 millones a este concepto, con solo 115 para ayuda económica, y se priorizó lo bélico a una mísera cooperación monetaria, en absoluto equiparable a la recibida por otros países durante el Plan Marshall. El pacto garantizaba a Franco la supervivencia de la dictadura.

La Rambla aún ostentaba una cierta primacía en número de hoteles por su vieja condición de calle emblemática por excelencia. En los años cincuenta viró hacia una folklorización, si bien la contemplo más como una frontera entre sus dos hemisferios, ejemplares al determinar con pasmosa naturalidad, y cierto regusto a gueto desesperado, un discurso alejadísimo del poder.

El primero de junio de 1951, la suiza Licia Guarnieri reservó una habitación en un hotel de la Rambla. La visión glamurosa nos la sitúa en el Hotel de las Cuatro Naciones, como ya comentamos, uno de los decanos barceloneses. La otra, todo es cruzar el paseo, en el Condal, una pensión para

salir del apuro y más discreta para alguien con intenciones más bien turbias, devastadoras.

Licia había nacido en Zúrich poco antes de 1920 y, de repente, en el inicio de una serie de viajes por el Viejo Mundo durante este capítulo, el siguiente indicio de su biografía es en París, donde se casa con el español Manuel Mogrovejo Arnaiz, tres años menor. Las búsquedas en hemerotecas no arrojan información sobre sus profesiones en la capital francesa, y aquí la lectura de novelas de Patrick Modiano me hace fantasear sobre esa Ciudad de la Luz con resaca de la Ocupación, aún con personajes turbios, sin acabar de irse porque aún no se habían esfumado todas las tinieblas de los años alemanes.

Algunos, sin verificación en el contraste de contenidos, elucubran sobre una estancia en Madrid, mientras la mayoría de los artículos ya van directos a Barcelona. Durante un tiempo el matrimonio funcionó y nacieron los mellizos Armando y Walter. Licia se dedicaba en cuerpo y alma a un comercio de sedas con rocío industrial, en asociación con Julián Olivella, aficionado al *bridge* , a patrocinar concursos de este juego y a colaborar ocasionalmente en el cine dentro del departamento de vestuario y guardarropía de algunas producciones.

Más tarde los médicos determinaron una creencia en ser superior a los demás, elevándose así sus expectativas profesionales sin justificación alguna, solo por su ilusión mental. Matriculó a los niños, nacidos en 1947, en un internado de Sant Gervasi y se centró con obsesión en su negocio de Rambla de Catalunya, la avenida más señorial de l’Eixample.

Tanta obstinación fue separándola de su marido, hasta la ruptura. Vivía en una pensión y se reunía con los hijos los domingos, pero la tarde del viernes primero de junio cambió sus rutinas tras las amenazas de su esposo Manuel de quitárselos. Conmocionada, fue al colegio, algo anómalo al ser viernes, cogió a los críos con la excusa de una cita con el sastre y fueron en taxi hasta el hostal de la Rambla, donde pagó por una habitación con baño y los ahogó después de la cena, dejándolos en la cama bien vestidos y repeinados. Para aliviarles el sufrimiento, les había suministrado un somnífero, soporífero en el léxico de ese decenio, antes de asesinarlos.

Licia salió del hotel a medianoche. Debía realizar unos encargos antes de ir a dormir. A las nueve de la mañana, como no volvía, el sereno y la camarera abrieron su habitación, con los cuerpos yacientes, como si durmieran.

Más o menos a la misma hora, Manuel Mogrovejo se daba por rendido. Después de la riña no podía quedarse de brazos cruzados. Conocía a su mujer y temía su amenaza de regresar a París. Preguntó en la pensión donde esta vivía, le dijeron que no estaba y prosiguió con su búsqueda hasta la estación de Francia, sin éxito.

Licia había vagado toda la noche por Barcelona, pero ya no podía aguantar más y llamó a su socio, Julián Olivella. Le confesó haber matado a Walter y Armando, citándole en el Café Vienés de los jardinets de Gràcia. Su colaborador asistió acompañado de un agente, y se llevó a cabo la detención.

El juicio oral se celebró en la cárcel de mujeres, pues Licia, al enterarse de la petición de dos penas de muerte, se negó a levantarse de su lecho, y así fue como se constituyó el tribunal en la prisión de Les Corts, ocupada hoy en día por un significativo centro comercial.

La psicología actual ve en el caso del doble parricidio a una asesina con trastornos debidos a una depresión como consecuencia de la separación conyugal, con sentimiento de culpa, pensamientos catastrofistas e ideas estrambóticas. El trabajo era su válvula de escape. Según Luis Borrás, profesor de Criminología, el acabar con los seres queridos obedece a un amor compasivo al quebrarse la realidad y perder el horizonte perceptivo.

Los doctores de 1951 la consideraron muy culta, con egolatría y criminal por no poder dar a sus hijos el porvenir anhelado. La sentencia ratificó los sesenta años de reclusión mayor, con una multa de cinco mil pesetas a cada uno de los herederos de las víctimas.

Licia escuchó la sentencia en silla de ruedas. Seguía en *shock* , muda. Como ocurre con muchos protagonistas de la crónica negra desaparece, con su aprisionamiento, para siempre de los papeles. Ella estrena la década de los extranjeros como reyes indiscutidos de los sucesos barceloneses, algo con gran valor simbólico e indispensable para comprender las dinámicas de ese instante con valor de contradictoria encrucijada. El franquismo vivió los cincuenta aún con la autarquía por bandera y una mentalidad carpetovetónica ligada a su cerrazón internacional, difuminada por arte de magia a finales del decenio por la angustia de su quiebra económica, solventada por los tecnócratas del Opus Dei. Esta metamorfosis forzada entregó a España al turismo como punta de lanza del milagro económico de los sesenta.

Otra generación, sin el recuerdo de la guerra civil ni la represión del miedo, quitaba polvo a la casa y abría las ventanas de par en par para recibir cualquier tipo de influencia foránea. En *Franco, anatomía de un dictador* , Enrique Moradiellos argumenta cómo la sociedad española ya estaba

en consonancia con la Europa capitalista, a diferencia del régimen, con desajustes de alguien con síndrome de Diógenes sin tener nada en el salón, cerrado a cal y canto.

La película de Hitchcock: el crimen del Hotel Ritz

> Habiendo tenido conocimiento en esta jefatura, sobre las doce horas del día de ayer, de que había sido cometido un asesinato dentro de una de las habitaciones de un hotel de primera categoría de esta capital, se tomaron las medidas oportunas, que han dado por resultado, la detención de varios individuos sobre los que recaen fundadas sospechas.

Esta noticia la publicó *La Vanguardia* el martes 10 de enero de 1956. El hotel de primera categoría, nunca mencionado por su nombre a lo largo del seguimiento periodístico de esta historia, estaba predestinado a la esquina de Roger de Llúria con Gran Via de les Corts Catalanes, tanto que hasta en un restaurante de enfrente, El Canario de la Garriga, su *ben plantada* propietaria dijo aquello de «una noche Alfonso XIII cenará en mi mesa».

El tiempo le dio la razón cuando en 1919 se inauguró el Hotel Ritz, sucesivamente residencia temporal del monarca durante sus visitas a Barcelona, restaurante gastronómico para la clase obrera durante la guerra civil y templo de veneración fascista cuando jerarcas como Heinrich Himmler o Galeazzo Ciano se alojaban en sus habitaciones.

En la posguerra fue comprado por Julio Muñoz Ramonet, rey del estraperlo condal, manteniéndose un estándar de clientela elevada y el prestigio intacto, si bien su propietario daría para escribir mil biografías distintas.

El Ritz, cuya habitación 108 era el apartamento barcelonés de Salvador Dalí, albergaba gran reputación, tanta como para no ser jamás mentado en la prensa, un tabú arquetípico del lenguaje de ese período franquista, muy identificable.

El 8 de enero de 1956, un niño de veinte meses y su institutriz abrieron la puerta de la habitación 523, estremeciéndose al hallar el cuerpo del padre del pequeño, Mulchand Chamsandas Chandrai, un súbdito inglés de origen indio, con negocios comerciales en África, Europa y Canarias, donde residía con su mujer y tres hijos más. Había llegado a la capital catalana el 21 de diciembre de 1955, se había hospedado en el Ritz y el 23 de ese mes se había ido a esquiar a La Molina. Volvió el 4 de enero para pasar la noche de Reyes en compañía de su esposa y sus retoños.

Chandrai, de cuarenta y ocho años, abrió la puerta y forcejeó con su oponente hasta que cedió, tras el golpeo de su cabeza con una barra de hierro y el degollamiento con una navaja barbera. Le perpetraron cortes en la cara, el párpado superior derecho y la frente, con heridas grandes y extensas hasta poner en descubierto el hueso frontal, con el cuello seccionado hasta la columna vertebral.

El asesino fue al lavabo, se lavó las manos, dejando gotas de sangre sin coagular, y abandonó un abrigo beige, parisino y sanguinolento. Marchó del establecimiento con la mano derecha oculta en un bolsillo, frenético, culpabilizándose más por no hablar ni pizca de castellano en su torpe despedida.

La Barcelona de esos años cincuenta tiene su mejor retrato, porque es pura evocación poética de infancia, en *Impostura* , de Enrique Vila-Matas, la ciudad de usted no sabe con quién está hablando y un fundido lánguido, como si el sopor y la pasividad fueran una niebla insalvable, hasta el punto de que los trajes masculinos eran negros o grises, sin color, en mímesis con la atmósfera y la dictadura.

Por eso los investigadores ataron cabos a partir de una serie de interconexiones evidentes en ese contexto. Primero, el

hombre se había dirigido con mucho convencimiento a la habitación 523, se había equivocado de piso y la camarera, sin sospechar nada, lo había acompañado hasta la puerta.

Todo el servicio recordaba su aspecto de forastero, la mano en el bolsillo, su escasa pericia con el castellano y la ausencia del gabán. El color del mismo era tan inusual que los agentes lo vincularon de inmediato con un foráneo, y se presentó en todos los hoteles por si alguien reconocía la prenda, como así fue. Luego desvelaría la complicación de otro sujeto.

Sigfrid Neumann, austríaco de veintitrés años, se fugó hacia la frontera en taxi, con un parón imprevisto en Calella o Pineda, con el vehículo sin gasolina o el conductor usando esa excusa para quitarse de encima a ese individuo con la mano vendada, taciturno de cierto halo delincuencial.

Así, tirado en medio de la nada, articuló una lógica germánica y muy de ese intersticio de los años cincuenta, cuando aún primaba la disciplina de la generación vencedora de la Segunda Guerra Mundial y los autoestopistas eran como apóstoles de un mañana muy cercano. Neumann, se supone que con otro taxi, alcanzó la estación de Maçanet-Massanes, el enlace ferroviario para Portbou, pasarela hacia Francia.

Tras ser detenido en el andén, lo llevaron de vuelta a Barcelona. Durante varias horas reconoció el lugar del crimen, se confesó autor del mismo y añadió más detalles ignorados por los inspectores, como una pistola escondida en la alfombra y la navaja barbera de Chandrai, como si él hubiera ido sin armas, propinado los testarazos con el revólver y cortado el pescuezo casi por inercia.

El otro punto alcanzado con el arresto fue ponerle el abrigo. Le iba corto, y eso conllevaba la implicación de un segundo hombre. Y así, casi volando, aterrizamos en Tánger.

La condición de zona internacional de esta ciudad hasta, precisamente, 1956 hizo de ella un espléndido reducto de chanchullos mercantiles y mafiosos. Paul Morand la definió como repleta de nuevos poderes, de signatarios por procura, tenebrosos hombres de negocios disfrazados de turistas, abogados, parásitos y oficiosos en un enclave donde, prosigue el escritor francés, el Estado se hacía invisible, sin decretos restrictivos ni leyes puntillosas, más bien con modestos reglamentos administrativos.

En ese fascinante ambiente confluyeron el asesino, la víctima y el tercer hombre, como si este crimen tuviera algo de guion cinematográfico, en blanco y negro, de corte clásico, como los trajes de este triunvirato.

Se llamaba Rudolf Dobnig, tenía treinta años en el momento de los hechos y, por lo que a mí concierne, es el más interesante de todos, con toda seguridad por la confusión habitual de datos en las fuentes, donde Santiago Tarín, con mucho predicamento en la crónica negra por su amplísima trayectoria, lo asocia durante la Segunda Guerra Mundial con la Wehrmacht, pero por edad no parece probable. La duda estriba en uno de sus brazos, amputado y resarcido con una articulación artificial, casi siempre cubierta por un guante.

Se supo de su existencia el 11 de enero. Fue por su propio pie a la oficina de la Interpol de Zúrich para entregarse al saberse sospechoso por los periódicos. Llevaba consigo joyas valoradas en más de 350.000 pesetas que eran propiedad de María Esther Santana, cubana de nacionalidad española, viuda de Chandrai y artífice de su conversión a la Iglesia romana.

Dobnig subió al tren con destino a Portbou la misma mañana del crimen, como si la cosa no fuera con él. Del país helvético podría haber seguido hasta su Austria natal, donde

no existía la extradición a España. Pese a ello, optó por una estrategia limpia, demorándose su retorno a Barcelona hasta mayo de 1956. La teoría en su contra lo culpabilizaba de ser el inductor del crimen.

Dobnig había conocido a Chandrai en Canarias, donde sus matrimonios habían trabado amistad. No habían colaborado en negocios porque sus discrepancias religiosas lo impedían, pero el austríaco judío y el indio católico se conformaron con una buena relación personal. Este dato salió a relucir en el juicio por la declaración del mismo Dobnig. Tras consultar a varias personas sobre el apellido, todos coinciden en descartar su origen hebreo, además de recalcar su ausencia de significado, con lo que esta disensión por la fe fue una de tantas patrañas comentadas durante el caso y su vista oral.

Los tres hombres debieron juntarse en Tánger, donde Neumann, más bien un buscavidas, se asoció al negocio de langostas en Río de Oro, dentro del Marruecos español, de Dobnig, prometiéndole un dinero del que carecía. Poco después este le debió presentar a Chandrai, con quien se vinculó a comisión, según atestiguó en el juicio, en una empresa de compraventa de frutas.

Dobnig había confiado en Neumann tanto por ser su compatriota como por la capacidad de su pareja criminal para engatusar. Fuese como fuese, vinieron a Barcelona a principios de diciembre de 1955 a la espera de Chandrai, quien les debía más de tres millones de pesetas por negocios inconfesables.

Todo huele mucho a una mafia de poca monta internacional, con Barcelona, idónea por su puerto y su posición geográfica, como punto de enlace de una ruta por varias ciudades mediterráneas, vigente hasta nuestros días.

Las vacaciones de la familia del empresario afincado en Canarias a la nieve de La Molina postergaron más reuniones entre los tres, produciéndose la penúltima la noche de Reyes en un club del carrer de Muntaner, quedando para verse a las diez de la mañana siguiente en el bar Núria, en la Rambla. Chandrai no apareció y debieron pensar eso de si no es por las buenas, será por las malas.

Dobnig tenía otro as arrancado de su manga. Había convenido con la viuda, y durante el juicio esta lo reconoció, venderle en Suiza sus joyas, tasadas en medio millón de pesetas. Es posible que fuera hasta Zúrich, la truculenta *Diez Minutos* habla de Ginebra, para eso. El pero mayúsculo en todo su entramado, casi un escepticismo hacia elogiar su inteligencia o exculparlo, es la treta de no ir hasta Austria para protegerse de su extradición.

El otro pero de su defensa, más inocente y si se quiere hasta poético, lo absolvía por coger el tren desde el desconocimiento de lo acontecido en la habitación 523 del Hotel Ritz. Quedaba muy de filme a lo Hitchcock y vendía muy bien de cara a la galería, sin ser creíble por lo cristalino del plan de los dos austríacos, con la diferencia de un Neumann sentenciado desde antes de entrar en la sala, donde se resaltó su porte y el color de su traje, con Dobnig muy aferrado a demostrar su inocencia.

Enrique Rubio, uno de los periodistas más significados del género, aludía a una relación del caso con el Ku Klux Klan, y Tarín aumentaba la apuesta con oscuras tramas internacionales, y aquí no iba mal enfocado, porque el dictamen del tribunal, con treinta años de reclusión mayor para Sigfrid Neumann y catorce años y un día de menor para Rudolf Dobnig, absuelto de estafa, solo mostraba un hecho objetivo: el asesinato de Chandrai en un céntrico hotel

barcelonés, sin necesidad alguna de adentrarse en otras teselas minúsculas de este mosaico, pues pese a desentrañar la telaraña del asesinato no les concernía dilucidar al completo la relación entre los tres hombres y la viuda. Esos cabos sueltos son la perfección en la escritura del guion desde la realidad, casi como si esta quisiera travestirse de ficción, con una trama mucho más explosiva e intricada que películas de los cincuenta sobre crímenes y delitos barceloneses, como *Brigada Criminal* o *Apartado de correos 1001* .

El crimen del Ritz es la clausura de una era. En 1956, la Zona Internacional de Tánger quedó como un recuerdo para la historia por la independencia de Marruecos. Ese mismo año hubo una fallida huelga de tranvías, y al siguiente los estudiantes protestaron en el paraninfo de la Universidad de Barcelona mientras la dictadura abría el melón para dejar atrás la autarquía.

En 1959, toda esa metamorfosis se había unido a Barcelona a la emprendida con anterioridad por la Sexta Flota. La ciudad no era ni mucho menos una meca del turismo internacional, y sin embargo los vientos de otras latitudes contagiaban la cultura barcelonesa, renacida en lo literario con una generación, capitaneada por Carlos Barral, de vocación europeísta, con el premio Formentor, y ultramarina por ser propulsora del *boom* literario latinoamericano. Obras europeas se filtraban, algunas películas querían aprender de las más modernas y la música —nunca debe menospreciarse el ritmo y el baile— engarzaba el influjo de los marines con la inquietud de ciertos círculos de la urbe.

Uno de ellos debió cerrar las *jam sessions* nocturnas del Jubilee Jazz Club, en el Instituto de Estudios Norteamericanos, nido poco remarcado para americanizar Barcelona, por las quejas de los vecinos. Sus fundadores eran Javier Coma,

Enrique Vázquez y José Luis Guarnier, quienes con Joan de Sagarra buscaron un local hasta conseguir que el dueño del restaurante El Tobogán de la plaça Reial les cediera el sótano. El éxito de las primeras actuaciones animó a Joan Rosselló a ofrecerles instalarse en la cava subterránea del prostibulario bar Brindis. Esa es la génesis del Jamboree, un término de los Boy Scouts relativo a reuniones, actual club de música encuadrado desde entonces en un ángulo de esa ágora porticada a la francesa. La zona, antes con mucha vida propia, pasó a ser una isla urbana transgresora por sus pensiones, bares, peñas, el círculo de la fuente de las Tres Gracias, los faroles de Gaudí y sobre todo terrazas, pisos y sótanos, como el del Jamboree, epicentro del mal llamado crimen de los existencialistas.

EL CRIMEN DE LOS EXISTENCIALISTAS O EL CINE EN COLOR

> La plaza Real ha cedido la nobleza de sus líneas neoclásicas a la turbulencia de las salas de fiestas, turbias y confusas, a los grupos existencialistas cuyo empeño es el vive como quieras en una plaza convertida en catapulta para la perdición de la juventud.

El alegato final del fiscal del crimen del carrer Aragó, denominado durante su investigación «de los existencialistas» por descacharrante catetismo, entroncaba con toda la moralina vertida durante aquel año y medio entre el asesinato de un fabricante de lámparas y la sentencia contra seis imputados, todos, salvo María del Pilar Alfaro, anglosajones. Droga. Vicio. Miseria moral y una hipocresía alucinante en todo el proceso, con ríos de tinta sobre lo pecaminoso, disoluto y desregulado de esos jóvenes, ríos de tinta adaptados al lenguaje de 1964 y los veinticinco años de paz del franquismo, con más dosis de catolicismo y esdrújula verborrea. Estos ataques desaforados contrastan con las entretelas, plagadas de

dobles sentidos, porque el asesinato de Francisco Rovirosa tuvo mucho seguimiento periodístico en Estados Unidos, donde atisbaron la farsa por la garantía, una vez emitidas las penas, de unas rebajas con motivo de la celebración de esos cinco lustros de victoria y la proclamación de Pablo VI como papa de Roma. Las sesiones fueron seguidas con mucho interés por los cónsules anglosajones. Sobran más palabras.

Xavier Theros es un historiador muy fiable. Uno de sus mejores ensayos es *La Sisena Flota a Barcelona* , documentadísimo sobre los dimes y diretes de los marines desde un desarrollo donde se analiza su trascendencia en el contexto, con la plaça Reial como centro gravitatorio a partir de los seis grados de separación.

En 1958, los hermanos John Joseph y Philip Hand abrieron el club Frank's en el sótano de la Peña Taurina Carmona, en el carrer Parlament. Fue uno de los primeros locales con programación estable de jazz. Jack Hand fue uno de los DJ pioneros de Ibiza, siendo muy apreciado por la incipiente comunidad *hippie* .

En 1960, el nuevo Jamboree los contrató como grupo residente junto a la cantante negra Gloria Stewart, evocada como una intérprete regular de memorable presencia escénica. Gloria y los Hand prosperaron unos pocos meses. Ensayaban durante horas y juntos eran como el yin y el yang. Los hermanos eran unos *beatniks* exóticos muy secos de carácter, mientras la Stewart era extrovertida y caía bien a casi todo el mundo.

El éxito de sus actuaciones los llevó, como trío o con los Hand por separado, a emisiones radiofónicas, clubes de ringorrango como la sala Bikini y hasta un concierto en la Universidad de Barcelona. Jack Hand inauguró el Blue Note

en un piso justo encima del Jamboree, con público compuesto en su mayoría por los chicos de la Sexta Flota. A finales de 1960, Philip fue detenido en París por tráfico de estupefacientes al encontrársele dos kilos de hachís y doscientos gramos de opio.

Los Jazz Brothers se disolvieron por fuerza mayor. Jack y Gloria volvieron a coincidir en 1962 al tener ambos una habitación en la pensión Pros, en el número 18 de la plaça Reial, con el músico viviendo con su cuñada, y quizá amante, Nancy Karen. Harold, el hijo de la cantante, recibió clases de James Stephen Johnston, un barbudo de Oklahoma, pareja de María del Pilar Alfaro, una treintañera barcelonesa muy guapa según los comentaristas y separada de su marido, el fotógrafo Joaquín Ramírez Picas.

Johnston y Alfaro se fueron a vivir a Ibiza, donde una noche conocieron en un bar a James Bell Wagner, desertor del ejército estadounidense en Alemania al abandonar el 19 de octubre de 1962 su unidad y hacer autoestop hasta llegar a España, con días de frío durmiendo en el muelle barcelonés hasta acabar como último recurso en las Baleares, donde se las apañó para tirar con la venta de tres trajes.

Wagner, de metro setenta y constitución robusta, tenía una personalidad libre, muy desapegada de la educación católica de sus padres en Newark. Se drogaba desde los quince años, pero se había disciplinado con su ingreso en las fuerzas armadas, donde era un caporal con proyección hasta una noche loca de degradación de insignias, paso previo a su viaje asomando el dedo desde los arcenes de las carreteras europeas.

Johnston y Alfaro iban más bien caninos de fondos. Wagner debió ser un pequeño precursor *hippie* , muy receptivo y feliz con ir colocado, algo más sencillo en la España franquista, con

barra libre de centraminas y otros compuestos anfetamínicos, consumidas casi a granel antes de los exámenes por los estudiantes y muy solicitadas por extranjeros, sin problemas para recordar su nombre al dirigirse al mostrador.

Los tres hablaron y la pareja convenció a Wagner de implicarse en un robo fácil, sin necesidad de violencia, solo con intimidación. María del Pilar le hizo un croquis del taller de lámparas del señor Rovirosa, explicándole como todo era pan comido por la mansedumbre del lamparero, apocado, como ella misma había comprobado durante un fin de semana de escapada —el hombre estaba casado con dos hijos— hacia Montserrat, cuando fueron asaltados a medio camino por un ladrón, a quien le entregó despavorido diez mil pesetas, para salir del entuerto.

El ridículo de Rovirosa, su cobardía, inyectó en la mente de María del Pilar Alfaro la avaricia de querer más. Como había sido vecina de su pretendiente sabía de pe a pa sus horarios en el taller, donde se quedaba solo los sábados por la tarde. Si actuaban con discreción, hacerse con el dinero de la caja fuerte sería coser y cantar.

Para tranquilizar más a su nuevo amigo fueron de tiendas. James Stephen Johnston compró en compañía de Wagner unos zapatos de suela de goma para hacer menos ruido, una mordaza, una navaja y tinte para el cabello. Él y María del Pilar no subirían al barco para Barcelona. Wagner podía haberla pisado, pero desconocía los entresijos de su callejero, y para corregirlo le entregaron antes de zarpar una carta de recomendación para Jack Hand.

James desembarcó en Barcelona el viernes 23 y corrió hacia la plaça Reial, donde se entrevistó con Jack Hand y Nancy Karen. Ambos refutaron aliarse en el atraco, pero

después rectificaron. Wagner quería una pistola para amilanar a Rovirosa y, como no era posible obtenerla, la cuñada del *jazzman* fue a por una barra de duraluminio para amasar la carne.

El sábado por la tarde, los dos hombres fueron al taller de la víctima, en el 136 del carrer Aragó. Hand se quedó en los alrededores para vigilar, hasta cansarse y retornar a la plaça Reial, sin enterarse del asesinato. Wagner entró hasta verse cara a cara con el fabricante de lámparas, de cincuenta años y metro setenta y cuatro de estatura. El norteamericano, pese a no existir apenas desigualdad física, llevaba las de ganar al ir doblemente armado, tener más juventud e ir hasta las trancas de centraminas, con las neuronas desquiciadas y el espacio tiempo trastornado.

El desertor, sin noción alguna de castellano, solo pronunció: «Todo dinero». Rovirosa reaccionó. Lo imagino anonadado ante ese rubio con guantes, vestimenta oscura y zapatos de goma. Lastimó a Wagner en la mano izquierda, aunque de nada sirvió por la furia de su adversario, desenfrenado con el duraluminio contra la cabeza hasta fracturarle el cráneo e infligirle trece heridas por todo el cuerpo. Con esta fotografía, los ostensibles cortes en las mejillas eran más bien anecdóticos.

Cuando se hizo el silencio, el yanqui debió rastrear el botín por toda la fábrica. Quiso forzar la caja de caudales, abrió cajones sin ton ni son y sacó de la cartera del muerto unas dos mil pesetas. Quizá cortó con unos alicates la línea telefónica, exprimiéndose en la realidad con su cerebro a dos mil por hora.

Paró a un taxi, sorprende que el conductor no reparara en las manchas de sangre, el suelo del taller era un charco colosal,

y subió a la pensión Pros. Debía cambiarse de indumentaria y destruir las pruebas. En estas aparece el sexto elemento de la conjura, la rubia escocesa, casi veinteañera, Joan Douglas Bryden, prestándose para ir a Ibiza y tirar la ropa, sin saber, una coartada muy frágil, de la presencia de los zapatos y la maza en una nevera portátil.

Bryden, según los cronistas con aspecto de tener talento literario, quemó los ropajes. Más tarde la policía dio con los zapatos. Los agentes fueron alertados del crimen a media tarde y entre los papeles de Rovirosa encontraron una carta de María del Pilar Alfaro. El guante rasgado era otro apoyo para avanzar. Fueron muy rápidos.

James dio media vuelta hasta Palma. Nancy Karen le tiñó el cabello para modificar su semblante. El domingo 25 fue detenido a medio camino entre la capital balear e Inca, donde estaba de excursión junto a unos amigos. María del Pilar y Stephen fueron localizados al cabo de poco tiempo. Jack, Nancy Karen y Joan Douglas fueron asimismo encarcelados en Barcelona.

Hubo una séptima detenida, Gloria Stewart. Ella y su hijo habían intercambiado unas palabras con Wagner para cobrar una bombona de butano. Permaneció entre rejas hasta 1963 para, a continuación, ser expulsada del país y proseguir su carrera en Alemania e Inglaterra, con su nombre en el elenco del musical *Hair* ; falleció en la Ibiza de 1974 a los cuarenta y nueve años, de un ataque al corazón.

Había sido una musa de la plaça Reial y su aureola auspició para el caso unas asociaciones truculentas de marihuana, mucho humo y una juventud desordenada, como si el medio fuera el causante de la acción.

También, para dar más lírica al asunto, se abusó mucho de la plaça Reial como ambiente de baja estofa, con los acusados riéndose en los asientos entre luces estrepitosas y la música a todo trapo. Lo más apasionante del crimen del carrer Aragó son las carambolas de los seis, porque a bote pronto muchos se carcajean de la chapuza del conjunto, pero desde una panorámica menos jocosa la planificación no pudo ser flor de un día como se dictaminó en la sentencia, pues los engranajes de esta maquinaria eran muy alambicados entre idas y venidas de las Baleares a Barcelona, enlaces intermedios y croquis para no perderse en el escenario del crimen, un todo muy tarantiniano.

La prensa dio buena cuenta del suceso en dos tandas. La primera tras el homicidio, entre noviembre y diciembre de 1962. El tono es agresivo sin desparramarse, con filípicas avisándonos de lo venidero. De Joan Douglas Bryden, presunta encubridora, se despotricó por su debilidad tan femenina de ir a Barcelona de vacaciones y terminar en la cárcel, según recogía *La Vanguardia* el domingo 2 de diciembre de 1962:

> Dura enseñanza contra los excesos en permitir a los jóvenes de poca edad y menos preparación que emprendan viajes y aventuras, que aun empezando con la ambición de ver mundo pueden acabar, como aquí, en ver los aspectos menos edificantes del mismo y en gravísimas complicaciones.

Era conmiseración y homilía, lamento y prédica desde el púlpito de la columna con lágrimas de cocodrilo por las ovejas descarriadas del rebaño, desahuciadas a tan corta edad para la vida comunitaria. Wagner fue un conejillo de Indias para todo tipo de conclusiones médicas con el fin de determinar si su personalidad inmadura se debía a la ingesta masiva de estupefacientes, descartándose por su capacidad de distinguir entre el bien y el mal y no verificarse perturbación alguna de sus facultades mentales.

Los hechos relatados son terribles, con un clima relajado. El asesino habla en inglés, hace reír a los asistentes cuando afirma haber entrado a España por la frontera y a veces responde en castellano, idioma al fin aprendido en la cárcel Modelo, donde compartió celda con Johnston y Hand.

Lo apacible de las sesiones se quebraba en los periódicos, cancerberos del orden y las buenas costumbres. En la sala, además de los representantes diplomáticos, había registrados corresponsales de la BBC y UP. El interés mediático puede calibrarse por el seguimiento del caso en medios regionales de Estados Unidos, con fotos de los acusados y observaciones muy pertinentes.

El elemento extranjero debía ser punido de cara a la galería. Todos los anglosajones sentados en la banqueta exculparon a María del Pilar Alfaro, quien tenía pendiente otro juicio junto a Stephen Johnston por pretender asesinar a su marido, siendo ambos absueltos poco después de la sentencia del de Rovirosa. Wagner fue condenado a treinta años de cárcel como autor de homicidio con robo; María del Pilar Alfaro, a veintitrés, con algunos espectadores pidiendo la pena de muerte; Jack Hand y Stephen Johnson, a veintiuno como coautores; Nancy Karen Hand, a doce años y un día como cómplice; y Joan Douglas Bryden, a seis años y un día como encubridora. La fiscalía había solicitado cuatro penas de muerte. Al cabo de diez años todos estaban en la calle.

El mal llamado crimen de los existencialistas cerró una década de violencia sintetizada en estos tres sucesos con extranjeros responsables, cada uno de ellos como un hito cronológico antes de la alfombra roja de otro. Como si su sucesión definiera las fases de Barcelona, con el doble parricidio de Licia Guarnieri aún con mucha bruma de la primera posguerra, casi camuflado en los medios y comentado

en voz baja, algo eliminado con el del Ritz donde, sin embargo, no podía decirse aquello sabido por todos, con el abrigo y los colores como trazo diferencial entre la ciudad real y esos mafiosos marginales, ni siquiera llamados así para no suscitar más habladurías.

La autoría forastera era una descarga. Todos esos turbios tejemanejes y chifladuras no podían caber en la mente de un buen español. Los extranjeros podían ser más elegantes y sofisticados. Las apariencias engañan y los lobos con piel de cordero tenían pasaportes sin águilas ni flechas.

Con Wagner, Alfaro, Hand, Johnston, Nancy Karen y Joan Douglas Bryden se alcanza el último jalón en la transición del blanco y negro al color, con el resto de la ciudad aún con problemas para sintonizar los escasos televisores y un pequeñísimo reducto con la policromía de la modernidad, a rebatir desde la ejemplaridad españolísima.

La plaça Reial fue un ente abstracto, la diana para poder usar los dardos contra un lugar a desinfectar, con María del Pilar más señalada por ser mujer, guapa y española, renglón torcido por la nefasta camaradería con los anglosajones.

E PÍLOGO PATRIO

Lo nacional queda eclipsado entre 1951 y 1962 en la crónica negra barcelonesa, cuando los sucesos marca de la casa eran el barómetro de una tercera realidad, asimismo a sacar del foco, la de los excluidos tanto por ser un trapo sucio a lavar en casa, sin chafarderos, como por ser un negativo a no revelar, bien archivado en la cámara oscura. Si no se publicita no existe, frase con mucha reversibilidad, como un bumerán.

El año 1962 fue muy raro. En septiembre, las riadas del Vallés, con el desborde del Besòs y el Llobregat, causaron una tragedia en las poblaciones de la periferia barcelonesa, con lamentables viviendas y una desatención endémica pese a (o quizá por) ser pobres de solemnidad.

Más o menos por esas fechas, el 22 de septiembre, apareció junto al faro de la desembocadura del Llobregat una cesta con un cráneo al que le faltaban orejas, la lengua y el cuero cabelludo. En un envoltorio estaban los pies. Con las inundaciones emergieron en Barcelona otras partes del cuerpo, entre ellas su miembro viril, a la altura de Arc de Triomf.

El hombre despedazado reapareció de entre los muertos por una denuncia de desaparición. Se llamaba Federico Cortés y vivía en Santa Coloma de Gramenet, junto al río Besòs. Era uno de tantos, carne de ese tercer mundo del primero.

Federico había hecho un trato con un veterano del contrabando, el onubense Rafael Enamorado de Paz, residente en L'Hospitalet del Llobregat, el otro margen. Este le dejó una nota en un bar para reunir con apremio doscientas mil pesetas para efectuar la transacción a cambio de tabaco rubio.

En la casa de Enamorado de Paz hubo una refriega y el anfitrión estranguló al huésped. Luego lo descuartizó y se apoderó del dinero. Había partido en cachitos el cadáver y los había arrojado al mar, excepto la prueba incriminatoria.

Era un asunto de los bajos fondos y no mereció mayor atención. El crimen del carrer Aragó copaba todos los titulares. Federico y Rafael eran indeseables por encarnar la pervivencia del estraperlo, erradicado según la cantinela oficial, e invisibles a partir de su origen social, actividad económica y comportamientos inexistentes en todo buen español.

Eran una rutina más negra de lo habitual, pero rutina al fin y al cabo, no como la trilogía internacional, tan útil para ensalzar ciertos aspectos del momento y simbolizar sus transformaciones, sentenciados con la objetividad de lo sucedido y silenciados en tantas preguntas sobre esos pequeños y significativos movimientos sísmicos de los extranjeros, una ruptura con el relato franquista de un tejido unitario en una Barcelona sacudida en muchos otros frentes, desde la resistencia catalanista, con Jordi Pujol de mártir, hasta las asambleas de estudiantes o las manifestaciones de curas. La olla hervía, y estos vaivenes de los visitantes son una microhistoria de envergadura para la Barcelona de esa década, por cierto, cada vez más americanizada.

8

La década bisagra: los setenta, entre psicópatas y política (1971-1979)

Los setenta son una encrucijada entre dos mundos. Los nacidos durante ese período lo tenemos condicionado por la visión paterna, asimismo dividida en dos hemistiquios bien diáfanos.

El primero correspondería a los estertores de la dictadura, encuadrado en un relato oficialista culminado el 20 de noviembre de 1975 con la muerte de Francisco Franco. Según esta narración, con mucha épica heroica, las fuerzas contrarias al régimen fueron determinantes por su visibilidad, encumbrada con la fundación de la Asamblea de Cataluña en noviembre de 1971, en la iglesia de Sant Agustí del barrio chino. Este órgano, con buena parte de la oposición en sus filas, pedía la amnistía general para todos los presos y exiliados políticos, el ejercicio de las libertades democráticas fundamentales, el restablecimiento provisional de los principios e instituciones configurados en el Estatuto de Autonomía de 1932 y la coordinación de todos los pueblos peninsulares en la lucha democrática. Catalanismo. *Llibertat, Amnistia i Estatut d'Autonomia,* lema bandera para el día

después y cabecera de la histórica «manifestación del millón» del 11 de septiembre de 1977.

Más allá de los encierros en Montserrat para protestar contra el Proceso de Burgos, con su quién es quién para el futuro, la memoria sentimental de este discurso alcanza su cénit con la ejecución de Salvador Puig Antich el 2 de marzo de 1974, sentenciado a morir por garrote vil tras el homicidio en un portal de l'Eixample del subinspector Francisco Anguas Barragán, el 25 de septiembre de 1973.

Puig Antich pertenecía al MIL, Movimiento Ibérico de Liberación, una formación anticapitalista. Su suerte tuvo la fatalidad de unirse al atentado de ETA contra el presidente del Gobierno Luis Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973, con su coche por los aires, voladura del atado y bien atado al matar al gran pilar para mantener el entramado surgido de la guerra civil.

El escrutinio de las municipales de 1979 dio el Ayuntamiento a una amplia coalición, con los socialistas de Narcís Serra al mando y los comunistas del PSUC en segundo lugar. En sus listas había muchos cuadros de las asociaciones de vecinos, diezmadas en su frescura por la integración de sus líderes al equipo administrativo. El universo cultural de la Rambla y aledaños también se vio disminuido. Se abría otra veda, hacia una Barcelona con un vanguardismo normativo, bien acicalada dentro de una reforma urbanístico-arquitectónica a manos de Oriol Bohigas, con los Juegos Olímpicos, cuya candidatura se impulsó en 1981, en el horizonte.

Durante todo ese decenio la sociedad completó su mutación. La violencia se expresó desde dos vertientes. La primera, desde lo criminal, es de una modernidad devastadora,

con la aparición de perfiles muy americanizados, arquetípicos de producciones televisivas o cinematográficas. Desde esta premisa el lenguaje médico para estudiar los disturbios mentales chocaba de frente con el léxico del régimen, impotente por preponderar las disquisiciones morales, rebasadas por tipologías y procederes casi insólitos en la crónica negra barcelonesa.

La segunda, de cariz político, es consecuencia de una transición nada pacífica con entre seiscientos y setecientos muertos entre 1975 y 1983 por atentados de los extremos ideológicos, algaradas callejeras, represión policial, guerra sucia, hijos del caos, la incertidumbre y las prisas como malas consejeras tanto para los antifranquistas como para los supervivientes de esos negros cuarenta años, hacinados en la reforma para no perder prerrogativas e impedir la ruptura con el sistema anterior.

¡OTRA VEZ UN CRIMEN DE HOTEL!

El martes 23 de noviembre de 1971, el marqués de Alcántara pidió prestado dinero a dos empleados del Hotel Manila porque debía regresar sin más dilación a Madrid. El noble llevaba desde el día 12 alojado en el establecimiento de la Rambla con el carrer Pintor Fortuny y era de fiar al haber depositado en la caja fuerte, reservada para los más solventes, gran cantidad de dinero. Al irse, dejó a deber dieciocho mil pesetas.

Cuando se marchó, alguien del servicio fue a la habitación 424. Allí yacía sin vida, con el cuello y la cara tapados con sus propias prendas, María Dolores Llorens, una chica de veintisiete años, estrangulada por el ocupante de la estancia, quien además de ropa y un traje en el armario tenía por el

suelo dibujos de la víctima, muchos de ellos semidesnudos y bocetos de la espalda.

El asesino escapó para no irse muy lejos del edificio, modelo para los nuevos complejos hoteleros del desarrollismo franquista, cuando Barcelona empezó a recibir turistas en sintonía con el *boom* turístico español. Desde allí caminó unos centenares de metros y reservó una pensión en la Rambla de Catalunya, no muy alejada de su domicilio habitual, una portería del 63 del carrer d'Enric Granados.

El marqués de Alcántara no era tal, sino Manuel Sebastián López, cincuenta años, un vendedor de biblias con puntuales trastornos psicológicos. De vez en cuando salía de casa y no volvía en días. En noviembre de 1971, le dio por la treta del título aristocrático. El 18 de ese mes coincidió a la salida de la iglesia con una joven en mal estado, casi sin ropas. Era María Dolores Llorens, con problemas mentales y entre la espada y la pared, porque sus padres dudaban si internarla en un convento o en una casa de curas.

Ambos congeniaron y compartieron el refugio del Manila. Pere Cullell, responsable de los documentales de *La zona fosca* , tuvo acceso al sumario del caso y comprobó cómo Manuel Sebastián tenía un carácter variable, plagado de contradicciones internas por fluctuaciones muy intensas entre la imaginación y la impotencia, con una libido reprimida hasta poder estallar con agresividad, como acaeció la noche del 22 de noviembre, cuando ahogó hasta el último suspiro a su compañera esporádica.

Fue detenido el primero de diciembre. Sus billetes a buen resguardo eran recortes de periódico. En el instante del arresto, se le confiscó un pasaporte portugués falso. Era un hombre sin atributos, otro más en la jungla. En mayo de 1973, fue

sentenciado a once años de prisión mayor por homicidio y la consiguiente indemnización de medio millón de pesetas para los herederos, con penas menores por falsificación de documentación y estafa, con el atenuante de trastorno mental transitorio. Fue uno de los beneficiados del real indulto de 1975, sin poder acogerse al mismo por haber fallecido entre rejas pocos meses antes.

NIÑOS, ABUELOS Y UN ASILO: DOS MONSTRUOS DAMNIFICADOS POR EL CONTEXTO

> Ustedes se perfeccionan para hacer el bien. Yo me perfecciono para hacer el mal.
>
> JOSÉ LUIS CERVETO, *La Vanguardia*, martes 7 de mayo de 1974

Como cada mañana, a primera hora, ese sábado 4 de mayo de 1974, María de los Ángeles Vaquero entró al cuarto de sus señores para servirles el desayuno. Profirió alaridos al hallarlos, exánimes y apuñalados. Juan Roig, de cincuenta años, tenía cortes profundos en el pecho, diez heridas en el brazo y la mano derecha, dos incisos de doce centímetros en la mitad derecha de la cara, uno alcanzaba el cuello, más otros en el antebrazo y en la cara anterior del tórax y el abdomen. Su mujer, María Rosa Recolons, de cuarenta y cuatro años, había recibido puñaladas en el vientre y el pecho. Ambos estaban en posición decúbito supino, vestidos con ropas de dormir y tapados con una colcha. Antes del suceso, los Roig eran conocidos por su caridad y su fábrica de cola y jabón en la Verneda, una de las más grandes de la vieja Europa.

Vivían en una mansión en el número 5 del carrer de Joan d'Alòs, en el distinguido y quedo barrio de Pedralbes. La puerta de la finca estaba intacta y nadie de los empleados se había enterado de ninguna incursión nocturna, tampoco el

perro. A partir de estas dos pistas, los investigadores se pusieron manos a la obra. El culpable debía conocer la casa y haber trabajado entre esas cuatro paredes.

Las pesquisas se centraron en dos sospechosos: el primero, un vasco con coartada por haberse trasladado de Barcelona a Bilbao. El segundo, el alicantino José Luis Cerveto, quien hizo de chófer y mayordomo para el matrimonio entre Año Nuevo de 1974 y el 17 de abril, cuando fue despedido, entre otras cosas, por el miedo que inspiraba a la señora Recolons.

Cerveto, de rostro perfilado y estatura media, vivía en una pensión de Travessera de Gràcia, cerca de la Sagrada Família. La brigada de investigación dejó a algunos hombres en las inmediaciones, y el sujeto apareció a media tarde. Lo reconocieron por la peluca que usaba para ocultar su calvicie.

Tenía antecedentes. Había sido detenido una vez en Alicante por robo y dos más en Barcelona por abusos deshonestos. Los interrogadores evitaron preguntarle sobre el crimen. Mientras tanto, era un libro abierto de inteligencia superior a la media, feliz por disertar sobre quiromancia, criminología, magia blanca, hipnosis, psiquiatría, su trienio de cursos de defensa personal y una participación en rituales satánicos.

Las pruebas para acusarlo eran palmarias, pese a una coartada con tiques de consumición justo antes del peaje de Martorell y otro comprobante de su gasto para llenar el depósito de gasolina camino a Tarragona en la noche de autos, cuando usó la presión de la colcha de sus víctimas para intentar despistar a los forenses en torno a la hora de los hechos.

Ante esa petición, reclamó un sacerdote y manifestó su deseo de contar algo muy importante. Confesó el crimen de

manera espontánea, recreándose en la muerte de su padre cuando era un bebé y el abandono de su madre a los tres años para pasar a engrosar la nómina de desgraciados entre asilos, reformatorios y psiquiátricos.

Cerveto, de treinta y cuatro años de edad, no estuvo descontento con los Roig hasta finales de febrero, cuando sintió un odio injustificado hacia María Rosa. Se fue de la finca para ahuyentar el anhelo de matar; al final, este fue superior e ingenió todo un dispositivo muy contradictorio, pues en el juicio declaró asesinar para ser ejecutado, y por eso mismo quiso hacerlo con todos los agravantes. Sea como fuere, la perfección era su meta indiscutida.

Durante la mañana del sábado 3, compró en Els Encants cercanos a la plaça de les Glòries un cuchillo, además de prendas de ropa, zapatillas y un pasamontañas, todo ello de color negro. Luego pasó la mañana en su Seat 850, alquilado. Gastó cuentakilómetros, comió en un restaurante, fue a casa, con mucho cuidado en no ser visto, para ponerse la indumentaria recién adquirida y al atardecer fue al cine Condal para visionar *El estrangulador de Boston* .

Media hora después de medianoche aparcaba el coche en la rampa de Joan d'Alòs 5, preocupado, pese al ángulo invisible, por no dar con un sitio más discreto. Los Roig habían cenado esa noche con unos amigos, y se habían retirado después a su habitación, sin apagar la luz hasta las dos de la madrugada.

Ingresó en la vivienda por el cuarto de planchar, próximo al espacio reservado para las chicas del servicio. Atendió el advenimiento del silencio y la oscuridad; el acceso principal al dormitorio estaba cerrado. Dio la vuelta y entró por el baño de la señora; con la linterna apagada se puso al lado del marido, al que despertó el ruido de un llanto infantil, tanto como para

encender la lámpara de la mesilla de noche. Entonces Cerveto se convirtió en una furia imparable con su cuchillo. Acto seguido, se abalanzó sobre María Rosa Recolons. Roig intentó incorporarse, puso un pie en el suelo y le tiró un vaso, pero el asesino lo esquivó para reanudar el apuñalamiento, con saña. Una vez muertos, los tapó, encendió el calefactor y examinó las pertenencias de los finados.

Nadie se había percatado de lo acaecido. Respiró hondo, con dolor en los pies por sus zapatos de un número inferior para no dejar rastro sobre su peso o altura al apoyarse sobre su punta, se quitó los guantes manchados de sangre para ponerse otros y se esmeró en robar. Buscó entre las prendas del suelo y la caja de caudales, de donde sacó joyas valoradas en quince millones de pesetas, 75.000 en metálico, un pasaporte, una bolsa con monedas antiguas de oro, relojes, una agenda, un billetero y una pistola Astra. Lo piso todo dentro de un portafolios localizado en el trastero.

Cerró las cajas, guardó las llaves y se trasladó a la cocina, con la tentación de abrir las espitas de gas para cargarse a las empleadas del hogar, impidiéndolo su cariño para con la hija de la cocinera, una adolescente de catorce años.

De vuelta al automóvil condujo hacia el centro, despojándose de las prendas, y en la avenida Capitán López Varela, actual avinguda Icària y bien conocida por Cerveto al haber residido durante años en una pensión de sus inmediaciones, lanzó el arma del crimen a una alcantarilla directa al mar. Luego fue a la estación de Francia y depositó lo sustraído en una consigna. Para apuntalar más si cabe la evidente responsabilidad del asesino, se recuperó todo salvo las balas, arrojadas a la carretera porque, palabras literales del asesino de Pedralbes, «solo le faltaba matar a alguien más».

A las tres y media de la madrugada, tomó la autopista. De seis a ocho, durmió en el parador Andalucía, amparado tras un camión. En Barcelona descansó, lavándose para dar un paseo de rumbo indeterminado hasta su detención a manos de las fuerzas del orden, desde mi punto de vista atendida, como si supiera con certeza su destino.

Cerveto no callaba ni con un bozal. Poco a poco definía su psicopatía a través de sus ocurrencias. Decía haber abusado de más de dos mil menores y tener una rabia visceral contra las mujeres, aunque, a expensas de averiguar si sus declaraciones eran ciertas, lo más temible estaba entre sus enseres incautados. Las llaves del coche eran *peccata minuta* en comparación con cuatro hojas de un libro de química referente a explosivos, folios con fórmulas químicas, cuatro recibos de la autopista, una cajita con una sustancia indeterminada para inmunizarle de venenos, pues pensó en emponzoñar a la señora Recolons, y una carga con gas, según él compuesta de nitroglicerina, clorato potásico, azufre, carbón vegetal y acetato de plomo. No pensaba usar la mezcla, aunque la consideraba muy útil para volar casas o la Jefatura de Policía de Via Laietana, siempre sin intenciones políticas, faltaría más.

El individuo era frío. Su aversión por el sexo femenino se debía al abandono materno. En el tribunal, sus contribuciones hicieron tambalear lo previsto porque la vida de Cerveto era otro juicio paralelo. En el reformatorio lo pervirtieron, moliéndolo a palos, y por eso mismo le gustaba hacer lo mismo con los menores, cuanto de forma más sádica mejor. Después de su múltiple reclusión consiguió trabajo como vigilante en el Asilo Durán, una casa del terror para muchos jóvenes «delincuentes, depravados y rebeldes», niños arruinados por el maltrato sufrido por sus celadores bajo unas

condiciones penitenciarias más similares a una novela de Dickens adaptada a la infinita crueldad del siglo XX .

El acusado había volteado la moneda hasta ser uno más de esos monstruos. Los médicos no apreciaban en su cerebro ningún trastorno mental; solo afán de notoriedad y rasgos psicopáticos. En la prisión quiso quitarse de en medio, pero si como asesino era magnífico, como suicida era un auténtico desastre.

«Los cosí a puñaladas por el odio que tengo contra todos ustedes.» Cerveto tuvo la idea de su fechoría tras la condena de Puig Antich. En algún momento se planteó volar la torre de Pedralbes. Se perfeccionaba para hacer el mal y quería morir a manos del verdugo, con tanto infortunio como para padecer, de modo bien distinto a Manuel Sebastián, la rebaja de pena de dos condenas de muerte a treinta años de reclusión por cada una de las muertes infligidas el 3 de mayo de 1974. Pidió ser ejecutado en el garrote vil a partir del precedente del norteamericano Gary Gilmore, fusilado por voluntad propia tras cometer dos asesinatos en Utah.

Este crimen tiene otra connotación. El director de cine Gonzalo Herralde supo acreditar más aún la barbarie de Cerveto al enterarse de que este, en el penal de Huesca, escribía una autobiografía. Contactó con el centro y obtuvo permiso para filmar el documental *El asesino de Pedralbes* , testimonio impagable de un hombre destrozado por su pasado hasta aniquilar su presente y el de los demás por su vicio con los más pequeños: los llevaba a un salón deportivo en la parte baja de la Rambla o a las atracciones del Paralelo, los besaba, los tocaba, con el miembro viril entre sus piernas para sentir un placer dañino para los forzados. Pese a quererlos, necesitaba aplicarles toda su frustración con ahínco, pagándoles a veces y en otras bien a sus anchas en la cabina de

su camión de la empresa Solazo, repleto de tebeos y caramelos, cebo para sus desviaciones, inasibles para sus jefes, quienes lo tenían por un hombre solo excesivamente educado con experiencia como paracaidista en el ejército y el trauma de ver a su padre agonizar al unísono junto al gato de la familia.

El asesino de Pedralbes , con esos primeros planos del protagonista, es acongojante. La vida con los Roig era un sueño. Tenía comida, ropa y cama a cambio de limpiar la casa y vestir un uniforme. Muchas veces su función se limitaba a cuidar el coche mientras el señor desarrollaba sus negocios, a excepción de las vacaciones, en la estación italiana de Cortina d'Ampezzo.

Herralde manejó su brújula hacia la consecución de exponer una cierta mística del robo gratuito porque el móvil era el asesinato y todo lo demás puro relleno para engatusar. No le faltaba razón, pero a partir de esa premisa pergeñó casi sin querer el retrato de un maníaco de perogrullo, damnificado de una sociedad enferma hasta asimilar a sus vástagos con sus mecanismos.

En 1987, Cerveto recobró la libertad, reinsertándose como artesano en un taller del barrio madrileño de Vallecas junto a otros exreclusos. Fabricaba máscaras y las vendía en mercadillos. Fue denunciado por una madre al contarle sus niños sobre un hombre, excelente persona según los vecinos, que les daba dinero para acostarse con ellos. Fue detenido en su pensión en mayo de 1988, cuando copó durante dos breves días la crónica de sucesos, como si su historia cerrara un círculo de horror.

El 12 de septiembre de 1978, se estrenó en Barcelona *El asesino de Pedralbes* . El 17 del mismo mes, una anciana fue agredida, con lesiones y heridas graves, en el carrer del

Cardener, en la parte alta de Gràcia, a pocos minutos de plaça Lesseps. La prensa no lo recogió al ser un hecho aislado, sin la menor trascendencia, y solo más tarde se notificaron ataques con las mismas coordenadas, siempre en el popular barrio, donde una mujer octogenaria se libró del estupro por la intervención de su hermano, y el de Sants, donde el asaltante reincidió en las calles de Creu Coberta, Ricart y Feliu Casanovas entre el 20 de noviembre de 1978 y el 8 de febrero de 1979. Recayó cinco días después en un inmueble del carrer Provença, a pocos metros de la Sagrada Família. Eran pautas de comportamiento propias de un psicópata de manual.

El hombre no era un ladrón sin más. El 15 de enero de 1979, vio a una anciana con una barra de pan bajo el brazo y la siguió. Era Serafina Díaz de Zulueta, menudita y simpática, de ochenta años cumplidos hacía pocos días para celebrarlo junto a su gemela Ignacia, con quien vivía. Se mantenían gracias a la pensión de la mayor del clan, Ángeles, una empleada municipal jubilada y aquejada de una sordera tan grande como para instalar en su piso una serie de luces, del amarillo al rojo cuando llamaban al timbre, pues de otro modo no se enteraba. Las tres hermanas eran muy queridas por la comunidad residente en el número 30 de la plaça Lesseps, donde alquilaban por poco más de 3.600 pesetas un entresuelo de amplio pasillo y vastas habitaciones.

La casa es reconocible por muchos barceloneses y cinéfilos al ser icónica por su relevancia en *Todo sobre mi madre* , con esa fachada de gran tribuna y esgrafiados bicromos, imperial en su simplicidad. Sin quererlo, las casualidades le confieren el rol de guardiana de los secretos de un ágora detestada por la ciudadanía por sus obras de nunca acabar entre el franquismo y la democracia.

Ángeles pasaba todo su tiempo en el hogar, y hasta el párroco le daba la comunión entre esos muros. Ignacia, muy de vez en cuando, tomaba el café en el bar de abajo, mientras Serafina, sin tantos achaques, se encargaba de la compra dos veces por semana, y en una de esas salidas la espiaron hasta su apartamento, en ese instante sin la vigilancia del matrimonio de la portería, con ella a la compra de lejía y él atareado en recuperar del patio de luces el jersey de un vecino.

Era la una y media de la tarde. El perseguidor evitó el cierre de la puerta y penetró en el domicilio, con las señoras asustadas hasta decir basta. Todo debió ir muy rápido. Las golpeó con un objeto contundente hasta producirles hundimientos óseos al refutar sus aproximaciones sexuales. Quiso violarlas, sin conseguirlo. Ángeles y Serafina fallecieron por los golpes; Ignacia fue ingresada de gravedad en el Hospital Clínic.

A esa misma hora, su ahijado Antonio Díaz Fernández se tomó un respiro de sus obligaciones, conseguía anuncios para revistas especializadas, y estacionó su vehículo cerca de plaça Lesseps. Bajó del mismo junto a su socio José María Andreu y llamaron desde la portería a las ancianas, sin obtener respuesta. Muy extrañado, Díaz, casi un sobrino para las Díaz Zulueta, fue hasta la fachada lateral, desde donde podía vislumbrar la ventana del apartamento, y posicionado en una atalaya descubrió que los armarios estaban abiertos de par en par. Corrió hacia la casa modernista, superó el portal y en el rellano de la escalera encontró a su amigo, herido de gravedad por un navajazo de un joven con quien tropezó mientras subía. Era alto y delgado, llevaba el pelo moreno hacia atrás, iba con gafas graduadas y vestía un chándal oscuro con rayas amarillas en las mangas.

El sobrino ascendió el resto de los escalones. En una habitación, Ángeles y Serafina agonizaban, la primera en la cama y la segunda en un suelo empapado de sangre; en el cuarto adyacente, Ignacia tenía la cara destrozada.

Según las investigaciones iniciales, el asesino la emprendió a golpes y cuchillazos nada más abrir la puerta, un procedimiento más bien raro para un robo con personas tan indefensas, sin posibilidad de oponer cualquier tipo de resistencia si el objetivo era desvalijar la vivienda.

Las pistas eran más bien pocas. Un estuche con unas gafas ahumadas era el único indicio, por lo que se distribuyó un retrato hablado del sospechoso. El cerco policial se estrechó a finales de enero tras la noticia de la muerte en Nochevieja de Pilar Ódena Sánchez, de cincuenta y siete años de edad, ingresada en la residencia sanatorial Francisco Franco desde el 6 de noviembre de 1978, cuando un individuo la apalizó en su casa, sita en el número 142 del carrer de Tamarit, no muy distante del barrio de Sants.

La coincidencia de escenarios del crimen, con desorden, dificultad para aclarar qué buscaba el asaltante en esas mujeres de avanzada edad y la agresión brutal como señas de identidad ofrecía otro resquicio de esperanza, nada definitivo porque Ódena permaneció inconsciente hasta su defunción, haciéndose imposible precisar con más garantías la fisonomía facial del perseguido, quien sería detenido tras un fallo entre grotesco y sobrecogedor.

El 26 de febrero de 1979, José Ignacio Orduña Mayo, de veinticinco años de edad, vagaba por el barrio chino cuando, más o menos a las cinco de la tarde, vio a una anciana encaminada hacia su piso. Dejó que sacara las llaves, la siguió y Sonia, una niña de ocho años, irrumpió de la nada y allí,

abrazándola para hacerle cosquillas como una gracia tonta, toda su contención se desmoronó por el grito de la pequeña. Alertados, los transeúntes quisieron linchar a ese supuesto pederasta, desesperado, a cuchillazos para abrirse paso y herir a uno de los defensores de la desconcertada criatura. El agente Antonio Fortés, de servicio en la zona, fue reclamado por el vecindario, intervino y le redujo con golpes de porra, no sin fijarse cuando lo detuvo en la semejanza del arrestado con el retrato robot del violador de la plaça Lesseps.

Fortés, recompensado por el Ayuntamiento al cabo de una semana, había matado dos pájaros de un tiro. Tras el trámite del centro quirúrgico de lesiones leves, lo acompañó hasta las dependencias policiales, donde Orduña confesó todas sus fechorías, confirmándose el atestado tras ser identificado por dos asaltadas en una rueda de reconocimiento.

José Ignacio Orduña tuvo cualquier cosa menos una infancia feliz. Vivía junto a sus padres en la Zona Franca de Barcelona, uno de los márgenes más denostados de toda la Ciudad Condal, solo elogiado por su industria, y en la misma, concretamente en la escuela de aprendices de la SEAT, se intuyó la pesadilla de ese hijo exento de cariño cuando robó a un compañero. Al año siguiente, se lo quitaron de encima recluyéndolo en el Asilo Durán, y con esa referencia pueden imaginar su calvario existencial, bien disimulado por una rehabilitación *a priori* exitosa con la reanudación de relaciones sociales teñidas de normalidad, con varios trabajos donde tuvo una conducta intachable. Tras ser repartidor de electrodomésticos, lo contrataron en un laboratorio óptico del carrer de Pelai, en aquella época la meca para los aficionados a la fotografía. Libraba los jueves y eso dio pábulo a parafrasear el título de una novela de G. K. Chesterton, *El hombre que fue jueves,* una ocurrencia muy efectista carente de encaje en la

realidad, pues Orduña no seguía ningún calendario y actuaba a su albedrío, con la única pauta de divisar octogenarias para violarlas y, a ser posible, despojarlas de joyas y dinero. En su domicilio se localizó un petate militar con alhajas y billetes valorados en más de trescientas mil pesetas.

A Orduña, conocido para la posteridad como el asesino de plaça Lesseps, le gustaba mirar esos objetos. En el juicio, celebrado en las navidades de 1981, dijo no recordar números ni fechas, aunque sí tenía claro el motivo de sus incursiones: el acto sexual. El robo era secundario.

Según los psiquiatras, el violador, quien convivió con una costurera veinticuatro años mayor durante algún tiempo, tenía rasgos de personalidad psicopática en materia sexual, con un comportamiento convulsivo traducido en agresividad, sin afectar a la esfera del conocimiento y sí más a la del carácter.

El acusado, sentenciado a ochenta y seis años de reclusión, desarrolló una personalidad anómala desde la infancia, en la que se intuía una fijación materna para buscar la relación hombre-mujer a partir de ese rasgo; por ello mismo la frustración ante un rechazo era mayor que en otras, no pudiéndose aplicar a los niños, solo a las ancianas, golpeándolas al ponerse nervioso.

Salió de la cárcel en la primavera de 1997, y el 10 de septiembre de ese mismo año volvió a las andadas en el carrer Valldonzella del Raval; a diferencia de los años setenta, los medios eran mucho más discretos y poco puedo aportar de ese suceso, no como con Pilar Ódena, cuando se hizo pasar por lector del contador de la electricidad para masacrarla mientras la estupraba. Con C. B. G., de ochenta años, usó sus mecanismos habituales, desfigurándole el rostro.

También lo intentó con una mujer de noventa y cuatro años y otra de setenta y nueve, esta última el 18 de julio de 1998. Fue doblemente juzgado. En julio de 2000 fue condenado a seis años de prisión por violación y el 20 de octubre de ese mismo año un jurado popular lo consideró culpable de asesinato y robo, ampliándose en cinco lustros más su período de encarcelamiento.

José Ignacio Orduña tuvo un heredero en los primeros años noventa. Entre el 17 de noviembre de 1991 y el 19 de septiembre de 1993, dieciséis mujeres fueron pinchadas en las nalgas en la calle o en el transporte público por un agresor que actuaba siempre a su espalda para no ser reconocido. En el Hospital Clínic cada mes se trataban uno o dos casos por herida de arma blanca en esa parte del cuerpo, algo muy extraño, con la policía perdida hasta detener a dos inocentes.

El responsable era Manuel González González, amante del vino, la caza y despedazador de carne en un laboratorio donde era tenido por elegante, introvertido y muy cumplidor. Casi en la treintena, redondeaba su sueldo en un puesto del mercado central de Cornellà.

A las nueve y cuarenta minutos de la mañana del domingo 19 de septiembre de 1993, Manuel vio a una nueva presa, María del Carmen Díaz, de treinta y un años, casada y con dos hijos. Estaba en los pasillos del metro de Can Boixeres de L'Hospitalet, una ratonera adecuadísima para sus intenciones aunque, como suele ocurrir, toda su estratagema sucumbió a la realidad y sus imprevistos.

El criminal, vestido con un chándal, le asestó un corte en la vena ilíaca. María del Carmen pudo caminar aún cuarenta y cinco metros antes de desplomarse en el acto, muerta. Cuando algunos usuarios zarandearon a González, se le cayó la cartera

y aunque este la recogió del suelo perdió un parte médico. Este documento fue clave para identificarlo en una comisaría cercana y dar con su paradero tras una tarde de locos, muy allanada por otros ciudadanos que le vieron conducir una furgoneta Renault Express aparcada a pocos metros de la parada del metropolitano.

En su casa, donde vivía solo, tenía un auténtico arsenal de armas blancas, punzones, navajas, machetes y hasta un arpón. La calle no paraba de comentar las funestas peripecias de ese joven de fuerte complexión, atlético y asociado para siempre jamás con una prenda deportiva, algo que desaconsejó un inspector por aquello de mitificar el crimen y prevenir contra el efecto dominó.

El loco del chándal fue condenado en 1997 a 176 años por asesinato con alevosía, seis más frustrados, uno de tentativa de homicidio, tres por lesiones, otro por agresión sexual y un último por falta de hurto. Tuvo el atenuante de enajenación mental por una parafilia sádica disminuidora de sus facultades.

En noviembre de 2013, la Audiencia de Barcelona citó para una reunión a las víctimas de González y así advertirlas de la inminente excarcelación del psicópata, con rasgos narcisistas, por la derogación de la Doctrina Parot.

En vez de quedarse en la Ciudad Condal, eligió el pueblo sevillano de Almadén de la Plata. El alcalde, José Luis Vidal, encabezó las protestas reacias a su empadronamiento en el municipio, donde, en dos ocasiones, arrojó gasolina en la entrada y las ventanas de la vivienda de dos sexagenarias para prenderles fuego, ilesas gracias a la intervención vecinal.

¿Era lo más conveniente esos dos decenios entre rejas? ¿Habría sido mejor un psiquiátrico? Los tiempos, estas preguntas lo corroboran, habían cambiado mucho. Pese a ello

González, cuya sordera influyó en su complejo de inferioridad para con las mujeres, compartía empecinadas repeticiones con sus predecesores de los años setenta, y en este sentido los interrogantes, la cura adecuada dentro de un sistema con muchas aristas, siguen abiertos.

L A TRÁGICA TRILOGÍA DEL 78 POLÍTICO

En 1976, la Confederación Nacional del Trabajo resurgió de sus cenizas con sensibilidades en las antípodas de su auge durante el primer tercio del siglo pasado. José Ribas, *partner in crime* desde la revista *Ajoblanco* , la veía como un mejunje entre ecologistas, ateneos, homosexuales, feministas, cooperativistas, colectivos de antipsiquiatría, comuneros, faístas, consejistas, anarcomunistas, autónomos, leninistas infiltrados, espontáneos y un largo etcétera. Todos juntos en lo descrito por Javier Cercas como un caos absoluto perfecto para arribistas como Enric Marco, protagonista de su novela *El impostor* , secretario general de la Federación Catalana durante su máximo apogeo, cuando llegó a contabilizar la inmensa cantidad de ciento cuarenta mil militantes de los trescientos mil españoles.

El 2 de julio de 1977, Marco habló junto a Frederica Montseny, primera mujer ministra de la historia de Europa, en un mitin monstruoso en Montjuïc. Se reunieron más de cien mil personas entre veteranos y jóvenes entusiastas, reincidentes en esta pasión a finales del mismo mes durante las Jornadas Libertarias. Este acontecimiento reunió a más de seiscientas mil almas del 22 al 25 de julio entre el Saló Diana del barrio chino y el emblemático Park Güell. Si en el primero se organizaron debates con la presencia, entre otros, de Daniel Cohn-Bendit, en el segundo se montó una de las mayores

fiestas de la historia contemporánea barcelonesa hasta mostrar la versatilidad ácrata del momento y la problemática de conjugar el viejo espíritu, recio y ortodoxo, con el nuevo, heredero del Mayo francés, como exhibió la *performance* de Ocaña, Nazario y Camilo, medio desnudos y dionisíacos en el escenario para delirio de algunos y pavor de otros.

Este *show* entronca los actos libertarios de julio de 1977 con la primera manifestación homosexual de la historia de España. Celebrada el 26 de junio de ese año, recorrió las Ramblas de arriba abajo concentrando a más de cuatro mil personas que clamaban por la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social.

En octubre de 1977, la CNT convocó una huelga de gasolineras, muy afectadas por el aumento disparatado de los precios del petróleo entre la crisis internacional del sector y la precariedad de la economía española, importadora en ingentes cantidades del oro negro para cubrir su déficit energético. El paro supuso duplicar el sueldo de los trabajadores del ramo de la capital catalana para paliar el mayor coste de la vida. El viernes 4 de noviembre de 1977, por primera y única vez en la historia sindical española, Comisiones Obreras, la Unión General de Trabajadores y la CNT marcharon con pancartas unitarias a lo largo de una manifestación contra el paro y la carestía. La concentración obrera congregó a más de cien mil trabajadores en el carrer Aragó en pos de una salida favorable a la crisis.

Una semana antes, el 25 de octubre, se habían firmado los Pactos de la Moncloa, aprobados por el Parlamento dos jornadas después y divididos en un par de paquetes. El político modificaba las restricciones de libertad de prensa, tumbaba la censura previa, y la legislación para permitir a la oposición parlamentaria el acceso a la información; se aprobaron los

derechos de reunión y asociación política, la libertad de expresión mediante la propaganda, tipificándose los delitos correspondientes si se violaban estos preceptos. Además, se despenalizó el adulterio y el amancebamiento.

En materia económica, el segundo dosier de los pactos destacaba la flexibilización del régimen laboral mediante mecanismos de contratación temporal, sobre todo para los más jóvenes, y mayores facilidades para despedir al personal, reconociéndose el despido libre para un máximo del 5 % de las plantillas de las empresas. Se acordó mantener el aumento de los salarios por debajo del nivel de la inflación, y se aseguró el incumplimiento de promesas como la recuperación del patrimonio sindical.

Los Pactos de la Moncloa, imprescindibles dado el frenético aumento del paro y la coyuntura social, sentaron las bases de la Constitución de 1978. La CNT se opuso de pleno a los mismos por su elevado coste para la clase obrera, la pérdida de derechos, la introducción de los comités de empresa y, sobre todo, su brochazo al proceso de reforma política, poniendo punto final a todas las aspiraciones rupturistas.

El sindicato anarquista recibió la autorización para manifestarse contra los Pactos de la Moncloa el domingo 15 de enero de 1978. La comitiva, de unos quince mil asistentes, fue de Drassanes hasta plaça d'Espanya y algunos, con una pasmosa pasividad policial, prosiguieron hasta la cárcel Modelo. Entre ellos figuraba un grupo con Xavier Cañadas y un falso mito, llamado por todos el Viejo Anarquista. Era Joaquín Gambín, había aterrizado en Barcelona el 10 de enero y desde entonces no había cesado en su machacona prédica sobre la conveniencia de usar algún tipo de artefacto contra los agentes de la autoridad. Este hombre, proveniente de Murcia,

era un confidente con la misión de desactivar la peligrosidad radical, bien abrigado bajo su espuria condición de delincuente común desde 1977, fichado por tenencia de explosivos y pertenencia al movimiento libertario.

Antes, como cuenta Cañadas en su libro el *Caso Scala: Terrorismo de Estado y algo más,* Gambín fue a buscarlos a Nou Barris con su coche y los condujo al inicio de la manifestación como si conociera de toda la vida las vías barcelonesas. Se paró un instante frente a la sala Scala, un local de fiestas en la esquina de passeig de Sant Joan con el carrer Consell de Cent, y redobló su insistencia para emplear los cócteles molotov fabricados para la ocasión, hasta conseguir que sus compañeros adquirieran en una farmacia de la plaça de Tetuan ácido sulfúrico y clorato potásico, compra complementada con gasolina.

Los nuevos amigos del veterano eran más bien bisoños y desconfiaron de todas sus recomendaciones; aun así volvieron a Scala pasada la una y media de la tarde. Les aturdió ver una columna de humo justo detrás. Tiraron su fuego, diluido en la puerta de entrada, y regresaron a sus domicilios, donde los detuvieron al cabo de pocas horas. En el atentado fallecieron cuatro trabajadores del local, dos de ellos militantes de la CNT. Las pérdidas materiales ascendieron a más de trescientos millones de pesetas. Gambín, el Grillo, se desvaneció.

A la mañana siguiente, la prensa tenía bien claro quiénes eran los culpables del atentado. El sindicato ácrata emitió varios comunicados para rechazar la autoría del suceso y refutar el discurso policial. Barcelona se sumó a una intensa campaña ciudadana para reconstruir la sala, recuperada en 1984 hasta su cierre definitivo en 1991, cuando la gloriosa CNT de la transición era menos que un espejismo, demonizada

tras ese fatídico 15 de enero de 1978 por su aparente responsabilidad en el incendio.

En 1980, José Cuevas, Xavier Cañadas y Arturo Palma fueron condenados a diecisiete años de prisión por delito de imprudencia temeraria con resultado de muerte y fabricación ilegal de explosivos. A Luis Muñoz se le aplicó una pena de dos años y medio por complicidad, mientras Rosa López fue sentenciada a cinco meses por encubrimiento. Su defensa apuntó a un montaje policial con el objetivo de desacreditar a la organización entre el proletariado para evitar su vertiginosa progresión en Cataluña. Para corroborar sus tesis solicitaron la presencia de Rodolfo Martín Villa, ministro de Gobernación entre julio de 1976 y abril de 1979, pero se denegó la petición.

En 1981, los medios cargaron de nuevo sus tintas contra la CNT, acusándola de estar implicada en el asalto al barcelonés Banco Central y el secuestro de los rehenes, algo complicado de entender porque en el interior del edificio de plaça de Catalunya los artífices de la operación, para algunos una secuela del 23F, gritaban sonoros «Viva España» y otras proclamas poco imaginables en boca de los sucesores de Salvador Seguí o Buenaventura Durruti.

1981 también fue el año de la detención de Joaquín Gambín, arrestado el 10 de diciembre en Valencia junto con otros dos individuos como sospechosos de tráfico de armas y llevar documentos de identidad falsos tras un tiroteo en la estación de Renfe, donde alguien los había cazado intercambiando armamento en previsión, según la jefatura policial, de atracar bancos, motivo por el cual el misterioso confidente era perseguido desde hacía meses, aunque en su historial delictivo se tenía constancia de la quema del juzgado de Orihuela y del robo en un domicilio de Torrent, donde sustrajo joyas y documentos.

Del Viejo Anarquista, nacido en 1929, se ignoraba oficio, vivienda y beneficio. Fue puesto a disposición de la Audiencia, juzgándolo en diciembre de 1983. Fue un espectáculo mediático, con el procesado en plena huelga de hambre y la habitual expectación para ver qué dirimía el tribunal. Se le condenó a siete años de reclusión menor, nueve menos de los solicitados por la fiscalía, por fabricación de aparatos inflamables.

Lo más sustancioso de la sentencia es su interlineado y una serie de párrafos medio exculpatorios. Gambín fue a la «demostración pública» en su propio automóvil, donde transportó los cócteles hasta las Atarazanas, y allí fue turnándose con otros para custodiarlos. Cuando terminó la manifestación, se separó de sus compañeros «sin que existiera la menor constancia de dar aviso a la policía sobre unos individuos con explosivos peligrosos», algo normal porque el 14 de enero había sido el impulsor de agenciarse bencina en una estación de servicio. Los magistrados rechazaron la tesis según la cual había actuado como provocador al no incitar a la elaboración de las bombas, una flagrante paradoja, otro embuste más para excluir la guerra sucia desde el Estado como detonante del atentado, aún envuelto en demasiados claroscuros.

EPOCA : E XÈRCIT P OPULAR C ATALÀ

> Cuando aún no se han apagado los ecos ni casi las llamas del atentado que destruyó Scala, en cuyo incendio perecieron cuatro obreros, un nuevo crimen terrorista ha causado el dolor y la ira de los españoles, en general, y de los catalanes en modo muy significado: el asesinato del exalcalde de Barcelona don Joaquín Viola y su esposa por miembros de un comando terrorista que hicieron estallar una bomba en el dormitorio del matrimonio. Un hecho más para añadir a la barbarie de los enemigos de la sociedad, para cuya conclusión los ciudadanos exigen la aplicación con toda energía de las medidas más necesarias.

Solo habían transcurrido una decena de días desde la destrucción de la sala Scala. El 25 de enero de 1978, a las ocho y media de la mañana, cuatro desconocidos, tres hombres y una mujer, entraron en el apartamento de Joaquín Viola Sauret, último alcalde barcelonés designado en vida del dictador.

El póquer de anónimos, todos ellos alrededor de los veinticinco años de edad, fueron recibidos por la mujer del político, Montserrat Tarragona Corbella. Iban con pistolas y metralletas, algunos de ellos enmascarados, si bien esto último, en apariencia un dato banal, no está confirmado, como veremos *a posteriori* .

Viola y su esposa estaban acompañados de dos hijos del matrimonio, la prometida de uno de ellos y la sirvienta. Los obligaron a confinarse en su dormitorio, con los demás atados con cuerdas y sometidos a vigilancia por dos de los terroristas. Pasados unos segundos se oyó una explosión casi paralela al abandono de la finca por parte de los asaltantes, uno de ellos con la cara ostentosamente bañada de sangre.

En la estancia del brevísimo cautiverio el panorama era espeluznante. Los cuerpos estaban destrozados. Viola tenía la cabeza separada del tronco, con las manos intactas. Entre los restos se halló un escrito donde se exigía una cierta cantidad de dinero.

El trauma colectivo fue notorio. Muchos barceloneses se reunieron en esa céntrica avenida para curiosear o rendir un último homenaje espontáneo a los difuntos. Por pocas horas, casi como una excepción ante la turbulencia de la era, las ideologías quedaron en segundo plano y toda la ciudad se cubrió de un manto de tristeza, harta de tantas sacudidas emocionales y físicas.

Viola no fue un alcalde querido. Le tocó gestionar los peores meses, entre la muerte de Franco y toda la primavera de incertidumbre y esperanza. Lo relevó en el cargo Josep Maria Socias, un hombre proveniente del Sindicato Vertical e impagable por dar un viraje al consistorio condal hacia la izquierda, pilotando la transición con la virtud de escuchar tanto a vecinos como a los representantes de otras formaciones políticas, sin representación, pero con suficiente pujanza como para ser tenidas en cuenta.

El escenario de los hechos guardaba muchas similitudes con el del asesinato de José María Bultó, presidente de la prestigiosa química Cros, el 9 de mayo de 1977. Ese día el empresario almorzaba en casa de su hermana, en el carrer Muntaner. Unos supuestos operarios de la compañía del gas llamaron al timbre y accedieron a la vivienda, llevándoselo a punta de pistola a una habitación, donde le endosaron una bomba, pequeña como una tableta de chocolate, en el pecho. Solo podría quitársela, recibiendo las correspondientes instrucciones, cuando les pagara quinientos millones de las antiguas pesetas. Bultó se fue sin decir nada a su hermana y cogió un taxi para ir a su casa en la avinguda de Pedralbes. Al llegar, ordenó a la mujer del servicio llamar a su hijo. Fue al lavabo y el dispositivo estalló.

Desde su asesinato, cierta leyenda comenta de manera frívola una tentativa *in extremis* para liberarse del artefacto, algo desmentido por su hijo en una carta al director de *El País* el 12 de mayo de 1984, donde explicó cómo era imposible determinar las intenciones de su progenitor, un hombre de temple sereno al que encontró con la cabeza y el tórax destrozados en un lugar escaso de luz, poco idóneo para desembarazarse de nada. El brazo izquierdo yacía en el lado opuesto del cuarto de baño mientras el derecho, determinante

para su cometido, permanecía intacto, pegado a lo largo del cuerpo junto a la mano y sus dedos.

El artefacto que acabó con Viola debió ser de menor potencia, si bien las piezas eran idénticas y eso provocó de inmediato la asociación de ambos casos. En julio de 1977, fueron detenidos cuatro estudiantes de Historia, Filosofía, Pedagogía y Económicas. Esto contrastaba con su pericia para fabricar explosivos mediante manuales. Entre las pruebas para incriminarlos figuraban un carné de la Catalana de Gas y una lista de objetivos, desde Juan Antonio Samaranch hasta José Manuel Lara, ampliada pocos meses después con nombres como el empresario Josep Maria Andreu, el financiero Josep Maria Juncadella, el abogado Andreu Rivera, el secretario general del PSOE catalán, Josep Maria Triginer, el periodista Carlos Sentís y el político Joaquim Molins, sustituto de Jordi Pujol en la Comisión de los Nueve entre gobierno y oposición.

El multipremiado poeta Àlvar Valls y Carles Sastre fueron reconocidos por tres de los familiares presentes en el momento del asalto. Montserrat Tarragó, pareja sentimental de Sastre, y Josep Lluís Pérez completaban el cuarteto de arrestados en julio de 1977. Se beneficieron de modo casi dadaísta de la ley de amnistía, siendo excarcelados a mediados de noviembre: Valls se fugó a Andorra, y Pérez, a Canadá, mientras Sastre y Tarragó no desistieron de sus ansias facinerosas.

El cuarteto había militado en el Front Nacional de Catalunya, amalgama de formaciones nacionalistas fundada en París el 4 de mayo de 1940. Pese a contar en sus balbuceos con un sector armado, no dispuso de mecanismos para llevar a cabo acciones de resistencia, conformándose con gestos de gran hondura simbólica como colgar una estelada en la torre de Sant Jaume del puerto de Barcelona durante la Diada de 1944, cuando sus activos aún creían en lo perentorio de una

intervención aliada, otra en la Sagrada Família el 23 de abril de 1945, Sant Jordi, y una última en el Palau de la Música, pocos meses después.

Las tornas mutaron en 1946, cuando pasaron armas y explosivos por la frontera, atentando contra el monumento de la Victoria en el cruce de Diagonal con passeig de Gràcia. Fue su único acto violento reseñable. El 8 de junio, el grueso de su sección militar fue detenido, y desde ese momento el partido optó por la no violencia, remarcada con especial ahínco durante la década de los sesenta. A finales de la misma, varias escisiones diezmaron la organización, y entre ellas figuraba EPOCA, Exèrcit Popular Català, de cronología más bien indeterminada en su debut, forjado por unas conferencias de Josep Maria Batista i Roca, quien además de abogar durante la Segunda República por una eugenesia a la catalana había generado durante la dictadura de Primo de Rivera dos sociedades de marcado carácter bélico, la de Estudios Militares y ORMICA, Organització Militar Catalana, esta última con la meta de construir un ejército catalán en pos de la independencia nacional.

EPOCA recibió entrenamiento marcial a cargo de Jaume Martínez Vendrell, oficial republicano y líder del brazo armado del FNC, asimismo arrestado y sentenciado en mayo de 1981 a doce años por delito de complicidad y coautoría de omisión al no haber hecho nada para impedir el atentado contra Bultó.

Vendrell, en su juventud miembro del partido paramilitar Nosaltres Sols, tomó las de Villadiego hasta Andorra, evadiéndose hasta su delirante regreso en 1988 para acogerse a las medidas de reinserción aplicadas a los militantes de ETA.

El 5 de enero de 1983, el Tribunal Supremo corroboró la sentencia de la Audiencia Nacional en torno a otro pleito vinculado con la cuestión. Francesc Xavier Barberà y Antoní Massaguer Mas fueron condenados a treinta años por el asesinato y a seis años y un día por tenencia ilícita de armas y explosivos, mientras a Ferran Jabardo, cuyo contacto con el grupo se suspendió antes del asesinato, se le impusieron seis años de reclusión menor por colaboración con banda armada.

Las peripecias judiciales de esta historia son un íncubo para cualquier historiador y, hasta cierto punto, escapan a los límites de cierta razón. Los tres recurrieron al Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo, y en diciembre de 1988 una mayoría de sus jueces arremetió contra el Estado español por violar el artículo 6.1 del convenio europeo, al vulnerar la Audiencia Nacional el derecho a un juicio justo.

La causa, eterna, volvió a discutirse en noviembre de 1993, siendo absueltos por falta de pruebas. Massaguer y Barberà estuvieron nueve años encarcelados, y Jabardo, cuatro.

Sastre y Tarragó, prófugos en Francia, fueron detenidos el 19 de enero de 1985 en Puigcerdà. Durante el lustro anterior integraron los cuadros dirigentes de Terra Lliure, sucesora de EPOCA. Esta organización terrorista de credo independentista desarrolló su actividad entre 1978 y 1991, con un balance de más de doscientos atentados y cinco víctimas mortales, entre ellas cuatro miembros de la banda y una vecina de Les Borges Blanques, Emilia Aldomà, fallecida mientras dormía como consecuencia de una bomba contra el juzgado de esta localidad ilerdense.

Su gran salto a la fama se debió al secuestro el 21 de mayo de 1981 de Federico Jiménez Losantos, por aquel entonces

profesor de instituto en Santa Coloma de Gramenet y firmante del Manifiesto de los 2.300, en denuncia, según los rubricantes, de la discriminación lingüística padecida por los castellanoparlantes. Jiménez Losantos y una compañera docente fueron atados a un árbol y a él le dispararon en una pierna, el *gambizzare* de las Brigadas Rojas o el *kneecapping* del Ulster, preludio de condena mortal.

Sastre fue sentenciado el 30 de octubre de 1985 a treinta años de reclusión por el asesinato de Bultó, correspondiéndole cuatro años a Tarragó por colaboración con banda armada.

Nos queda, dentro de todo este amasijo tribunalicio, la resolución por el asesinato de Joaquín Viola y Montserrat Tarragona. En septiembre de 1986, uno de los hijos del matrimonio identificó en una rueda de reconocimiento a Sastre y Tarragó como dos de las personas que accedieron a su domicilio y causaron la muerte de sus padres. Su mujer, Yolanda Pérez, señaló a una funcionaria, mientras Rosa María Pérez, la chica del servicio de la familia, no se atrevió a pronunciarse porque la mañana de los hechos veía todo borroso, inmovilizada por el miedo. Por ello, en noviembre de ese mismo año, se absolvió a los acusados ante «ese infranqueable foso de incertidumbre en orden a la inexactitud de las identificaciones».

Carles Sastre salió en 1996 del penal de Lleida. Su trayectoria posterior lo ha devuelto a la palestra durante el proceso independentista desde su responsabilidad como secretario general de la minúscula Intersindical-CSC, convocante de la huelga general, en realidad un *locaut* gubernamental, del 3 de octubre de 2017, justo dos días después del referéndum ilegal. Un par de años antes, en una práctica habitual para presentar a los protagonistas de este sainete político, el periodista Xavier Graset lo entrevistó en la

televisión pública del Principado, calificándolo de patriota, preso político y gran reserva del separatismo, todo ello, no esperábamos menos, mientras omitía su probada participación en el asesinato de José María Bultó.

TERRORISMO DE EXTREMA DERECHA Y VIOLENCIA POLICIAL

Entre 1977 y 1978, la violencia reinó en la Rambla y sus zonas colindantes. La prensa se hacía eco de esa inseguridad, desapercibida para los anales por ser recurrente y casi el pan nuestro de cada día durante ese fragmento de historia barcelonesa.

No nos corresponde desgranar todos los accidentes, aunque sí relacionarlos en muchas ocasiones con acciones de grupos de extrema derecha consentidos más de una vez por la policía, aún con claro predominio franquista entre sus componentes, no en vano la inmensa mayoría de sus miembros provenían del Ejército de Tierra o se habían formado en la Academia General Militar.

El historiador Xavier Casals atribuye este fenómeno al brusco volteo de la situación política. Mientras Franco vivió, aspiraron a preservar las relaciones de poder existentes, pero con la desaparición del dictador se transformaron en insurgentes para contraponer el voto de las armas al de las urnas.

El domingo 20 de marzo de 1977, la plaça de Sant Jaume se engalanó para acoger su baile sardanista semanal. Sobre las nueve menos cuarto de la noche unas trescientas personas empezaron a dar gritos y vivas mientras enarbolaban banderas comunistas, separatistas y republicanas. Alguien aprovechó la confusión para apuñalar mortalmente a Ángel Valentín Pérez,

de veinticuatro años, según las fuentes, un delincuente con antecedentes por tráfico de drogas y para otros, un anarquista ajusticiado por ultras.

Su caso no permaneció mucho en los periódicos, y lo mismo sucedió con el de Carlos Gustavo Frecher, casado, con una hija de cinco meses de edad. El 11 de septiembre de 1977, día de la gran Diada, hizo la siesta y regresó a una pensión del barrio chino para disfrutar de la retransmisión de un partido de fútbol. Cuando esta terminó, bajó un rato a la calle, para no volver. Sobre las diez de la noche fue alcanzado por una bala de goma de la policía que le produjo una letal fractura de cráneo. Durante esas horas, las fuerzas del orden echaron balones fuera mediante la explicación de muerte por avalancha cuando se disolvían los últimos coletazos de la manifestación. Sus gafas estaban intactas. Otro alegato exculpatorio consistió en acusar, lo de Scala no era ni mucho menos algo aislado, a las Juventudes Libertarias. Con el paso de las semanas la Prefectura Superior de Policía hizo pública una nota donde pedía colaboración ciudadana para esclarecer los hechos, si bien reconocía el diagnóstico de los médicos, según el cual las lesiones podían deberse al impacto de una pelota de goma.

La muerte de Carlos Gustavo Frecher quedó impune, así como el atentado contra la redacción de la revista *El Papus* , en el número 77 del carrer Tallers. El 20 de septiembre de 1977, a las once y cuarenta minutos de la mañana, la secretaria Rosa Lores entregó un maletín al conserje Juan Peñalver. Le estalló en las manos. Falleció al instante, con el cuerpo destrozado. El de Rosa tenía heridas graves. Otras diecisiete personas resultaron maltrechas por un paquete bomba destinado al director de la revista satírica radical, Xavier Echarri.

El ataque, reivindicado por la Triple A, Alianza Apostólica Anticomunista, quería liquidar al consejo de redacción del semanario, amado por sus lectores al ridiculizar los símbolos del franquismo y ser, como tantas otras publicaciones del momento, una bocanada de aire fresco en su apuesta por una cultura desgajada del pasado. Nadie se atrevió a dictar sentencia, considerándose la muerte de Peñalver y la incapacidad de Lores como accidentes laborales, quizá por aquello de no perjudicar a la naciente democracia, abrumada por temor al ruido de sables y a las implicaciones invisibles de todos estos acontecimientos.

El último de este reguero interminable tiene algo de personal. Durante toda mi existencia de paseante barcelonés he prestado mucha atención a las placas urbanas por su utilidad a la hora de elaborar una pedagogía ciudadana, algo no muy del gusto de los sucesivos gobiernos municipales, quienes, además de no ponerse de acuerdo en su diseño, las desdeñan para empobrecer la ciudad, distanciándola más de las grandes capitales europeas por esa renuencia a trazar un mapa conmemorativo con suficientes mimbres como para escribir la historia desde la calle.

Muchas veces, cuando voy hacia el metro de Jaume I, veo en el carrer Ferran una inscripción atada con unos cordeles en la cancela de un pasaje. Recuerda a Gustavo Muñoz, muerto de un tiro en la frente efectuado por la policía durante una marcha convocada por el Partido Comunista de España (Internacional) como alternativa a la Diada del 11 de septiembre de 1978. El adolescente formaba parte de la Unión de Juventudes Marxistas Leninistas y esa tarde era piquete defensivo de la manifestación. Cuando esta se disgregaba, aparecieron agentes uniformados y de paisano, que fueron

atacados con cócteles explosivos hasta que reaccionaron con el uso de sus armas reglamentarias.

Muñoz, atendido de inmediato por un médico que no pudo hacer nada para salvarle la vida, fue trasladado a un dispensario, donde las fuerzas del orden presionaron a los sanitarios, tanto como para hacerles escribir como causa del fallecimiento una anemia aguda. El diagnóstico fue rebatido pocas semanas después por una comisión investigadora constituida por sindicatos y formaciones izquierdistas alejadas, con la excepción de UGT, de la ortodoxia aceptable.

El entierro de Muñoz fue adelantado a mediodía, se preveía a las cuatro de la tarde, para evitar incidentes, cuando los designios policiales eran justo los contrarios. El sepelio se desarrolló sin sobresaltos, sobreviniendo los mismos entre la puerta del Hospital Clínic, donde aguardaban militantes del PCE(i), quienes al percatarse de lo ocurrido se dirigieron hacia el cementerio de Montjuïc; los policías detuvieron en sus aledaños a más de cuarenta miembros de la formación una vez estos salieron del camposanto tras cantar *La Internacional* ante la tumba de Gustavo Muñoz.

Entre 1979 y 1983 hubo un intenso tira y afloja entre el juzgado, partidario de dar carpetazo al sumario, y la Audiencia, proclive a revocar la conclusión del caso hasta denegar la petición de procesamiento para acordar el sobreseimiento provisional de la causa. Los padres de Muñoz apelaron en 2018 a la justicia argentina, que admitió a trámite la querella por ser una secuela de la represión franquista.

9

Los años ochenta o el extraño paréntesis hacia la refundación de Barcelona (1983-1991)

Durante los años ochenta, Barcelona emprendió un proceso de demolición del pasado para refundarse. Al principio, durante la alcaldía de Narcís Serra, las tornas incidían en una rehabilitación de zonas excluidas durante la dictadura, una periferia remozada con gigantescas plazas, obras de artistas internacionales y un implacable lavado de cara, como si desde la adopción de un urbanismo moderno pudieran enmendarse desigualdades crónicas, en muchos casos aún vigentes.

Durante un largo decenio, la ciudad cumplió aquella frase de Alfonso Guerra sobre España. No la reconocería ni la madre que la parió, y eso fue factible por un ambicioso plan encarnado en la figura del innovador Pasqual Maragall, sustituto de Serra cuando este ocupó el Ministerio de Defensa tras la apabullante victoria socialista en las elecciones del 28 de octubre de 1982.

El milagro barcelonés hizo posible la designación, el histórico viernes 17 de octubre de 1986, de su candidatura para organizar los Juegos Olímpicos de 1992, debida en parte a la surrealista alianza de un antiguo falangista, un rey aún con el

sambenito de ser el heredero de Franco, un banquero devenido *president* de la Generalitat, un nieto de poeta y un andaluz socialista. Juan Antonio Samaranch, Juan Carlos I de Borbón, Jordi Pujol, Pasqual Maragall y Felipe González aparcaron cualquier reproche y rencilla y remaron juntos, como testimonió una célebre instantánea, para relanzar a España mediante la celebración de un evento aún con suficiente relevancia como para metamorfosear Barcelona, despampanante, eufórica y álgida por los logros de aquel *annus mirabilis* , donde Sevilla festejó la Exposición Universal y Madrid la consecución de la capitalidad europea de la cultura.

Para la urbe condal fueron años frenéticos. Maragall apostó por una mezcla de inversión pública y privada, emprendió campañas de rehabilitación edilicia, recicló proyectos de José María de Porcioles y, junto a Oriol Bohigas, concibió otra urbe para enterrar a la anterior, y en ese éxito anidaba la semilla para correr un tupido velo sobre la década prodigiosa, con el cambio de decorado y personalidad apuntalados en demasía.

Ese giro copernicano ha producido una amnesia oficial sobre lo anterior, algo sin duda determinado por el presentismo de una Barcelona en perpetuo debate sobre su modelo nacido como consecuencia de ese momento. En 1983, se apagaron para siempre los fuegos de la contracultura de la plaça Reial con la muerte accidental de Ocaña, disfrazado de sol en el carnaval de su pueblo de origen, cuando se incendió su vestido.

La época era una bomba de relojería a desactivar. Las calles eran muy conflictivas, y en esos márgenes tan bonitos para cortar cintas y abrir una botella de *champagne* emergían problemáticas más o menos inéditas, como el *boom* de la heroína, presente en toda Europa, con una generación

destrozada por sus estragos. El Consistorio tomó cartas en el asunto, y tras más de un lustro en plena batalla para erradicarla consiguió disminuir su incidencia social, aunque para muestra de ello quedan testimonios directos o ficcionales, como la estupenda novela *El delantero centro fue asesinado al atardecer* . Esta es destacable no tanto por ser otra intriga de Pepe Carvalho, sino por cómo Manuel Vázquez Montalbán describía la penumbra de un barrio chino destinado a perecer mientras muchos jóvenes se rendían a la jeringuilla, apestados con el agravante de contagiarse del VIH, entonces una especie de plaga bíblica aún más terrible por el discurso neoconservador y la identificación de sus enfermos con colectivos minoritarios, como drogadictos u homosexuales.

En 1979, Vázquez Montalbán ganó el Premio Planeta con *Los mares del sur* , novela negra como excusa para fabricar un espejo donde la desidia con la periferia se exhibía a través del barrio de Bellvitge de L'Hospitalet, con sus onerosos bloques de pisos sin ningún servicio básico, excepto un autobús para ir al trabajo a primera hora de la mañana y volver con el ocaso.

En otra latitud, Pier Paolo Pasolini, asesinado en Ostia el 2 de noviembre de 1975, había profetizado el futuro de mucha de esta juventud desheredada. La homologación capitalista y la sobredosis de pantallas haría de este conglomerado la perfecta carne de cañón para acotar el campo delincuencial. La televisión y los periódicos iban llenos de moda y costumbres burguesas desde el culto al consumo. Como estos chicos no podían acceder a los mismos al ser descartados por el centro emplearían otros métodos para conseguirlos, y así es como en todo el Viejo Mundo nacieron bandas acaparadoras de prostitución, drogas y todo lo relacionado con el mercado negro.

En Barcelona la situación era distinta, y además se ofreció al gran público como una diversión sin denuncia mediante la eclosión del cine quinqui, género para explotar el filón de ese lumpemproletariado con un tono épico y trepidante, impoluto para trivializar a los antihéroes de la taquilla. El adjetivo «quinqui» fue otorgado a todos los criminales del extrarradio, algunos de ellos muy populares, como Juan José Moreno Cuenca, el Vaquilla, de quien se hicieron *biopics* mucho menos jugosos que su propia existencia.

Cuenca nació en 1961 en la barriada de Torre Baró, en los límites de Barcelona. Lo denominaron el Vaquilla por sus deposiciones infantiles, similares, según un tío suyo, «a mierda de vaca». Tú eres el Vaquilla, alegre bandolero porque lo que ganas repartes el dinero. De ese punto la familia se movió hasta el Camp de la Bota, otro foco de indigencia, óptimo para el debut de su carrera en la escuela, donde robó unos lápices de colores a otro alumno para pagarse las partidas de futbolín. Desde lo pequeño amplió sus fechorías hasta robar coches, matar a una turista en la Costa Brava por no poder sustraerle el bolso con la táctica del tirón y reposar todo su magnetismo en un estricto calendario carcelario. Veintiocho de sus cuarenta y dos años los vivió entre rejas, en la cárcel Modelo, que cuando se inauguró, en 1904, fue denominada el último grito de lo penitenciario por su diseño panóptico para asegurar la vigilancia absoluta de los aprisionados.

A principios del siglo XX , la Celular —tal fue su nombre formal durante decenios— estaba muy alejada de todo, rodeada de campos y raíles ferroviarios. Poco a poco la ciudad invadió ese vacío y la posición del recinto se convirtió en un problema de orden público. Este se hizo más acuciante desde finales de los setenta debido a la desorganización interior, acentuada por la desproporción entre funcionarios y reclusos,

reyes del caos gracias a sus elaboradas estratagemas para introducir todo tipo de armas y sustancias desde la calle gracias a cómplices y familiares, expertos en deslizar con sedales paquetes hasta las celdas.

Ello conllevó numerosas fugas, siendo la más cuantiosa y espectacular la del viernes 2 de junio de 1978, cuando 45 presidiarios lograron escapar tras cavar durante dos semanas un túnel hasta una alcantarilla, por donde salieron a la superficie y se evadieron tras secuestrar varios automóviles. La policía tardó más de un decenio en capturarlos.

Además de estas acciones, preocupantes por su relativa frecuencia, los penados también se destacaban por sus motines, uno de ellos encabezado por el Vaquilla el 13 de abril de 1984. Moreno Cuenca y otros presos de la quinta galería, mezcla de sancionados y protegidos por su fiereza, tenían una larga lista de reivindicaciones, y querían darla a conocer a través de la prensa. Pidieron hablar por una emisora de radio, y cuando lo consiguieron el héroe de la rebelión se asomó desde una ventana a la calle, y un periodista de otra emisora le pidió una declaración para remediar ese agravio comparativo, a lo que no se hizo de rogar.

Esta sublevación cristalizó hacia mediodía, cuando el quinqui número uno sacó un cuchillo del interior de un frasco y amenazó al responsable de custodiar las duchas, quien aterrorizado le dio las llaves para liberar a los demás implicados. Con los guardias encerrados pudieron desplegarse a su antojo, hasta conseguir el segundo punto de sus peticiones: el suministro de heroína. Llegaron a pincharse en directo, ante el estupor de los telespectadores.

No solo había delincuencia común en la Modelo. Durante los años ochenta, España fue zarandeada por la llegada de

mafiosos internacionales, muchos de ellos arraigados por fuertes inversiones en localidades costeras. Carlos Sentís, insoportable en sus artículos escritos como si aún viviera en la posguerra, ironizaba sobre el tema. Según su parecer, Barcelona era una plataforma giratoria para el hampa, con sus ferias y congresos de pólvora, sexo, coca y blanqueo a buen recaudo.

Pese a su lenguaje imposible, no le faltaba razón. El 2 de noviembre de 1983 unos policías disfrazados de camareros detuvieron al camorrista Antonio Bardellino en un bar del carrer París. La Interpol les había soplado el aterrizaje de la novia del napolitano, capo del clan de los Casalesi, y no desperdiciaron la oportunidad de arrestar a un hombre perseguido en Italia por su papel hegemónico en el tráfico de estupefacientes, tabaco, el dominio de la prostitución y su guerra abierta con otras familias mafiosas.

Bardellino pudo irse de España con la connivencia de dos jueces del Tribunal Supremo, prevaricadores y untados por su compañera, a quienes pagó quince millones de pesetas por los servicios prestados, cinco de ellos para depositar la fianza para su libertad condicional. Murió asesinado por sus oponentes en Brasil, donde se recluyó creyéndose inmune.

No solo de italianos vivía la mafia radicada en Barcelona. El 14 de julio de 1984, día de la fiesta nacional francesa, Raymond Vaccarizi conversaba con su mujer, Antoinette Ferré; él en su celda, ella en la calle, como hacían muchos otros condenados para no perder el contacto con sus allegados. Eran las once y veinte minutos de la noche. «Llevábamos un cuarto de hora hablando. De pronto, escuché un ruido muy fuerte, como el estallido de unos petardos. ¿Qué es lo que pasa? Grité, pero no fue hasta un momento después cuando

escuché la voz de Jean Paul Abbato comunicándome su muerte.»

Vaccarizi había sido fulminado por tres disparos realizados con un rifle de mira telescópica con balas explosivas empleadas para matar elefantes. El primero, en la mano, le hizo retroceder diez centímetros. El segundo fue directo al corazón, y el tercero le perforó la frente.

Más tarde los investigadores dieron en la azotea del número 30 del carrer Provença con dos minúsculas tuercas de la mira y un par de casquillos de la marca RSW, del calibre 7,64 milímetros, utilizada en caza mayor.

Un vecino de ese mismo inmueble escuchó una detonación, y al estar habituado a riñas en la prisión no le dio importancia, hasta la llegada de una flota de policía. En la celda, Abbato, patidifuso, había apagado las luces para impedir a los sicarios acertar en su blanco, en vano por la rapidez y absoluta precisión del crimen. En la calle, su novia Irene se estremecía y consolaba a Antoinette. Su visita y la confirmación de la misma sirvieron para planearlo todo. A pocos metros, un hombre con una chaqueta blanca y otro con pelo oscuro y una americana azul se subieron a un coche con matrícula alemana.

Al cabo de tres días los motivos del asesinato a sangre fría —muy profesional según declaraciones de la época— se revelaron por otra conexión mafiosa en la Modelo, donde el 17 de julio de 1984 se ideó una evasión de película. A las once y media de la mañana tres funcionarios fueron reducidos en el portón de talleres por siete reclusos, entre ellos Robert Beraza, de la banda de Raymond Vaccarizi.

Los rebeldes portaban cuatro pistolas y ordenaron a los servidores públicos ir a la puerta de acceso de carga. Les esperaba Jorge Eduardo Vilariño, el Pibe, capo de la mafia

argentina en España, en la brigada de basureros del complejo y, justo por eso, habilitado para acceder a esa sección, a pocos metros de otra apertura, esta vez hacia la superficie. Lograron aplacar a otro empleado, respirar calle y precipitarse para sustraerse a una persecución terminada en debacle, con Vilariño herido y de nuevo en el calabozo para pagar por sus trece robos a joyerías barcelonesas, madrileñas y valencianas. La prensa de la semana polemizó sobre lo angustioso e inadecuado del sistema penitenciario para cumplir su tarea de reeducación y reinserción social, asimismo impotente para controlar las redes internas entre los encarcelados, con comercio de drogas y armas en el hacinamiento, precario, viejo, con nula capacidad para albergar bien a mil cuatrocientos presos, deficitario en estructuras y pésimo en su ubicación.

El debate estaba abierto, pero desde otro punto de vista lo más importante para comprender el porqué del crimen de Raymond Vaccarizi seguía en la frustrada fuga. Uno de sus socios estaba entre los compinchados, en colaboración con otro grupo mafioso internacional. El móvil del asesinato era, sin duda, evitar su salida de la Modelo.

¿Quién demonios era Raymond Vaccarizi? Nacido en la ciudad argelina de Maghnia el 13 de septiembre de 1950, irrumpió a mediados de los años setenta en los medios mafiosos de Lyon. Hasta ese momento el hampa se vanagloriaba de un *savoir faire* para avenirse con los políticos, con una *politesse* rota por la muerte de Jean Auge, un viejo capo, en 1973.

Vaccarizi, conocido como el caíd, quizá por su origen, se centró en la prostitución, sin desdeñar otros negocios. Gastaba a manos llenas, no ahorraba nunca y era despiadado. Su banda atracó en junio de 1982 una sucursal de Crédit Lyonnais, en

otoño liquidó a tres proxenetas y el 3 de enero de 1983 la policía les tendió una emboscada a las afueras de Lyon con dieciséis coches patrulla y setenta hombres rodeando la casa donde se encontraban. Vaccarizi salió por sorpresa con dos metralletas, escapándose. Treinta de sus hombres fueron arrestados.

Los supervivientes se trasladaron a Barcelona, con los subalternos en un piso de la Meridiana y Vaccarizi en otro del barrio del Guinardó, lugares discretos, apartados del centro y sin miradas inoportunas. En marzo de 1983, las autoridades policiales francesas solicitaron ayuda a las españolas, concretándose la misma el 17 de ese mes por la intervención de agentes barceloneses, quienes tras detectarlos en la Meridiana dieron con el apartamento de Rambla de la Muntanya 67 y montaron un dispositivo rubricado a las cinco de la tarde, con el caíd y sus gregarios enmanillados, muy agradecidos por el trato recibido.

La ausencia y cautiverio de Vaccarizi dio vía libre a la banda de René Nivois. Ambos habían sido socios durante algún tiempo. Luego se separaron derramándose una feroz rivalidad. Con el argelino fuera de juego, Nivois quería ocupar todo el espacio, y en esa progresión hacia la cumbre del hampa la evasión de Vaccarizi prevista para el 17 de febrero de 1984 era un estorbo demasiado molesto como para transigirlo.

Durante su estancia en la Modelo, Vaccarizi cometió diversos errores, todos evitables. Le explicó a uno de sus guardaespaldas el disgusto de estar destinado en una celda de la segunda galería de la tercera planta porque le podían disparar desde la azotea de enfrente. Ese hombre de confianza se había pasado a Nivois y proporcionó la chispa para su ejecución. Su otro fallo fue acertar lo venidero sin poder contenerlo. Era una posibilidad y la aceptó.

A principios de enero de 1985, la Audiencia archivó el sumario ante la imposibilidad de localizar a los francotiradores. A mediados de mes, la Sûreté de Lyon detuvo a 35 hampones para dar luz al asesinato de otro capo, Georges Manoukian, el gran rival de Nivois por la posesión del trono de Vaccarizi. Muchos de ellos cantaron, pero el gran tenor de esta función fue Gérald Montreuil, un desconocido para el hampa lionesa, confeso francotirador de la azotea con vistas a la Modelo, que aceptó chivar todo lo que sabía sobre el 14 de julio de 1984 a cambio de impunidad.

De este modo se abrió la lata de la trama y, a finales de enero —muy intenso por esta concatenación de hechos—, una operación múltiple de los Tortugas, apodo del grupo de delincuencia internacional de la policía barcelonesa, detuvo a Julio Balader en L'Escala, con Nivois arrestado en la puerta de la discoteca Winston, junto a Georges Colin.

Balader, de acuerdo con otros componentes del clan, se dedicaba al tráfico de drogas y al blanqueo de dinero en la Costa Brava. De Nivois, poco más podemos decir. Ah, sí. En sus primeros pinitos gustaba de quemar con un soplete las plantas de sus víctimas antes de asaltarlas. Por lo demás era, no es un dato baladí, el segundo de a bordo de la banda, con su hermano Roger a la cabeza.

El tenebroso Balader, Colin y Nivois fueron condenados a ciento ocho años de cárcel, tras ser considerados culpables de asesinato y tenencia ilícita de armas. Esta sentencia de septiembre de 1987 fue revocada por otra del Tribunal Supremo, que los absolvió en noviembre de 1989 por vulneración de su presunción de inocencia. Los dos franceses habían sido extraditados a lo largo de este proceso.

El recuerdo, o el aplauso de un buen titular, siempre tergiversan la crónica objetiva. En 2016, Balader resucitó al ser condenado por otro encargo, cobros de deudas en el argot. Cinco años atrás fue contratado por un clan gitano del Puerto de Santa María, los Merinos, enfrentado a otro, los Celestinos. Entre los dos se hilvanó una historia muy lorquiana, con, para simplificar, un tiroteo debido a la separación de un matrimonio y un inminente casamiento con otro clan tradicional. Murieron tres personas de los Merinos, y estos movieron cielo y tierra hasta dar con el adecuado para cobrarse venganza. Balader regresaba como el abuelo de los sicarios; el 2 de septiembre de 2011, asesinaba mediante disparos traicioneros en el cuello a una de los Celestinos, Bernardina Montoya, fallecida de un *shock* hemorrágico causado por irreparables lesiones cervicales.

Balader fue condenado por un jurado popular a dieciocho años por asesinato con alevosía. Pasó dos entre rejas, para salir tras los recursos de su abogado y el pago de una fianza de quince mil euros. En 2016, se hizo firme la sentencia y estuvo unas semanas en busca y captura. Su pena fue ratificada, y así este dandi de novela, dueño de un club de sadomasoquismo en Barcelona, truncó su fortuna en los juzgados, inocente hasta ese fallo del tribunal pese a tener grabado a fuego el asunto Vaccarizi.

Las mafias internacionales nunca han desaparecido de Barcelona, siendo absurdo el relato de tenerlas más presentes y aposentadas en la contemporaneidad. En verano de 2008, con esa humedad pegadiza y el sopor por la *xafogor,* o bochorno, la primera semana de agosto fue de las más macabras de los últimos tiempos. Un vigilante de un aparcamiento fue acuchillado hasta la muerte. Un niño alemán halló un cráneo en la playa de Arenys de Mar. El 8 de agosto un vagabundo

rebuscaba en un contenedor del cruce entre las calles de València y Marina, a una migaja de la Sagrada Família, y en su interior vio el cadáver de un hombre, quizá decapitado, con la cabeza en otro depósito de basura. Sea como fuere, el hallazgo me inquietó, más aún por esa pista de un individuo con una maleta azul.

La respuesta al misterio se desveló dos meses después, cuando la Guardia Civil, en una operación a tres bandas con las policías de Francia e Italia, desarticuló una red de tráfico de cocaína entre Barcelona y Roma. La organización enviaba desde el país transalpino vehículos con un interior diseñado para ocultar la droga, que cargaba en la capital catalana para regresar a la Bota.

Los componentes de la banda eran italianos, colombianos, marroquíes y brasileños. Los cazaron al saber de la huida de uno de ellos desde Barcelona a la Ciudad Eterna, como la mercancía, por estar implicado en el descuartizamiento de la Sagrada Família. Las mafias, a las que podríamos dedicar un libro entero, tienen un gen mutante muy adherido a las transformaciones sociales, si quieren a sus usos y costumbres. Los alocados ochenta no volverán, menos aún sus métodos, tan de *noir* francés o *giallo* italiano, con robos, atracos, tiroteos y francotiradores. Ahora la droga es la reina, y en ello hay un cierto eterno retorno a los años ochenta, con tres calles del Raval como supermercados de heroína, resucitada, desballestada y de nuevo en la brecha incluso durante la emergencia de la covid-19, como si Vázquez Montalbán hubiese retratado la hecatombe, crónica, en su novela de la Barcelona preolímpica: en la actual, el barrio chino se llama de otra manera y los perjudicados por las mafias siempre son los mismos, adaptaciones camaleónicas al contexto y a los mercados conectados con mucha economía invisible. De la

otra no me pronuncio, siempre hay bandas y bandas, con o sin siglas.

MARGINALES HASTA EN SU DENOMINACIÓN: VIOLENCIA DE GÉNERO Y TRANSFOBIA

De pequeños, el crecimiento de la experiencia va asociado a traspasar los límites del barrio, como si el espacio fuera el conocimiento. Las salidas de la escuela nos transportaban, pero otra cosa es hacerlo con tus propios pies. Poco antes de la adolescencia, aún imberbe, viví con unos amigos la gran aventura de ir al centro. Sería, más o menos, 1989 o 1990. Poco a poco bajamos la Rambla, aún intergeneracional, con estatuas vivientes, algunos personajes de su fauna y todo tipo de transeúntes. Le faltaba poco para despersonalizarse.

Nuestras madres siempre nos advertían de no ir a la derecha de la avenida, al barrio chino, ni a la izquierda, la plaça Reial, que debíamos evitar por ser una cuadrícula infernal entre heroinómanos, peleas, cuchillazos y códigos propios. Por supuesto, no hicimos caso a esas prédicas y nos adentramos en el porticado, tan ingenuos y temerosos como para correr ante una mirada insólita en nuestro abecedario. La tarde terminó con la compra de una botella de vino en medio de una sensacional tormenta.

La plaça Reial y el barrio chino eran arquetipos de un legado de ciudad portuaria, saneado y anestesiado durante el fin de siglo pasado y el inicio del nuestro en centros urbanos como Marsella o la misma Barcelona. Ese ecosistema se perdería para gentrificarlo y entregarlo en bandeja de plata a los turistas, contentos, como me explicó el arquitecto Alessandro Scarnato, por esos tres metros de ancho de algunas calles, algo compartido con los pakistaníes residentes, los

sucesores de la clase obrera hacinada en ese laberinto a derribar.

Aún hoy en día, la Rambla ejerce de frontera entre esos dos hemisferios. En los años ochenta, el barrio chino seguía con su etiqueta negra de bajos fondos sexuales y drogadictos. Estaba en su última fase de gueto y hasta el alcalde Maragall se hacía fotos, todo muy *Vida privada,* como en la época de La Criolla, como si fuera un extranjero, maravillado por la persistencia de esas tiendas de gomas y lavajes.

El lado izquierdo era un reducto entre el estraperlo, una higiene vial terrorífica y la decadencia de un tiempo a punto de evaporarse pese a mantenerse en el presente cierta atmósfera canallesca sin casi ningún recuerdo de la Sexta Flota, a punto de despedirse de Barcelona entre borracheras mortales y atentados en su contra. Dijeron adiós en 1987. Al menos siempre nos quedarán en el carrer d'Escudellers los pollos *a l'ast* asados en la esquina del restaurante Los Caracoles con el passatge d'Escudellers.

En el tercero segunda del número 7 de este pasaje, más bien ancho, vivían José Burgueño Viñuela, de cincuenta y seis años, su mujer Dolores Sánchez Sánchez, de cuarenta y cuatro, y el hijo mayor del hombre, José Burgueño Saldiel, de veintidós. Burgueño padre tenía dos criaturas más, una niña de doce años y un varón de nueve, internados en un centro tutelar de menores debido a las continuas desavenencias de la pareja, escuchadas por los inquilinos y la otra familia residente en ese inmueble de ocho pisos. Burgueño, con múltiples antecedentes, ya había sido denunciado por lesiones a Sánchez en noviembre de 1984. A veces le daba unas palizas de órdago, mientras en otras ocasiones la echaba a la calle y ella se sentaba en la escalera o pedía amparo en casa de una amiga. Pocos días antes del suceso, los escasos vecinos escucharon

gritos de «¡Socorro, quiere matarme!». No les unía, como se dijo en el juicio, ni el amor ni la ley, solo su constante ingesta de alcohol.

El 13 de enero de 1987, fueron juntos a sacar diez mil pesetas para tramitar el permiso para instalar su tómbola. Convivían desde hacía doce años y trabajaban como feriantes, de evento en evento, sorteando objetos de cerámica. También, al menos eso se deduce de las fuentes, tenían un pequeño puesto en Els Encants. Se gastaron las diez mil pesetas en copas y volvieron a su casa muy ebrios. Se desató entonces una nueva discusión, con Dolores cuchillo en mano hasta la reacción de Burgueño, que le sustrajo el arma hasta clavar su filo en el cuerpo de su compañera. La desnudó y la introdujo en la bañera para desangrarla. Luego troceó las partes blandas del cuerpo con un cuchillo, y los huesos, con una sierra de metales. Esa madrugada durmió muy mal, medio ido. Cuando se despertaba, iba a la cocina y se tomaba un trago de ponche. Era un alcohólico crónico en barrena.

Esa mañana, antes de ir a por el dinero, había comprado en una droguería de Nou de Sant Francesc, al lado de su apartamento, bolsas industriales de gran capacidad y resistencia. Serían ocho. Las contenedoras de la cabeza, manos, brazos y pies fueron depositadas por Burgueño hijo en las basuras de la Rambla con Arc del Teatre, ocultas, valga la redundancia, por un arco. Las otras, una estupidez si pretendían irse de rositas, en los contenedores frente a la puerta del 7 de Escudellers, donde las descubrió un empleado municipal al sospechar de una gran bolsa, pesadísima. Dentro iba la zona vaginal de Sánchez, mientras que en otras se hallaron el abdomen, los senos y los muslos.

La policía tenía dos dilemas a resolver. El primero era localizar las extremidades y la cabeza. Para ello debían buscar

en más de siete mil toneladas del vertedero de Viladecans, desestimándolo por el proceso de desmenuce para reducir a añicos todo lo acumulado. Nunca se encontraron las partes ausentes del cuerpo.

El segundo estribaba en la identidad del asesino. Fue pan comido por el reguero de sangre ascendente de la calle hasta el tercero segunda. A Burgueño padre lo detuvieron en un bar cerca de Els Encants. Confesó poco después. En 1987, fue condenado a nueve años, con eximente de enajenación mental debido a su alcoholismo, por matar y descuartizar a Dolores Sánchez. Al hijo le correspondieron cuatro meses por inhumación ilegal de cadáver.

En la época, un año después de la proclamación olímpica, el caso fue conocido como el del carnicero de Escudellers, muy americanizado, soslayando la violencia de género, irrelevante o tratada en breves o notas alineadas con la crónica negra, no sobre la específica contra las mujeres. Por eso con Burgueño los periodistas se relamieron con la historia y el método empleado, pues era otro asunto más de lo criminal, no tenía más connotaciones porque estos episodios estaban interiorizados, nunca mejor dicho, en el imaginario colectivo; se sabía y se callaba, pocos aparecían en el escaparate mediático, y si lo hacían era más por la sangre, sin valorar la anormalidad del hecho y su odiosa frecuencia.

En 1987, el juicio a los Burgueño fue un breve, sobrepasado por el atentado de ETA en el centro comercial Hipercor de la Meridiana el 19 de junio de 1987, con el trágico balance de 21 muertos y 45 heridos. ETA copaba esfuerzos políticos y primeras planas periodísticas, mientras que la labor de las fuerzas del orden se centraba en acabar con la organización, y eso también repercutía en la sociedad, más

pendiente de esa batalla que de pequeños recuadritos breves en la sección de sucesos.

Otra temática hoy en la agenda pública e ignorada hasta no hace tanto era la transfobia. De todas estas memorias preadolescentes tengo otra impresión por una caminata de una noche entre semana de mis catorce años. A la una de la madrugada de ese miércoles unos alemanes jugaban al fútbol en la plaça de Catalunya, desierta. En la Rambla no había mucho trasiego. Al final, casi en Drassanes, los travestidos se movían y susurraban a potenciales clientes. Uno de ellos iba con pantalones tejanos, una camiseta rojiblanca sin mangas y una peluca rubia. Me intrigó por esa sordidez de la que ella, al fin y al cabo esa era su identidad, no era culpable, sino más bien la legislación por un trato menor a cero, desde la represión y la marginalidad hasta empujarlas a la prostitución como medio de subsistencia.

El barrio chino y el Paralelo de los setenta fueron templos para travestidos. Una década antes ya se habían visto algunos transexuales por la Rambla y sus alrededores. Dos calles más allá, el bar Cádiz veía alternar a marines, homosexuales y parroquianos con toda naturalidad.

Entre esos personajes quizá estuvo Carmen de Mairena, a quien pude entrevistar después de un detectivesco callejeo para dar con su domicilio en el carrer de Sant Ramon en el chino, o Raval, como prefieran. El objetivo del diálogo, un trifásico entre dos visitas a su piso y un café en la Rambla, era rescatar su vida anterior al programa *Crónicas marcianas* , cuando fue una *freak* del circo de Javier Cárdenas, y esto dice mucho de cómo la transexualidad era vista como algo grotesco y risible.

Mairena, muy reclamada por los fans, era un libro abierto. Se operó los pechos para emanciparse mentalmente de un novio muy cruel con su travestismo, el mismo adoptado por José Arévalo Zafra, de cuarenta y cinco años, conquense valiente para buscarse la vida al final de su adolescencia, tener alguna participación en obras del Teatro Arnau del Paralelo y luego, estigmatizado, caer en las garras de la prostitución y la indigencia.

A principios de los noventa convergieron dos antípodas, una hacia otra, con premeditación, alevosía y nocturnidad. La extrema derecha no se resarció de la transición por su irrelevancia en las elecciones, el rechazo social a la violencia ultra y el golpe de Estado del 23F, tumba para los partidarios de esta radicalidad nostálgica del franquismo.

El movimiento, así en minúscula, se rejuveneció más desde lo urbano, con grupúsculos tergiversando el mensaje de los *skinheads* británicos hasta robarles el nombre, identificándose la estética ultra con las cabezas rapadas y una cierta uniformidad en la vestimenta entre botas con punta de hierro, polos, tirantes y chaquetas Bomber.

Los miembros barceloneses de esta ideología tenían la opción política de CEDADE, Círculo Español de Amigos de Europa, fundado en 1966 y propagandista de ideas como el negacionismo del Holocausto y la exaltación del nazismo desde su sede en la librería Europa del carrer Sèneca, en la parte baja del barrio de Gràcia, céntrica por no distar mucho del cruce entre Diagonal y passeig de Gràcia.

A principios de los noventa, justo antes de los Juegos, los *skinheads* eran reconocibles para la mayoría de los ciudadanos. Profesaban la fe de querer la desaparición de muchas minorías sociales o étnicas, y claro, en plena ciudad lo

más fácil era arremeter contra indigentes y transexuales, por ser nadas, hasta entonces casi sin efecto jurídico.

La noche del sábado 5 al domingo 6 de octubre de 1991, seis cabezas rapadas asesinaron a José Rescalvo Zafra, Sonia en el mundillo del travestismo, agredieron a su amigo Ernesto Romero, Dori, y dejaron ciego a un mendigo, que perdió un ojo y parte de una oreja.

Los hechos sucedieron hacia las tres de la madrugada en la glorieta musical y en el invernadero del Parc de la Ciutadella, medio abandonados pese a la inminencia de la cita olímpica, refugio para marginados. Los jóvenes, tres de ellos menores, se colaron por la verja. Debía reinar un silencio con muchas alarmas si un mínimo susurro lo rompía.

Antes de tocar el tambor, término usado en su argot para definir una lluvia de patadas con las botas y su punta de hierro, pasaron la tarde de copas en el barrio del Born, entonces nada *cool* ni nacionalista, más bien un núcleo de resistencia de la Barcelona vieja ante la nueva, con la batalla perdida de antemano; tugurios, luces decrépitas y un ambiente, hasta cierto punto, aún portuario. Lo desmantelaron poco después para gentrificarlo y, durante el *procés* , sacarse de la manga un santuario nacionalista.

El tiempo se escurrió de bar en bar. La madrugada, con la borrachera asentada, los embraveció y asaltaron con cautela el parque. Sabían adónde ir para patear a sus víctimas, atizándolas como si se tratara de bultos, eso sí, confesó uno de los agresores, con aspecto de travesti. A Sonia la remató David Parlade con un palo de unos setenta centímetros cogido del suelo, clavándoselo con las dos manos en la parte superior del tronco.

Poco después, bajándose de la tarima de la glorieta, fueron hacia el invernadero para apalear con varas metálicas al mendigo Miguel. Antes de irse a dormir bebieron la última en otro local. Al día siguiente se lo contaron a su amigo Óscar Lozano, condenado más tarde a pagar una multa de cien mil pesetas por no denunciar lo sucedido.

Los seis del Parc de la Ciutadella eran Oliver Sánchez, Andrés Pascual, Pere Alsina, David Parlade y los hermanos Isaac y Héctor López Frutos. Este último confirmó las sospechas de los Mossos d'Esquadra, en su primer caso criminal de envergadura, por una llamada telefónica interceptada donde ligaba y fanfarroneaba con una chica contándole que sabía quiénes eran los autores del asesinato de Sonia, definida en la prensa como un «homosexual travestido».

Tras las preceptivas detenciones, se registraron sus domicilios, llenos de banderas nazis, símbolos del Tercer Reich, panfletos neonazis de varios países, carnés de los Boixos Nois, *hooligans* del Barça, botas con puntera de acero, puños de hierro, machetes y una espada japonesa. En uno de los opúsculos alguien había escrito: «¿Quién mató a Sonia Palmer?». Otra prueba incriminatoria, si bien el grupo confesó el crimen con prepotencia y mucha chulería, bromeando con el dolor en el pie por los golpes y sin negar nunca los hechos. A mediados de julio de 1994, fueron sentenciados a 310 años de cárcel, rebajados a 148 por el Tribunal Supremo. A principios de la pasada década, todos habían abandonado la cárcel. En agosto de 2016, Óscar Lozano fue acusado de empujar, golpear y dar una patada a una mujer embarazada vestida con nicab, prenda donde solo se ven los ojos, un claro delito de odio.

El asesinato de Sonia Rescalvo tiene muchas significaciones de fin de época. A pocos meses de los Juegos Olímpicos, presentaba la necesidad de replantearse muchas cuestiones, algunas más inmediatas, como la rehabilitación de los parques, con la Ciutadella más en el punto de mira al estar en el centro, y otros de más calado jurídico, moral y social, al tratarlo como el primer crimen meditado para dañar adrede a miembros del colectivo LGTBI, término inexistente en el momento de los hechos.

Entre 1993 y 2013 se colocaron varias placas de colectivos LGTBI en la glorieta de los músicos del Parc de la Ciutadella. La última rebautizó el lugar, ahora dedicado a la transexual Sonia. Su brutal asesinato cierra el telón de una Barcelona antigua hacia otra que se reinventa, desde las rémoras franquistas, actualizadas a cara descubierta, a la ciudad que de Cataluña va hacia España y, entre ambas, hacia Europa y el mundo, como formuló el alcalde Maragall durante los Juegos Olímpicos. Una ciudad con otro perfil para sepultar el pasado, relatado con demasiado folklore, y aposentarse en un presente continuo de acelerada infancia y adolescencia hasta la actual crisis de la primera edad adulta, replanteándose su modelo, con la defensa de lo LGTBI siempre destacada en los programas políticos municipales. Esa Barcelona del 6 de octubre de 1991 murió el 25 de julio de 1992 con el flechazo de Antonio Rebollo, kilómetro cero para el mañana. En ese nuevo mundo, las formas de violencia mutarán a la velocidad del sonido, acorde a la aceleración del capitalismo tras el hundimiento soviético para dar carpetazo a la Guerra Fría. Por desgracia, pese a los negros empujones de Burgueño y los cabezas rapadas, la crónica de sucesos aún tardó unos años en prestar la atención merecida a la violencia de género y a

delitos de odio contra homosexuales, siempre con más de un hueco en la crónica de sucesos.

Tercera parte
La ciudad refundada o el presente (1993-2019)

10

Maletas, racismo y desigualdades sociales: los noventa y el 2000 o los crímenes de la refundación (1993-2009)

En verano de 1992 pasé las Olimpiadas fuera de Barcelona, a solo cuarenta kilómetros, como siempre una galaxia cuando uno se separa un poco de la ciudad, capital global de la noche a la mañana por simbolizar ese evento el primer instante de auténtica confluencia planetaria del nuevo orden, vigente en su falsa linealidad hasta el atentado de las Torres Gemelas, el martes 11 de septiembre de 2001.

Ese intervalo podría definirse como una dulce y extraña resaca, también en Barcelona; así me lo han explicado muchos ciudadanos con más edad y presencia en las calles para rememorar el día, o los meses, después de los Juegos. La mayoría coincide en sentir un vacío del espacio público, con el chándal blanco de los voluntarios fuera de circulación y todo el frenesí de ese estío desaparecido como por arte de magia.

Entre ese momento y el año 2000, Barcelona vivió, en concomitancia con el resto del orbe, una transición de lo viejo a lo nuevo, cada vez menos esporádica por lo vertiginoso del presente, con la capital catalana erigida en niña prodigio por la velocidad de su metamorfosis. Barcelona se adaptaba a los

tiempos con mucha soltura a partir de su combinación de ciudad con proyección internacional económica y perfecto parque temático intergeneracional del turismo, algo más consolidado y ensalzado con el cambio de siglo. Hasta con el Barça pasó lo mismo, con el cuajo de un estilo desde Cruyff y la mercadotecnia de esa escuela como santo y seña en la nueva centuria.

En los noventa proseguía el proceso de demolición de lo antiguo para establecer la refundación. Los negocios mutaban al ritmo de las inauguraciones de diseño y arquitectura contemporánea, con Barcelona autoproclamada estandarte de la misma.

Lo criminal se apuntó al viento imperante, mimetizándose en sus turbulencias en muchos límites urbanos, y en cada uno de ellos dejó una semilla de la época con algo de la anterior, cada vez más difuminada hasta ser irreconocible.

La primera frontera de esta geografía nos sitúa en una confluencia indispensable: passeig de Gràcia con Gran Via de les Corts Catalanes. Durante los años cincuenta el franquismo derribó viejas mansiones modernistas y concedió a instituciones bancarias sus huecos, ahora en manos de las sedes de grandes marcas de ropa. En poco más de medio siglo, esta esquina ha devenido la calle de dirección única para husmear o comprar trapitos de las mejores firmas, asimismo extendidas, prolongando passeig de Gràcia, por Portal de l'Àngel, la calle con el metro cuadrado más caro de España.

En los noventa aún no había refundado su estatus, y por eso en los aledaños todavía se permitían incongruencias estéticas, como un *parking* con sus entrañas a la vista y, justo al lado, un bar bautizado Snoopy, demasiado heterodoxo para el

antiséptico futuro. Si hoy lo buscan no queda rastro, nunca existió, salvo por dos muertes.

El Snoopy funcionaba bien y nadie de la clientela tenía quejas de su regente, José Gilart Navarra, de treinta y siete años, con una breve experiencia en el cuerpo policial hasta su expulsión a finales de los setenta por expedientes incoados, el misterioso «suicidio» de una compañera drogadicta caída en 1991 desde un sexto piso y antecedentes penales por haber organizado redes de juego clandestinas. Bajo un talante educado, amable y dedicado al establecimiento se ocultaba el protagonista de una de las secuencias más disparatadas de la historia criminal barcelonesa.

Gilart maltrataba a sus empleados, infundiéndoles miedo. Los quería mansos y obedientes. En diciembre de 1993, pidió al cocinero comprarle una maleta de ruedecillas, en principio para llenarla con ropa para lavar en casa de sus padres. Más o menos en las mismas fechas, poco antes de Navidad, desapareció de entre los fogones un cuchillo de dimensiones considerables.

Gilart fue detenido el 26 de diciembre, en la estación de Sants. Estaba acuciado por las deudas, a pagar tanto a Clemente Viñas, el propietario del local, a quien debía abonar 2.800.000 pesetas por 46 letras de cambio, como a la Seguridad Social, pendiente de recibir veinte millones del moroso.

Al primero, de sesenta y siete años, lo mató con un repertorio de artes marciales —era cinturón negro de taekwondo—, el 12 de diciembre, en la cocina del bar. Cinco días después, asesinó al recaudador de la Seguridad Social Francisco Sáenz Martínez, de treinta y siete años, casado y con dos hijos. Su mujer se alarmó por su ausencia y denunció la

desaparición. Hallaron su coche, un Bertone negro, a pocos metros del Snoopy, donde perdió la vida en el sótano.

En esta primera fase, la investigación es casi un poema a la tecnología como apóstol de la revolución posolímpica, con el CSI antes de la serie televisiva. La Guardia Civil se encargó de inspeccionar el bar con la ayuda de perros adiestrados para dar con rastros de sangre, hallándolos en las baldosas de la cocina y en las estanterías del sótano. A través de una biopsia de 1979 pudieron cotejar el ADN de Viñas, mientras que con Sáenz la saliva que usaba para ensobrar en la Seguridad Social sirvió para confirmar su muerte en el lugar.

Aún quedaban algunas piezas sueltas. El grupo de Homicidios de la Policía Nacional supo en una conversación con agentes de la Benemérita de la existencia de moscas verdes y azules en unas dependencias anexas al bar. Durante las jornadas previas al arresto de Gilart, el establecimiento apestaba. El hedor era insoportable. Estos insectos suelen acudir adonde se descompone un cadáver; nuevas manchitas de sangre en el emplazamiento casi completaron la ecuación. Solo le faltaba otro ingrediente: en el pavimento había marcas propias de una maleta con ruedecillas, aún bastante insólitas. Para dejar esa huella hasta penetrar el suelo debía acarrear con mucho peso.

En un artículo aparecido y firmado por *El País* el 2 de enero de 1994 se comenta una emisión de Radio Barcelona con la confesión de Gilart a la Guardia Civil, según la cual había matado al inspector de la Seguridad Social de un golpe en el cuello, después había metido el cuerpo en bolsas dentro de la maleta y lo había llevado a un contenedor de basura del Paralelo.

Esta primera nota sobre el caso determina toda su posterior mitología, asimismo encumbrada por la frialdad de Gilart para cometer sus crímenes, dejar reposar los cadáveres, descuartizarlos y trasladarlos hasta otro confín barcelonés.

El móvil era económico. Había registrado, más o menos en las fechas de la desaparición de Viñas, un documento de compraventa del bar Snoopy por valor de 34 millones, falso, como falsos eran los sellos y tampones de la Seguridad Social entre sus pertenencias. Además de estos elementos para cargarlo con el delito de falsificación, también tenía un arsenal de robos, sobre todo electrodomésticos, como neveras y televisores.

Gilart era el único e indiscutible culpable. Los camareros fueron sospechosos de encubrirlo durante las primeras 48 horas de indagaciones, cuando en realidad estaban atenazados por el miedo al delincuente. La fiscalía pidió setenta y un años de cárcel, cincuenta y seis por los asesinatos y quince por las falsificaciones, todo ello junto a sus deudas con la Seguridad Social.

El 12 de julio de 1995, el juez de la Audiencia Santiago Raposo ordenó la excarcelación de Gilart, sin fianza alguna, con el consiguiente estupor de familiares de las víctimas y hasta de los compañeros del magistrado, quien detectaba irregularidades formales y orfandad de pruebas, sin miedo a la reincidencia.

Se equivocaba. Durante sus meses de libertad provisional urdió una red de suministradores de cocaína, con vehículos como buzones para la droga. Los camellos iban con un duplicado de la llave, recogían su dosis y dejaban el dinero, con Gilart como recaudador de al menos once coches repartidos por Terrassa, en garajes alquilados. Lo detuvieron

en junio de 1996, dentro de un Opel Senator con seiscientas mil pesetas, tres móviles en funcionamiento y su parafernalia de artes marciales.

En 1997, lo juzgaron por partida doble. En marzo fue absuelto de los asesinatos del Snoopy por el juez Raposo, inmortal por su léxico al valorar las «anulaciones humanas» no imputables porque no aparecieron los cadáveres; tenía a Gilart por un ser carente de maldad, codicia, soberbia y ferocidad para perpetrar tamaña monstruosidad. *Omne ignotum pro magnifico est* , sentenciaba con este parafraseo de Tácito: todo lo que se ignora tiende a magnificarse.

En mayo se libró de volver entre rejas por su buena fe y la creencia de la Audiencia en su colaboración ante los llamamientos judiciales. Pagó dos millones de fianza y, para emprender otro rumbo, consiguió ser responsable de la cafetería granja Andina del carrer Taquígraf Garriga, en el distante y adinerado barrio de Les Corts.

El 9 de mayo de 1998, sobre las dos de la tarde, Gilart, con su Jaguar bien estacionado en las estribaciones, estaba en el bar, de aperitivo con dos clientes, cuando llegó un joven no muy alto, vestido con un chándal y una gorra azules; sacó de la riñonera un billete de diez mil pesetas para pedir cambio y comprar tabaco. Efectuada la operación fueron a la máquina, y mientras el afortunado en los tribunales introducía las monedas, el cliente le descerrajaba un tiro a bocajarro en la nuca con un proyectil capaz de agujerear chalecos antibalas. Le perforó la médula espinal, saliéndole por el ojo y estampándose contra la pared.

Gilart quedó tetrapléjico y murió en verano de 2000. Su asesino fue el hombre de ese mayo sangriento. Durante dos semanas, Dino Marcello Miller fue un ciclón inmanejable. El 9

de mayo, medio falló en su intentona de la granja Andina, pero el 14 sí dio muerte a un camarero del pub Fleming del carrer d'Enric Granados, mientras el 20 se vio involucrado en el tiroteo derivado de su asalto a una sucursal bancaria del carrer de Sepúlveda; para escapar, secuestró un taxi y se hizo con rehenes en un bar del rebautizado como Raval, donde llamó a su madre y fue aplacado cuando decía querer suicidarse de un tiro en la boca. En su huida, disparó al abdomen del joven agente Javier Guerra Hidalgo, quien falleció poco después.

Miller, de veintiocho años, sumaba con este tres asesinatos, seis atracos, el cobro fraudulento de una quincena de eurocheques, diez robos con intimidación y cuatro con fuerza en vivienda. Había estado en la Modelo por tráfico de drogas entre marzo y octubre de 1997, y entonces ya destacó por su palabrería. Decía estar de seguro de su pronta salida al ser portador de anticuerpos del VIH.

Tras su arresto, fue la estrella emergente de la cárcel barcelonesa, si bien las preguntas sobre este parlanchín —confesó haber matado a dos personas con la misma arma antes de disparar a Guerra Hidalgo, además de justificar su comportamiento por ir colocado de cocaína desde cuatro días antes— van más encaminadas a sus motivaciones, similares a las de un adicto al polvo blanco implicado en su circulación. Gilart era del gremio, así como Francisco V., dueño del pub donde el vengador asesinó a uno de sus empleados. Por último, el atraco para obtener dinero en una oficina bancaria era su ocaso por insuficiencia de fondos y un gatillo demasiado fácil. Fue condenado a veintisiete años por la muerte de Javier Guerra Hidalgo y a catorce por asesinato frustrado con alevosía a Gilart, indemnizado con cincuenta millones de pesetas o 307.000 euros, pues por vez primera se incorporó en una sentencia la paridad entre monedas.

Los colaboradores de la banda de Gilart visitaron de nuevo la Audiencia en junio de 1999, con su otrora líder fuera del banquillo de los acusados por su estado vegetativo, solo con los ojos abiertos para conversar con sus padres. Un mes más tarde, el Tribunal Supremo ordenó reabrir su caso. Su prematura muerte —los médicos le daban como mucho diez años de vida— lo hizo inocente en lo judicial y evidente en lo criminal, porque la ciencia había demostrado con creces su autoría de los asesinatos del bar Snoopy, con el juez casi como una barrera entre el futuro incomprensible para sus pesquisas y el pasado de una metodología delincuencial clásica, con deudas, drogas, bandas y ajustes de cuentas.

LOS DOS ERRORES DE LOS PASAJES

La segunda frontera de este entramado solo puede entenderse con una lectura de los detalles del mapa. Estamos en el cruce de las calles de Sant Quintí e Indústria, cuando empieza el distrito de Sant Martí, quedando más arriba el barrio del Guinardó.

Veinte metros después de ese punto subsisten dos pasajes, muy significativos porque en su extensión unían en una pasarela estas dos zonas, del Camp de l'Arpa al ya mencionado Guinardó. Vieron la luz a finales de los años veinte del siglo pasado, y aún conservan sus casitas de planta, muy sencillas y protegidas en los laterales por la pared de los bloques de pisos, su amenaza y su cobijo.

Los dos pasajes aluden a un tal Roura y a Catalunya. Ahora nadie los tiene por un límite, pero su forma es la de un torrente hacia el mar, una separación de realidades. En ese enclave sucedieron dos errores macabros con un trasfondo de

desigualdad social y cambios en algunas configuraciones de la comunidad juvenil.

La noche del jueves 24 de febrero de 1994, Juan Matías Lozano Delgado cerraba, como casi cada noche, su restaurante. Onubense de origen, arribó a Barcelona a los doce años y creció en el barrio de Gràcia, y en su Travessera abrió su negocio. Era querido por sus vecinos y a sus cuarenta y un años había vuelto a juntarse con una mujer tras la separación de la primera, con quien tenía un hijo casi adolescente.

A la una y media de la madrugada apagó las luces del local, no sin antes escribir el menú. Subió a su Vespa roja y le dio gas hacia su casa en Fabra i Puig, quizá menos de quince minutos de trayecto, sobre todo a esa hora, con las calles vacías, sumidas en su silencio intersemanal.

Un poco antes, Raimon y Marta, primos y veinteañeros, se habían despedido de otra familiar en la esquina de Indústria con Nàpols. No era tarde y podrían despertarse frescos. Mientras tanto se acomodaban en el asiento trasero en la visión de esa recta con luces amarillentas y una atmósfera demasiado tranquila, tanto como para ser tenebrosa.

Durante toda esa noche, tres adolescentes conflictivos habían escapado de sus casas para correrse una juerga sin sentido por la zona de Camp de l'Arpa, dedicándose a destrozar mobiliario urbano, de árboles a contenedores. En los alrededores se les tenía por unos chulillos prepotentes, gamberros sin mayores aspiraciones.

El Camp de l'Arpa de mediados de los años noventa se distinguía del Guinardó por varios muros invisibles. Los primeros tenían un núcleo castellanoparlante y una identidad más indefinida porque el barrio había sido engullido tradicionalmente por otros como el Clot al menos hasta los

años setenta, mientras los del segundo discurrían más en catalán y nunca osaban atravesar passeig Maragall o Indústria. Más allá había dragones.

Por eso lo que pasaba abajo no llegaba arriba, y cuando sucedía algo en esa barrera imaginaria y realísima, los del Guinardó sacaban pecho ante esos vecinos indeseables. Yo me crie cerca de esa frontera y recuerdo los hechos con muchas cuestiones sobre el misterio de esa esquina, no desde el agravio, más bien desde la comprensión de esa divisoria y sus connotaciones.

Los adolescentes con fanfarroneo de pacotilla se aburrían como ostras. Durante las navidades de 1993 habían tendido una cuerda a bajo nivel de la calle y una vecina casi se partió la crisma. En su tránsito de un sector a otro subieron por el passatge de Catalunya, y en una furgoneta con la caja abierta robaron cinta de nailon para embalajes.

En la culminación de esta travesía aparece el carrer Indústria; allí fue donde ataron una cuerda a un metro y medio de altura entre una conducción de gas y una farola, quizá apoyada en el techo de un vehículo aparcado.

La intención de esos desgraciados era ver cómo la rompía un coche, pero hacia la una y cuarenta minutos colisionó con el cuello de Juan Matías Lozano Delgado. Su cuerpo salió despedido haciendo eses hacia el suelo, quedándose en la postura de la rana, con un brazo por debajo. Tenía la cabeza amoratada, cubierta por un casco en condiciones, intocable según el protocolo vial. Falleció por una cianosis craneal.

El taxista Rafael Gómez Gil contempló el choque y fue el primero en auxiliar, junto con sus clientes, al motorista, aún con aliento para pedir ayuda y decir que se ahogaba. El conductor se quejó de la tardanza de la ambulancia,

sorprendente por la cercanía del Hospital de Sant Pau, y durante las siguientes semanas se criticó la negligencia coordinativa entre sanitarios y fuerzas del orden.

Sea como fuere, Lozano Delgado fue asesinado con gratuidad. Iba indocumentado y eso dificultó su identificación. Los presuntos responsables fueron detenidos al cabo de veinticuatro horas. Eran dos gemelos de quince años y dos hermanastros de catorce y doce. El último conocía la historia, y los otros tres eran los autores materiales. Los gemelos eran familiares para los agentes por su tendencia a merodear sin ton ni son por el vecindario.

La juez de menores impuso, el 26 de julio de 1994, diecisiete meses de internamiento, con régimen semiabierto para finalizar los estudios básicos, y seis de libertad vigilada para D., de catorce años; un año de internamiento para I., de quince, y la absolución de su hermano gemelo por no acreditarse su vinculación con el suceso. La intachable conducta de todos durante su reclusión contribuyó a la magnanimidad de la sentencia. Cuando ataron ese cable y vieron su efecto contra el motorista corrieron asustados. Podían ser unos niños consentidos e inconsecuentes; aun así, uno de ellos fue detenido en Lleida, donde cumplía su pena, por intentar violar junto a un amigo y una amiga a una chica cerca de la catedral.

Esa frontera suscitaba otra polémica con el caso de Juan Matías Lozano Delgado. El instituto público Sant Josep de Calassanç, justo en la confluencia de Indústria y Sant Quintí, correspondía como destino para cursar la enseñanza secundaria a muchos adolescentes del Guinardó. Sus padres lo rechazaban por la mala reputación del centro, otra divisoria entre ambos barrios.

Tras el crimen de los menores, se invirtió dinero para rehabilitar el parque de Can Miralletes, nombre de una masía centenaria colindante con el instituto. Pese a ello, su aborrecible fama cobró otro ingrediente por una temática nunca subrayada lo suficiente en los relatos de la historia de España en la contemporaneidad, el *boom* migratorio de finales de los años noventa. Este fue consecuencia de la bonanza de la economía patria, impulsada por la construcción y el turismo y la sempiterna inestabilidad de muchos países latinoamericanos, produciéndose un efecto llamada bien amparado por la necesidad de mano de obra barata. Se juntaron así el hambre con las ganas de comer hasta generar, excepto en núcleos privilegiados, una especie de esclavismo tolerado para hinchar burbujas hasta el hundimiento del España va bien.

Entre 1996 y 2003, la población inmigrante creció de 542.000 personas, un 1,3 % del total, a 2.664.000 almas, un 6 % del conjunto nacional.

En Barcelona esta llegada fue muy repentina y las nacionalidades se asentaron en los barrios en función de la topografía. Gràcia acogía a los europeos, jóvenes emprendedores, muchos de ellos con ínfulas artísticas, seducidos por el mensaje moderno de Barcelona, en realidad una postal para convencer a los de dentro y recibir a más extranjeros entre lo profesional y ese turismo de japoneses con sus cámaras, italianos a grito pelado y cada vez más consumidores de distintas latitudes muy subyugados por Gaudí y Messi, rima de modernismo y fútbol.

El Raval, con el barrio chino eliminado, como el laberinto de muchas de sus callecitas, debía ser una fachada fantástica para la contradicción entre dos Barcelonas, la oficial para

gentrificar la zona hasta despersonalizarla y otro rostro con los pakistaníes como nacionalidad hegemónica.

Los marroquíes se esparcieron un poco por todas partes, hasta cierto punto como los sudamericanos, copadores de los barrios de la periferia, como si los pakistaníes fueran los herederos del lumpen de principios del siglo XX y los latinos los de los migrantes andaluces y extremeños del franquismo.

En 2003, todos estos recién llegados contribuían de modo decisivo a oxigenar a un cadáver soporífero, una Barcelona conformista con su imagen *cool* e integradora, eso sí, siempre sin mostrar los márgenes del escenario.

Por suerte no fue una época racista, pero en octubre de 2003 la muerte de un adolescente colombiano por un cuchillazo recibido en Sant Quintí con Indústria avivó el fuego en torno a los colectivos extranjeros y las metamorfosis sociales entre la juventud al implantar sus modelos en el crisol del espacio barcelonés.

El martes 28 de octubre de 2003, Ronny Tapias y su amigo brasileño Juan salieron del instituto Sant Josep de Calassanç y se dirigieron a una copistería para fotocopiar deberes o apuntes. Escuchaban música, distraídos. A pocos metros de la tienda, dos menores los asaltaron mientras tres adultos les impedían la huida por detrás. Ronny no debió tener tiempo de reaccionar ni de entender esa advertencia. Un solo cuchillazo afectó a su pulmón derecho. Corrió una veintena de metros y se derrumbó junto al passatge Roura. Murió desangrado en el Hospital de Sant Pau. Sus asesinos huyeron entre el alboroto posterior a la última clase. Los bomberos limpiaron la sangre, con Juan desconsolado junto a la parada de autobús adyacente al pasaje.

¿Por qué habían matado a Ronny? Esa fue la primera pregunta. Era cumplidor y atento, buen estudiante de música e inglés, con más dificultades con el catalán. Le gustaba mucho jugar al baloncesto. Era el menor de cuatro hermanos de unos padres provenientes de Bucaramanga. Vivían a cuatro calles del instituto, en Camp de l'Arpa, y el chaval nunca había sido problemático, era más bien hogareño, con pocos amigos, se relacionaba sobre todo con Juan, con cuya hermana mantuvo el único noviazgo serio de su existencia.

Una primera hipótesis apuntaba al fenómeno de las bandas latinas. Entre enero de 2003 y septiembre de 2004, se contabilizaron veinticinco agresiones entre estos grupos, integrados por unos doscientos cincuenta jóvenes, muchos de ellos dominicanos, ecuatorianos o peruanos.

Dentro de la escalada de esos años, es interesante comentar cómo podía existir la famosa frase «Yo no soy racista, pero…», y ese pero se reproducía en proporciones descontroladas entre la población sudamericana. Brasileños, argentinos y chilenos, estos con gente en lo alto y en lo bajo, situaban en un escalafón muy inferior a los otros países de su región. Por eso, además de la suspicacia nacional, se incorporaba otra continental para apuntalar más la construcción de una inmigración de tercera categoría, sin ademanes ni refinamientos y un férreo apego a lo suyo sin adaptarse.

Todo esto era rotundamente falso, y a toro pasado este discurso hacia la criminalización urdido por el se dice, se comenta, se rumorea y el interés de las autoridades, felices por desenfocar el trato laboral y las condiciones precarias de esos explotados, es una de tantas dobles morales omitidas durante esos años. Fueran de donde fueran, eran minúsculas correas del sistema a partir de determinadas necesidades de esa

España: durante ese decenio se produjo la contratación, con o sin papeles, de muchos latinoamericanos como servicio de limpieza, construcción y cuidado de ancianas, con muchos padres ausentes durante horas para fomentar la inadaptación social y el absentismo de los hijos, algo por otra parte frecuente en la escolarización catalana del 2000. En aquellas fechas, un 34 % de los matriculados faltaba sin justificación a las aulas.

El 15 de febrero de 1997, Luis Felipe fue sentenciado en Nueva York a perder todo derecho a tener contacto con otros humanos. Había ordenado la muerte de tres adversarios desde su celda. Era el capo de los Latin Kings en la ciudad donde nunca se duerme.

Este tipo de bandas habían emergido en la ciudad ecuatoriana de Guayaquil, y su radio de acción se había ampliado hasta las zonas rurales de esta localidad portuaria. Su organización era de tipo piramidal, con un líder indiscutible y sus lugartenientes ramificados como jefes de barrios o determinadas parcelas urbanas. En Estados Unidos habían proliferado; su campo de batalla era el tráfico de drogas y el control de las trabajadoras sexuales, con armas de fuego omnipresentes a cada encontronazo. Todo esto configuraba la guerra para controlar el territorio, inexistente en Barcelona, donde estos grupos eran muy fluctuantes, sin tanta disciplina y más bien cimentados en la amistad entre adolescentes, con poca estabilidad entre sus miembros, delincuentes menores entre el menudeo y el robo callejero.

En Barcelona, durante el año 2003 hubo incidentes en el casco antiguo y en parques públicos, del Clot a la Espanya Industrial, entre Latin Kings y Ñetas. Los primeros se vestían con gorras o pañuelos en la cabeza, ropa ancha y su emblema era una corona con tres dedos de color rojo. Sus rivales se

vertebraban entre consignas de humildad para progresar desde el trabajo, moviéndose en círculos muy cerrados para evitar el acceso de otros a su núcleo interno.

Ronny no pertenecía a ninguna de estas bandas. Como muchos de sus coetáneos debía reconocerlas por su indumentaria y procedimientos. Merodeaban al lado de las escuelas para captar al ingenuo de turno y fulminaban con la mirada a cualquiera para satisfacer su estupidez juvenil, acrecentada entre los más devotos por aquello de integrar un clan y sentirse relevantes o, simplemente, menos solos.

Las primeras detenciones despejaron el panorama. Le habían confundido con un Latin King tanto por su similitud física con su objetivo como por su idéntico nombre en el registro. Querían matar a otro estudiante del Calassanç. El instituto desmintió la matriculación de esas dos gotas de agua.

¿Era o no la consecuencia de un duelo entre bandas? Se arrestaron a tres menores y seis adultos. Entre las pruebas figuraban tres cuchillos, uno hallado en una caja de ahorros cercana al passatge Roura y otros dos en casa de los inculpados, modificados manualmente para tener más filo.

La madrugada del domingo 26 de octubre, Pavel, uno de los menores del grupo, fue amenazado con una catana en la discoteca Caribe Caliente, en L'Hospitalet. Creyó identificar entre sus agresores a un estudiante del Calassanç, miembro de los Latin Kings, y planificó una táctica para desquitarse junto a otros amigos más experimentados. Si lo asesinaban los menores, tendrían menor responsabilidad penal, y así los adultos descargaban un fardo en su complicidad.

La tarde de autos, Pavel o Jeury, nunca se supo con certeza, apuñalaron a Ronny Tapias. En abril de 2004, ambos dominicanos fueron condenados a ocho años de internamiento

en régimen cerrado y cuatro de libertad vigilada. El colombiano Juan Felipe fue absuelto con la prohibición de acercarse al Sant Josep de Calassanç, así como a otros lugares de reunión de bandas, y a lo mismo debían atenerse los dos culpables.

Los tres procesados fueron puestos en libertad porque la sentencia no era firme y salieron al expirar los seis meses de máximo internamiento preventivo permitido por la Ley del Menor. Pese a tener muchos ojos policiales a su alrededor, solo debían acudir una vez por semana al Tribunal de Menores.

El juicio a los adultos se dirimió en abril de 2005. Los ecuatorianos Daniel Bolívar, Rigoberto Reynaldo Romo y Carlos Cristopher Vergara negaron cualquier participación, y su firmeza en esa postura les valió la absolución, a diferencia de los dominicanos Yohan Smith Calderón, José Antonio Mendes y Sandy Benítez, condenados a diecisiete años cada uno por ejercer de comando de intimidación a la víctima y apoyo a sus asesinos. Los padres de Ronny fueron indemnizados con 190.000 euros.

En 2004 había en Cataluña 360.000 jóvenes entre catorce y diecisiete años, de los cuales solo 6.419 fueron objeto de alguna medida por parte de la Fiscalía de Menores. De cada diez chicos sometidos a medidas, uno estaba internado, seis en régimen abierto y tres optaban por una mediación con la víctima. Solo uno de cada cinco era foráneo.

El ocio y el odio: el crimen del Maremagnum

Los periódicos del 29 de octubre de 2003 iban hasta los topes de crónica negra. La muerte de Ronny Tapias compartía titulares con la expectación en la Audiencia por el juicio a los

culpables del crimen del Maremagnum, con los inmigrantes otra vez como tristes protagonistas.

Wilson Pacheco tenía veintiséis años. Partió de su Guayaquil natal a España al no conseguir ningún contrato laboral en Ecuador. En Barcelona empezó a trabajar como panadero y así pudo mandar el suficiente dinero para su mujer y sus tres hijos, quienes tenían previsto partir hacia la Ciudad Condal a mediados de febrero de 2002.

Quince días antes, la noche del sábado 26 al domingo 27 de enero, Pacheco salió de marcha junto con dos compatriotas más por el Born. En ese momento, el ocio barcelonés vivía una era de mucha diversificación, con un auge de los *after hours* para alargar la velada hasta el amanecer entre cuatro paredes, en muchos casos ilegales y toleradas.

El Maremagnum era algo más, apartándose de esa decadencia solo por ser un reclamo de la nueva Barcelona. Su concepción arquitectónica, con una pasarela curvilínea como extensión artificial de la Rambla, quería transformarlo en un inmenso no lugar multiusos, con un centro comercial para las mañanas y las tardes, mientras las noches se repartían entre cines, restaurantes y discotecas.

Pese a todo el bombo otorgado a esa octava maravilla, en el mismo Port Vell, era desolador ir algunas noches y olfatear esa decadencia de la Modernidad impostada, con cada sala de baile infestada por luces demenciales y una clientela variopinta, con los turistas encantados y los aborígenes desubicados. Era la primera piedra de la homologación de la noche, entre una música a altísimo volumen y una decoración tan irrisoria como olvidable.

Ese sábado, Wilson Pacheco bebió muchísimo. La autopsia determinó más de dos gramos de alcohol por litro en sangre. A

las tres y media de la madrugada del domingo, él y sus amigos quisieron entrar al Caipirinha. El portero James Anglada, un estadounidense de origen dominicano, les negó la entrada por su lamentable estado etílico y llevar calzado inadecuado. Wilson y sus compañeros protestaron, produciéndose un rifirrafe con lanzamiento de objetos y algunos golpes, tantos como para alertar a otros vigilantes de seguridad; los ecuatorianos no habían elegido bien a sus oponentes, pues tanto el Caipirinha como el Mojito, pertenecientes a la misma empresa, habían sido denunciados por trifulcas en su exterior e insultos de cariz racista.

Pacheco se envalentonó y tiró una litrona de cerveza contra un guardia jurado y cuatro hombres de negro —así se conocía a los uniformados encargados de la seguridad—, que iniciaron una carrera para detenerlo a lo largo de los más de trescientos metros de la pasarela.

Pacheco no pudo seguir el ritmo de su hermano y su cuñado. Iba demasiado borracho y no podía correr con normalidad. Resbaló, y así fue como Mariano Romero, portero del Mojito, y el vigilante Antonio Fernando Quincoces le golpearon con las manos y las porras, le patearon los genitales, la cabeza y el abdomen e incluso le fracturaron la nariz.

El caos era perfecto, como la pasividad de la treintena de curiosos, todos ellos sin mover un solo dedo, algo demasiado habitual, la vida como espectáculo gratuito servido en una bandeja demasiado corrosiva. Anglada cogió a Pacheco, lo desplazó veinte metros más, casi al final del puente, y lo lanzó al agua, en una zona donde esta tenía una profundidad de diez metros, con cincuenta centímetros de lodo. Pacheco intentó asirse a uno de los pilares. La ropa de invierno y la baja temperatura hicieron el resto. Al cabo de veinte segundos, se hundió. Anglada dijo: «Si esta rata sabe correr, sabrá nadar, y

si no que se ahogue». Cuando terminó su acto de bravuconería volvió a su puesto junto a los otros, de cháchara. No sacaron el cadáver hasta las once de la mañana, avisados por una llamada del guardia jurado que no intervino en la paliza, aunque siempre se mantuvo próximo a sus colegas.

Al cabo de una semana, todos estaban entre rejas. Desde el minuto cero las cámaras fueron decisivas para dilucidar lo acaecido. Confieso no haber visionado de nuevo los vídeos para escribir este ensayo. Los tengo muy nítidos, y recuperarlos no aportaría nada, solo constatar lo salvaje de la secuencia, un delito de odio perpetrado desde el abuso de superioridad por el porte de armas y la envergadura de los culpables en comparación con Wilson Pacheco, de apenas metro cincuenta y dos centímetros y cincuenta kilos de peso.

La muerte del ecuatoriano fue una sacudida para la línea de flotación de esa Barcelona tan multicultural y acogedora, surcada por sus incongruencias, muy ostentosas durante ese primer lustro del siglo. La ciudad progresista podía dar crédito a sus gobernantes para manifestarse juntos en 2003 contra la segunda guerra de Irak, pero otra cosa era tender un cheque en blanco a cumbres como la del Consejo Europeo en marzo de 2002, cuando se desataron altercados altermundistas en coincidencia —éramos pocos y parió la abuela— con el gran clásico del fútbol español entre el Barça y el Real Madrid.

El Raval aún no era seguro y, además, los atentados del 11S habían potenciado un control asumido por la ciudadanía, cada vez más limitada en cierto fluir de sus libertades, y las cámaras, presencias invisibles por su pequeñez, eran un utensilio más para atar en corto cualquier comportamiento indeseable. Junto al caso de Wilson Pacheco, otros como el de Angie o el del empujón a un sordomudo en el metro de Navas

pudieron resolverse gracias a este gran hermano de la urbanidad posmoderna.

El racismo de los tres vigilantes —uno de ellos incluso antepuso su radio de bolsillo al rescate del joven— era harto notable. La sentencia del jurado popular fue de trece años por dolo eventual, pues quizá no tenían intención de matarlo, y aun así aprovecharon su mayor envergadura sin calcular siquiera por asomo la probabilidad del homicidio, llevándolo a término. La familia del difunto fue resarcida económicamente con 96.789 euros para la viuda, 40.328 para cada uno de los hijos y 80.075 para la madre. Las empresas de seguridad Elit Control S. L. y Seguridad Ibérica S. A. fueron declaradas responsables civiles subsidiarias, debiendo responder en caso de no poder hacerlo los procesados.

El asesinato de Wilson Pacheco reguló en Cataluña el sector de los porteros de locales musicales. Un decreto del 20 de julio de 2004 obligaba a superar unos exámenes oficiales, teóricos y prácticos.

Para ejercer la función de controlador de acceso los requisitos eran los siguientes: ser mayor de edad, tener la ciudadanía española o de cualquier país de la Unión Europea o estar en posesión del permiso de residencia y trabajo; no haber sido condenado por delitos contra la persona y el patrimonio —Anglada tenía antecedentes penales—, contar con el título de graduado escolar y tener nociones básicas de catalán y castellano.

Para conseguir el carné oficial de controlador de acceso, cuyo número debían lucir en una placa cuando trabajasen, los aspirantes debían acudir a una academia homologada para preparar las pruebas.

Estas medidas fueron un contrapeso para arreciar las críticas ante la conducta de esos empleados del ocio nocturno, siempre predispuestos a la gresca por motivos más bien volubles y antojadizos. El Maremagnum cerró la última de sus discotecas en 2007 y, a lo largo de la última década —al menos esa es mi sensación—, de enlace con la Rambla ha pasado a ser una frontera absurda, pues todo el mundo sabe de lo allende al monumento a Colón, pero pocos peatones la pisan adrede, quizá por ese desmemoriado episodio, casi de la prehistoria por la velocidad de la era. Sus ecos, muy disipados, retumban en ese escenario, sin ningún homenaje a la vista por eso de mantener la paz del dinero en menoscabo del recuerdo y la pluralidad.

R *ICCHI, POVERI E DISOCCUPATI*: LA TRILOGÍA DE LA ZONA ALTA

A lo largo de estas páginas he insistido incesantemente en las muchas Barcelonas de su matrioska. Su actual estructura comprende diez distritos y 73 barrios. Los de la zona alta constituyen un universo aparte desde la frontera de la Diagonal.

El Putxet es uno de ellos, próspero patito feo con su homónima colina justo en medio de sus parcelas y otros territorios más populares, como Gràcia o Vallcarca, en su confín. Su composición urbanística, cortada por la ronda del General Mitre, puede calificarse como mínimo de anónima y despersonalizada, quizá porque eso mismo quieren sus habitantes, acomodados y muy reservados, y así toda esa cuadrícula permanece medio velada para los demás barceloneses, en realidad como todo el *Upper* Diagonal, con muchos microcosmos en su unidad de riqueza, voto proclive a la derecha y mayor esperanza de vida.

Es un paraje quieto en sus dos extremos, con un medio ruidoso atiborrado de coches, el transporte favorito de sus residentes, de ahí esa proliferación de *parkings* superior a la media local. Uno de ellos desapareció, como si acarreara consigo una maldición, y, de hecho, al igual que en el Maremagnum, el sitio quedó marcado de por vida.

El aparcamiento tenía cinco plantas y 102 plazas. Juan José Pérez Rangel fue durante menos de dos meses uno de sus clientes, pero ello le valió tener la llave del recinto. Este joven de veinticuatro años padecía una dicotomía entre sus orígenes y su empecinamiento por diluir su presente en la más absoluta apariencia.

Nacido en 1979, Rangel creció en La Mina, veinte bloques mastodónticos de entre cinco y doce pisos, una creación instantánea del tardofranquismo para terminar con los núcleos de barraquismo en el Besòs. Esta génesis determinó la evolución de la barriada, caricaturizada como meollo de los quinquis y con abismales índices de pobreza. Los ochenta fueron devastadores para este barrio de Sant Adrià de Besòs.

Los padres lo sobreprotegieron durante su infancia para no mezclarlo con lo que juzgaban inadecuado para el crío, ajeno a la conflictividad social y la dejadez municipal, con operaciones de maquillaje preolímpicas como la edificación de viviendas en vez de proporcionar equipamientos, lo que terminó por provocar el estallido de una revuelta en octubre de 1990, muy desapercibida en los medios.

Pérez Rangel nunca se consideró de ese hábitat. Su habitación en el número 7 del carrer Llevant era la guarida previa a comerse Barcelona. No había ningún motivo para creerlo, pero su trabajo en una empresa textil de Lliçà de Vall le dio un sueldo y pagas extras. Tampoco andaba muy

boyante; quería a toda costa un tren de vida elevado, y así fue como de La Mina se fue a sus antípodas, el Putxet, donde alquiló un apartamento en el arbolado y exclusivo carrer de Musitu durante doce meses, desde enero de 2001.

El niño del soldador y la limpiadora volaba en una esfera irreal, muy arquetípica de esa edad de oro de la economía española, con hipotecas concedidas hasta al más insolvente, lujos prescindibles para pavonearse y el mito de todos somos clase media, endeudada hasta las cejas. Rangel anhelaba ascender en el escalafón social, y ante lo mediocre de su sueldo se colmó a sí mismo de créditos bancarios y tarjetas casi sobrenaturales de grandes almacenes, asombrosas, casi un regalo, desembalado y envuelto al cabo de unos meses, cuando las llamadas de reclamación pincharían el sueño.

Juan José Pérez Rangel era uno más, un espejo de cómo el capitalismo contemporáneo presionaba con mano de seda en aquello de vivir por encima de tus posibilidades, como si no hubiera un mañana, al menos hasta las quiebras bursátiles. Era tan cristalino como para pasar desapercibido, como casi todos esos enjambres en sus vaivenes por las aceras. En un billar donde iba a jugar, solo lo remarcaban por el estuche de su palo, comprado para infundir respeto y simular una profesionalidad a lo *El color del dinero* . Todo en él era una farsa superlativa, pero como los demás también la practicaban nadie se daba cuenta del enredo. En su caso, todo estaba exagerado por una sarta de mentiras y mucho hacerse con el personaje, contable en el negocio, motorista de una Kawasaki, independiente, con pisito donde la *crème de la crème,* y consumidor habitual de cocaína los fines de semana, para no ser menos y estar en la onda.

El reverso de esa ficción era nauseabundo. Ese hombre entre dos tierras, siempre mentales, era un mero peón en

Angles S. A., no tenía carné de conducir, solo había pagado una mensualidad de la motocicleta y nunca había cursado estudios en la universidad, como fanfarroneaba para subir el nivel —esa quizá es la clave del descalabro— entre amigos y chicas. Tuvo dos novias, una estudiante de Arquitectura y María de los Andes Gumà, con quien estuvo hasta noviembre de 2002.

El chico cariñoso, afectuoso y normal, tres adjetivos insulsos, amplió su nómina de virtudes al poco de la ruptura. El 28 de noviembre se personó en RUSST, una agencia matrimonial, y firmó un contrato con una cuota de 600 euros y 1.600 más para sufragar el vuelo desde Moscú de una mujer rusa elegida en un catálogo. Para convencerlas, se definía como soltero, sin niños, contable en una empresa textil, amante del deporte, sin consumo de alcohol ni tabaco, devoto de la lectura, respetuoso, sensible y sociable, cariñoso, puntual, trabajador, hogareño, con afición a la música y el baile.

Este primor quería una gran patinadora sobre hielo, sociable, sensible, sensual, fiel, realista, no conformista, inteligente, deseosa de una pareja, simpática y con mucho amor por los animales.

En otoño de 2002, algo debió hacer clic en el cerebro de Rangel. Volvió a la casa paterna sin abandonar del todo el Putxet, obcecándose con el *parking* del número 28 del carrer Bertran, tomando anotaciones en la libreta con los horarios de entrada y salida de los clientes. Justo el día antes de su primer sadismo armó jaleo en un bar hasta ser expulsado por gritar: «Todas las mujeres sois unas grandísimas hijas de puta y os vais todas a la mierda».

El 8 de enero de 2003, dejó de trabajar en el textil de manera voluntaria, renunciando así a su sueldo y al subsidio de paro. No tenía más ingresos. En Nochevieja y Reyes, sus conocidos lo vieron algo desorientado, y estaban en lo cierto, pues la faz tenebrosa de Pérez Rangel cada vez lo atrapaba más en su red.

El 11 de enero, fue la jornada más estresante de su vida. Debía ir al aeropuerto a por la rusa, a quien también esperaba una empleada de la agencia matrimonial, Irina. Pérez Rangel llamó con la excusa de haber sufrido un accidente de tráfico. No podía llegar a tiempo. Mejor si quedaban más tarde en un café de passeig de Gràcia.

El aparcamiento de Bertran 28 no disponía de circuito de televisión interno ni cámaras de vigilancia. El asesino había elegido a su víctima: María Ángeles Ribot. Todo ocurrió entre la una y media y las dos y cuarto de la tarde. La mujer, residente a pocas calles, aparcó su coche porque después iba a almorzar con su hija menor. La abordó en la escalera principal. Debió ofrecer resistencia —tenía heridas defensivas—; su agresor iba con un cuchillo y otro objeto contundente. Los usó para matarla, hasta hundirle el cráneo, no sin antes engrilletarla. Luego cogió una bolsa de basura industrial, cubrió el cuerpo y lo escondió en el hueco de la escalera de la última planta. Ribot tenía su plaza en el número quince de la cuarta.

La víctima trabajaba en una empresa inmobiliaria. Cuando no apareció, la pequeña de la casa telefoneó a su padre, en Girona, y este regresó a toda prisa. De camino, llamó varias veces a la Guardia Urbana para informarse sobre si había tenido un accidente. En el 061 tampoco podían decirle nada. Al llegar a su domicilio bajó, más o menos sobre las ocho, al

parking , donde permanecía estacionado el vehículo de su esposa.

Una hora más tarde recibió una llamada desde el móvil de Ribot. Era incomprensible. Dos de los hijos acudieron a comisaría para denunciar la desaparición. Firmaron el documento a las diez y dos minutos de la noche. Al regresar, la policía ya estaba en la puerta porque otro hermano había encontrado el cadáver de su madre en ese recóndito ángulo del aparcamiento. A las doce y siete minutos, el marido recibió un SMS con el mensaje «Mañana te llamo».

Pérez Rangel tenía demasiados quehaceres. Le había sustraído a su víctima las tarjetas y el teléfono, pero había dejado las joyas en el lugar de los hechos, además de una colilla y marcas para incriminarlo sin muchas dificultades. A las dos y veintiséis minutos de la tarde, extrajo trescientos euros con una de las tarjetas de crédito de la difunta. Horas más tarde no le funcionó el truco. Sabía el número, sonsacado entre amenazas durante la agonía. Con los billetes en el bolsillo, tomó el ferrocarril en la estación de Pàdua, filmándolo las cámaras, debut para la reconstrucción y el visionado de centenares de horas de imágenes registradas, con la coronilla del criminal como rasgo definitorio para identificarlo de paseo por Barcelona.

Al fin, pudo presentarse a su amor ruso, aunque con arañazos en el rostro, muy nervioso y con la ropa sucia. Tomaron algo junto a la agente y luego, como preámbulo a instalarla en el piso de La Mina, la acompañó a un hotel, donde durmió dos días. Anduvieron la ciudad, patinaron por centros comerciales de la periferia, admiraron las playas y no tuvieron ningún tipo de contacto sexual. Él era frío y respetuoso. Ella lo veía como un bicho raro.

Mientras su media naranja, no correspondida porque retornó a su país el 25 de enero, reposaba, él cometía imprudencias de principiante. Mandó otro mensaje al viudo de Ribot para chantajearlo. Le pidió dos mil euros a cambio de proporcionarle datos sobre el asesino. Debían verse en el Bare Nostrum, una céntrica coctelería frecuentada por Rangel, quien sí fue antes de tiempo y grabó su huella dactilar en un vaso.

Durante la investigación se consultó a muchos psiquiatras y forenses sobre si el loco del *parking* tenía alguna perturbación mental al actuar con extrema violencia y repetir un esquema. Los crímenes podían explicarse por un simple desequilibrio de la personalidad, sin ser indispensable que fuera un enajenado mental o un psicópata.

Tras el primer asesinato, quiso perfeccionar las impurezas del 11 de enero. María Teresa de Diego, de cuarenta y seis años, era la copropietaria del Sport Putxet, un gimnasio a 160 metros del aparcamiento, donde tenía su plaza en el número quince de la primera planta. El 22 de enero almorzó en casa de su marido, antiguo campeón de España de kárate.

Ruperto Bilbao preguntó por su mujer. Al comprobar que no había acudido en toda la tarde, se preocupó por el antecedente. Halló el cuerpo enmanillado en la baranda de la escalera, los pies atados, la boca enmudecida por papel de periódico y la cabeza envuelta en una bolsa de basura. Alguien le había asestado veintidós martillazos, algunos en la zona occipital, como si quisiera causarle dolor antes de ejecutarla. El sadismo se había refinado hasta encajar con el diccionario.

Todo acaeció entre las cuatro y cinco menos cuarto. Rangel se recreaba con el proceso y su puesta privada en escena. Disfrutaba con el sufrimiento innecesario, quería ser un

titiritero y en ese goce gastaba todas sus energías, como si le diera igual hacer desaparecer las pistas. Durante el juicio, la fiscal aseguró que «en casi nueve años de profesión jamás he visto un caso donde hubiesen tantas pruebas y tan distintas apuntando a una misma persona», como la colilla de Camel *light* con restos de ADN al lado de la primera víctima, una huella palmar en la bolsa con que tapó la cabeza a María Teresa de Diego o las llaves de las esposas empleadas el 22 de enero, halladas en un registro a su cuarto del carrer Llevant.

Pérez Rangel también robó las tarjetas de crédito a María Teresa. El dispositivo policial requería de más elementos para poder dar en el clavo, y de nuevo las cámaras corrieron en su ayuda, esta vez en un cajero con circuito interno del carrer Fontanella y en El Corte Inglés, a menos de veinte metros, casi en plaça de Catalunya. Medía un metro setenta, tenía los ojos claros y para ir a por él solo faltaba dar con su nombre, aparecido en una comprobación sobre los clientes con acceso al *parking* .

Lo detuvieron el 30 de enero en la ronda Litoral, cuando volvía de comprar junto a su madre. El piso reveló aún más indicios, como la libreta con los horarios, unos zapatos manchados de sangre y recortes de periódico para alimentar su vanidad.

Durante esas semanas de 2003 se especuló mucho en torno a una hipotética continuación de los asesinatos de no haberse efectuado el arresto. Este dato, como hemos visto con otros ejemplos a lo largo del ensayo, es de aquellos con hechuras para englobarse dentro del relato mítico, pero no puede determinarse de modo empírico pese a sus apuntes y al creciente perfeccionamiento de sus sádicos métodos, como si a cada jugada quisiera ampliar su apuesta, un cruel más difícil todavía.

Por eso mismo el móvil nunca estuvo claro. ¿Era simple sibaritismo de verdugo? ¿Lo esencial era el dinero? Quizá lo segundo condujo a lo primero. El 23 de diciembre de 2004, la Audiencia de Barcelona lo condenó a 52 años y nueve meses de cárcel, de los que podría cumplir un máximo de treinta entre rejas, según lo establecido en el Código Penal.

Extraordinaria gravedad de los delitos, reiteración de los mismos, brutalidad de la ejecución y peligrosidad del acusado eran algunas de las perlas de la sentencia, donde también quedaban incógnitas, como el móvil o la implicación de más personas, duda desde la ausencia de cámaras en el aparcamiento y la defensa de Rangel, inmoral hasta mostrar la hoja de antecedentes penales de Ruperto Bilbao, viudo de María Teresa de Diego.

Los asesinatos de Bertran 28 encajan con otro poco posterior en la zona alta, y esa conexión es geográfica no solo por la ubicación de los hechos, sino por ese contraste de desigualdades sociales entre asesinos y víctimas. En Rangel esta diferencia, sobre todo por su rechazo al origen, pudo influir en sus actos, desde la misoginia y la frustración vital por no poder ser como ellas, un poco como en esa frase de Josep Pla sobre los balcones, con los ricos barceloneses teniéndolos sin asomarse, y los pobres siempre en la barandilla para respirar en el aire las carencias de sus apartamentos.

Con el crimen del cajero se cambiaron las tornas. Tres niñatos ricos quemaron viva en una sucursal bancaria, paradojas del capitalismo, a una indigente, un ángel caído tras saborear las mieles del éxito.

El carrer de Guillem Tell es otro miembro del club de las fronteras. Su inicio linda con Gràcia, pero pertenece a Sant Gervasi. Justo en su ecuador, en el número 28, la oficina de un

banco condensó durante pocas horas muchos factores de hondo calado en las preocupaciones ciudadanas.

Sobre las diez y diez de la noche del 15 de diciembre de 2005, María del Rosario Endrinal Petit, de cincuenta años de edad, accedió al interior del cajero automático de esa sucursal de La Caixa. Quería pernoctar, y se aposentó en el ángulo derecho del habitáculo acristalado.

Durante la primera parte de su existencia, tuvo una trayectoria *in crescendo* y meritoria, con un cargo de secretaria de dirección en una gran superficie comercial francesa. Se casó, y en 1981 nació su hija, Chantal. No sabemos el momento de su implosión. Según una crónica de la época, emigró a Francia por amor, y al regresar a Barcelona no tenía familia, hogar ni trabajo. Vivió con una tía, no pudo pagar ni la luz ni el gas y terminó en la calle; hacia 1995 acudió a los servicios sociales, y en 2000 le propusieron ir a una casa de acogida, pero se negó por querer permanecer lejos de cualquier norma o sistema. En las muy esporádicas llamadas a sus familiares, cada vez más dilatadas en el tiempo, se la percibía confusa y poco coherente. Cuando las personas pierden su marco de referencia tienden a rechazar imposiciones y el control de su hábito. A mayor edad, más difícil resulta superar ese escollo, unido a otros como el alcoholismo crónico de muchos vagabundos, como en el caso que nos concierne.

En los meses previos a la noche del cajero, había delimitado un radio de acción bastante amplio, de la plaça Borràs de Sarrià hasta el Putxet y sus aledaños. Ese 15 de diciembre de 2005 debía transcurrir sin contrariedades. El cajero estaba en los bajos de una finca donde se estaba realizando la limpieza de la fachada, por lo que estaba llena de andamios. Para esta tarea se usaba disolvente, que se

almacenaba en bidones de plástico azul de veinticinco litros. Se podía acceder a ellos escalando el andamio hasta la primera planta; en cualquier eventualidad, era una tontería, con las condiciones meteorológicas de aquel invierno, una temeridad de borrachos, y, en otra opción —*a priori* improbable—, el mecanismo hacia un encarnizamiento con poso fascista, entre sonrisas de los implicados.

Dos de ellos eran Oriol Plana, de infancia colapsada por problemas familiares, y Ricard Pinilla, mayor de edad desde hacía poco tiempo. En una entrevista concedida en 2016 a Juan Manuel García para *La Vanguardia* , Pinilla relató vivir la transición entre la adolescencia y lo adulto desde dinámicas muy destructivas, sin valor para decir basta. Fue expulsado de cuatro centros educativos, tenía la autoestima por los suelos y se mezclaba con grupúsculos nazis y fascistas de la zona alta. Su familia no estaba tan estructurada como se dijo y él se martirizaba por su impotencia para romper con esas dinámicas, cobarde por no dar con la fórmula para frenarla.

Oriol y Ricard ya habían vejado o agredido a otros indigentes. Iban al mismo instituto y se habían hecho más o menos amigos en un cibercafé, donde era conocida su afición compartida a los videojuegos, sin despreciar las oportunidades para una buena fiesta. El viernes 16 de diciembre a la una y cuarenta minutos de la madrugada, entraron en la sucursal bancaria para, según la sentencia, menoscabar la integridad física y moral de la señora Endrinal, increpándola por su desaliño, mofándose de su mal olor, escupiéndola y pateándola mientras Oriol le lanzaba objetos facilitados desde el exterior por Ricard, como una naranja, una botella de plástico de dos litros con restos de líquido y un par de conos de señalización viaria.

Hubo un breve forcejeo por el control de la puerta y Rosario consiguió cerrar el pestillo. Ricard y Oriol fueron a un bar de la cercana plaça Molina, les denegaron el ingreso en una discoteca y jugaron unos futbolines junto con otros amigos, entre ellos el menor de edad Juan José Mena, el cebo idóneo para su plan.

Recuerdo cómo durante esas semanas el caso levantó gran polvareda. Se habló, con escándalo bastante ignorante, sobre el consumo de absenta y no pararon de emitir las imágenes de la grabación del cajero, una *snuff movie* de 38 minutos.

Mena no había sido visto antes por Rosario, y así fue como quisieron, y por desgracia lograron, engañarla para franquear el paso y anularle toda autoprotección. Para ello, Ricard y Oriol se ocultaron entre los andamios y su cómplice adolescente golpeó la puerta con gestos de querer sacar dinero, convenciéndola para abrirle. En el interior, fingió operar y salió para dejar el acceso como si estuviera cerrado, con esos mínimos centímetros de separación, un susurro, el mismo que permitió la segunda agresión de Plana y Pinilla contra Endrinal, esta vez con palos o tubos de cartón rígidos sacados del contenedor de la obra. La víctima dormitaba en el suelo, desvalida ante esa avalancha sin fin de incongruencia. La superioridad de los jóvenes era descomunal, otro agravante para su colección cuando los detuvieron, poco después de los hechos.

Esta primera secuencia dura ocho minutos. Acto seguido —eran las cuatro y veintinueve minutos de la madrugada—, Ricard y Juanjo fueron a por otros amigos del grupo, y Oriol se quedó en las inmediaciones. Diez minutos después volvían, solos. No perdieron el tiempo. Pinilla y Mena se hicieron con uno de los bidones con, como mínimo, cinco de litros de disolvente compuesto de acetona, acetato de etilo, metanol y

tolueno, sustancias aceleradoras de la combustión. Lo destaparon, olieron su contenido y volvieron al cajero. Pidieron fuego a un transeúnte y Mena accedió al interior a las cuatro y cincuenta y siete con quince segundos. Catorce segundos más tarde corrió como alma que lleva el diablo. El disolvente se diseminaba por el habitáculo, a centímetros de Rosario y su lecho entre cartones. Oriol, con semblante serio, aguantaba la puerta y Ricard tiró la colilla para culminar el incendio, riendo. Endrinal fue quemada viva. A las cuatro y cincuenta siete minutos con cuarenta y un segundos, el sistema de seguridad quedó completamente calcinado, sin funcionar mientras su punto central de combustión alcanzaba más de cuatrocientos grados. Fundido en negro.

Sobran las palabras. Ricard y Oriol se fueron sobre las seis de la mañana a Zaragoza, donde el segundo intentaba superar su turbulento pasado entre la separación paterna, quedarse a cargo de un tío alcohólico, ingresar en un centro de acogida y recalar en la capital maña, junto a su padre. Había bajado a Barcelona para visitar a sus colegas.

Fueron detenidos entre el domingo y el lunes; Juanjo y Ricard, en una fiesta. Lo tenían muy crudo siquiera para reducir la petición las correspondientes fiscalías. Mena debía ser juzgado por un tribunal de menores, pero lo impidió el acuerdo entre defensa, fiscalía y acusación particular para fijar la condena en el máximo de ocho años de internamiento.

Ricard y Oriol fueron sentenciados a diecisiete años de prisión por asesinato cualificado con alevosía y delito de daños dolosos cometidos mediante incendio. Ante el tribunal alegaron querer gastar una broma, con Juanjo acusándolos de ser los verdaderos autores del crimen. Debían indemnizar con 26.719 euros a La Caixa, correspondiéndoles 46.000 a la madre y la hija de Rosario Endrinal.

En la época de los hechos había entre setecientos y ochocientos mendigos en las calles de Barcelona.

Los sicarios de Santaló o la trastienda de la Barcelona global

La Barcelona de 2005 a 2010 era una ciudad atormentada. En 1997, Pasqual Maragall «abdicó» en favor de Joan Clos, integrado en su equipo y brillante en la gestión del torbellino político por la crisis de la heroína durante los años ochenta, cuando era concejal de Ciutat Vella, el distrito más afectado por la plaga de esa droga.

Clos, al menos en su imagen, era el polo opuesto del mejor alcalde de la Ciudad Condal, siempre en los altares, si bien no debe nunca soslayarse su contribución, dándole carrerilla, al proceso de transformar Barcelona en BCN, potenciado durante el mandato de su sucesor. A su llegada, la gente de Gràcia aún se quejaba si en las fiestas del barrio había demasiados chicos de Les Corts o Sarrià; cuando en 2006 cedió el bastón de mando a Jordi Hereu, las protestas eran por la masificación turística entre las calles engalanadas. La metáfora resume toda la mutación de esos años, con la ciudadanía entre cantos de sirenas de marquesinas y proyectos y la promoción internacional convirtiéndose, además de en marca, en una olla a presión, pues al fin y al cabo Barcelona es una ciudad pequeña si se la compara con otras destinaciones mundiales. Con el hechizo de su escaparate, llevado al paroxismo con la filmación de *Vicky Cristina Barcelona* y la participación del presupuesto municipal en la postalita, desoyó los avisos sobre el riesgo de tanta autocomplacencia y fachada de capas de cebolla. Los barrios, poco a poco, fueron gentrificándose, con unos alquileres inasumibles para los mileuristas, varados

mientras las autoridades vendían una bonanza sin fecha de caducidad.

Clos, en su sed por ser recordado, organizó uno de esos eventos transformadores de Barcelona, el Fòrum Universal de les Cultures de 2004. Si en 1992 los Juegos Olímpicos abrieron la ciudad al mar, ahora tocaba revestir su segundo tramo, hacia el Besòs, con una remodelación de cabo a rabo, apoteosis de lo aséptico, engaño con mucho de especulación inmobiliaria y una vista bonita, eso sí, sin reconocer ninguno de los rascacielos hoteleros. Las viviendas de ese lavado de cara no tuvieron mucho éxito; lo importante era vender esa propaganda festiva nada precipitada. La capital catalana era el no va más del buen rollo, con un nuevo verbo inscrito en los muros para loar las maravillas del Raval, sin mencionar ni por asomo su delincuencia rutinaria, y el alcalde en un carnaval por passeig de Gràcia junto a Carlinhos Brown, un brasileño más en los años del Barça de Ronaldinho, antesala de Messi, guinda para el parque temático.

El Fòrum solo llenó su recinto durante los últimos días del evento hasta poder, eso dijeron, cuadrar las cuentas de tanto fasto más bien cretino. Toda esa extensión debía emplearse como fuera, e incluso un año propusieron usarlo para montar las fiestas de Gràcia, otra poesía a la negligencia municipal con las identidades y su amor a rentabilizar cualquier oportunidad que se le pusiera a tiro. Por suerte, la iniciativa no prosperó.

Clos y Hereu cohabitaron en Cataluña con los tripartitos de izquierdas, configurados por el PSC, ERC e ICV y presididos desde 2003 por Pasqual Maragall, reemplazado, tras su defenestración en 2006, por José Montilla.

En 2009, la crisis económica nos saludaba, un poco en modo pausa por el retraso del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero en aceptarla, cuando era demasiado tarde para contenerla. El lunes 9 de febrero de ese año yo, casi con treinta años, trabajaba en un centro donde debía visionar películas y calificarlas por edad. Era un censor mal pagado y la única recompensa era el paseo por calles fuera de mi entorno, hacia un edificio con su puerta resguardada entre feísimos pilares.

Para llegar a ese templo del séptimo arte debía correr como un loco por la parte de Travessera de Gràcia hacia la plaça de Francesc Macià. Ese lunes 9 de febrero hacia las ocho menos diez de la mañana, quizá un poco antes, vislumbré a un círculo de personas alrededor de un cuerpo tapado. Los presentes susurraban sobre si le habían descerrajado un tiro en la cabeza. Paré pocos segundos. La imagen se me quedó grabada. Tres horas después volví a esa esquina de Travessera de Gràcia con Santaló; dos chicos se peleaban con una joven asustada por el tirón de su bolso. Había manchas de sangre a centímetros de la tapa de la cloaca roja y relacioné los dos episodios de esa mañana, equivocándome.

El crimen de Santaló fue el que, en su momento, me hizo meditar sobre la posibilidad de comprender la ciudad a través de los asesinatos y después, con más conciencia de su trayectoria contemporánea, mediante la violencia también de tipo político, pues ambas tienen imbricaciones y recorren el mismo decorado desde líneas no siempre divergentes. La idea surgió del asesinato de Félix Martínez Touriño. Su trama tiene un vector fundamental, pues está relacionado con el estallido de la crisis económica y la paulatina, sin mucho sosiego, degradación del pacto social, con los ricos más aposentados y los demás en barrena. En esto, la globalización de ese instante inundaba la atmósfera, y quizá también lo hacía porque el

asunto fue encargado a un sicario colombiano. Interpreté estos movimientos de la crónica negra como un regreso definitivo de unas componendas internacionales mafiosas. En realidad, nunca se habían ido y el caso no era precisamente eso, sino más bien una pirueta rocambolesca tanto por su gestación como por su espectacularidad, y si, más allá de las fronteras, algo comparten los sucesos de este capítulo es su impacto visual, como si fueran secuencias de una película, algo realzado por el omnisciente rol de las cámaras de vigilancia.

El asesinato de Santaló, como esbozaba, acaeció en el preámbulo de la Gran Recesión. Otro rasgo específico y nada frecuente en Barcelona era lo del disparo en plena calle, a imagen y semejanza de Río de Janeiro, Cali u otras urbes más avezadas a este formato delincuencial.

Félix Martínez Touriño murió con treinta y seis años. En abril de 2008, había sido designado director general de la francesa GL Events CCIB S. L., sociedad gestora del Centro de Convenciones Internacional de Barcelona, situado en el recinto donde se celebró el Fòrum Universal de les Cultures.

Este madrileño era un barcelonés más. Este técnico de empresas y actividades turísticas, máster de Gestión de Empresa por la Cámara de Comercio de Madrid, dio sus primeros pinitos en el sector hotelero como recepcionista en un hotel de la cadena AC. Antonio Catalán, presidente del grupo, narraba la singladura de ese hombre capaz de sacar tiempo al tiempo y hacer méritos a base de talento y tenacidad, con varios puestos en algunos de los establecimientos más en boga de AC hasta encargarse de su gran joya en la Ciudad Condal, el AC Barcelona —valga la redundancia—, para, a continuación, aceptar una oferta de Barceló, donde permaneció hasta su nombramiento en un cargo hecho a su medida, con beneficios desde los primeros meses y una proyección

personal muy notable al combinar su labor directiva con la docencia de una asignatura de Organización de Congresos y Convenciones en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Martínez Touriño era, según sus empleados, persistente, sociable y muy carismático; vivía con su novia a pocos metros del lugar donde encontró la muerte a las ocho y dieciocho minutos de la mañana de ese lunes de febrero. El ejecutivo salió de su domicilio junto a un portafolio y una maleta de viaje, pues ese mismo día debía ir a Lyon por trabajo para informar a la cúpula de GL Events sobre las últimas novedades, entre ellas quizá el despido del director de Audiovisuales.

Touriño alcanzó la esquina de Travessera de Gràcia con Santaló y el sicario le pegó un tiro en la nuca sin mediar palabra. Cuatro o cinco transeúntes se percataron por el sonido, uno de ellos desahogándose por el *shock* a grito pelado, móvil en mano para llamar a los Mossos d'Esquadra y notificar el suceso.

El asesino, con el rostro cubierto con una prenda confeccionada manualmente para la ocasión, corrió mientras se deshacía de todo elemento inculpatorio. Tiró la pistola y el pasamontañas en el saco de escombros de una obra y perdió el cargador en su huida, seguida por testigos, de gran ayuda al mencionar cómo ese tipo alto, corpulento y con el pelo muy rapado se había apoyado en el capó de un taxi hasta dejar marcas de su huella palmar. La abundancia de cámaras en el área, con la Diagonal a menos de veinte metros, propició la identificación facial, si bien durante meses la investigación comandada por Josep Lluís Trapero no trascendió a la prensa.

El 29 de junio de 2009, fue detenido Manuel Moreno Blancas, de cuarenta y tres años, el Manolo para la gente del

mundo audiovisual, su campo de maniobras tras una infancia y adolescencias sin brillo alguno en L'Hospitalet de Llobregat. De ser un BBC, bodas, bautizos y comuniones, pasó a una empresa, donde fue expulsado por robar material para revenderlo.

En 2004, acarició la cima al ser nombrado jefe de contenidos audiovisuales del CCIB. Estaba en el mismo cielo, responsable de su especialidad en el mayor centro de congresos del sur de Europa, cien mil metros cuadrados con aforo para quince mil personas, eventos de resonancia internacional como el Primavera Sound y marcas como Danone y SEAT en su cartera de clientes. Todo lo mejor estaba en su mano. Organizaba espectáculos de gran formato, y por ello las partidas destinadas a la técnica eran muy altas, por lo que él aprovechaba para montar chanchullos de peso, exigir comisiones y descuentos desorbitados a los proveedores del centro y emplear material del CCIB para actos al margen del mismo. No contento con ello, daba trato de favor a sus allegados, de amigos a familiares, hablándose en los periódicos de si quería montar un negocio, algo desde mi punto de vista improbable, pues su sueldo anual era de ochenta mil euros y el dinero negro de sus triquiñuelas le proporcionaba casi la misma cantidad.

Martínez Touriño, buen gestor y leal compañero, quería parar ese despropósito. El Manolo era un déspota. Trataba a sus compañeros como esclavos. Su departamento estaba aislado del resto y su despacho quedaba fuera del núcleo de operaciones. Vigilaba a todos sus subordinados y era sinónimo de conflictos. Iba a ser despedido. Debía actuar.

Sabía estar contra las cuerdas desde meses antes del crimen. La novia de Martínez Touriño, a quien el asesino le dio un sentido pésame, identificó en una rueda de reconocimiento a

Sahid Sánchez, el cuñado de Moreno Blancas, por haberlos interrumpido durante una cena para comentar, supuestamente, la venta de un coche. Esa no fue la única vez que el tal «Óscar» se entrometió en sus vidas.

Óscar, siento no haber dado más emoción al asunto, era Sahid Sánchez. En los años noventa cumplía su peaje por narcotráfico en la cárcel y conoció a una enfermera, María del Pilar Moreno. Al salir, nueve años después, fueron felices, comieron perdices, se casaron y tuvieron dos hijos. Él nunca perdió del todo su relación con el hampa y pudo reclutar a dos albañiles de Madrid, en principio enrolados para cobrar una deuda a cambio de una cantidad económica indeterminada.

Ya en Barcelona parlamentaron con Sánchez y se detonó la verdad. Jorge Andrés Madrid y Yader Jair vinieron en coche y luego no supieron negarse a la proposición, a culminar por el primero, un colombiano inexperto de veintidós años y, sin embargo, puntilloso en la ejecución de la tarea encomendada. En ese instante del 9 de febrero, un obrero sin recursos y un directivo chocaron sus itinerarios sin mirarse a los ojos.

En el juicio, declaró que Moreno le entregó el arma y una foto de Martínez Touriño en un parque de Cornellà. Esa misma tarde de sábado le faltaron agallas para disparar al estar el objetivo junto a su pareja, y durante el domingo no pudo dar alcance al vehículo del directivo en los alrededores del CCIB. Como pago por su disparo cobró nueve mil euros, aunque tres mil se los repartieron los otros colaboradores necesarios.

Madrid escapó a Colombia. Lo detuvieron a su regreso. Su compatriota Sánchez, realizador del seguimiento a Martínez Touriño, lo imitó, quedándose hasta la extradición una vez su mujer fue detenida.

Ambos tenían muchas papeletas para ser culpables. María viajó a Colombia el 12 de febrero, regresó en marzo y al cabo de poco tomó otro avión al país sudamericano. Antes, dio de baja a sus hijos en el colegio, y no había ningún motivo explicable para tanto trasiego, ni siquiera un nuevo empleo. La hermana y el cuñado de Moreno tuvieron esa primavera de 2009 muchas penurias económicas, entre otras cosas al no pagarles Manuel lo prometido, quejándose por ese incumplimiento, tal como consta en el registro de sus llamadas telefónicas.

La sentencia se desarrolló como un trifásico. En junio de 2012, un jurado popular, compuesto por seis hombres y tres mujeres, condenó a dieciocho años a Manuel Moreno como inductor del crimen, quien con «perseverancia e inquebrantable voluntad delictiva» quería quitarse de en medio al director del CCIB para evitar su despido, debido a su gestión despótica y opaca.

A Jorge Andrés Madrid le tocaron en gracia veinticuatro como autor material, mientras que Sahid Sánchez recibió trece, y Yader Jair, dieciséis como cooperadores necesarios. Fue absuelta la hermana de Moreno. En julio de 2013, el Tribunal Superior de Justícia de Catalunya elevó las penas a Moreno hasta los veintidós años, y de Sánchez y Jair, hasta los quince y veinte; y mantuvo los veinticuatro para Madrid. El Tribunal Supremo lo confirmó en mayo de 2014.

Cuando mataron a Félix Martínez Touriño, no supe si el delito era la punta de lanza de un perfil como fruto de la globalización económica, y tampoco podía aseverarlo de ningún modo al ser —sigue siéndolo— un caso aislado. Los casi veinte años analizados en este capítulo rebosan de crónica negra hilvanada con, como en los anteriores decenios tratados, las metamorfosis sociales y antropológicas de Barcelona. Para

la década siguiente todo era posible, pero a la postre la violencia no intimó tanto con la sangre y suscitó dos últimos debates, uno de corto y otro de largo recorrido para complicar más aún la madeja de este ensayo, siempre al acecho de los requiebros condales, repentinos y previsibles con la mirada reposada y el pasado siempre presente.

11

Poco a poco se hacen las cosas: la década acumulativa (2010-2019)

En 2010, la Barcelona posolímpica cumplió la mayoría de edad, y a simple vista gozaba de extraordinaria salud, belleza incalculable y una buena cuenta monetaria por el siempre más incesante cortejo turístico. Ese año se contabilizaron quince millones de pernoctaciones en la Ciudad Condal, cifra aumentada aproximadamente en seis millones más en 2019, acorde con el auge de los hoteles, que pasaron de los 118 establecimientos de 1990 a 427 en 2018.

Durante el primer lustro del decenio, el debate entre Barcelona y BCN se mantuvo firme en el candelero, acentuándose con la alcaldía de Xavier Trias, ganador de las elecciones municipales de 2011, que se impuso al candidato socialista Jordi Hereu. Este último fue penalizado, además de por el desgaste de su partido, en el gobierno de la capital desde 1979, por la convocatoria de un referéndum cuando no estaba de moda sobre la reforma de la Diagonal, una asignatura aún pendiente durante la alcaldía de Ada Colau, con el tranvía como caballo de batalla para unificar la avenida y hacerla más sostenible.

Hereu cometió en ese asunto varios errores de bulto, como no plantear de inicio una opción negativa, a la postre ganadora de ese triste plebiscito, una paradoja dado el furor de algunos con el tema a lo largo del período glosado en este capítulo, donde solo participó el 12,17 % de la ciudadanía.

Hereu no fue tan mal alcalde, y sin mucho ruido sentó las bases del futuro más remarcable desde el presentimiento de un paradigma sostenible a las puertas. Trias, primer alcalde de Convergència i Unió, fue el portavoz de entregar Barcelona al capital privado, y muchas serían las enmiendas a su gestión, pero como este no es el lugar para hacerlo creo que al menos con tres proyectos podrá entenderse su mensaje. El primero consistió en cambiar la calzada del tramo más concurrido de la Diagonal, entre el cruce con passeig de Gràcia y la plaça Francesc Macià, con baldosas confeccionadas para favorecer la circulación de los ciegos. Como comprenderéis, no tengo nada en contra de los invidentes, aun así quien conserva la vista siempre tiene la sensación de elevarse con muchos números de volar hasta caer al suelo. Vale, he sido algo exagerado. Es así, y fue una reforma desangelada sin ninguna implicación de los habitantes.

El segundo invento de Trias fue la remodelación, para embellecerlo y reparar una relativa dejadez, de passeig de Gràcia, impulsado para reforzar su carácter de meca del *shopping* , y de este modo su abandono fue la respuesta de los barceloneses, a quienes si encuestáramos nos comentarían su disgusto por la masificación de ese antiguo enlace entre Barcelona y los pueblos del llano.

Los privilegios para el centro se enfocaban desde lo económico, quedándose el núcleo central de l'Eixample y la Rambla como feudo de los visitantes. Y en esta línea se encuadraba su tercera medida estrella: un abortado cheque en

blanco para trazar una línea de tres kilómetros, del obelisco de la Diagonal hasta el Born, con hoteles de lujo, fantásticos para ingresar más aún de los visitantes y nefastos para evitar las desigualdades sociales, propulsadas durante esos años negros y eufóricos. Pocos éramos los que alzábamos la voz para denunciar ese ahínco por hacer de la ciudad un mercado persa para firmas internacionales y dinero contante y sonante, con los barrios expulsados de las ambiciones de la administración, colaboradora de alto nivel con la Generalitat en su incansable propaganda independentista, no en vano, como sucedió durante el tripartito, ambos lados de la plaça de Sant Jaume eran de la misma formación. Gobernar para locales con una ideología y viajeros sin ninguna propiciaba poco espacio para las urgencias sociales. De los recortes —ya tendremos tiempo de hablar de ellos—, se pasó a las esteladas, paripé catastrófico también en otros aspectos como el cultural, con las mismas constantes del 2000 y una egolatría aceptada por muchos jóvenes «intelectuales», algunos subidos a la moto hegemónica para medrar y otros iluminados por su propia modernidad. Eran muy de festivales musicales, exposiciones sin gancho pese a promocionarse como la panacea universal y una americanización del gusto maquillada por eventos de los centros museísticos, condicionados por la situación política e inútiles, si bien se aprecian síntomas de mejora, para revertir tanta satisfacción por conocerse, algo trasladado a la cotidianidad más prescindible mediante los *hipsters* , cuyo vacuo neoconservadurismo teñido de elogio al consumo desmedido entroncaba con la mayoría del discurso de los gobernantes. Quien disentía en el páramo era relegado al ostracismo, sin paliativos.

Esa unanimidad en la ineptitud era palpable en todos los ámbitos. En otoño e invierno, l'Eixample tiene una

iluminación, de tan mala, descacharrante. A veces me siento solo en las quejas, pero basta con caminar por sus calles para darse cuenta de cómo la baja potencia de las farolas disminuye por los árboles hasta oscurecer todo el trazado concebido por Ildefons Cerdà, peligroso para el peatón por ese motivo, a tientas en vez de seguro.

La década de 2010 ha sido pródiga en violencia criminal, con ciertas diferencias de relieve con las anteriores. Si en el pasado uno o dos crímenes podían simbolizar la era, en esta la cantidad se impuso desde lo variado, sin tantos asesinatos memorables y muchos otros cotidianos para alarmar en intervalos muy definidos. Por otra parte, lo delictivo no ha resaltado tanto por las circunstancias históricas, desde las revueltas en algunas barriadas hasta los atentados de la Rambla el 17 de agosto de 2017, sin desdeñar, cómo hacerlo, el monopolio mediático del *procés* separatista.

En febrero de 2010, se produjo una de estas oleadas en l'Eixample. La primera tuvo como escenario una confluencia donde el nomenclátor se trastoca hasta para sus expertos. La Diagonal es una línea recta que, en ocasiones, se cruza y engulle otras calles aledañas, como en el tramo donde convergen Bruc con Provença. Ese rincón, con vistas a la excepcional Casa de les Punxes de Josep Puig i Cadafalch, es un pueblo en miniatura por sus negocios y la fuente con la estatua de dos hermanos, con la chica lavándole la cara al chico, negro con ganas de emblanquecer.

Justo detrás de este grupo escultórico de Eduard Baptista Alentorn, conocido popularmente como la Font del Negret, hay unos banquitos, un estanco, una peluquería, un hotel y unas terrazas. Estas últimas son del bar Joan. Hasta el 22 de febrero de 2010, sus dueños eran María Carles, de ochenta y cinco años, y Josep Foix, de cincuenta y cinco. La madre solo

podía caminar trayectos breves, con dificultades para mantenerse erguida, mientras el hijo se hallaba al borde de la ceguera. El local tenía algo de granja para el vecindario, con meriendas y desayunos en sillas plastificadas, televisión para quien no la tuviera en los sesenta y la estima de los parroquianos por la bondad de la familia. A las ocho de esa tarde, Angelina, la hermana de Josep, abandonó el bar para ir a preparar la cena en casa, a pocas manzanas de distancia. Josep y su madre se quedaron para dejar todo listo para la jornada siguiente, con la persiana a medio bajar y la luz encendida. Al cabo de dos horas, Angelina se inquietó por ese inhabitual retraso. Eran las diez de la noche y no respondían al teléfono. Cogió a su perrito e hicieron el paseo hasta el Joan. Poco después la portera de una finca colindante escuchó gritos. ¡No puede ser, no puede ser! Salió a la calle y vio a la hija de María manchada de sangre, desorientada y en *shock* .

Habían matado a sus familiares, masacrándolos con un objeto contundente y mucho ensañamiento. Los taburetes saltaron por los aires; la máquina tragaperras, la de tabaco y la caja recaudadora habían sido desvalijadas. La escena era terrorífica. María estaba tumbada de costado en el suelo, con la cabeza abierta; Josep, bocabajo, envuelto en un charco de sangre.

Llamaron a los *mossos* a las once y cuarto. El marco era bestial. Los agentes de la científica se demoraron hasta la hora de comer del día siguiente para rellenar tres cajas con efectos intervenidos a la búsqueda de pistas.

Los asesinos, aunque no puede despreciarse la intervención de un lobo solitario, querían robar y aprovecharon las vallas de las obras del AVE, molestas por estrechar toda la vía pública de la zona, y la tranquilidad de esa hora —justo ese punto es

uno de los más lóbregos de l'Eixample— para efectuar un robo irrelevante pese a la carnicería perpetrada.

Si los *mossos* hubieran localizado a los criminales quizá la matanza del bar Joan figuraría con letras de oro en la crónica negra barcelonesa. Sin embargo, su trascendencia para la misma con relación a la década está en su irresolución, como muchos otros casos del momento, al fin y al cabo algo más o menos normal, pues los libros, como este, suelen contar investigaciones sin aristas, quedándose el misterio relegado al instante de su inquietud.

Durante esas semanas el sector derecho de l'Eixample vivió en vilo. El 25 de febrero, hacia las diez y media de la noche, hombres armados con escopetas asaltaron un prostíbulo chino en el número 429 del carrer Aragó, finca donde un año antes se había clausurado en los bajos el mismo burdel, trasladado al principal primera, donde los malhechores entraron haciéndose pasar por policías. Eran de Europa del Este y querían obtener un botín fácil, pero al toparse con resistencia de las meretrices, el alboroto desbarató su cometido. Una patrulla de seguridad ciudadana acudió al lugar, y una prostituta les abrió la puerta mientras los ladrones intentaban fugarse por el patio interior. Estos saltaron a unos pequeños habitáculos de pladur; a continuación, caminaron sobre el techo de los coches antes de pisar de nuevo la calle; uno de ellos se hirió mientras los otros le indicaban la ruta hacia el carrer de Sardenya. Los *mossos* organizaron un dispositivo tipo jaula para darles caza. Hirieron a dos y pudieron hacerse con documentación y joyas de las chicas del lupanar oriental, desvelándose —ahora es algo asumido con mucho cachondeo por la concurrencia— la conexión entre las peluquerías y estas casas, ambas, como habrán intuido, emparentadas por el sexo de pago.

Lo peor de esas dos semanas de furia estaba por llegar. Si le preguntas a un barcelonés sobre el lunes 8 de marzo de 2010 su respuesta será nieve. En la capital catalana los copos son una rareza, y ese lunes quedó grabado en la retina por todas las fotos subidas en las redes sociales entre paisajes e improvisados deportes de invierno. Esa tarde, Juan Manuel Gálvez Escabia, de treinta y un años y nacionalidad española, quería diversión, y tras navegar un poco por páginas de contactos le llamó la atención una prostituta rusa de lujo, María, morena, de gran belleza y siempre muy bien vestida. Trabajaba en el tercer piso de una finca modernista rehabilitada en el carrer València, aunque por la descripción en los medios parece otra de una calle más arriba, propiedad de la inmobiliaria ICASA, con viviendas de alquiler y el reclamo de pisos de alto *standing* con jardín y piscina.

María desarrollaba su actividad en un centro de masajes tailandeses, cuyos precios oscilaban entre los 60 y los 240 euros. Una compañera la encontró muerta. Gálvez Escabia arremetió contra ella en una de las habitaciones de la vivienda, atacándola de forma sorpresiva y golpeándola reiteradas veces con un martillo, lo primero que encontró a mano en su demencia, en la zona craneal y facial derechas. Murió como consecuencia de los graves traumatismos craneoencefálicos propinados por el asesino, que le oprimió el cuello con un cojín o una almohada. La víctima no pudo realizar ningún acto de defensa.

El victimario tenía un vasto historial de adicciones, y antes de la cita había consumido cocaína, marihuana y hasta seis cervezas. Tras su delito, bajó a una panadería para comprar cruasanes, volvió a subir al apartamento y ofreció a una compañera de María el teléfono móvil de esta para pagarle por sus servicios. No sabemos si llegaron a un acuerdo. Durante

las horas siguientes fue reconocido por un taxista, las panaderas y otra meretriz, quienes no apreciaron alteraciones mentales en el perseguido, prófugo en la localidad argentina de Salta, donde había rehecho su existencia y subsistía como empleado de un taller mecánico.

En marzo de 2012, fue condenado por un jurado popular a dieciocho años de cárcel por asesinato con alevosía, debiendo indemnizar con cien mil euros al marido y con diez mil euros tanto a la hermana como a los padres de la desdichada.

Entre 2010 y 2015, fueron asesinadas 31 trabajadoras sexuales. Este tipo de homicidio tiene cuatro tipologías: feminicidio por prostitución, trata, íntimo y transexual. Los medios solo los mencionan de modo muy puntual, como si no fueran violencia de género; de hecho, para dar con la sentencia removí cielo, mar y montañas.

Muchas son las mujeres damnificadas por deber recurrir, a la fuerza y sin ella, a esta profesión, y en Barcelona podemos englobarlas en pisos o la calle. En el primer caso, como hemos visto, están los clubes y las chicas independientes. El segundo se ha limpiado a lo largo del siglo. Si antes cada barrio tenía su epicentro, ahora estos se han reducido sobremanera. El carrer d'en Robador del Raval, clásico porque las chicas se muestran en su seno desde el final de la Edad Media, es el más recurrente cuando conviene señalizar el drama de este colectivo en lucha por regularizar sus derechos y ser más escuchadas. Les denegaron la creación de una cooperativa en la calle donde ejercen y en 2019 una de ellas, la moldava Lily, murió de leucemia. Antes un cliente o un chulo la había golpeado, lo que había acelerado el proceso.

En un punto cardinal u otro el fenómeno de la prostitución barcelonesa también es global, algo comprobable en todas las

webs de anuncios del sector, desde las más vulgares hasta otras de ringorrango. En época de congresos, el aumento de la demanda conlleva la crecida del caché y el aterrizaje de más profesionales, dándose en algunos pisos de l'Eixample un verdadero superávit comprobable por todo hijo de vecino en las escaleras de los edificios, donde el ir y venir choca con la discreción imperante en el oficio.

UNA BICICLETA Y UN MERCEDES BLANCO

Ciutat Vella, configurado por el casco antiguo y el Raval, es un distrito indomable. Si en la Semana Trágica se montaron barricadas en su angosto trazado, un laberinto inmisericorde para los neófitos, ahora sobresale por ser el filo predilecto del turismo de borrachera y casi triplicar a l'Eixample, segundo en liza, en la ratio de la localización delincuencial, con robos y hurtos descollando en el elenco.

La Barcelona de 2010 tuvo una ingente movida poética entre locales nocturnos, asociaciones culturales y librerías de barrio, un tejido cívico que prorrumpió durante el segundo lustro del decenio sin coartar a nadie en recitales abiertos para ágrafos y publicados. La otra cara de todo este caldo de cultivo lírico eran los festivales y los premios, con dinámicas connaturales al *establishment* .

Frecuenté estos ambientes, pero no tuve la suerte de conocer al vate valenciano Salvador Iborra, nacido en 1978 y profesor de un instituto de secundaria de Cerdanyola del Vallès mientras estudiaba un máster en Humanidades. Era licenciado en Filología catalana y había ganados dos premios de poesía con sendas recopilaciones de versos, las únicas en su haber.

Iborra residía en el segundo primera del número 12 del carrer de la Palma de Sant Just, un callejón estrecho y sombrío del barrio gótico. El jueves 29 de septiembre de 2011, había salido y propuso a Javier, el camarero del bar Thales, donde era asiduo, tomar la última copa en su domicilio. El invitado dejó su bicicleta al lado del portal, y cuando bajó ya no estaba. Sospechó de los inquilinos ilegales del principal primera. Llamaron a su puerta, telefonearon a los Mossos d'Esquadra y la buscaron por la calle, con nulo éxito. Al final, Iborra le dio veinte euros en plaça de Sant Jaume para coger un taxi al sentirse responsable de la sustracción.

A las seis y veinte minutos de la madrugada, con el sol insinuándose en ese veranito de San Martín, los *mossos* fueron alertados de que había una persona tendida encima de un charco de sangre en la esquina del carrer de Cometa y el de la Palma de Sant Just. Algunos vecinos medio dormidos escucharon una discusión entre el poeta y dos individuos. El agresor le clavó tres navajazos, uno de ellos en el tórax, hasta afectarle el pulmón y el corazón. Su apoyo sujetaba a Iborra, inmovilizándolo.

La policía halló el piso del poeta con la puerta abierta y el de los asesinos con las luces encendidas, sin nadie en el interior. Los agentes encargados de acordonar la zona se percataron de un muchacho bastante pelmazo por acercarse demasiadas veces al lugar del crimen. Le preguntaron si quería algo y respondió que vivía al lado. Lo dejaron ir. Era el marroquí Saoudi Mardi, el Rubio, detenido ese mismo día, mientras su cómplice, el español Zakaria Yuste, rompía el precinto de la vivienda ocupada y dormía la resaca de drogas y alcohol. Las habitaciones estaban repletas de objetos robados, los últimos mangados la misma noche del crimen.

Ambos se movían en la marginalidad, estuvieron recluidos en centros semiabiertos para menores y carecían de empleo. Los testigos no vieron bien sus caras y la única prueba conclusiva fue la sangre en uno de los zapatos de Saoudi, correspondiente a Iborra. En el juicio de marzo de 2014, Yuste fue exculpado al no poder determinarse su involucración como cómplice. La jueza Ingelmo concedió la absolución *in voce* a Saoudi Mardi, pero tanto la fiscalía como la acusación particular reclamaron su ingreso inmediato en prisión, y desde luego no les faltaba razón. La presidenta del tribunal confiaba en la buena conducta del acusado, hasta entonces muy diligente a los requerimientos bisemanales para controlarlo. El 10 de marzo se presentó por última vez a los juzgados y el 14 se supo de su condena a doce años y siete meses de encarcelamiento por un delito de homicidio con la agravante de abuso de superioridad. Desde entonces se halla en paradero desconocido y pesa sobre él una orden de busca y captura.

El asesinato de Salvador Iborra tuvo repercusión en cenáculos literarios, pero si lo incluyo en esta disección de la década no es tanto por él, sino por su valencia de condensar el tipo de delincuencia hegemónico y acaecer en el territorio donde con más frecuencia se produce. Saoudi y Zakaria tienen los perfiles arquetípicos de los criminales de Ciutat Vella. Con toda probabilidad no querían matar a Iborra, pero una cosa lleva a la otra, y con ello quiero decir que en el cálculo de posibilidades de robos y hurtos matar nunca está descartado del todo, de ahí la correspondencia entre abundancia de muertes violentas por esos barrios, sin duda relacionada con el ya citado incremento porcentual de ciertas acciones delictivas.

La crónica negra del decenio puede diseccionarse a partir de varios estratos, no así sus protagonistas, empeñados en

romper con las normas por ignorar la tradición y depender, como diría Ortega, de su yo y sus circunstancias.

Alejandro Cuartero Gil debió ser un personaje de cuidado, cojo, bigotudo y desmedidamente exhibicionista, en especial con las motos, una de sus grandes pasiones. Vestía siempre con botas de piel de serpiente y un sombrero de *cowboy* que completaba su estética a lo *country* . Trabajó durante años en un taller de automoción y un buen día, como quien no quiere la cosa, puso un anuncio en el periódico para hacer amigos. Le escribió Mònica Claveguera, una funcionaria de la Generalitat. Salieron diez años pese al carácter del hombre, posesivo y tan celoso como para revisar sus correos y las facturas telefónicas para luego contactar con sus amistades y no dejar ningún cabo suelto. Cuando rompieron, en junio de 2011, la siguió a través de un GPS instalado en su coche. Los meses siguientes fueron un calvario transigido. Pese a la separación siguieron acostándose, según ella para quitárselo de encima. No le consideraba peligroso, sino más bien una rémora demasiado pegada al pasado, un ser despechado, posesivo y con tendencias suicidas y automutiladoras, como si tras su relación no tuviera sentido continuar, y así se lo hizo saber en Nochevieja, cuando le mandó un mensaje de texto con una foto: «Estoy al límite, cualquier día me harás apretar el gatillo».

Calibraba su estado psíquico acosándola, sin censurarse, más radical si cabe porque le habían detectado hacía poco un tumor cerebral. Algunas noches dormía en la escalera de sus suegros, pues Mònica vivía con sus padres y con Andrea Calafat, su sobrina de dieciséis años, una chica con una infancia desestructurada porque su madre, retirada en un pueblo de Tarragona, no podía hacerse cargo de ella.

Cuartero estaba celoso de la adolescente y apenas soportaba a Josep Claveguera, de ochenta y cinco años, y a su mujer, Núria Espona, de setenta y ocho. No era directamente animadversión personal, solo los consideraba un obstáculo para retomar su tormentoso idilio.

El viernes 27 de enero, Mònica salió a trabajar, hizo una pausa para comer, fue a la peluquería y a las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde abrió el portal del número 287 del carrer de Sardenya, a tiro de piedra del templo gaudiano de la Sagrada Família. Subió hasta su domicilio, en el segundo segunda. La puerta estaba dos dedos abierta y no iba la luz. Miró hacia el comedor y había una persona sentada en el sillón, de espaldas. Era su madre. Le tocó una pierna. Estaba muerta. Núria Espona tenía la cabeza tapada con una toalla ensangrentada.

Mònica llamó por teléfono a su padre. El móvil sonó, no como el de su sobrina. La sintonía indicaba que el aparato estaba en la habitación de sus padres. Todo estaba revuelto. Cuando iba a salir se giró y vio una mano; era la de Andrea, cubierta con un edredón para tapar la escabechina del asesino, que se había cebado más con la joven. El padre yacía en el dormitorio, con el cráneo destrozado.

Hacia las ocho y media de la mañana, dos vecinas del inmueble mantuvieron una conversación por WhatsApp. Que están cascando a alguien. El yayo está gritando a saco. ¿Quieres decir que están pegando a alguien? Lo que oigo es como si estuviera dando golpes contra la pared o algo. Tía, se oyen golpes y una mujer gritando. Y no era la niña histérica, ¿no? O la niña, o la madre, o la tía, no sé. Pero no parecían los típicos gritos de niña. Y al abuelo se le oía gritar por la escalera. Muy raro. ¡Qué miedo, tía! Vaya follón entre ellos. Ya, ya. No que a mí me pase nada, pero que pase algo grave

algún día. Ya… Pero es la primera vez que oigo algo así, tan a saco. En fin, qué desastre de familia.

Los gritos de Josep Claveguera se escucharon en la escalera. Y sin embargo nadie movió un dedo hasta el descubrimiento de Mònica. Salió corriendo del piso. Necesitaba tomar aire. Apenas podía pensar. Miró su móvil y el primer número del registro era el de Álex, quien llegó quince minutos después con su Mercedes blanco, como en la canción de Kiko Veneno. ¡Ven a casa corriendo que están todos muertos! Supuestamente estaba en su domicilio, cerca del passeig de Sant Gervasi, y a esa hora de la tarde se me antoja prodigioso cubrir esa distancia en tan poco tiempo.

La policía también había hecho acto de presencia. Cuartero, con su modelo con botas de piel de serpiente y sombrero del Lejano Oeste, ayudó a sacar de la escena del crimen al único testigo, el perro Dorge, de raza shi tsu. Durante esas horas los curiosos elucubraron sobre si el can se habría manchado con sangre del culpable.

El vaquero catalán hablaba y hablaba, contento, luciéndose, en su salsa. Hablaba tanto que podían captarse sin pestañear sus ansías de estrellato y la torpeza por responder más de la cuenta. Hizo creer a Mònica que ellos dos eran los principales sospechosos, pero lo cierto es que, si bien se halló sangre en el coche de ella, nunca se valoró su vinculación. Pocos días después, ella fue a un Punto de Información y Atención a las Mujeres del Ayuntamiento de Barcelona por consejo de una amiga. Cuartero la presionó, tanto que el juez ordenó una orden de alejamiento total, y le prohibió siquiera contactar con ella. Entonces se desmoronó.

Tardaron casi un mes en detenerlo. Mientras tanto, demostró ser muy inteligente, si bien menos de lo que creía.

Fue al funeral en el tanatorio de Les Corts y se emocionó. Como intuyó tener pinchado el teléfono, soltaba soliloquios de horas a Mònica para intentar teledirigir la investigación. Pensaba confundirlos al sentirse invencible. Decía no entender cómo los *mossos* iban tan lentos. Los viernes, mientras pudo escribirle, mandaba desde otro dispositivo mensajes de texto de unos presuntos sicarios sudamericanos con advertencias como «Rubia, el bonus era por dos y salieron tres. Nos debes guita, pásate por donde sabes y cerramos *business* ». El léxico era demasiado impostado, como si el redactor hubiese cenado diez diccionarios de tópicos. Las amenazas del hampa desaparecieron cuando no hubo viernes por la prohibición a Cuartero de comunicarse. Los dos móviles coincidían en su ubicación. Domingo Marchena, un excepcional cronista de *La Vanguardia* , bromeaba y atinaba al entender esos mensajes como un modo de incriminarla con el añadido de fastidiarle el fin de semana.

Había tres indicios más. El día de autos, las cámaras de seguridad dispuestas en el perímetro de la Sagrada Família pudieron rastrear su presencia por la cercanía al inmueble del triple homicidio. A las ocho y cinco, aparcó en el chaflán de Provença con Sardenya. Dos minutos más tarde, salió del automóvil, de 1993, encaminándose hacia la casa de los Claveguera, con una bolsa de plástico. Iba vestido de reglamento. Esas cámaras casi ubicuas volvieron a filmarlo hora y media después, mientras sacaba su vehículo en una zona para carga y descarga en días laborables. No lo multaron por llevar un distintivo de minusválido, por su cojera.

Cuartero, de sesenta y tres años en el momento de los hechos, tenía otro complemento en su indumentaria, unas gafas sujetadas con un cordón negro. Los análisis biológicos apreciaron que en el margen superior del vidrio izquierdo,

dentro de la montura, podían hallarse restos de ADN de Josep Claveguera, sin tener valor concluyente, no como en el cordón, con sangre de Andrea. Por último, también analizaron un martillo con el mango de goma, amarillo y negro, donde localizaron tres tipos distintos de trazas hemáticas, de poquísima calidad como para identificarlas.

Cuartero estaba en sus cabales, esto es lo más aterrador, y constituía la apertura de un ciclo, con alguna excepción para confirmar la regla, de normalidad, entrevisto, desde el contraste con la vorágine enajenada de los setenta, durante los noventa y devastado en la primera década del siglo por casos como el del asesino del Putxet, aunque, y eso es muy importante, la quema de la indigente ya preanunciaba ese futuro. El porqué de este nuevo arquetipo daría para decir muchas tonterías, pero más bien deberíamos pensar en la geografía de los sucesos y, poniéndole acento, las motivaciones de los asesinos.

El crimen de la Sagrada Família me hizo reflexionar mucho durante sus primeras semanas, en primer lugar preguntándome por el impulso para cometerlo, el amor o la locura en pos de recuperarlo, y en segundo por lo extravagante de un asesino múltiple tan concienzudo en Barcelona, algo muy singular desde el cotejo a la historia, no tanto política sino negra. Los asesinos de Pedralbes, Lesseps y el Putxet acumularon más de un cadáver a partir de dos o más homicidios separados en el tiempo. En cambio Cuartero lo solventó en hora y media. Hubiera sido un milagro verlo absuelto y en libertad, pero se esmeró en limpiar el arma del delito, y su exceso de confianza, tanto verbal como el derivado de tantas películas de la pantalla al cerebro, se le iba por la lengua. Lo definiría como un psicópata imperfecto o un maníaco en su agonía, dándole todo igual. Su móvil, desde una perspectiva clásica, sería el amor, o

más bien el amor a uno mismo, vapuleado por el rechazo de Mònica. En este sentido, en su inhumana humanidad, cabe resaltar la crueldad innecesaria a la que fue sometida Andrea, a la que golpeó en las zonas donde podía causarle mayor sufrimiento y dolor, mientras que con los ancianos —algo desde mi punto de vista atribuible a la diferencia de fuerza—, no se relamió tanto, sino que fue mucho más calculador y menos enajenado. Su normalidad tenía mucho del momento histórico, en lo álgido de la crisis económica. Un señor quizá con un pasado a ponerse como medalla era una caricatura de sí mismo y quería seguir la comedia de transmitir una apariencia alejadísima de su universo mental, obsesivo y enfermizo, sintiéndose único de cara a la galería y torpedeado por sus demonios internos. La otra normalidad no sé si la tenía, y en caso afirmativo casi la inauguró.

El crimen del carrer Sardenya es, pese a tanta revolución en sus minucias, el más clásico de la década, por su espectacularidad y carácter único, sin crear escuela porque la hegemonía de lo criminal iba más hacia lo callejero y aquí hasta la narrativa, pese a las conversaciones de Facebook y los whatsapps de las vecinas, tiene algo decimonónico, dilatado y muy de cuchillazos internos, todo muy psicológico, o psicótico, no como en lo cotidiano. El crimen de la Guardia Urbana parece de otro milenio. En este sentido el asesinato del poeta Salvador Iborra entronca más con las pautas del decenio, más comprensible desde el día a día y no tanto desde excepcionalidades de alto vuelo.

Durante el juicio, donde lo escondieron tras un biombo durante la intervención de Mònica, había cambiado su aspecto, ahora de venerable anciano, con su sempiterno cordón en las gafas y sin toda la sección de vestuario del *cowboy* motero. El 11 de abril de 2014, fue condenado a cincuenta y nueve años

de cárcel, treinta y cinco por el asesinato con alevosía del matrimonio Claveguera Espona, veintidós y medio por el de Andrea Calafat y otro año y medio por la violencia psíquica ejercida contra Mònica Claveguera. Esta última pena resulta muy relevante en el contexto de la época y es un avance increíble. La lástima es su posición en la parrilla, última, sin visibilidad.

El crimen de la Sagrada Família es una bisagra entre los dos lustros de 2010. Desde entonces no se ha repetido un hecho aislado de ese género. El runrún ciudadano ha ido por otros derroteros y la palabra comodín, siempre al rescate, es inseguridad.

¿FUE TAN INSEGURA BARCELONA EN VERANO DE 2019?

> *On parle beaucoup dans les journaux, des règlements de comptes, a Montmartre ou dans le quartier de la rue Fontaine, parece que les coups de revolver dans la nuit ont toujours, quelque chose d'excitant.* [1]
>
> GEORGES SIMENON,
> *Les Mémoires de Maigret*

Existe en Cataluña un rasgo poco resaltado en los libros de historia política, la facilidad de alumbrar formaciones en instantes con rango de encrucijada. En 1901, la Lliga Regionalista nació tras el Desastre del 98 y un apremio regeneracionista fusionado con nacionalismo conservador para enmendar la inoperancia del sistema turnista en el Principado: la neonata consiguió tener parlamentarios en las Cortes de Madrid, donde terminó por ser una fuerza respetada y afín, desde su diferencia, a los cuadros de mando.

En marzo de 1931, Esquerra Republicana de Catalunya emuló a su rival de derechas en un ateneo del barrio de Sants.

Menos de un mes más tarde, sus representantes ganaron las municipales en Barcelona y subieron al balcón de la plaça de Sant Jaume para ser agasajados por la muchedumbre en el alba de la República, catalana durante un suspiro.

En enero de 2015, eso reza la leyenda, activistas y políticos de la izquierda alternativa, estimulada y en auge en lo más profundo de la crisis por el desgaste del bipartidismo, se reunieron en el bar Viena del carrer Pelai, un clásico moderno. El 15M fue una lanzadera reinterpretada desde muchos matices y variantes. En Barcelona, además de recuperar la acción vecinal, el relato social progresista tenía salida, no como en el resto de Cataluña, donde el *procés* había acaparado el marco. Esta oposición de lo rural y lo urbano, tan esencial a lo largo del siglo, y no solo en Cataluña, hace de Barcelona en Comú un partido con aceptación en el área metropolitana y escasa radicación fuera de la misma.

Esta unión, a la que se incorporó Iniciativa per Catalunya, fagocitada por ese aire nuevo en el proceso de renovación capitaneado por Podemos y sus confluencias, tuvo y tiene como líder a Ada Colau, una de las figuras con más reputación y carisma desde su etapa como rostro visible en la Ciudad Condal de la PAH, Plataforma de Afectados por la Hipoteca, y del verde de sus camisetas pasó al morado hasta ganar contra pronóstico las elecciones municipales de mayo de 2015, imponiéndose por diecisiete mil votos a Xavier Trias, alcalde en el cargo y candidato de Convergència i Unió.

Durante los últimos meses de su gestión, este se desmelenó en su entrega incondicional a las inversiones privadas: las apoyó sin disimulo en el mismo Saló de Cent, aceleró leyes para aprobar que un imponente edificio de passeig de Gràcia fuera la sede de una marca de ropa internacional de bajo coste y firmó el plácet para más hoteles de lujo.

La victoria de Colau se gestó en los barrios, desencantados con el rumbo errático del Partido Socialista de Cataluña, a la deriva durante buena parte de la década, triunfal en 54 de los 73 barrios de la capital, derrotado, como plasmación estadística de las dos Barcelonas socioeconómicas, en Sarrià, Les Corts y en un gran porcentaje de l'Eixample; lo mismo se repitió en los comicios de 2019, con Ernest Maragall, de ERC, que se impuso en estos distritos más pudientes.

Barcelona en Comú y Ada Colau entraron en el Ayuntamiento un sábado con mucha esperanza concentrada en Sant Jaume. A su favor tenían la inteligencia de reivindicar el legado de Pasqual Maragall, casi como un manto protector, y un ambiente municipalista de euforia en la nueva izquierda por dominar las dos principales ciudades del Estado. En su contra intervenían muchos factores, desde el cotidiano del cabreo de los votantes independentistas y conservadores por creer enfrentarse al anticristo, algo mitigado durante la legislatura, y aquello de no ser lo mismo prometer desde abajo que estar en el sillón de mando y deber aceptar con resignación tener muchas limitaciones porque cualquier gran estructura tiene unos mecanismos fijos, de ahí la transigencia y entusiasmo del Consistorio con ferias y congresos, como el Mobile World Congress, el mayor evento mundial de telefonía.

En cuanto a la actuación política, se acertó en rehabilitar muchos equipamientos municipales, invirtiéndose más en los barrios desde esa tesitura, embelleciéndolos con zonas peatonales y una firme apuesta por lo ecológico y la sostenibilidad, un sacrilegio para los talibanes del automóvil, con la consiguiente crítica de descuidar el centro urbano, penalizado por la limitación de nuevas plazas hoteleras en ese viraje hacia forjar más Barcelona y menos BCN.

Esta gestión no pudo librarse, o no supo hacerlo, de los zarandeos del *procés* . Pese a declararse equidistantes, y ejercer de tales a cuentagotas, los capitostes de Barcelona en Comú titubearon, y sin ser abiertamente independentistas compadrearon con ERC y los herederos de CiU. Esto podría entenderse como una maniobra política hacia la estabilidad para sacar adelante los proyectos, muy comprometida por el escaso número de regidores, o un pecado muy grueso de juventud, desilusionándose muchos votantes mientras el PSC, socio de gobierno durante una parte del cuatrienio, volvía a convencer a un nada desdeñable segmento de sus antiguos votantes.

Uno de los grandes miedos de esos temerosos del anticristo era la seguridad, en una tesitura muy comprometida por ese sambenito para la izquierda en el poder consistente en su pánico al uso de la fuerza pública para reprimir problemas de orden como el de los manteros, muy sobreexplotado por la oposición.

Barcelona en Comú se inmiscuyó desde el inicio en la Guardia Urbana para reformular su división de asuntos internos, rebautizada como Unidad de Deontología y de Asuntos Internos, con el fin de adoptar un modelo no solo disciplinario, sino que velara y fomentara la ética y las buenas prácticas entre los agentes, muy reducidos en número, con un descenso de personal cifrado en ochocientos profesionales desde 1991, algo muy perjudicial en una ciudad más o menos con la misma población de entonces y un turismo masificado inédito antes de los Juegos Olímpicos.

A este déficit se unieron otras afrentas, como el desmantelamiento de la Unidad de Antidisturbios de la Guardia Urbana, fundamental en operaciones contra el top manta, la droga y hasta la persecución del terrorista del

atentado de la Rambla. Su refundación envolvía de incerteza a los ciento cincuenta agentes de la unidad.

Durante la segunda parte del primer mandato de Ada Colau, esta carencia de efectivos de la Guardia Urbana obligó a la prefectura a redistribuir a sus hombres más allá de su distrito de pertenencia y a desembolsar mucho dinero en horas extras para poder abarcar toda la ciudad. Aun así, muchas zonas quedaron descubiertas, precarizándose su seguridad en el turno de noche por la mayor atención a Ciutat Vella. Pese a ese refuerzo en el centro turístico con constantes históricas de delincuencia, quizá por la composición socioeconómica y la configuración de calles, aún faltaban policías para realizar labores de prevención ante grupos cada vez más violentos.

Durante casi todo este período, la sensación de inseguridad se asoció con el incremento de los robos con violencia, 14.750 en 2019, a un ritmo de cuarenta diarios, *in crescendo* desde 2016, la mayor atención prestada a las agresiones sexuales, a una media de una cada dos jornadas, y la creación de una atmósfera indefinible aunque consciente de menos tranquilidad al pasear por las calles, con más denuncias por tráfico de drogas, 527 en 2019, y a un aumento continuo de la tasa de delitos, de un 17 % en 2018.

El Raval, pese a gentrificarse, no había completado su «higienización». La homónima rambla quedaba muy bien para las fotos, pero su proverbial reputación peligrosa no se desvaneció con una nueva filmoteca y un hotel de cinco estrellas. Su laberinto ahora se divide en dos mitades casi simétricas. La de arriba tiene una pátina museística, monopatinadora y multiétnica muy de postal a la luz del día, mientras la de abajo, con el carrer del Carme como primera frontera, es más intrincada y de raigambre callejera sin apenas *flashes* , menos accesible por su urbanismo, y lo mismo sucede

al otro lado de la Rambla, en el casco antiguo, como si ambas persistieran en su ADN portuario.

En este distrito de Ciutat Vella se reconoce, con toda la policía en dificultades, una impronta criminal distinta, con manadas de chicos jóvenes a la caza de su presa. Roban juntos, escapan y en muchos casos es imposible arrestar a los autores. Son muy profesionales. Solo un 10 % de los implicados son encerrados de forma preventiva. El índice de robo violento en Barcelona es de 757 por cada cien mil habitantes, duplicando al de Madrid. El 22 % de estos delitos son cometidos contra turistas.

En los periódicos del segundo lustro de la década de 2010 hay una frecuencia curiosa. Aparecen noticias de crónica negra, no necesariamente homicidios, y juegan a ser el Guadiana, por el crecimiento de una criminalidad más difuminada, en principio menos organizada y de violencia más casual, como si el paradigma de una sociedad con la vía pública en paz se hubiera roto, bien como consecuencia de la despreocupación por la educación de los ciudadanos, bien por las desigualdades producto de la crisis económica. Todo con la geografía barcelonesa dándonos muchas pistas, bien por muchas otras componendas, desde un tablero sociopolítico incierto, con el modelo Barcelona reconfigurándose y el país sumido en su propia vorágine, hasta la flagrante ausencia de hombres uniformados en muchos barrios. En este sentido, el Ayuntamiento, no sin razón, aunque con muchas ganas de tapar sus defectos, criticó en más de una ocasión a la Conselleria d'Interior de la Generalitat de Catalunya por la falta de *mossos* , algo reconocido por el *conseller* Miquel Buch.

Había otros fenómenos más analizables, como la resurrección de la heroína en el Raval mediante narcopisos,

muchos de ellos ubicados en tres calles, Picalquers, Robador y Roig, esta última ideal para instalar un mercado de la droga casi al aire libre por culpa de un edificio en su entrada norte, con una de sus tribunas que tapa la visibilidad de la misma.

La plaga provocó la movilización de los vecinos, activos tanto en la calle como en las redes, siempre con el objetivo de llamar la atención a la opinión pública e intentar acorralar a los narcos con avisos y fotografías. Desde Twitter, algunas cuentas hicieron una labor encomiable para localizar todos los puntos conflictivos y actuar de manera coordinada, pero sus esfuerzos eran insuficientes por la implantación y empuje de estos nidos de drogadicción, siempre de actualidad, como durante la pandemia de la covid-19, cuando fueron motivo de violaciones del confinamiento en el Raval hasta esas puertas donde, con unas líneas rojas trazadas en el suelo, se conminaba a los clientes a guardar la distancia de precaución.

En este barrio tan único de Barcelona se tenía una opinión más bien negativa de los Mossos d'Esquadra, sobre todo por la muerte de Juan Andrés Benítez, miembro fundador de la Associació Catalana d'Empreses per a Gais i Lesbianes. Benítez murió la madrugada del 6 de octubre de 2013 a pocos metros de su domicilio, en el carrer de l'Aurora, reducido por seis miembros de la policía catalana, que le patearon hasta producirle un paro cardíaco. Mientras los sanitarios intentaban reanimarlo, otros agentes obligaban a una vecina a borrar el vídeo registrado del suceso, la paradoja del vigilante vigilado, y eliminaron las manchas de sangre del pavimento en vez de tomar muestras. En el juicio de mayo de 2016, el sexteto admitió patadas, puñetazos y veintiocho lesiones. En el estómago de la víctima había 425 centímetros cúbicos de sangre, cuando lo normal son menos de setenta.

Al aceptar su culpabilidad, recibieron una pena de dos años de cárcel, en la que no entraron al carecer de antecedentes, suspensión de empleo y sueldo durante el mismo tiempo y la prohibición durante un lustro de patrullar o acercarse al Raval.

Parecía poco probable revertir el daño de esa paliza y el escandaloso apaño en los tribunales. El 29 de octubre de 2018, un operativo de setecientos *mossos* y más de cien guardias urbanos peinaron de buena mañana el barrio, hasta detener a 55 personas, la mayoría dominicanas, acusadas de distribuir la droga y controlar más de veinticinco narcopisos y catorce más para almacenar y comercializar las sustancias.

Cuando un tesoro queda huérfano, siempre hay alguien dispuesto a rescatarlo, y eso hicieron los pakistaníes con lo dejado por los dominicanos, revelándose la conexión de los lateros del centro con la mafia de la droga en el viejo barrio chino. El gracioso, por redundante, susurro en la oreja «cerveza, *beer,* hachís, coca, *sex, wife,* amigo» de la Rambla había degenerado en una guerra abierta a cuchillazos por dominar enclaves estratégicos, como la plaça Reial. Nunca debe olvidarse que el menudeo es una suma de tentáculos de un conglomerado mucho más grande.

El jueves 20 de junio de 2019, la segunda tromba policial contra el bazar de los estupefacientes en el Raval, con un millar de *mossos* , policías y urbanos, registró 35 pisos, detuvo a 50 personas y se incautó de dos kilogramos de cocaína, tres de heroína y 2.180 pastillas.

El operativo Suricat, sucesor de Bacar, pareció despejar las brumas antes del trimestre veraniego, con los carteristas en el punto de mira y mucho alarmismo en los medios de comunicación por los robos en el metro, uno de los puntos donde disiento de muchos porque antes de esos meses de 2019

ya eran muy frecuentes en vagones y estaciones, con sus bandas, estratagemas y horarios. Mucho se habló y se hablará del porqué durante ese estío. El tema fue uno de los preferidos para rellenar huecos hasta transmitir un clima catastrófico, casi en el abismo, cuando la realidad era preocupante sin ser tan peliaguda como la retrataban.

Una semana después del segundo desmantelamiento del Raval, se inició una espiral de homicidios poco frecuente en el historial delictivo contemporáneo de Barcelona. Entre el 27 de junio y el 4 de septiembre de 2019, doce personas fueron asesinadas en once acciones distintas.

2018 se había saldado con diez muertes violentas. El primer trimestre de 2019 deparó una víctima; el joven maliense Mamadou Haidara falleció tras ser apalizado por los amigos de un chico pakistaní, tras un enfrentamiento en la puerta de la discoteca Razzmatazz, en el Poblenou.

El segundo trimestre tuvo sus baremos en la media. El 17 de mayo, un sicario kosovar mató en un piso del número 125 del carrer d'Urgell, en pleno Eixample, al sueco Robin Talani, un pandillero de Gotemburgo perseguido tanto por la policía del país escandinavo como por sus enemigos acérrimos, los Kastrati, que se llevaron la palma mediante siete tiros. Cuentas ajustadas.

El 21 de mayo, una menor española fue asesinada en la avinguda Mistral, también en l'Eixample. A bote pronto, fue una de las muertes más inexplicables de la reciente crónica negra. Discutió con su chico y un hombre de origen marroquí la invitó a entrar en su cafetería, donde intentó estrangularla con un cable antes de acuchillarla. No se conocían de nada. El novio pidió ayuda desde una panadería. El asesino, con trastornos psicológicos previos, montó en una bicicleta

manchado de sangre, vagó por el Raval y una patrulla lo detuvo confundiéndolo con un hombre sospechoso de haber participado en una bronca dentro de un piso. Estaba en absoluto *shock* .

Los tres crímenes de invierno y primavera no sirven para intuir ninguna seña de identidad. Durante los primeros seis meses de 2019, se cometieron dos homicidios en l'Eixample, uno por ajuste de cuentas y otro por el desequilibrio del autor. Poblenou y la pelea de la discoteca inauguraban la senda de las riñas callejeras, mayoritarias en esta estadística tan controvertida. Esta trilogía era normal hasta en el horario de las muertes, dos por la tarde, y en la variedad de métodos empleados, puñetazos, un profesional y un arma blanca, también en cabeza cuando concluyó 2019, año donde se resolvieron siete de los diecisiete homicidios perpetrados en la ciudad.

El 24 de junio a las diez y cuarenta minutos de la noche, la viceministra surcoreana de Cultura Hyewon Kim, de sesenta y siete años, paseaba por el Poblenou cuando le quisieron birlar el bolso desde una motocicleta en marcha. La dignataria quedó tendida en el suelo, y falleció tres días después como consecuencia de graves lesiones cerebrales.

El 6 de julio, poco después de las nueve de la noche, Xavier Costa, de cuarenta y siete años, y su mujer, encargada de la peluquería Spejos del número 71 del passeig de Manuel Girona, en la zona alta, se preparaban para irse a su casa y disfrutar de la noche del sábado. El entorno debía estar tranquilo, incluso demasiado, pues de otro modo no se entiende cómo un hombre encapuchado pudo acceder al negocio, un poco apartado de la calzada, y subir los escalones previos sin ser percibido. El asesino, un joven de unos veinte

años, huyó tras disparar varias balas contra Costa, que murió en el acto.

Durante todo este siglo los locutorios se han convertido en un lugar de reunión para, y no solo, la comunidad latinoamericana. A partir del envío de dinero y las conversaciones telefónicas surgió un hábitat natural, casi como si fuera una plaza de pueblo o un bar de toda la vida, con sus alegrías y tristezas. El 10 de julio, hubo un rifirrafe entre dos hombres a la puerta de un establecimiento de este tipo en el carrer d'Entença. El malherido pidió ayuda en un bar cercano antes de expirar, y el asesino fue detenido con heridas. Una mujer estuvo en medio de la refriega. El único crimen de amor en todo 2019.

El 12 de julio a las diez y cuarenta minutos de la noche, un hombre en patinete vestido de negro con una máscara del mismo color descerrajó cuatro tiros a otro en la placeta de Prim, del Poblenou, donde los clientes del excelente restaurante Els Pescadors gozaban de las terrazas y la brisa de esas horas. El muerto, de origen marroquí, llevaba una mochila con 3.480 euros dentro. Pocas horas después, hacia las tres de la madrugada, otro hombre fue disparado en circunstancias parecidas, esta vez en la carretera de Collblanc, en L'Hospitalet de Llobregat. Algunos medios barajaron la hipótesis de un ajuste de cuentas entre bandas dominicanas y marroquíes, en pugna por el control de la droga.

Tras dos semanas de descanso, los homicidios regresaron a la primera plana el 25 de julio, cuando un marroquí de unos cincuenta años tomaba café con otro de unos cuarenta en la plaça Folch i Torres del Raval, algo maldita por ser el antiguo emplazamiento del garrote vil. Sobre las nueve de la noche, se enfrascaron en una discusión y el mayor sacó un cuchillo de grandes dimensiones y lo clavó en el pecho de su amigo,

muerto poco después. El agresor se entregó voluntariamente a principios de agosto en una comisaría.

Durante la madrugada del domingo 28 de agosto, un cuarteto de rusos se conjuraron para montar una noche de ira contra los asiáticos, atacándolos a su paso con golpes de artes marciales hasta asesinar en la puerta del Zich Bar del Moll de Mestral, en el Port Olímpic, a un ciudadano chino de veinticinco años, muerto por los golpes recibidos en la cabeza y la fractura del cuello.

Esta zona de ocio ha sido una de las más conflictivas de los últimos años, casi como si recogiera el testigo del Maremagnum por sus recurrentes peleas y altercados dentro o en el exterior de los locales. Antes de la crisis sanitaria, el Ayuntamiento había conseguido de la Generalitat la delegación de competencias del Port Olímpic por treinta años, con la ambición de terminar con la fiesta en el Moll de Mestral, entre otras cosas por la finalización de las concesiones, para reciclarlo en un espacio enfocado a la economía azul y a la restauración de proximidad.

Este plan fructificará algún día, y si bien era muy querido por el actual Consistorio, quizá recibió un siniestro empujón la madrugada del 4 de septiembre de 2019, cuando la joven española Sara Ben Omar fue apuñalada en la entrada de la discoteca Smar por uno de los chicos que poco antes le habían querido sustraer el móvil. Lo había impedido su buen ojo y la intervención del portero de seguridad, asimismo con heridas por la cuchillada de un cómplice.

Este último se entregó a la policía, mientras el asesino se suicidó en un piso de una barriada de Badalona. El segundo asesinato del Moll de Mestral fue el último del infierno veraniego. Julio contabilizó cinco homicidios, igualándolo

agosto, con una semana negra. El 8 de agosto por la tarde, un marroquí de cuarenta y cinco años pereció por el impacto de una botella en la cabeza. Tanto él como sus victimarios eran usuarios del centro para drogodependientes de la placeta Comerç, donde acaeció el hecho.

Ana, una sueca de cuarenta y seis años, fue hallada bajo un remolque a las ocho de la mañana del 12 de agosto, con golpes en la cabeza y signos de estrangulamiento en el passeig de Can Tunis. Era una vagabunda con un ciclo, vital y de deterioro, similar al de Rosario Endrinal.

El 16 de agosto, hacia las tres de la madrugada, un hombre dominicano fue apuñalado en una reyerta en el carrer de Vilapicina. Se caviló sobre otro ajuste de cuentas por drogas en una noche muy movida con otros episodios casi calcados en varios barrios barceloneses, dos de ellos por Ciutat Vella.

El penúltimo caso de ese verano fue el de la discoteca Smar, que tiene unos esquemas más de otra época. El 24 de agosto, una vecina del carrer de Mossèn Amadeu Oller, en la Bordeta, llamó a la policía. Tenía náuseas por el hedor emanado hasta su casa desde el patio interior, donde las moscas proliferaban. Una patrulla de la Guardia Urbana acudió al lugar e intuyó un cadáver descomponiéndose. Eran dos: Manolo y Piedad, de unos setenta y cinco años, ella acuchillada en la butaca y él tendido en el suelo con heridas letales. La casa estaba impoluta y no se había forzado su acceso. Este crimen tan arquetípico causó poca escandalera si lo comparamos con todos los demás de la estación calurosa, muy intensa durante esos meses, con el cambio climático como soniquete en la barra del bar. La regularidad de los asesinatos y su combinación durante esas semanas con otros delitos también puede explicar una rutina periodística, hasta captar a la ciudadanía, vinculándola, algo muy típico del

decenio, en especial si se observa desde Cataluña, donde el *procés* ha articulado su discurso como si fuera una serie de guion infinito o un capítulo breve de *best seller* , con un giro a la mitad para enganchar más al lector; a partir de perpetuar ese esquema nunca se apagó el altavoz y hasta parecía haber pasado poco tiempo. La diatriba sobre la independencia dura casi diez años. Imaginadlo en un mes y medio, para más inri de verano y su, al menos antes era así, cortocircuito de noticias. Imaginadlo, como fue, focalizado en un solo lugar geográfico. Ya no importaba la evolución de las investigaciones sobre un asesinato, importaba su repetición diaria para dar leña al horno hasta septiembre y a otra cosa, mariposa.

Si resumimos todos los homicidios de ese estío podemos clasificarlos según diversos parámetros. Salvo uno sin horario y otro de tarde, todos se cometieron durante la noche o la madrugada. De los once, cinco fueron con arma blanca, dos con arma de fuego, uno por un intento de robo con tirón, dos más por golpes o agresiones físicas y un último por botellazos.

Nueve de estos asesinatos fueron en la vía pública, con la excepción del crimen de la peluquería Spejos y el de la Bordeta, ambos de móvil indeterminado, dividiéndose los demás en tres asuntos relacionados con las drogas, dos robos, dos discusiones, una agresión racista y otra por motivos desconocidos. Este último recuento es casi una síntesis de la delincuencia barcelonesa durante 2019 y los últimos años.

Por último, no está de más ver su distribución geográfica, con cinco de ellos localizados entre la periferia, Can Tunis, Vilapicina o la Bordeta, o zonas peligrosas como el centro de drogodependientes, con los vecinos quejándose de permanentes peleas, o el cuchillazo de los amigos en el Raval. Dos, sin conexión alguna entre ellos, se habían producido en el

Poblenou y otro par en el Port Olímpic, evidenciándose su riesgo para la normalidad cívica por ser escenario de continuos altercados a altas horas de la madrugada. Para completar el elenco, uno de los asesinatos fue en la zona alta y otro en l'Eixample. A fecha de hoy se han resuelto cuatro de los once.

Esta disección estadística quiere dar cierta lógica para asociar los conceptos, pero la escasa vinculación de los sucesos transforma la conclusión en algo casi cubista. Por una parte la mayoría de los homicidios en la vía pública durante la noche o la madrugada muestra a las claras una cierta improvisación al dar muerte, aunque los casos relacionados con drogas pueden apuntar a ajustes de cuentas premeditados, como en la placeta Prim de Poblenou y Vilapicina; en otros dos asesinatos se podría teorizar sobre si hubo voluntad previa, pues tanto en la muerte del ciudadano chino del Port Olímpic como en el asesinato de la peluquería había motivaciones precedentes, desde el racismo hasta el sitio donde disparar contra la víctima.

Hasta en esto hay disensiones, como la interpretación de los márgenes y ángulos con alto grado delincuencial, pues en la Bordeta los cadáveres del matrimonio fueron hallados en una casa, mientras la mujer sueca hallada sin vida en Can Tunis había sido agredida, con el dominicano de Vilapicina acuchillado por asuntos de drogas; en el Raval el filo actuaba por una discusión y entre los drogodependientes por una plétora de causas. Cada uno de estos lances fue ejecutado sin hilvanarse con los otros. No estaría de más plantearse si tener a casi un tercio de la población barcelonesa en el umbral de la pobreza podría repercutir en la espiral.

La dispersión de los datos, sin colisionar casi en ningún instante, deja, no obstante, una cierta matemática para reflexionar e imbricar todas las piezas del rompecabezas.

Alguien podría reprocharme no ser más concreto. Desde mi punto de vista la ausencia de efectivos, por ejemplo en el Port Olímpic con una patrulla de dos hombres para cubrir todo el recinto, las horas de los homicidios y su esparcimiento geográfico complicaban la labor policial. Recuerdo pensar durante ese verano sobre cómo dos muertes como las de Vilapicina o Can Tunis eran inevitables, y a poco o nada hubiera contribuido la presencia de agentes del orden en las inmediaciones cuando se cometieron los crímenes, como poco o nada puede hacerse con cuchillazos inesperados como en el Raval, el Moll de Mestral, el locutorio de Entença o un profesional a sueldo en lo apacible de un distrito seguro como Sarrià-Sant Gervasi.

A finales de ese funesto verano descollaron varias iniciativas ciudadanas, alguna loable y otra muy perniciosa, casi un síntoma. La ensalzable era Helpers-BCN, con una cuenta en Twitter muy valiosa al aglutinar avisos de actos violentos en la ciudad. Este servicio, a veces con cierta prepotencia de guardián, era otra crítica más a la actuación de las fuerzas del orden, pero sobre todo la constatación de su déficit de agentes para abarcar toda Barcelona con garantías. En esto no hay contradicción alguna en destinar efectivos en función del índice de delincuencia de cada barrio para asegurarlos, aunque a veces, y en eso hubo recortes presupuestarios, los vecinos agradecen más la visión de coches patrulla por sus calles.

La otra propuesta ciudadana, esta más bien deleznable, iba más a tomarse la justicia por su cuenta, y aquí había una violencia desde la imagen, más anárquica en los grupos del metro contra los carteristas y más organizada desde el uniforme en el caso de la réplica barcelonesa de las patrullas urbanas de Nueva York. Su atavío, con botas, pantalones

negros, una camiseta distintiva y boinas rojas, les otorgaba un simbolismo corrosivo, una antesala del fascismo vista por algunos como otra de tantas atracciones de circo producto de una época visual sedienta de contenido para dar validez a cualquier numerito. Su papel fue el de dos telediarios; en su presencia en el metro barcelonés había ese miedo tan poco pronunciado y sin embargo omnipresente, el de estar en el sitio de los acontecimientos, querer interpelar al idiota uniformado como si fuera el somatén moderno y callar porque ahora la reacción normal no es un diálogo, sino la posibilidad de salir malparado. El mutismo ha cuajado durante esta década, con la ocupación del espacio público, desde lo emocional y lo físico por estética, como otro formato de violencia.

El cuarto trimestre de 2019 se saldó con dos asesinatos, un ajuste de cuentas en la barriada periférica del Bon Pastor el 17 de noviembre, en el domicilio de la víctima, y un cuchillazo en el Forat de la Vergonya, un reducto depauperado a destajo desde la administración con la guinda de querer edificar viviendas y recibir la revuelta vecinal como contrapartida. Al final, los jardines destartalados de antaño se adecentaron para integrar el rincón al resto del barrio de Sant Pere, a la izquierda de Via Laietana, pero aun así todo el día son una frontera más en esos limbos donde la pobreza y la delincuencia se mezclan con el turismo y la gentrificación. Cada tarde y noche había peleas entre grupitos y, el jueves 12 de diciembre, una de ellas acabó con la vida de un joven marroquí de diecinueve años, tutelado anteriormente por la Generalitat. El asesino era un argelino bien conocido en los aledaños, quejosos de la poca presencia policial, si bien en otoño el desasosiego por la inseguridad disminuyó entre dispositivos especiales antihurto, el brusco descenso de los homicidios, otra vez en su pauta normal, y el adiós a tanta

atención mediática por el regreso de la violencia política, determinante en el devenir de la década.

12

De mica en mica s'omple la pica : la década política (2010-2019)

El 29 de junio de 2008, la selección española de fútbol cosechó en Viena su primera Eurocopa de la era moderna, en color, gracias a un gol de Fernando Torres, el Niño. Vi el partido en el barrio de Gràcia y luego lo celebré en la plaça del Sol con mis amigos José Luis y Lucanor. Estábamos sentados bebiendo cervezas cuando, de repente, me giré y en la otra parte del banco, ahora inexistente por eso de controlar el espacio público, había dos señores desnudos, riéndose mientras disfrutaban de esa noche anómala en Barcelona. Y más lo hubiera sido años después, cuando manifestar alegría por el triunfo de la Roja era visto por muchos políticos casi como una afrenta y un gesto contrario a Cataluña, todo muy conspiración judeomasónica.

Si hablo de esa pareja de nudistas no es por capricho. A finales de 2005, el Ayuntamiento de la Ciudad Condal aprobó una ordenanza para la convivencia, con el apoyo de PSC, CiU y ERC, la abstención del Partido Popular —ya en esa época pedía menos corrección política— y el rechazo de Iniciativa per Catalunya. Las dos formaciones hegemónicas en la Cataluña de principios de siglo se aliaban a partir de un texto muy útil cuando llegó la crisis económica, que permitió hacer

caja con temas tan surrealistas como las multas por orinar en la vía pública, cuando los urinarios brillan por su ausencia, u otras medidas muy discutibles y con cierto carácter represivo.

La norma propiciaba la desnudez en la calle como muestra de progresismo facilón, y todo fue bien hasta que la cosa se les fue de madre, y como siempre ocurre no hay fecha concreta para datar tal efeméride, pero quizá el comportamiento de los turistas, y no solo, podría ayudarnos a comprender cómo en 2013 las autoridades empezaron a mostrarse nerviosas con tanta carne a la vista, tanto como para rectificar, prohibir lo inicial y ser ratificados en 2015 por el Tribunal Supremo. La tan alabada libertad personal se había tornado en molestia.

Una de las zonas más agitadas por tanta chicha y limoná era la Barceloneta. El viejo barrio de pescadores sufría todos los males de la Barcelona contemporánea. La renta baja de sus habitantes no impedía una especulación inmobiliaria galopante, y los vecinos se movilizaron para impedir, por ejemplo, la instalación de ascensores en esos pisos antiguos. La protesta, más bien particular si se desconoce el contexto, era cabal y un grito para poder continuar en el barrio de toda la vida, pues al fin y al cabo los elevadores no harían sino aumentar el precio de la vivienda, casi duplicándola.

Esto está relacionado con la proximidad de la playa y el imparable *boom* de los apartamentos turísticos a lo largo del decenio. Las noches de verano invitan a la dispersión, beber y pasárselo bien. Algunos muestran escaso respeto y menos empatía con los ciudadanos de sus destinos viajeros. La Barceloneta tiene una trama urbanística difícil de aprehender por su ensanche vertical y su desconexión con el Barri Gòtic y el centro. Esto hace del passeig Joan de Borbó el único paseo asequible si no quieres perderte para llegar al mar, y mientras se camina esa línea recta es muy normal dar con foráneos

alegres por el clima mediterráneo y la transigencia con sus trajes de baño o bikinis.

A finales de agosto de 2014, una imagen dio la vuelta al mundo. Un fotógrafo captó a primera hora de la mañana a tres italianos desnudos en la puerta de un supermercado 24 horas. Al ver la cámara, uno de ellos se tapó los genitales, no sin mirar al objetivo para quedar inmortalizado junto a sus compañeros.

El barrio dijo basta y volvió a las movilizaciones, en esta ocasión para quejarse del turismo de borrachera, el más aparatoso de la capital catalana, con sus autoridades del momento —era la época Trias— encantadas con esos ingresos, sin reflexionar sobre su impacto para el civismo y el bienestar de los barceloneses, cada vez más excitados por las rutinarias informaciones sobre sexo en parques, suciedad a granel y actitudes nada éticas de los visitantes, con todo permitido en su billete, como si Barcelona fuera una gran barra libre y los barrios sus salas de recreo.

Este conflicto puede calificarse como violencia turística, y asimismo tiene vinculación con otra, la inmobiliaria. Muchos albergaron esperanzas de un cambio en este sentido por la Gran Recesión. Una vez esta arreció, el alquiler siguió su espiral creciente hasta dificultar dar con una vivienda por las condiciones estipuladas, entre mensualidades desorbitadas y unas fianzas inasequibles para la gran mayoría de la población entre veinte y cuarenta años, con las consiguientes complicaciones para formar familia y la más crucial de todas: poder disponer de cuatro paredes.

El 35 % de los barceloneses vive de alquiler, mientras el resto sigue la excepción franquista y opta por la propiedad. En la actualidad, según el censo realizado por el Ayuntamiento en

marzo de 2019, hay más de diez mil viviendas vacías. Adau Colau y su Consistorio no se han quedado de brazos cruzados: se han invertido fondos públicos en la adquisición de inmuebles y en la construcción de viviendas a partir de contenedores. Estas iniciativas, aunque loables, son insuficientes y con toda seguridad la problemática no se solucionará hasta la regulación del mercado inmobiliario por parte del gobierno central, el único con potestad para intervenirlo.

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, un fantasma recorrió algunas urbes del Viejo Mundo. Londres, Roma, Milán y Ámsterdam fueron pioneras del movimiento okupa. Muchas fueron las causas del fenómeno, desde la precariedad juvenil hasta el auge del movimiento punk, así como el aprovechamiento de ciertos vacíos legales, como en Holanda, donde no se penalizaba instalarse en casas ajenas si llevaban deshabitadas un año, ley derogada solo en 2009.

Barcelona fue la debutante española. El adolescente Jesús Sahún, junto con una veintena de amigos, okupó durante la madrugada del 7 de diciembre de 1984 un ambulatorio en el número 16 del carrer Torrent de l'Olla, en el límite entre Gràcia y l'Eixample. Querían un local para tocar y organizarse. Los desalojaron dos horas después, pero eran muy espabilados y al día siguiente convocaron una rueda de prensa para explicar sus motivaciones.

El gobierno de Felipe González dio la puntilla a las asociaciones de vecinos y condujo a los jóvenes hacia una inestabilidad crónica mediante la consolidación de los contratos basura. El ejemplo de Jesús y sus colegas fue imitado por otros. En 1985, intentaron emularlos en Vallcarca, sembrándose una semilla duradera, con más cuajo en Barcelona que en otras ciudades del país por la abundancia de

fábricas en desuso, algo más potenciado si cabe durante los años ochenta por el súbito proceso de desindustrialización. Los ingenios, muchos de ellos reconvertidos en equipamientos municipales, eran espaciosos como para no conformarse con okuparlos para vivir, sino para organizar actividades y servir como tejido cohesionador; los fanzines, revistas y demás producción cultural de los centros exponían los argumentos de los *squatters* , siempre en evolución desde su origen anarquista moderno hasta derivar en una firme denuncia contra la especulación inmobiliaria.

Hasta 1995, la okupación no estaba penalizada. El nuevo Código Penal de la democracia la tipificó como delito y reza el dicho que las prohibiciones suelen dar alas. El movimiento aumentó la resistencia pasiva y activa ante los desalojos.

El domingo 10 de marzo de 1996, cuarenta miembros de la Assamblea d'Okupes de Barcelona okuparon el antiguo cine Princesa, cerrado desde mediados de los años setenta. El edificio, ubicado en la céntrica Via Laietana, era perfecto para protestar contra la carencia de espacios públicos y la quimera de acceder a la vivienda por culpa de lo elevado de los alquileres.

El objetivo de estos jóvenes era crear un casal popular con acciones culturales sin ánimo de lucro. La okupación tomó por sorpresa a la Guardia Urbana, quien la imaginaba en el mercado del Born, reivindicado durante decenios por los vecinos. El grupo, para despistar, se congregó en las cercanías de esa estructura de hierro. Minutos antes, una avanzadilla había penetrado sigilosamente en la sala.

El 17 de julio, los okupas recibieron una orden judicial conminándolos a abandonar el inmueble ante la denuncia de Fincas Forcadell. Los okupas presentaron un recurso y

paralizaron lo inevitable durante tres meses. En octubre de 1996, el juez decidió retomar el desalojo. La reacción fue festiva antes de la violencia. El domingo 20, se celebró un concierto popular con la participación de músicos como Manu Chao y actores como Pepe Rubianes o los integrantes de La Fura dels Baus. A las ocho de la tarde, los antidisturbios cargaron contra los trescientos asistentes. El 28 de octubre, entre ciento cincuenta y doscientos agentes de las Unidades de Intervención Policial se personaron para cumplir con lo estipulado. El tráfico se cortó de madrugada. Un comandante quiso convenir el abandono con los hacinados en el cine, pero recibió como réplica una lluvia de cohetes, bengalas, piedras y otros objetos. Las hogueras se alimentaban desde la azotea, con butacas, sofás y otros muebles para avivar el fuego. La llegada de un helicóptero a las siete menos cuarto de la mañana fue el preludio de la entrada de la policía, protegida por los disparos con balas de gomas de otros compañeros, apostados en fincas colindantes. A las ocho y media todo había terminado, con un balance de 48 okupas detenidos y una decena de heridos de uno y otro bando.

El caso del cine Princesa, demasiado mitificado por algunos de sus protagonistas, fue el espaldarazo para otras okupaciones más duraderas, entre ellas la de Can Vies, en el barrio de Sants.

Este edificio de 1879 fue durante el franquismo la sede de la sección sindical de los trabajadores del metro. Con la llegada de la democracia continuó como lugar de reunión de este colectivo, siendo la sede del dispensario y diferentes despachos de la Confederación Nacional del Trabajo. A principios de los años noventa, recibió ataques incendiarios de procedencia desconocida, aunque no es muy difícil deducir esa piromanía a partir del conflicto de los empleados con

Transportes Metropolitanos de Barcelona. Desde este hecho, un sector del inmueble quedó en desuso hasta su okupación el 10 de mayo de 1997. El arribo del AVE a la Ciudad Condal supuso la aprobación desde el Ayuntamiento, capitaneado por Joan Clos, de un plan de reordenación urbanística que afectaba a Can Vies. Los okupas defendieron su legitimidad por la labor desarrollada a favor de los vecinos de Sants, oponiéndose a la construcción de viviendas privadas y recibiendo el apoyo del comité de empresa del metro, el Front d'Alliberament Gai de Catalunya, la Coordinadora d'Associacions per la Llengua, el Centro Social de Sants y la Asociación de Vecinos de la Bordeta.

Este edificio autogestionado se utiliza como vivienda y centro social organizador de asambleas, maquetación del periódico de comunicación popular *La Burxa* , fiestas, pases cinematográficos, talleres teatrales, debates, conciertos, presentaciones de libros y comidas populares.

Su órgano máximo, como en casi todo el movimiento okupa, es la asamblea. Funciona por consenso de manera horizontal, sin líderes ni representantes, solo mediante la responsabilidad colectiva. En estas reuniones participan varias asociaciones de la barriada.

En octubre de 2012, el órgano judicial de Barcelona falló a favor de TMB y ordenó un desalojamiento sin fijar fecha, advirtiendo de que en caso de no efectuarse voluntariamente se procedería a través de un mandato judicial.

Durante meses, el Consistorio de Xavier Trias y más de doscientas entidades de la Plataforma de Suport a Can Vies mantuvieron largas e infructuosas conversaciones. El siguiente paso para salvar el centro fue reunirse con los responsables del distrito de Sants-Montjuïc y hallar una solución beneficiosa

para ambos. La alternativa fue proponerles abandonar el edificio para rehabilitarlo y entonces, y solo entonces, las entidades podrían volver a usarlo durante dos años y medio hasta el derribo definitivo; esta táctica se había empleado con anterioridad para despojar de un local a otros núcleos asociativos.

El lunes 26 de mayo de 2014 era medio resacoso. El día anterior se habían celebrado las elecciones europeas y todas las televisiones centraban sus matinales en analizar los resultados. A mediodía, los Mossos d'Esquadra procedieron a desocupar Can Vies, consiguiéndolo de manera definitiva a las seis de la tarde, cuando solo quedaban once personas en su interior. Mientras tanto, en la plaça de Sants se juntaron vecinos indignados, componentes de las asociaciones y okupas de otros edificios de la ciudad. Hubo cargas, y en condiciones cotidianas no habrían ido más allá de esa tarde, pero la rabia ante la injusticia y las grúas a punto para terminar la faena mutaron la lógica y el carrer de Sants, una línea recta enlazada con Creu Coberta hasta plaça d'Espanya, vio el renacer de las barricadas, inéditas desde esa tesitura combativa desde 1951 en el Besòs, cuando los obreros de la fábrica Ca l'Illa hicieron una con una viga durante la huelga de tranvías.

El carrer de Sants no era el más adecuado para este tipo de combate. A diferencia del Raval o del barrio de Gràcia, como veremos más adelante, su línea recta era un obstáculo para desarrollar hostilidades con margen de victoria, aunque eso no fue impedimento para prolongar los alborotos durante las noches de esa semana, con las llamas ejerciendo de barrera protectora entre *mossos* y manifestantes, más envalentonados si cabe por el derribo de Can Vies, simbolizado por una excavadora también presa del fuego. El balance, con una durísima actuación policial condenada en los tribunales, se

saldó con 77 heridos y la rectificación de Xavier Trias, quien el 30 de mayo ordenó paralizar el derribo, a medias en aquel instante, ateniéndose a la petición del Centre Social de Sants como muestra de su voluntad de negociación. Can Vies la rechazó, pues durante ese viernes algunos de los detenidos por lo acaecido ingresaron en prisión preventiva, algo desproporcionado, porque solo suele decretarse en caso de riesgo de fuga o para evitar la destrucción de pruebas.

Can Vies tiene algo de metáfora de dos de las realidades barcelonesas. Los murales de su fachada del carrer dels Jocs Florals, enlace de la parte más rica y popular de Sants con la más pobre la Bordeta, son un paradigma de la recursividad okupa a la hora de inventar nuevos métodos de comunicación. Esas pinturas didácticas, enfadadas y con tantos pigmentos de reflexión tienen en su horizonte —un poco más y esto parece un duelo en O. K. Corral— la estación de Sants, la primera en trayectos, pasajeros y conexiones, entre ellas el AVE a Madrid, vaivén de poder y negocios.

El sábado 31 de mayo, durante una muy soleada mañana, más de trescientos ciudadanos participaron en la reconstrucción de Can Vies. Escribo este párrafo de memoria, y la imagen también era doble, con muchos jóvenes depositando las ruinas demolidas en la puerta del Ayuntamiento, mientras en el centro social autogestionado obreros, residentes, vecinos, bomberos y arquitectos limpiaban la destrucción para dar el pistoletazo de salida para el renacimiento de ese pilar okupa.

He narrado toda esa semana con un tono más bien objetivo, pues al fin y al cabo en el ensayo he querido explicar los hechos y analizarlos desde la década y sus concomitancias más allá de Barcelona, y aquí no podía diferir de este método. Hay una fractura casi inconsciente durante este último trozo del

tríptico, y es el hecho de vivir durante los acontecimientos relatados, y desde esa premisa de ojos abiertos y curiosidad infinita tengo unos recuerdos bastante nítidos. Digo todo esto porque mi percepción durante esos días de mayo no fue ni mucho menos pausada, más bien, quizá por un evidente rechazo a la gestión de Xavier Trias, tuvo similitudes de sacudida y confirmación de un nuevo asociacionismo vecinal en los barrios, tanto por la energía como por el cambio en los motivos para salir a la calle. En la Barceloneta fue el turismo; en Vallcarca, con muchas parcelas a manos de Núñez y Navarro, lo inmobiliario hizo aunar brazos para intentar revertir ese monopolio y reformular el destino de la colina, un bastión okupa con vectores distintos a los de Can Vies, donde la ira estalló por cierto autoritarismo en la demolición, como si las conversaciones hubiesen sido un simulacro unido a un imposible.

De un modo u otro, es innegable, lo inmobiliario planea durante todo este decenio. El episodio de Can Vies debe enmarcarse más bien en la primera oleada de okupaciones, más afines a propuestas sociales, si se quiere en sintonía media con el pasado anarquista y más prístina con los altermundistas, mientras desde la crisis económica de 2008 —incluso antes porque tras la brillantez de la fachada se escondía mucha miseria—, esta filosofía se mantuvo al mismo tiempo que emergían otras más dictadas por la necesidad. Desde esta perspectiva deben distinguirse una cosa y la otra hasta en símbolos reconocibles en los okupas e inexistentes en todos aquellos lanzados a violar una propiedad ajena, timados en más de una ocasión y desahuciados muchísimas más.

Llegará un día en que —algo así como ser miembro de una célula comunista en los años setenta— toda mi generación diga haber estado en las plazas durante la segunda mitad de

mayo de 2011, el 15M. En Barcelona, el revoltillo de plaça de Catalunya, al fin con algo de contenido en su vacuidad de palomas y turistas, era increíble durante la semana, con estudiantes al salir de clase, turistas a verlas venir, pijos, aprovechados, muchos okupas y una heterogeneidad intergeneracional, en pura decadencia cuando brotaron personajes como si eso fuera un irreductible poblado galo.

La idealización es uno de tantos daños del Romanticismo, pero, más allá de eso, el 15M barcelonés sobrevivió a la mercadotecnia nostálgica de sus jornadas gloriosas y se recicló desde una óptica social muy ligada al espíritu y a la práctica okupa. El hito más impresionante fue la okupación en junio de 2011 de la inmensa fábrica de Can Batlló en la Bordeta, víctima de la inacción municipal durante más de cuarenta años, con promesas en la transición de espacios verdes y construcción de viviendas en otro sector del recinto durante el mandato de Xavier Trias.

En 2019, como muestra de reconocimiento por lo realizado durante casi una década, se aprobó en el pleno municipal ceder durante medio siglo los terrenos del complejo fabril a la Associació Espai Comunitari i Veïnal Autogestionat de Can Batlló.

Gràcia fue la cuna okupa en Barcelona y tendió la alfombra roja para dar continuidad a más padres fundadores hasta las alturas de la vecina Vallcarca, patito feo de la antigua villa, tan independiente en sus designios o en la melancolía de otra época que en su Ayuntamiento solo ondea su bandera, con los otros tres mástiles sin otras telas rectangulares, pues al fin y al cabo eso son.

Al final del franquismo, el barrio ya tenía una red vecinal con músculo por la oposición a partir el barrio mediante una

autopista urbana de plaça de Lesseps a plaça d'en Joanic, alfa y omega de Gràcia. La victoria y una mayor concienciación sobre la singularidad de la antigua villa han mantenido este ímpetu, preservándose el patrimonio y ese tope de altura hasta mirar arriba y ver siempre el cielo. Esta tenacidad tuvo un último triunfo con la movilización para impedir el sacrificio de dos villitas de estilo indefinido, y por eso mismo se acertó llamándolas casas centenarias, en el carrer Encarnació y una encina bicentenaria.

Ambos inmuebles no estaban catalogados y una inmobiliaria tenía los permisos en regla para edificar. No pudieron hacerlo, y desde ese instante se hilvanó una convocatoria popular para proteger arquitecturas emblemáticas. El regidor Eloi Badia felicitó a los artífices, poniéndose en evidencia porque, sin ellos, las dos fincas y el árbol hubiesen desaparecido. Gràcia es un ejemplo para todos los demás barrios, quienes deberían tomar nota de sus acciones para emularla. Por lo demás, volvemos, es inevitable, pido perdón, a la vivienda como kilómetro cero de muchas carreteras sociales de la década, con los okupas como complemento vanguardista a lo vecinal.

Sus centros no olvidaban el mensaje social, combinándolo con ocio nocturno sin muchos decibelios, más estridentes en las plazas, muy útiles para comprender el reverso de la moneda graciense, al aunar bares con terrazas muy *cool* y cerveceo de banco a través de los pakistaníes, diametralmente opuestos a los del Raval, con su flota de vendedores ambulantes, guías de la supervivencia de la fiesta porque conocen el sistema para desalojar ese reguero de ágoras, con el servicio de limpieza como preludio de la aparición policial. Como se puede hacer un recorrido ascendente de plazas,

abandonaban la limpiada y subían a la siguiente, y así sucesivamente.

Estos desalojos, y aquí la palabra se equipara con su otra cara, son la ocupación del espacio público por parte de las fuerzas del orden para no alterar la normalidad querida por muchos vecinos, negocios y autoridades para preservar no tanto la identidad popular, sino la capitalista desde la construcción de una imagen arquetípica e identificable de una Barcelona moderna. Se pierden así muchos de los bares de parroquianos en beneficio de locales muy estereotipados, como si todo fuera fingido, salvo la cuadrícula urbana del barrio, cada vez más despiadado desde la especulación hasta expulsar a sus habitantes de toda la vida por el obsceno aumento del precio del alquiler y la inauguración de áticos con piscina. O la doble moral de restaurar una casa mítica, conocida como la del diablo, para dejar una estupenda fachada, nada fiel al original, con apartamentos interiores cotizados entre medio y un millón de euros, justo al lado de las calles de los romaníes del barrio, con las previsibles consecuencias para estos ocupantes centenarios en el lugar, casi tanto como la encina.

El irónico matrimonio de estas dos realidades enfrentadas e inseparables se materializó el sábado 22 de octubre de 2011. Durante una manifestación en protesta por la amenaza de desahucio de cuatro viviendas del barrio de la Salut se ocupó una sucursal bancaria en desuso de la Caixa de Tarragona, en el número 181 de Travessera de Gràcia. En el momento de los hechos, el local pertenecía a Caixa de Catalunya, magnate de ese tramo de calle, ahora con más espacio para su oficina, si bien entonces ni siquiera habían empezado las obras para adaptarla.

Así nació el Banc Expropiat. Para los periódicos, fue noticia porque durante un año el Consistorio de Xavier Trias pagó *d'amagatotis* , a escondidas en castellano, el alquiler de 5.500 euros mensuales para preservar la paz social. Como entenderán, nunca me introduje en la mente del alcalde convergente, pero desde esas dos palabras debió pensar en la mala suerte de tener ese grano justo en esa encrucijada de caminos del barrio, con la Travessera como nudo de comunicaciones por ser el pretérito camino real, en confluencia con Torrent de l'Olla, imprescindible para bajar en automóvil hacia el centro. A esta calamidad topográfica se juntaba la estructura de la cuadrícula del barrio, correosa, laberíntica y muy difícil de memorizar sin pensar, a no ser que seas uno de sus adeptos, y esto la hace pluscuamperfecta para crear núcleos de resistencia y alargar los disturbios, un clásico histórico en más de media Barcelona, del Raval hasta el Clot.

El Banc Expropiat era el hijo del 15M en Gràcia desde la instalación de la asamblea del movimiento en el local, de amplios ventanales, como si así se simbolizara transparencia en contraste con el alud de casos de corrupción política, los recortes sociales y los tejemanejes de la especulación inmobiliaria y todos sus implicados.

Al principio el espacio sirvió para guardar material. Como no hacían declaraciones a la prensa y pensé en escribir un artículo en su honor para conmemorar el quinto aniversario del 15M, acudí a su sede, y como el ingreso era libre pude cacharrear entre muchos folletos hasta descifrar sus actividades más sustanciales.

La llegada de la asamblea reforzó su contenido político, pero el axioma central radicaba en recoger las necesidades individuales para encontrar soluciones colectivas desde la autogestión a partir de la ayuda mutua y sin interés por el lucro

personal. La idea era romper dinámicas como la dicotomía pobreza-riqueza para establecer vínculos de solidaridad y formar redes de apoyo con mirada a largo plazo y así poder reflexionar bien las problemáticas, sin caer en el error de la inmediatez.

Organizaban cursos de idiomas, daban clases de autodefensa, reavivaron los cinefórums y se ganaron la complicidad de muchos vecinos por sus campañas contra el acoso contra los residentes a cargo de la inmobiliaria especializada en viviendas de lujo Engel & Völkers: cuando se cuelga un cartel suyo en una casa centenaria, todos los residentes saben de un repentino encarecimiento de la zona y, por ende, de su alquiler, con los habituales daños nada colaterales, sino bien directos contra muchos expulsados por la gentrificación.

La vinculación del Banc Expropiat con la vecindad se extendió a un trabajo conjunto con negocios cosechadores de sus propios productos, estableciéndose lazos colaborativos también en el asunto de aprovechar el alimento comestible de los contenedores para reciclarlos y darlo a personas sin acceso al mismo, en el que se implicaron comerciantes que les guardaban todo aquello no vendido.

Cuando Xavier Trias dejó de pagar el alquiler, Antartic Vintage reclamó su legítima propiedad, comprada a la Caixa de Catalunya. El nuevo Ayuntamiento de Ada Colau quiso mediar con los okupas y les propuso okupar un local municipal, o eso se dijo; desde luego el Consistorio no estaba dispuesto a pagar su desorbitado precio.

El lunes 23 de mayo de 2016 a las diez y veinte de la mañana, se realizó el desalojo, detonante de las hostilidades conocidas como la protesta o la revuelta de Gràcia, sobre todo

por su duración de una semana hasta irradiar todo el barrio a partir de cómo se desarrolló la resistencia contra los Mossos d'Esquadra y su Brigada Móvil, especializada en el mantenimiento del orden público.

Durante las primeras horas, los okupantes se hacinaron en la caja fuerte del banco, encadenados a unos depósitos de cemento. La ira estallaba siempre de noche, y había un contraste muy fuerte a nivel visual, pues los enfrentamientos en su parte inicial se concentraban junto al banco, reokupado y desalojado y así varias veces, repartiéndose luego por uno de los límites de Torrent de l'Olla con Travessera de Gràcia. Al este, la plaça de la Revolució protagonizaba corredizas, cargas y las barricadas con contenedores, con los revoltosos en ventaja espacial por ser más hábiles en sus movimientos, hasta complicar mucho la acción de los agentes, en una batalla campal sin víctimas, decenas de heridos en ambos bandos y más de un centenar de detenidos.

Al oeste, la plaça del Sol tenía sus terrazas sin una silla libre y su pavimento con grupos en círculo, felices por la brisa nocturna y la compañía, como si transitaran, y lo hacían por otra realidad, separada de la otra por una calle, quizá cincuenta metros entre ambos hemisferios.

El Banc Expropiat fue la expresión de un malestar. Durante los meses posteriores, ocuparon una entidad colindante y tuvieron contradicciones con los vecinos, pues muchas organizaciones se aliaron de nuevo con ellos para denunciar la elitización de Gràcia, mientras otras renunciaron a encabezar la mediación para salvarlo, haciéndome pensar si la resistencia contra el desalojo se redujo a un foco muy acotado de esa zona del barrio.

Visto en perspectiva, lo más resaltable de los sucesos fue hacer constar en acta la presencia de los doscientos alborotadores históricos de Barcelona, tal como los bautizó la periodista Rebeca Carranco. Estos doscientos, el opuesto a las trescientas familias, eran o son una mezcla entre elementos de la vieja escuela combativa del movimiento okupa, anarquistas y antisfascistas que arremeten contra el mobiliario urbano, la policía y todo aquello calificado de opresor, quizá también, según su criterio, el Estado español.

Para las Barcelonas rebeldes y normales, la violencia turística se armoniza con la inmobiliaria. Durante la década de 2010, los que no salían en la postal del parque temático iban siendo desplazados hacia los márgenes. Las estadísticas hablaban de mayor riqueza en Nou Barris, el distrito más pobre, y era comprensible, porque la causa era la llegada de los obligados a irse de otros barrios en boga especuladora. Los centros urbanos debían reservarse a los visitantes, y con ellos prosigue la polémica, de los hoteles a los apartamentos turísticos, eterna tormenta veraniega.

El 15M no marcó decisivamente nada, pero a su manera lo marcó todo durante un breve paréntesis de la historia española. En 2012, los sindicatos convocaron dos huelgas generales. Para muchos, las imágenes más impactantes fueron las de Ester Quintana, quien perdió un ojo por culpa del lanzamiento de una pelota de goma de los Mossos d'Esquadra. El suceso acaeció en la confluencia de passeig de Gràcia y Gran Via. No mucho más lejos, la plaça d'Urquinaona era el escenario de una pugna enquistada por la configuración del espacio, una rareza en el inicio de l'Eixample sin seguir su trama perfecta, limbo entre la Via Laietana y la Gran Via, con aberturas estrechas hacia calles como Ausiàs March y Trafalgar, un sendero muy estrecho en su conexión con el carrer de

Jonqueres. Para complicar más la cosa, la cierran dos vías importantes tanto por su importancia comercial como por la densidad de tráfico, no sin olvidarnos, como ven es una especie de desastre y un quebradero de cabeza en pleno centro urbano, de otro enlace con el carrer Roger de Llúria, a una esquina del Ritz.

En ese teatro ardió un Starbucks, el sucesor de las iglesias de la Semana Trágica, se quemaron contenedores y el fuego fue el actor principal entre agentes y muchos encapuchados, sin ninguna vinculación con la Confederación General del Trabajo, sospechosa de ser la inductora de los altercados por bajar su manifestación desde el carrer de Pau Claris, que justo cambia de nombre al final de ese ángulo de la plaça Urquinaona, pasando a llamarse Via Laietana. Quizá los chicos de los rostros tapados eran esos doscientos.

El lunes 14 de octubre, se falló la sentencia del juicio del *procés* soberanista. Los principales líderes de partidos y asociaciones independentistas fueron condenados: Oriol Junqueras, Raül Romeva, Dolors Bassa y Jordi Turull, por sedición y malversación; Carme Forcadell, Joaquim Forn, Josep Rull, Jordi Cuixart y Jordi Sànchez, por sedición; y Santi Vila, Carles Mundó y Meritxell Borràs, por desobediencia.

Ese lunes por la mañana estaba en Nou Barris porque debía pasear con unos alumnos por la zona. Los esperé al lado de la boca de metro de Llucmajor, y hacia las once de la mañana pasó una columna de independentistas, y lo mismo debía suceder en casi todos los barrios de Barcelona, con una geografía muy marcada calle por calle y frontera a frontera por la elección de una u otra bandera.

Ese lunes la cólera se cebó con el aeropuerto de El Prat, cancelándose 108 vuelos como consecuencia de una ocupación inspirada en los disturbios de Honk Kong. Esa primera noche transcurrió más o menos tranquila en Barcelona. Me tocó grabar un programa de radio en directo desde el Palau Robert, en el cruce de passeig de Gràcia con la Diagonal, y todo ese andar fue muy silencioso, con la ciudad enmudecida, como si estuviera en duelo o reflexionara, aunque otros afirmaban que todos los del aeropuerto eran CDR, miembros de los Comitès de Defensa de la República, aún no recuperados del torbellino judicial por la detención de nueve de sus integrantes a finales de septiembre, acusados de preparar atentados terroristas.

En la Audiencia Nacional uno de ellos declaró que el *president* Quim Torra pensaba encerrarse en el Parlament antes de su ocupación, cumbre de una serie de acciones, como volar torres eléctricas, en el resto del Principado.

Desde hacía tiempo, el maná pacífico del independentismo venía resquebrajándose. Pero con los hechos de octubre de 2019 la imagen, tan importante para toda la construcción de su relato, cayó por los suelos. Se hizo innegable el empleo de la violencia y no solo con barricadas como contenedores, por mucho que una mayoría defendiera la ausencia de la misma y otros la justificaran por lo vivido desde pequeños por los agitadores, entendiéndose la violencia como una reacción por el cierre del Estado a un supuesto diálogo, inexistente por muchos factores, entre ellos el tirar hacia delante de los independentistas, al menos hasta octubre de 2017. El foco de violencia podría ser de pocos, pero logró dar la vuelta a la tortilla del relato hegemónico, con las sonrisas aparcadas en filmaciones y fotografías omnipresentes en la prensa mundial por el efecto inmediato de esa Barcelona central en llamas.

A partir de este hecho se ven los aciertos y defectos de los CDR y allegados, esos doscientos antisfascistas más bien fascistas por sus ataques indiscriminados contra el mobiliario urbano sin definir ningún objetivo para su proceder, estudiantes en la gloria por la convocatoria de una huelga durante esa semana y alborotadores esporádicos, apuntados al carro por adrenalina.

Entre los primeros está su movilidad, asimismo un sin ton ni son porque ese caos de dominar las calles con esas barricadas no servía de nada en l'Eixample, como entendieron muy bien a principios de noviembre los estudiantes acampados en plaça Universitat, quienes en una publicación acusaron a Ildefons Cerdà de trazar este barrio en favor de los furgones policiales. El independentismo nos ha legado grandes perlas dadaístas.

Ese control con el fuego por el fuego era absurdo y se delimitó casi siempre en l'Eixample. El viernes, auge y declive de las protestas, era increíble buscar en redes sociales fotos de los barrios y notarlos tranquilos, con la calle medio desierta, a partir de la Sagrada Família, en cierto sentido uno de los límites de l'Eixample, como también por una cuestión urbanística la zona de Arc de Triomf, punto de disolución de muchos de los incendiarios, agresores al mobiliario urbano, saqueadores de comercio y dementes encarnizados que despedazaban el pavimento para tirarlo contra las fuerzas del orden.

El esquema se repitió día tras día. Por la mañana, los estudiantes compartían su estrellato en titulares y conversaciones desde un ridículo muy de la era Instagram. Los lemas, como «Mamá, no voy a clase porque estoy haciendo historia», eran superlativos cuando en realidad aquello, hablo durante esas horas hasta la tarde, era todo muy típico del

escultismo, con el añadido de creer hacer la revolución a partir de los *likes* del postureo, sin darle ningún tipo de contenido. El viento de la historia en ese intervalo era un festival de alegría muy inocente y banal, naíf como cierto inconsciente de algunos independentistas.

A media tarde, quizá un poco después, se convocaba una manifestación y transcurría por cauces normales cuando, casi en su conclusión, los alborotadores calentaban a la policía con lanzamientos y quema de contenedores u objetos. A partir de ese instante debutaba la noche, con episodios peligrosísimos por la improvisación, esa contradicción de atacar mientras te escapas quemando, con muchos coches calcinados y las llamas alcanzando las ventanas de algunos inmuebles; el hartazgo de los vecinos era bien visible, uno de ellos con el niño en brazos, desesperado mientras decía a los reporteros estar hasta las narices de uno y otro lado de la contienda por querer respirar en paz.

El momento vivido era muy intenso y, como siempre, con el paso del tiempo se vuelve impreciso. Hubo demasiados hitos visuales, algo inherente en la actualidad, y delitos con intención dolosa, como el lanzamiento de un artefacto pirotécnico contra un helicóptero.

A medida que avanzaban las jornadas, muchos se sorprendían por la sofisticación y resistencia, pese a lo dicho de esa tierra quemada, de los CDR, hasta cierto punto con aspecto de expertos, con tirachinas nada pueriles y métodos más elaborados, como si entre el Banc Expropiat y octubre de 2019 se hubiera producido un progreso pese a la localización de la lucha, más omitida a lo largo de esa semana por la acumulación de sucesos, con la violencia siempre *in crescendo*
.

Se habló de grupos antisistema provenientes del extranjero, y no tengo datos ni para afirmarlo ni para desmentirlo. El problema de querer diseccionar octubre de 2019 es hacerlo en abril de 2020; a veces creemos tener toda la información disponible por su cercanía, pero si algo he aprendido escribiendo este libro es ver que lo más frecuente es tener muchas piezas de peso cuando acaecen los hechos, pero que el puzle no se completa hasta tiempo después.

También hubo enfrentamientos en la zona alta entre adolescentes fascistas partidarios de una España antediluviana e independentistas catalanes a favor de una nación endogámica cada vez más reaccionaria. Eran como dos gotas de agua. Estas refriegas tuvieron su epicentro en Sarrià-Sant Gervasi, sin abundar tanto en otros distritos, salvo el omnipresente Eixample de esos cinco días de octubre, seis a lo sumo.

Con los CDR y asociados había otra paradoja, muy repetida durante la resaca de esa semana. Planificaban alguna acción, como bloquear un acceso de la estación de Sants. Hacerlo era viable y estúpido, pues había más salidas, lo que indicaba una no tan poderosa capacidad de convocatoria y una táctica cretina, si bien quizá el objetivo no era hacer nada punible, sino salir en los medios y dejar esa huella de Twitter, una ráfaga corta, sin mácula y muy eficaz.

Durante ese octubre existía otro factor añadido para dificultar la comprensión de los hechos barceloneses. Desde el lunes 14 de octubre, varias columnas de las otras provincias catalanas, Lleida, Girona y Tarragona, avanzaban hacia Barcelona. Los detractores de los separatistas temían lo peor y tengo vívida la alusión a la Marcha sobre Roma, de Benito Mussolini, en otro octubre, el de 1922, cuando los fascistas tomaron la capital italiana a pie en una maniobra orquestada, sin verdadera emoción. Pensar eso tenía hasta cierto sentido si

se tenía a los CDR como agitadores de los preparativos. Lo cierto es que para quien quiera fantasear con esto hay una foto de una de estas marchas entrando en Barcelona muy poderosa, el pueblo, compacto, pero bien, ya saben, en estas instantáneas históricas, tantas en los últimos años como para amnesiarnos, todo está en el ángulo de toma. La tarde del viernes, la manifestación en passeig de Gràcia de todas estas filas, hermanadas al fin con las de la Ciudad Condal, no alcanzó ni por asomo la cifra mágica del millón, comprobándose un corte neto entre los asistentes y los violentos, unos en la gran avenida del parque temático entre lemas y cánticos, otros a un centenar de metros, sin unirse jamás.

Plaça Urquinaona es un defecto de forma por precipitación. La urbanizaron en 1857, tras demoler los baluartes de Jonqueres y Sant Pere. Desde el aire es como un huevo frito, y desde la superficie no tiene nada de comunicación típica de estos espacios, hay bancos y una boca de metro. Casi nadie se para. Su extraña presencia también dio para contratar obreros durante el franquismo, ser un punto homosexual por sus lavabos subterráneos y erótico en un cine X. Quién sabe si todo este submundo también era consecuencia de esas múltiples entradas. Su ubicación y todas estas confluencias la hacen muy apetitosa si se plantea un hacinamiento de resistencia, y eso fue lo que sucedió durante la tardenoche del 18 de octubre de 2019, el clímax de la violencia a partir de la elección de Urquinaona, dieciocho mil metros cuadrados impecables para aguantar horas las intentonas policiales por despejar ese territorio. Cuando lo consiguieron, su suelo estaba arrasado y los aledaños eran un cementerio de mobiliario urbano. El fuego y la agresividad se derramaron como nunca antes en la década, con más virulencia desde lo visual.

Fue el fin de esa fiesta sin metas y mucha inercia, quizá aún más alentada por imaginar la manifestación del viernes como una concatenación de coincidencias hacia un improbable sábado de amanecer independentista. El grueso de la generación de más edad podía aceptar todas las *performances* por la causa, pero la vida da muchos golpes y ellos no querían darlos ni recibirlos. Los jóvenes, ni siquiera representativos de la mayoría en su franja de edad, actuaban sin referentes, a la buena de Dios hasta el cundimiento del desánimo. El sábado hubo incidentes en passeig de Gràcia, y la quema de contenedores en esa anchísima avenida evidenciaba la gratuidad del gesto, al no tener ningún valor defensivo o de combate.

Paragonar octubre de 2019 con la Semana Trágica es un mal chiste de y para analfabetos funcionales. La duración, su impacto mediático por ocurrir en Barcelona y una territorialidad muy restringida, aquí más vasta por l'Eixample, la emparentan con Can Vies y el Banc Expropiat en la forma, no así en el fondo, pues en el caso de los okupas el origen del conflicto surgía de la violencia turística, inmobiliaria y vecinal, haciéndose política por la intervención de las fuerzas del orden. Los desalojados de esos centros sociales de barrio tenían un programa en sus acciones, a diferencia de los CDR y demás grupúsculos de esas jornadas, los primeros con la independencia de Cataluña como escudo, un decálogo de hojas blancas para justificar cualquier despropósito en la vía pública o en sus mensajes en redes sociales, con lo real fragmentado en otro revestimiento más entre la fachada y lo visible.

Eran ínfimos, pero su rastro en el imaginario y el miedo hizo suspender con precipitación un derbi Barcelona-Real Madrid, a celebrar el 26 de octubre. El 18 de diciembre se fijó como nueva fecha, y los CDR fallaron por la escasa

repercusión de su llamamiento. Mucho ruido, pocas nueces, mucha destrucción del mobiliario urbano, una inquietante desmesura desde lo violento y una marginalidad numérica disimulada por las cámaras y la urgencia de un directo con flechas en muchas direcciones por aquello de la actualidad en veinticuatro horas y si te he visto no me acuerdo. Si dura más, es una tormenta perfecta, con poca relevancia en lo palpable. L'Eixample retomó su normalidad y los vecinos vieron con otros ojos cualquier atisbo de alboroto. Cosas del centro. En la Barceloneta, Gràcia y Sants continuarán los mismos problemas mientras no se eliminen sus causantes.

¿FUE VIOLENTO EL *PROCÉS*?

Me encanta que me hagas esa pregunta. No voy a reescribir lo esgrimido en otros ensayos y artículos sobre el proceso soberanista. Pese a ello, es adecuado surcar un poco su arco cronológico si queremos descifrar si fue violento.

Me tienta ponerle una fecha de inicio poco convencional, las siete de la mañana del viernes 27 de mayo de 2011, cuando los Mossos d'Esquadra desalojaron la acampada del 15M en plaça de Catalunya, con más de 120 heridos y unas cargas brutales.

La revuelta ciudadana, indignada desde el canon, de esa primavera en toda España era de carácter social, y en Cataluña el *govern* de Artur Mas había aprobado y puesto en práctica los recortes económicos más contundentes, con la tijera sobresaliendo en educación y sanidad.

Esa acción policial y la energía de ese mes propiciaron el segundo envite, el 15 de junio de 2011, en una de las entradas al Parc de la Ciutadella. Seiscientos indignados se

manifestaron con mucha agresividad para impedir el acceso de los diputados catalanes al Parlament. Artur Mas accedió en helicóptero a las inmediaciones, cariacontecido y sacudido por el viento mientras caminaba al pleno para discutir los presupuestos.

Desde ese día, la idea de transitar de *les retallades* , recortes, a las esteladas debió germinar en la mente del *president* , de pasado más bien contrario al independentismo, pero como decía esta historia empieza mucho antes. Quizá en los años sesenta con la forja pujolista de ciertas estructuras clientelares, mucho más recias y reforzadas durante los veintitrés años de Convergència i Unió en la Generalitat para transmitir y tejer un relato nacional ya con dejes populistas y hegemónicos, muy de consenso en las provincias más rurales, donde este par de trucos de Jordi Pujol tenían los aplausos garantizados por la amabilidad de la visita y salir en el informativo de la televisión pública catalana durante esa aparición casi mariana.

Hasta ese 2003, la política catalana y sus tendencias podían sintetizarse en el choque de dos nombres con suficiente impronta como para bautizar la época. El antónimo de Pujol era Pasqual Maragall y la idea de barcelonismo, con el área metropolitana como motor regional. Esta teorización de lo municipal, crucificada por su oponente, saltaba a un federalismo español y europeo.

La renuncia de Maragall, *president* de la Generalitat de 2003 a 2006 entre turbulencias con sus socios de *govern* , dejó a la izquierda huérfana de relato, no como el independentismo, ampliador del legado pujolista y muy ambicioso por formular modernidades tanto por su persistencia como por la puesta en escena performática, más agresiva desde julio de 2014, cuando Jordi Pujol confesó tener solo una herencia de su padre,

Florenci, en Andorra. Ahí, desde mi punto de vista, se rompe un pacto entre un catalanismo conservador de Barcelona, independentista pero no tanto, muy consciente del uso de la situación para quedarse en las poltronas, y el soberanismo rural, con raíces bastante profundas con la herencia carlista, mucho más extremista y en primera línea de fuego desde el fiasco de las elecciones de 2015, cuando supuestamente se obtuvo, algo desmentido por las propias urnas, una mayoría para iniciar el camino hacia la independencia mediante una coalición entre la vieja Convergència y Esquerra Republicana de Catalunya, apoyada por la Candidatura d'Unitat Popular (CUP), más transgresora en su imagen antisistema, aunque sin problemas para aprobar presupuestos de austeridad.

La CUP, en toda esta opereta de gritar consignas en manifestaciones radicales y dar la mano a sus enemigos hasta regalarles el poder, pidió como víctima sacrificial a Artur Mas, quien tras ser un mesías fracasado en las elecciones de 2012, con el peligroso eslogan «La voluntat d'un poble», renunció para aupar en su cargo a Carles Puigdemont, alcalde de Girona y vértice de un heterogéneo grupo de provincias entre los que figuraban Oriol Junqueras, Marta Rovira, Jordi Turull, Josep Rull y otros representantes de las formaciones independentistas, como Carme Forcadell.

La presidenta del Parlament durante la legislatura hacia la independencia se dio a conocer como presidenta de la Assemblea Nacional Catalana, asociación impulsora del movimiento junto a la Associació de Municipis per la Independència.

En julio de 2010, casi un millón de personas se manifestaron en passeig de Gràcia en contra de la sentencia recortadora del Estatut de Catalunya aprobado en referéndum en junio de 2006, con menos de un 50 % de participación. Esa

marcha marcó un antes y un después, elevado a las estrellas en la Diada de 2012, cuando las fuentes de TV3 dieron una participación de dos millones de personas. Fueron seiscientos mil, muchos, pero la foto del día era Artur Mas con las presidentas de las asociaciones, Forcadell y la malograda Muriel Casals, de Òmnium Cultural.

La imagen conducía a una alianza magistral, y en ningún momento del pueblo, sino manejada desde las alturas con hilos providenciales en la calle por la indudable capacidad de movilización de las asociaciones.

A lo largo de esta lectura de la década de 2010, en Barcelona hemos advertido una atomización de las formas de violencia, no solo desde lo físico y político, sino desde distintos conceptos más bien abstractos, y como el siglo es una batidora que despedaza sus períodos, el Código Penal no recoge muchos. Cuando se leyó la sentencia del *procés* recuerdo haber esgrimido en la tertulia de *24 Horas* de Radio Nacional mi reflexión sobre una violencia mental ejercida a rajatabla durante esos largos años, tan histéricos como yermos, porque si bien la independencia estaba en todas las bocas y muchos la veían en un mañana inmediato, nadie sabía cómo sería ese nuevo paraíso terrenal.

Para escribir esta clausura he debido tomar precauciones mentales, porque pese a no querer dejar aristas, el lenguaje es muy manipulable, y más desde las coordenadas de determinadas metodologías soberanistas, amantes de tergiversar y lanzar bulos, o *fake news* , como quieran. El independentismo fundó un código de lenguaje personal e intransferible, unánime en sus adeptos, ciegos a esas mentiras y con un ansia disparatada por no dejar un centímetro libre de la superficie, inmiscuyéndose con su credo hasta en marchas solemnes, como la emplazada en passeig de Gràcia el 27 de

agosto de 2017 para homenajear a los muertos de los atentados terroristas de la Rambla y Cambrils. Las banderas no podían quedarse en casa. Lucirlas en cualquier circunstancia era una consigna no escrita y acatada sin rechistar, casi una caricia por la naturalidad de la obediencia.

El discurso de la violencia mental es espinoso por inédito. No hubo delito de rebelión en la condena, y la sedición quedó como habíamos planificado todo, pero no quisimos prender la mecha porque nos interesaba más la orquestación y el montaje teatral, impoluto incluso en la declaración de independencia del 27 de octubre de 2017.

Dicho así, me quedo muy corto y conviene ser muy rigurosos. La violencia mental en este caso tiene una acumulación de ocupaciones. La primera es la de la calle y deriva, como todas las demás, en una propaganda desplegada desde muchos frentes, hasta empapar todo el aire con su ejecutoria, apoderándose no solo de los balcones, sino también de las charlas en los bares, las paredes y el ambiente. Una opción para escapar de toda esta invasión visual, y en cierto grado sonora, era desconectar. Una vez lo conversé con Javier Pérez Andújar, y en ese instante, enero de 2019, habíamos conseguido pulsar *off* , y sin embargo hasta entonces no había sido posible, un indicador indudable de lo abrasivo de ese período en lo relativo al espacio público, copado por lo independentista desde representaciones estéticas, otra vez la simbología, frases lapidarias y hasta la asunción de su carcasa de lenguaje, no era otra cosa, como marco para interpretar la realidad.

Como es comprensible, esta repercusión casi absoluta en la vía pública era consecuencia de una instancia mayor. Al fin y al cabo, propaganda significa propagar, y el término es eclesiástico, con la Contrarreforma llenando con ostentación y

oropel los templos católicos en sus capillas y altares, hasta colmarlos, sin huecos, barrocos y de un *horror vacui* respirable solo unos minutos, o a ratos si me apuran. Esto vale también para las calles barcelonesas durante el *procés* , con pintadas, enseñas, manifiestos, lazos amarillos en el pavimento y una desatención increíble de los servicios de limpieza. La pulcritud de antaño topaba con tanto muro de frases épicas, alcanzándose una estupidez propia del contagiado, con el lado opuesto, los mal llamados unionistas, tachando las insignias de los independentistas, pequeño retrato anónimo de cierta colectividad sin la palabra raciocinio en su diccionario.

Este *horror vacui* emergía de un altavoz poderoso y machacón. Pompeu Gener, un viejo bohemio de Barcelona, acuñó la expresión «Endavant endavant sense idea i sense plan», adelante adelante sin idea ni plan. Y eso fue el guion del *procés* , como si se mimetizara con la época desde una estructura narrativa con giros inesperados y entregas inagotables con el tiempo justo para mantener la atención sin decaerla, todo regado desde la emocionalidad y ese *tietisme* tan de la televisión pública catalana, Pilar Rahola sería su máximo exponente, devenida hegemónica en su programación monotemática.

Monotema y hegemonía. Me interesa la segunda. La calle era un muestrario de la sofocante estética independentista, y muchos eran los fieles, siempre estables en una cifra en torno a dos de los siete millones y medio. En una esquina de Gràcia hubo durante una temporada una tienda solo de productos independentistas, surrealista, con un escaparate acaparado por un muñeco sentado con rostro de gigante estreñido y la barretina de rigor. En el interior había ropita de bebé, calzado deportivo, manteles y lo (in)imaginable. Como con mis amigos íbamos a un bar justo enfrente, nos divertíamos con las

novedades, y algunos clientes nos miraban fatal, porque eran convencidos.

La calle no era unitaria, a diferencia del espacio, con poca expresión de rechazo durante el acelerón independentista encabezado por Carles Puigdemont. Los dos millones antes mencionados y la constancia en su empeño se explican a las mil maravillas en la serie *The Loudest Voice* , basada en la vida de Roger Ailes, fundador de FOX News y muy cabal en privilegiar un número fijo e inquebrantable de telespectadores para así desarrollar su ideario y ganar la batalla del relato público, sin ser sus posturas las mayoritarias.

Eso mismo ocurre en Cataluña con esos, disculpen la insistencia, dos millones. El concepto de hegemonía, según el político y filósofo italiano Antonio Gramsci, cuaja cuando un grupo o actor con unos intereses particulares es capaz de generar o encarar una idea universal que interpela y reúne no solo a la inmensa mayoría de su comunidad política, sino que además fija las condiciones sobre las cuales quienes quieran desafiarle deben hacerlo. No se trata, transcribo literalmente, solo de ejercer un poder político, sino además de hacerlo incluyendo algunas de las demandas y reivindicaciones de los sentimientos y sentidos de los grupos políticos subordinados, despojándolos de su capacidad de cuestionar el orden hegemónico, dirigido por un actor principal.

Una inmensa mayoría, sólida y muy bien versada en su contemporaneidad, con una lectura de Gramsci y una implantación a lo Ailes, pero una inmensa mayoría en apariencia apabullante.

El control de una minoría privilegiada frente a una mayoría subordinada —nunca debe desdeñarse lo económico en la configuración social de los partidarios de una u otra opción—

hace otro guiño a las directrices globales por ajustar los engranajes de la hegemonía para imponer un pensamiento único.

El siglo XXI ha conseguido el milagro de matar dos pájaros de un tiro mediante un asesino inmutable e irreconocible. El éxtasis de la propaganda publicitaria es genial por haberse introducido con tanta solvencia como para no ser discutido. Mercadotecnia es propaganda y en la actualidad propaganda es mercadotecnia desde el *marketing* , no solo político. La emocionalidad regía todos los designios, un valor seguro para cautivar a esos dos millones, compradores por deber de ese *merchandising* específico para cada evento performático, como bien plasmó el colombiano Carlos Granés en su ensayo *Salvajes de una nueva época* . Mucho podrían aportarnos desde este aspecto los comerciantes chinos de Barcelona, quienes durante octubre y noviembre de 2017, en el apogeo y la resaca de esa etapa cardíaca, cambiaban cada semana su oferta de banderas en función del runrún de la calle. A mediados de noviembre pusieron los ciervos de Navidad.

La ocupación de la calle asumía un segundo estado a través de ritos comunitarios, como siempre ha sucedido en la historia de Barcelona, si bien aquí el ritual era más sobrecogedor desde lo teatral y el caldo de cultivo permanente en las calles. La cita por excelencia de estas concentraciones de masas era la Diada, cada año sobredimensionada por la nueva *mise en scène* desde el éxito de 2012. En 2013 fue la vía catalana por la independencia, que atravesó todo el Principado con los participantes cogidos de la mano a imitación de la cadena báltica del 23 de agosto de 1989. En 2014, el 11 de septiembre fue el día de la V para unir, con la obsesión del mundo mirándolos, cuando este tipo de instantáneas se disuelven en lo internacional como un azucarillo, la Diagonal y la Gran Via.

La organización cifró el número de asistentes en un millón ochocientos mil, dato rebajado a la mitad por la Guardia Urbana. En 2015, como guiño simbólico a la periferia, se celebró en la Meridiana, la arteria de los márgenes condales.

La preponderancia en estas *performances* corrió a cargo de las asociaciones. Carme Forcadell y Muriel Casals eran sus rostros visibles. La futura presidenta del Parlament no se mordía la lengua, bien amparada por un cargo *a priori* extrapolítico, desmintiéndolo tanto sus actuaciones como su verborrea, bien documentada en hemerotecas. «*President, posi les urnes* » («Presidente, ponga las urnas»), dijo en la Diada de 2014, en referencia a la consulta —Artur Mas no se atrevió a llamarla referéndum— del 9 de noviembre de ese año, justo cinco lustros después de la caída del Muro de Berlín.

La Assemblea Nacional Catalana y Òmnium Cultural fueron durante todo el *procés* , sobre todo en su fase más virulenta, una especie de cuerpo anexo al *govern* desde la presión en las calles, y no solo en fechas muy señaladas. Llegaron a ser la tapadera perfecta para convocar cualquier tipo de protesta y monopolizar el entramado urbano, viga maestra de todo el edificio procesista e independentista, con lo mediático siempre presente, pues cada concentración suponía sacar músculo para reflejar la hegemonía. Hubo alguna anécdota esclarecedora, como la manifestación con velas del martes 17 de octubre de 2017, el mes más terrible de toda la década, para reclamar la liberación de los Jordis, Cuixart y Sànchez, respectivamente sucesores en Òmnium Cultural y la ANC de Joaquim Torra y Carme Forcadell. La cera, cosas de la *performance* , se derramó por l'avinguda Diagonal, y al día siguiente debió cortarse el tráfico por la mañana para evitar resbalones de los vehículos. Unos pocos condicionaban a todos los demás.

Cuixart y Sànchez fueron elegidos por los socios de sus entidades, se embebían con el vocablo «democracia» y no habían sido votados por nadie pese a ejercer una tensión cronificada, con una percepción distinta en el medio rural, sin urgencia de tanta escenificación por no ponerse en tela de juicio el relato dominante, y el urbano, imprescindible por centrar el foco hasta inundar Barcelona, asimismo acorralada con más saña desde mayo de 2015, cuando la pérdida del Ayuntamiento condal se vio como una usurpación.

Aquí se ponía sobre la mesa el debate entre dos Cataluñas. Una se aferraba a esencialismos, mientras la otra sucumbía sin remisión en muchos de sus pilares, empobreciéndose culturamente y con el debate cancelado, pero con una personalidad con suficientes hechuras como para reivindicarse diversa a esa feroz gota china, reavivándose durante el segundo lustro del siglo el barcelonismo en mucha ciudadanía desencantada con las intransigencias de la Generalitat y la Moncloa.

Esta discrepancia era despreciada como una evasiva a claudicar ante los autodesignados como pueblo, y por lo tanto, desde una visión casi crística del destino, imbuido con una especie de razón universal; en Barcelona esa renuencia a la buena nueva era un acicate extra para atosigarla para ver si recuperaba su cordura. Para una gran proporción de los habitantes de la capital, las homilías de los gerifaltes independentistas eran de una iglesia lejana, con un dogma demasiado infalible como para ser tomado en serio. La pugna era también lingüística, y recomiendo leer *LTI. La lengua del Tercer Reich,* de Victor Klemperer, para comprender cómo una mística antigua, muy trillada, se adentra en el inconsciente mientras difunde un nuevo léxico infiltrado hasta ser el paradigma en la cotidianidad.

Ada Colau no supo interpretar el clima imperante y fue muy cándida al leer la situación hasta pensar en convencer a los independentistas con gestos favorables sin sucumbir por completo a sus consignas. De este modo vislumbraba, quién sabe, un cierto traspaso de votos, quimérico si se atiende al sentimiento de pertenencia, y en ese charco se embarraba hasta desunir a su militancia y no arrebatar nada a esos dueños arrogantes y con tanta prepotencia como para soliviantarse como un niño en la trona. Los equidistantes, reacios a las posiciones de ambos bandos y desquiciados por ese infantilismo de venderlo como un duelo entre el bien y el mal, quedaban huérfanos de papeleta electoral, con el gris eliminado de la paleta para potenciar aún más la idea de enfrentamiento.

Un ejemplo clarividente, uno entre muchos, de este contexto es el mercado del Born, el decano de la ciudad en esa modernidad de hierro y cristal. Abandonado cuando se desplazó Mercabarna a la Zona Franca, fue solicitado desde las asociaciones vecinales para el barrio y convertido en Centre de Cultura i Memòria, desechándose un doble piso con una biblioteca en su parte superior y conservándose los restos arqueológicos en la inferior, para mayor gloria de su construcción narrativa, con origen en la derrota de 1714, aún más a amortizar por el tricentenario de los hechos y el encaje de bolillos por aquello de tener prisa, uno de los eslóganes favoritos del movimiento, con el ritmo anulando al pensamiento. Los vestigios devinieron un cuerpo para dimanar la génesis. El 9 de septiembre de 2013, Artur Mas lo inauguraba, y el larguísimo mástil con la señera era la prueba irrefutable de un santuario para esos mártires del pasado, engañado desde su tergiversación entre dirigentes e instituciones históricas más propias de la antología del

disparate. Los eventos del tricentenario fueron dirigidos por Toni Soler y Miquel Calçada, dos cómicos con mucho predicamento popular y soberanista, con el primero encumbrado como uno de los grandes productores de la televisión pública catalana. Su mérito para el cargo era su licenciatura en Historia.

El Born representaba la memoria de una Cataluña, y Barcelona en Comú lo quiso plural, con algunos de sus hombres fuertes, como Gerardo Pisarello, planteándose si no era más crucial para los catalanes del siglo XXI el año 1939 que 1714, con el gran éxodo republicano y la impiedad de los vencedores. Durante la segunda quincena de octubre de 2016, el remozado centro expositivo presentó la muestra *Franco, Victoria, República. Impunidad y espacio urbano* . La calumnia era la exhibición de una estatua de Franco en la explanada del Born junto a otra de la Victoria, ambas retiradas de la vía pública durante la democracia. El propósito del proyecto era denunciar cómo muchas representaciones franquistas habían sobrevivido demasiadas décadas sin ser molestadas ni cuestionadas. Desde el independentismo se tildó la exposición de provocadora hasta voltear su significado, vendiéndola como una aberración por recuperar la escultura ecuestre decapitada del dictador. Quizá el berrinche era por la espontaneidad con que esa izquierda de Barcelona recuperaba la pluralidad del espacio público sin dobleces y desde la objetividad, con esa siniestra figura a la vista de todos, revivida desde el almacén municipal. De lunes a viernes, cuando la retiraron, fue atacada con pintura, la engalanaron con una bandera gay y la tiraron al suelo en repetidas ocasiones mientras un vendaval de críticas a Barcelona en Comú anulaba el didactismo del interior para reflexionar en

torno a una materia nada amable y casi inédita en ese planteamiento para el gran público.

El independentismo olió Franco y tiró otra bomba. Todos sus explosivos adolecían de dinamita al estar hechos de otro compuesto. Cuando se invade así la calle, sofocándola, es muy difícil describirlo con exactitud. Hacerlo en el poco espacio dedicado a los acontecimientos es aún una misión más heroica; la mente se nubla de metáforas con ansia entendedora, pero remitir a un aire hirviendo o a una jaqueca sancionada por el martilleo soberanista es insuficiente, y no valía vivirlo durante un viaje turístico, no, pues esa carcoma en la madera germinaba por su empecinamiento enfermizo, corrosiva.

En lo concerniente a Barcelona, se denotó una metamorfosis tras el 27 de octubre de 2017. La frustración de muchos por no cruzar la meta, cuando según la propaganda estaban a las puertas, se manifestó en una belicosidad más categórica, con los CDR inmiscuyéndose en su rol de perturbadores de la normalidad pacifista durante algunas convocatorias. En otras, la acometividad realzada empequeñecía todo lo anterior, como en el segundo sábado de investidura de Ada Colau, derrotada por cuatro mil votos en las elecciones municipales de 2019, pero alcaldesa al sumar más regidores para asumir el cargo que el ganador en las urnas, Ernest Maragall, candidato de ERC.

Si en 2015 Sant Jaume se ornó de esperanza, en 2019 lo hacía con rabia de los concentrados y una tarde turbia, aterradora. Colau pasó del agasajo a la amenaza. El apoyo de los regidores de Manuel Valls le concedió el bastón municipal mientras la plaza era una gestualidad iracunda, pancartas bochornosas y una amalgama de insultos «elegantísimos» contra la alcaldesa. Lo más triste era la negación de las normas

democráticas, solo elogiadas cuando se acoplaban a sus intereses o reformuladas asimismo según conveniencia.

Esta violencia más o menos refinada había incrementado sus decibelios con relación a 2017. Ahora eran menos y más ruidosos, un poco el búnker, con muchos otros en posiciones más reservadas. Si la realidad es lo que vemos, se asemejaba bastante a las redes sociales. No se trata de cómo dialogues de un asunto, sino de cómo una serie de perfiles colapsan el sonido pese a ser una minucia del porcentaje de usuarios.

La época de políticos presos y prófugos de la justicia completó la ocupación de la calle mediante los lazos amarillos, y aquí lo colectivo se tornaba individual por colgarse el distintivo en la solapa, la mochila, las orejas, el cuello o donde hiciera falta con tal de portarlo. De las paredes se vertía la pintura a las personas, y quien no luciera esa insignia estaba fuera de la hegemonía, valiente por no ocultarlo y tachado con una cruz por su osadía. Bolardos, contenedores, asfalto, fachadas, obras, troncos de árboles o monumentos nacionales eran torpedeados con amarillo, otro grial más para la colección hasta ser usado en las balas de pintura contra el edificio de la Diputació de Barcelona en la Rambla de Catalunya, gobernada por el PSC mediante un pacto con los reinventores de CiU. Los independentistas querían simular ser rocosos, pero durante todo el *procés* las divisiones entre las formaciones en o por el *govern* eran una cantinela a emparedar con otros fuegos de artificio.

En la sentencia del Tribunal Supremo no se consideraba este período entre los octubres de 2017 a 2019. No hubo rebelión porque, si bien acaecieron indiscutibles episodios de violencia, estos no eran suficientes para declarar la independencia o derogar la Constitución. Según los magistrados, el objetivo de los condenados no era siquiera

conseguir la separación de Cataluña del resto del Estado, sino presionar al gobierno central para negociar una consulta legal, siendo la del primero de octubre de 2017 un señuelo, artificio engañoso para movilizar a unos ciudadanos ilusionados que creían votar durante ese domingo para posibilitar el nacimiento de una república catalana, algo imposible, como bien sabían los acusados.

Un ladrar y no morder, un mercadeo con trampa, una mascarada política de dimensiones alucinantes desde la farsa sazonada con épica, emocionalidad, intrigas, toboganes en la trama, subidones antológicos y la nada cuando se acaricia el hito. El desvelo de la pantomima no hizo mella en el coro: su fidelidad era diamantina. No se sentían estafados por la función porque, no podemos analizar las existencias previas al *procés* de tantas personas, la misma era parte integrante de su ser. La caja de resonancia era ensordecedora, y si antes silenció las corruptelas del 3 % y los recortes sociales ahora ni siquiera debía reconocer su treta, porque entre sus parroquianos primaba un agradecimiento por esa ficción utópica, tan fantástica como para hacerles creer ser protagonistas de la Historia, con hache mayúscula.

Quedan dos preguntas y una breve recapitulación. La sentencia sí menciona lo violento, y como la rebelión hubiera sido ejecutar los fines prometidos a los espectadores se alegó su incumplimiento, porque en realidad los actores habían apretado rodeándonos con música wagneriana de fondo, eso sí, sin querer despeñarse por un barranco. La sedición casi era haber comprendido la opereta y saber que no tenía los rudimentos para ir más allá, un fraude sí, pero con violencia, y la primera cuestión es de qué tipo era y si solo puede enmarcarse en el 20 de septiembre de 2017, cuando una multitud se arremolinó alrededor de la Conselleria d'Economia

de Rambla de Catalunya para impedir la acción de la Guardia Civil durante el marco de la Operación Anubis. Algunos agentes tardaron más de veinticuatro horas en poder salir del edificio; tres de sus automóviles acabaron abollados, con las ruedas pinchadas, repletos de pegatinas y pintadas a favor del referéndum.

Los registros y detenciones de esa mañana de miércoles en muchas *conselleries* del centro de Barcelona derivaban de la escalada de tensión por los preparativos del plebiscito ilegal, una vez decretada su celebración con la aprobación de un aparato legislativo a tal fin durante las escandalosas sesiones del 6 y el 7 de septiembre de 2017 en el Parlament, con la ley de transitoriedad jurídica y fundacional de la República. Ambas medidas, con parte de la oposición levantándose del hemiciclo, eran el penúltimo escollo antes de cerrar el telón. Combinándolas, con la Diada en la recámara, calentaban motores para el día D, el primero de octubre, y dejaban constancia escrita de su talante antidemocrático.

Ante lo apremiante de las circunstancias, la Assemblea Nacional Catalana y Òmnium Cultural hicieron un llamamiento para apoyar a los arrestados, congregándose unas cuarenta mil personas desde la mañana hasta medianoche, cuando fueron desconvocados por los Jordis, subidos encima de uno de los vehículos con destrozos pertenecientes a la Benemérita. Sus asociaciones catalizaron como siempre la indignación, controlándola hasta cierto punto. Esa fotografía de Cuixart y Sànchez sobre el techo de ese coche, muy solvente como icono *cool* y nada extremista desde lo estético, fue consecuencia de aprehender que la cosa se les había ido de las manos, y bien valían unas sonrisas y unas palabras conciliadoras, impulsadas desde un megáfono, para mandar a

los congregados a casa y mañana será otro día. Mantengan encendidos sus televisores.

Las entidades soberanistas eran versátiles en su funcionalidad. Si Forcadell había sido un testeo para ver si resultaba ese radicalismo, bien publicitado, con los Jordis su imagen era cordial, familiar y cercana. Sànchez podía ser más obtuso, pero era todo normalidad, mientras Cuixart encarnaba el carisma y una actitud más moderna; esa configuración de ambos, uno estándar para los mayores y otro falso transgresor con ademanes muy de la tierra, era invencible para captar lo intergeneracional y limpiar la conciencia de muchos por no ir con los políticos, sino con los Jordis, expresión afortunadísima, *marketing* de cuento de hadas.

El 22 de septiembre de 2017, la Fiscalía de la Audiencia Nacional presentó una denuncia por sedición por los hechos del miércoles en Rambla de Catalunya. Según su criterio, se alentaban movilizaciones generalizadas para imponer el referéndum independentista inconstitucional por la fuerza de la intimidación, haciendo saber al Estado su intención y capacidad para actuar, incluso violentamente, ante una eventual oposición. Durante el 20S, una «turba» agredió a *mossos* y guardias civiles, mientras otros manifestantes y miembros de la ANC tendían un cordón en la puerta de la *conselleria* para evitar que se llevaran a los detenidos.

La organización era muy cuidada, y cuando dos agentes quisieron salir a la calle a través del cine Coliseum, adyacente al edificio, no pudieron hacerlo por la fila de independentistas encargados de obstaculizarlos. Durante toda la jornada los voluntarios repartían comida. Más tarde se quiso justificar la concentración como espontánea. Lo era a medias, simplemente el aparato de las entidades estaba preparado para gestionar

situaciones de este tipo, sin preocuparse por si asistían miles de ciudadanos no tan imprevistos.

De ese 20 de septiembre tengo varios recuerdos. El físico era estar en un jardín al lado de la radio y escuchar, entre esa fantástica vegetación, las sirenas de la policía hacia la sede de la CUP, con altercados en sus inmediaciones. El mental es lingüístico y alguien deberá escribir esa historia de la década, desde las palabras y la repetición de mantras en redes sociales, donde el enfado entre los partidarios del referéndum era inconmensurable: solo repetían las consignas susurradas desde lo alto, sin nunca parar su emisión.

Por eso mismo, la violencia del 20 de septiembre me resulta más bien la consecuencia de toda la anterior, con esa completa ocupación de la calle entre simbologías y convocatorias masivas para tiranizar el espacio público desde el pueblo, concepto romántico muy trasnochado y opuesto a la ciudadanía en la antonimia entre unidad y pluralidad.

Esta ocupación de la calle alcanzó su paroxismo durante el referéndum ilegal del primero de octubre de 2017, porque las personas en colegios y aledaños pasaban a ser votantes de un solo dogma, pese a que algunos fueron a las urnas por acumulación de adrenalina contra el gobierno de Mariano Rajoy. La mayoría ausente no salía en la foto, excluida de la *dramatis personae* .

Tras ese día, aterrizaron en nuestras vidas unas semanas de inmensa tensión, con una reacción de los marginados de la pasarela independentista. Los partidos constitucionalistas, otra formulación muy imprecisa, se manifestaron un domingo con más afluencia de la prevista y los equidistantes llenaron la plaça de Sant Jaume con sus camisetas blancas. Hasta las

pintadas en los muros eran más diversas, eso sí, maniqueas, con el diálogo apocado en esa feria del exabrupto.

El 27 de octubre de 2017 resume lo venidero. La proclamación de independencia cogió a los incondicionales en la puerta del Parlament, con los demás habitantes de Barcelona en el trabajo o su domicilio, la televisión o la radio encendida, el silencio congelado de la tarde. Quietud por un miedo abstracto.

Ese fue el punto de no retorno; en su retrato ya se aprecian constantes del último trienio, con una minoría fanática, aquí no hablamos de dos millones ni de veinte mil personas, al menos en Barcelona, y una ciudadanía a favor o en contra, más acuciada por pagar las facturas y poder beber unas cervezas con los amigos, con los que se hablará del tema, sí, sin aspavientos, casi como quien habla del tiempo. La condensación de unos los hace muy ruidosos; por eso mismo la sensación es más temible, por su antagonismo con el resto.

Más que el acto violento en sí, resulta más esencial comprender la génesis del mismo, el proceso dentro del *procés* para copar cualquier esquina. La victoria de este formato responde a la segunda pregunta. ¿Se ha cronificado esa violencia mental? Conservar la intensidad de la ocupación del espacio público, mermada antes de la crisis sanitaria, depende de atizar sin pausa su fuego propagandístico. Quizá, de tanto usarla, la radio se ha estropeado un poco, con el contexto propulsado por otros vientos más distendidos desde la moción de censura de mayo de 2018 y el reemplazo de Mariano Rajoy por Pedro Sánchez.

Hubo una época donde ese atronador volumen destrozaba neuronas e impregnaba su gripe por la imposibilidad de pasear por calles sin banderas, informativos sin matracas o charlas

sueltas sobre eso en las terrazas, con un póster o un eslogan en la pared, o ambos, o muchos. Su triunfo es haberse interiorizado en nuestra normalidad. Puede haberse agazapado o rebajado la intensidad. No se ha ido, y hasta nos agrede con cinismo durante estos meses de muertes y desolación, enajenada de la realidad más trascendente.

Los métodos comunicativos de los independentistas habrán sido novedosos en su expresión performática. El profesor Josep Fontana era siempre muy claro cuando explicaba que pueden mutar los significantes de las palabras, no así sus significados. Las estrategias mediáticas y callejeras, conectadas sin interrupción, tienen concomitancias con la mayoría de los populismos de extrema derecha en el Viejo Mundo, si bien en Cataluña la guía de los once principios de la propaganda de Joseph Goebbels ha generado un conglomerado muy contemporáneo, hermanado con las tácticas ilusionistas de la campaña del Brexit y su retahíla de mentiras siderales radiadas hasta la saciedad en todos los frentes, eso sí, sin ganar las áreas metropolitanas.

Esos once principios de la propaganda tienen un origen prístino, y por eso advierto de no caer en la *reductio ad Hitlerum* , pues no banalizo a partir de la mención al nazismo porque no asocio a los independentistas con la dictadura alemana. Goebbels fue un precursor de la propaganda moderna, sentó sus cimientos, y mucho de lo visualizado en las mil pantallas de hoy en día desde lo comercial tiene su rúbrica, mucho más exquisita y porfiada si se aplica en política.

El primer principio es el de simplificación y del enemigo único: adoptar una idea única, un único símbolo. Individualizar al adversario en un único enemigo.

El segundo es el del método de contagio: reunir diversos adversarios en una sola categoría o individuo. Los adversarios han de constituirse en suma individualizada.

El tercero es el de transposición: cargar sobre el adversario los propios errores o defectos, respondiendo al ataque con el ataque. Si no puedes negar las malas noticias, inventa otras que las distraigan.

El cuarto es de exageración y desfiguración: convertir cualquier anécdota, por pequeña que sea, en amenaza grave.

El quinto es de vulgarización: toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa; además, tienen gran facilidad para olvidar.

El sexto es el de orquestación: la propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentarlas una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto. Sin fisuras ni dudas. Si una mentira se repite lo suficiente acaba por convertirse en verdad.

El séptimo es el de renovación: hay que emitir constantemente informaciones y argumentos nuevos a un ritmo tal que, cuando el adversario responda, el público ya esté en otra cosa. Las respuestas del adversario nunca han de poder contrarrestar el nivel creciente de acusaciones.

El octavo es el de verosimilitud: construir argumentos a partir de fuentes diversas, a través de los llamados globos sonda o de informaciones fragmentarias.

El noveno es el de silenciación: acallar las cuestiones sobre las que no se tienen argumentos y disimular las noticias que favorecen al adversario, también contraprogramando con la ayuda de medios de comunicación afines.

El décimo es el de transfusión: por regla general, la propaganda siempre opera a partir de un sustrato preexistente, ya sea una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales. Se trata de difundir argumentos que puedan arraigar en actitudes primitivas.

El undécimo y último es el de unanimidad: llegar a convencer a mucha gente de que piensa como todo el mundo, creando una falsa impresión de unanimidad.

Quizá podríamos habernos ahorrado todo el contexto de este último capítulo y transcribir los once puntos como síntesis del período. Tras hacerlo, los párrafos anteriores sobre el *procés* son como un rompecabezas a encajar en esas tablas de la ley hacia el conductismo de los hegemónicos. Esta violencia no es ni por asomo como la diseccionada en la parte criminal de este ensayo, tiene otra sustancia y si se quiere atenta hasta en la duración en el cerebro de lo acontecido, inoculándolos una cámara lenta para taladrarnos mejor.

Santa Maria de Palautordera-Barcelona,
octubre de 2019-mayo de 2021

Bibliografía

Bibliografía general

Autores Varios, *Tots els barris de Barcelona* (7 volúmenes), Barcelona, Edicions 62, 1976-1980.

Cabañas, Luis, *Biografía del Paralelo* , Barcelona, Memphis, 1945.

Corominas, Jordi, *Paràgrafs de Barcelona* , Barcelona, Àtic dels Llibres, 2019.

Fontana, Josep, *La fi de l'antic Règim i la industrialització (1787-1968)* , Barcelona, Edicions 62, 1998.

Huertas Claveria, Josep Maria, *Josep M. Huertas Claveria i els barris de Barcelona,* Barcelona, FAVB, 2013.

Kaplan, Temma, *Ciudad roja, período azul* , Barcelona, Península, 2003.

March, Enric H., *Barcelona: anatomia històrica d'una ciutat* , Barcelona, Viena, 2018.

Orwell, George, *Homenaje a Cataluña* , Madrid, Debolsillo, 2013.

Pla, Josep, *Barcelona: una discussió entranyable* , Barcelona, Labutxaca, 2015.

—, *El Quadern Gris* , Barcelona, Labutxaca, 2009.

Pons, Valentí, *Inventario General del Modernismo* , Barcelona, El Serbal, 2006.

Sagarra, Josep Maria de, *Vida privada,* Barcelona, Anagrama, 2019.

Termes, Josep, *De la Revolució de Setembre a la fi de la Guerra Civil (1868-1939),* Barcelona, Edicions 62, 1999.

V ÁZQUEZ M ONTALBÁN, Manuel, *Barcelones,* Barcelona, Empúries, 1987.

P RIMERA PARTE. L A VIOLENCIA POLÍTICA (1835-1939)

1. De la ciudad sitiada a la expansión hacia los márgenes (1835-1877)

A UTORES V ARIOS, *Cerdà y Barcelona. La primera metrópoli, 1853-1897* , Barcelona, MUHBA, 2010.

B AUDELAIRE, Charles*, Las flores del mal,* Madrid, Cátedra, 2011.

B EGG, Paul, *Jack lo squartatore,* Milán, UTET, 2006.

C ARMONA, Michel, *Haussmann,* París, Fayard, 1999.

F ONTANA, Josep, *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Cómo empezó este engaño,* Barcelona, Crítica, 2019.

G ARRIGASAIT, Raül, *Els estranys,* Barcelona, Edicions de 1984, 2017.

M ENDOZA, Eduardo, *La ciudad de los prodigios,* Barcelona, Seix Barral, 1986.

M ICHONEAU, Stéphanne, *Barcelone, mémoire et identité (1830-1930),* Rennes, PUR, 2003.

M IQUEL I P LANAS, Ramón, *El librero asesino de Barcelona,* Barcelona, Montesinos, 1991.

P I I A RIMÓN, Andrés Avelino, *Barcelona antigua y moderna,* Barcelona, Taller de Tomás Gorchs, 1854.

R OMEA C ASTRO, Celia, *Barcelona romántica y revolucionaria. Una imagen literaria de la ciudad (1833-1843),* Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2017.

2. La ciudad de las bombas: la Barcelona de la propaganda por el hecho (1884-1909)

Autores Varios, *La construcció de la gran Barcelona: l'obertura de la via Laietana, 1908-1936* , Barcelona, MUHBA, 2001.

Caballé Clos, Tomás, *La criminalidad en Barcelona. 21 procesos célebres de 1885 a 1908,* Barcelona, Ariel, 1945.

Dalmau, Antoni, *El cas Rull: viure del terror a la ciutat de les bombes (1901-1908),* Barcelona, Base, 2010.

—, *El procés de Montjuïc: Barcelona al final del segle xx* , Barcelona, Base, 2010.

García Jiménez, Salvador, *No matarás. Célebres verdugos españoles,* Barcelona, Melusina, 2010.

González Calleja, Eduardo, *El laboratorio del miedo: una historia general del terrorismo,* Barcelona, Crítica, 2012.

Oller, Narcís, *La febre d'or,* Barcelona, Labutxaca, 20102.

Rodríguez Bueno, Pedro, *La Barcelona de la dinamita, el plomo y el petróleo, 1884-1909,* Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

Sirera Riu, Joaquim, *La Barcelona rebelde: guía de una ciudad silenciada* , Barcelona, Octaedro, 2003.

3. Fuego y resaca: la Semana Trágica y el caso Enriqueta Martí (1909-1912)

Archer, William, *Vida, proceso y muerte de Francisco Ferrer Guardia,* Barcelona, Tusquets, 2010.

Autores Varios, *La revolución de Julio de 1909,* Granada, Comares, 2019.

B ENET, Josep, *Maragall i la Setmana Tràgica,* Barcelona, Edicions 62, 2010.

C ONNELLY U LLMAN, Joan, *La Semana Trágica,* Barcelona, Ediciones B, 2009.

C OROMINAS, Jordi, *Barcelona 1912: el caso Enriqueta Martí,* Madrid, Sílex, 2014.

G ARCÍA J IMÉNEZ, Salvador, *Vampirismo ibérico. Bebedores de sangre, sacamantecas y curanderos,* Barcelona, Melusina, 2011.

M ARAGALL, Joan, *La Setmana Tràgica: tres articles,* Barcelona, Fragmenta, 2009.

N ÚÑEZ DE P RADO, Guillermo, *La secuestradora de niños: una vida de crímenes,* Barcelona, Granada & Cía, 1912.

R UBÍ, Gemma, *Protesta, desobediencia y violencia subversiva. La Semana Trágica de julio de 1909 en Cataluña,* Barcelona, Universitat Autònoma, 2011.

T UCHMAN, Barbara W., *La torre del orgullo* , Barcelona, Península, 2020.

4. Los años del pistolerismo, cuando Barcelona se anticipó a Chicago (1917-1923)

A UTORES V ARIOS, *El Catalanisme davant del Feixisme, 1919-2018,* Girona, Gregal, 2018.

B ALCELLS, Albert, *El pistolerisme: Barcelona (1917-1923),* Barcelona, Pòrtic, 2009.

H UERTAS C LAVERIA, Josep Maria, *Salvador Seguí. El Noi del Sucre. Materiales para una biografía,* Barcelona, Laia, 1976.

M ENDOZA, Eduardo, *Los soldados de Cataluña (La verdad sobre el caso Savolta),* Barcelona, Seix Barral, 2015.

S OLER, Antonio, *Apóstoles y asesinos,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

T AIBO II, Paco Ignacio, *Que sean fuego las estrellas. Barcelona (1917-1923),* Barcelona, Crítica, 2016.

S EGUNDA PARTE. L A VIOLENCIA CRIMINAL (1929-1991)

5. Años accidentados para los márgenes: el crimen de Ricardito y la Barcelona homosexual (1929-1936)

A UTORES V ARIOS, *Contra Companys, 1936. La frustración nacionalista ante la Revolución,* Valencia, PUV, 2012.

B ELLMUNT, Domènec de, *La Barcelona pecadora,* Barcelona, Acontravent, 2009.

C ANDEL, Francisco, *Els altres catalans,* Barcelona, Edicions 62, 1964.

C OCTEAU, Jean, *Le livre blanche et autres textes,* París, Livre de Poche, 1999.

E ALHAM, Chris, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937,* Madrid, Alianza, 2005.

G ENET, Jean, *Journal du voleur,* París, Gallimard, 1982.

G IDE, André, *Corydon,* París, Gallimard, 1991.

G OYTISOLO, Juan, *Genet en el Raval,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

H UARD, Geoffroy, *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París, 1945-1975,* Madrid, Marcial Pons, 2012.

M ADRID, Francisco, *Sangre en Atarazanas,* Barcelona, Libros de Vanguardia, 2020.

P LANES, Josep Maria, *Nits de Barcelona,* Barcelona, Proa, 2001.

T AMAGNE, Florence, *Le crime du Palace,* París, Payot, 2017.

V ILLAR, Paco, *Historia y leyenda del Barrio Chino,* Barcelona, La Campana, 1996.

—, *La Criolla. La puerta dorada del Barrio Chino,* Barcelona, Comanegra, 2017.

6. Los años cuarenta, o cuando nadie mataba en la calle

A BELLA, Rafael, *Por el imperio hacia Dios: crónica de una posguerra, 1939-1955,* Barcelona, Planeta, 1978.

A UTORES V ARIOS, *Diario de la posguerra,* Barcelona, Anagrama, 1998.

—, *La invención de Carmen Broto,* Barcelona, Aurea, 2006.

E SPADA, Arcadi, *Samaranch, el deporte del poder,* Madrid, Espasa, 1999.

F ABRE, Jaume, *Els que es van quedar. 1939: Barcelona ciutat ocupada,* Montserrat, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003.

—, *Periodistes malgrat tot,* Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2017.

F ANÉS, Fèlix, *La vaga dels tramvies de 1951,* Barcelona, Laia, 1977.

G IL L LAMAS, Tomás, *Brigada Criminal,* Barcelona, Planeta, 1955.

M ARSÉ, Juan, *Si te dicen que caí,* Ciudad de México, Novaro, 1973.

—, *Un día volveré,* Madrid, Plaza y Janés, 1982.

P ÉREZ A NDÚJAR, Javier, *Catalanes todos,* Barcelona, Tusquets, 2015.

S PERATTI, Alberto, *El crimen de la calle Legalidad,* Barcelona, Martínez Roca, 1983.

7. Los crímenes extranjeros o la Modernidad entre hoteles y marines (1951-1962)

C ANDEL, Francisco, *Donde la ciudad cambia su nombre,* Barcelona, José Janés, 1957.

—, *Han matado a un hombre, han roto un paisaje,* Barcelona, José Janés, 1959.

M ALVIDO, Pau, *Nosotros los malditos,* Barcelona, Anagrama, 2004.

M ARSÉ, Juan, *Últimas tardes con Teresa,* Barcelona, Seix Barral, 1966.

N AZARIO, *La vida cotidiana del dibujante underground,* Barcelona, Anagrama, 2016.

P ECHARROMÁN, Julio Gil, *La estirpe del camaleón,* Madrid, Taurus, 2019.

P IEYRE M ANDIARGUES, André, *La marge,* París, Gallimard, 1967.

R EGÀS, Oriol, *Los años divinos,* Barcelona, Destino, 2010.

T HEROS, Xavier, *La Sisena Flota a Barcelona,* Barcelona, La Campana, 2010.

V ALL, Toni, *Bocaccio. Donde ocurría todo* , Barcelona, Destino, 2020.

V ILA- M ATAS, Enrique, *Impostura,* Barcelona, Anagrama, 1984.

8. LA DÉCADA BISAGRA: LOS SETENTA, ENTRE PSICÓPATAS Y POLÍTICA (1971-1979)

A NDREU, Marc, *Barri, veïns i democràcia: el moviment ciutadà i la reconstrucció de Barcelona (1968-1986),* Barcelona, L'Avenç, 2015.

C AÑADAS, Xavier, *El Caso Scala. Terrorismo de Estado y algo más,* Barcelona, Virus, 2008.

C ASALS, Xavier, *La transición española: el voto ignorado de las armas,* Barcelona, Pasado y Presente, 2016.

C ERCAS, Javier, *El impostor,* Barcelona, Random House, 2014.

C ERVETO, José Luis, *Autobiografía y diarios,* Barcelona, Tusquets, 1979.

H UERTAS C LAVERIA, Josep Maria, *Guia informal de la Barcelona dels anys setanta,* Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2013.

M ARTÍNEZ DE P ISÓN, Ignacio, *El día de mañana,* Barcelona, Seix Barral, 2011.

R IBAS, Pepe, *Los setenta a destajo. Ajoblanco,* Barcelona, RBA, 2007.

9. LOS AÑOS OCHENTA O EL EXTRAÑO PARÉNTESIS HACIA LA REFUNDACIÓN DE BARCELONA (1983-1991)

B ADIA, Jaume, *Pasqual Maragall, pensament i acció,* Barcelona, La Magrana, 2017.

C ASAVELLA, Francisco, *El día del Watusi,* Barcelona, Destino, 2009.

F ERNÁNDEZ G ONZÁLEZ, Miquel, *Matar al Chino,* Barcelona, Virus, 2014.

L ORÉS, Jaume, *La transició a Catalunya (1977-1984),* Barcelona, Empúries, 1985.

S CARNATO, Alessandro, *Barcelona supermodelo,* Barcelona, Comanegra, 2016.

V ÁZQUEZ M ONTALBÁN, Manuel, *Los mares del sur,* Barcelona, Planeta, 1979.

—, *El delantero centro fue asesinado al atardecer* , Barcelona, Planeta, 1988.

T ERCERA PARTE. L A CIUDAD REFUNDADA O EL PRESENTE (1993-2019)

10. MALETAS, RACISMO Y DESIGUALDADES SOCIALES: LOS NOVENTA Y EL 2000 O LOS CRÍMENES DE LA REFUNDACIÓN (1993-2009)

A UTORES V ARIOS, *Odio Barcelona,* Barcelona, Melusina, 2008.

—, *Matar en Barcelona,* Barcelona, Alpha Decay, 2010.

D ELGADO, Manel, *La ciudad mentirosa, fraude y miseria del modelo Barcelona,* Madrid, Libros de la Catarata, 2017.

E LLIS, Bret Easton, *American Psycho,* Barcelona, Random House, 2020.

E SPADA, Arcadi, *Contra Catalunya: una crónica,* Barcelona, Ariel, 2018.

G UILLAMÓN, Julià, *La ciutat interrompuda,* Barcelona, Anagrama, 2019.

N AVARRO, Mayka, *Desmontando el crimen perfecto,* Barcelona, Sinficción, 2019.

P ÉREZ A NDÚJAR, Javier, *Los príncipes valientes,* Barcelona, Tusquets, 2007.

—, *Paseos con mi madre,* Barcelona, Tusquets, 2013.

V ILA- M ATAS, Enrique, *Extraña forma de vida,* Barcelona, Anagrama, 1997.

11. POCO A POCO SE HACEN LAS COSAS: LA DÉCADA ACUMULATIVA (2010-2019)

M UÑOZ, Toni, *Solo tú me tendrás: celos, mentiras y muerte en el Crimen de la Guardia Urbana,* Barcelona, Península, 2019.

12. DE MICA EN MICA S'OMPLE LA PICA *: LA DÉCADA POLÍTICA (2010-2019)*

A MAT, Jordi, *La conjura de los irresponsables,* Anagrama, Barcelona, 2017.

A UTORES V ARIOS, *Nudo España,* Barcelona, Arpa, 2018.

C ANAL, Jordi, *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña,* Barcelona, Península, 2018.

C OROMINAS, Jordi, *Diario del Procés,* Madrid, Sílex, 2018.

G RACIA, Jordi, *Burgueses imperfectos,* Madrid, Fórcola, 2015.

M ARTÍNEZ, Guillem, *La gran ilusión,* Madrid, Debate, 2016.

M ELERO, Javier, *El encargo,* Barcelona, Ariel, 2019.

S ALVANS, Aleix, *Gestió del caos. Escenes de la contracultura a Catalunya, 1973-1992* , Barcelona, Angle, 2018.

V ILA, Santi, *De héroes y traidores,* Barcelona, Península, 2018.

H EMEROGRAFÍA

ABC (Madrid)

Ajoblanco (Barcelona)

Ara (Barcelona)

Avui (Barcelona)

Blanco y Negro (Madrid)

Caras y caretas (Buenos Aires)

Catalunya Plural (Barcelona)

Crónica Global (Barcelona)

¡Cu-Cut! (Barcelona)

Destino (Barcelona)

Diario de Córdoba (Córdoba)

Diario de Reus (Tarragona)

El Adelanto (Salamanca)

El Caso (Madrid)

El Confidencial (Madrid)

El Correo Catalán (Barcelona)

El Defensor de Córdoba (Córdoba)

El Día Gráfico (Barcelona)

El Diario (Madrid)

El Diario de Alicante (Alicante)

El Diluvio (Barcelona)

El Eco de Orihuela (Alicante)

El Heraldo de Madrid (Madrid)

El Imparcial (Madrid)

El Motín (Madrid)

El Mundo (Madrid)

El Noroeste (La Coruña)

El Noticiero Universal (Barcelona)

El País (Madrid)

El Periódico (Barcelona)

El Popular (Alicante)

El Pueblo Manchego (Ciudad Real)

El Radical (Zaragoza)

El Salmantino (Salamanca)

El Tiempo (Tarragona)

Gran Proyector (Barcelona)

Hispania (Barcelona)

Hispania (Madrid)

Interviú (Barcelona)

La Campana de Gràcia (Barcelona)

La Correspondencia de España (Madrid)

La Cruz (Tarragona)

La Hoja del Lunes (Barcelona)

La Humanitat (Barcelona)

La Ilustració Catalana (Barcelona)

La Independencia (Almería)

La Prensa (Tenerife)

La Publicidad (Barcelona)

La Razón (Madrid)

La Vanguardia (Barcelona)

La Veu de Catalunya (Barcelona)

La Voz de Menorca (Menorca)

Las Noticias (Barcelona)

L'Esquella de la Torratxa (Barcelona)

Metrópoli Abierta (Barcelona)

Mirador (Barcelona)

Mundo Gráfico (Madrid)

Oriflama (Barcelona)

Pla de Barcelona (Barcelona)

Quatre Cantons (Barcelona)

Revista de Letras (Barcelona)

Serra d'Or (Barcelona)

Solidaridad Nacional (Barcelona)

Solidaridad Obrera (Barcelona)

Tele/eXprés (Barcelona)

Triunfo (Valencia)

Tierra y Libertad (Barcelona)

Notas

1 . «En los periódicos se habla mucho de ajustes de cuentas, en Montmartre o en el barrio de la calle Fontaine, porque los disparos en la noche siempre tienen algo de emocionante.»

La ciudad violenta. Un paseo por la historia criminal y revolucionaria de Barcelona
Jordi Corominas
No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
© del diseño de la colección y de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Sr. García
© de la fotografía del autor, Ángel Guerrero
© Jordi Corominas Julián, 2021
Prólogo: Ignacio Martínez de Pisón, 2021
© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021
ISBN: 978-84-1100-016-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

La familia grande

Kouchner, Camille

9788411000215

208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta es la historia de una familia que amaba reunirse, comer, beber, reír, bailar y discutir. Que amaba el sol y el hedonismo de los días de verano. Este es el testimonio abrumador de una mujer que se atreve a revelar un secreto que guardó durante años. Un secreto que ahoga la memoria, que oprime, que anula el placer para siempre, que baila al ritmo del miedo y se alimenta de la vergüenza y de la culpa. La familia grande, que

se ha convertido en el fenómeno editorial del año y cuya publicación ha conmocionado a la sociedad francesa, no es un simple testimonio ni una venganza pública, es una obra magistral que reconstruye con una implacable precisión los mecanismos de dominación y pone en evidencia cómo la violencia sexual destruye toda certeza. La historia de esta familia es universal y manifiesta el poder de la escritura frente a la omertà y la ausencia de justicia. Es la historia de una liberación tardía y de una lucha por dejar atrás un mundo antiguo en el que reinan los depredadores.

Cómpralo y empieza a leer

Solo tú me tendrás

Muñoz, Toni

9788499427669

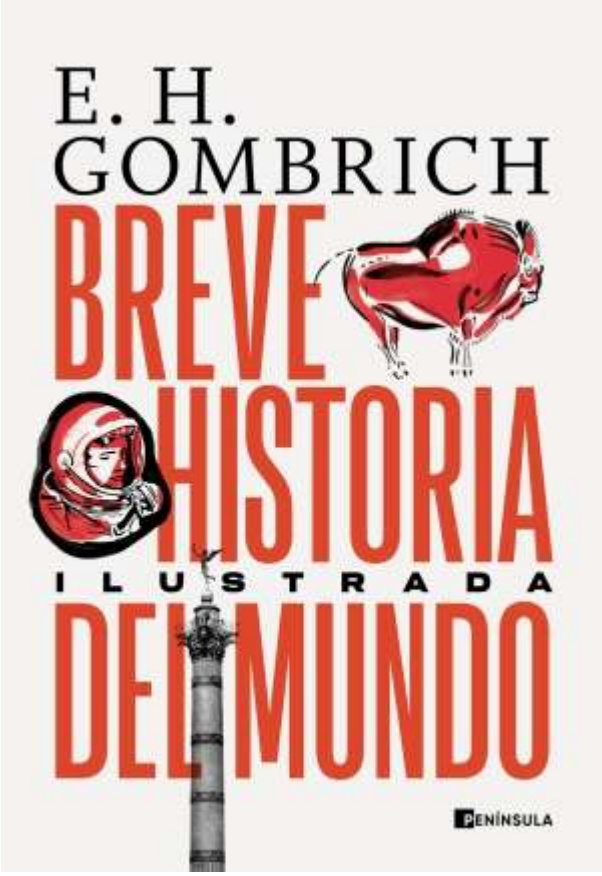
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En mayo de 2017, un cuerpo calcinado aparece junto al pantano de Foix, abandonado en el maletero de un coche al que han prendido fuego. Solo una prótesis de columna permite reconocer el cadáver: pertenece a Pedro Rodríguez, un agente de la Guardia Urbana de Barcelona suspendido de empleo y sueldo desde hacía meses tras propinarle una paliza a un motorista. Su vida, poco antes de la agresión, había dado un

vuelco: aca- baba de separarse de su mujer para iniciar una relación con otra agente de la Guardia Urbana, Rosa Peral. Llevaban juntos desde entonces. Pero Rosa, cuando le comunican la noticia, apenas se inmuta. De hecho, se refugia de inmediato en un antiguo novio, Albert López, miembro también del mismo cuerpo de seguridad. Y empieza a sugerir que quizá su exmarido, Rubén, agente de los Mossos d'Esquadra, tiene algo que ver con la muerte de Pedro. Lo que la investigación destapó a continuación —mentiras, encubrimientos, relaciones paralelas, episodios de violencia policial, pornovenganzas, manipulaciones y chapuceros intentos de desviar la atención— consternó a la opinión pública y dibujó como pieza central de esta tragedia a una mujer, Rosa Peral, que siempre lo quiso todo. Y que solía conseguirlo.

Cómpralo y empieza a leer



Breve historia del mundo. Edición ilustrada

Gombrich, Ernst H.

9788411000246

448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta Breve historia del mundo no es un manual al uso: es la historia de la humanidad, desde la edad de piedra hasta la era atómica, en un tono llano y accesible, sin los formalismos y las rigideces de los textos académicos, pero también sin el barniz de aparente pedagogía que da una voz de falsete a tantos libros juveniles. La perspectiva y el género elegidos por Gombrich

convierten su libro en el antecesor moderno de otros tratados, como El mundo de Sofía de Jostein Gaarder o Ética para Amador de Fernando Savater, que, tras su apariencia de texto dirigido a los jóvenes, tocan cuestiones de hondo calado en el campo de las humanidades. Una obra modernísima y de plena vigencia, de perspectiva amplia y profunda, de espectacular éxito en todo el mundo, que, por su optimismo, su amenidad y su sensibilidad, se lee como una novela. Esta edición, cuidadosamente elaborada y con ilustraciones espléndidas, ocupará un lugar importante en las estanterías familiares durante muchos años.

Cómpralo y empieza a leer

La verdad

Espada, Arcadi

9788411000239

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

“La verdad es un bien común y debe ser protegida”. La obra de Arcadi Espada puede entenderse como una batalla perpetua contra el relativismo y la posmodernidad en el campo del periodismo, de la fotografía, de la política y de la literatura. En un momento en el que ya no importa tanto el qué se dice como el quién lo dice, este libro es una reivindicación de la objetividad y de la razón. Un alegato contra todos aquellos que

mienten deliberadamente y utilizan la ficción como parche para tapar sus vergüenzas y vender realidades alternativas.

Cómpralo y empieza a leer

Moncloa

Bolaño, Toni

9788411000222

512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Mucho se ha escrito sobre Iván Redondo. Su irrupción en primera línea política española desata controversia. Tiene acérrimos defensores que lo han convertido en un referente y detractores irredentos que lo atacan. Sus planteamientos disruptivos rompían las costuras del establishment del sector. Sánchez confió en él. Y Redondo consiguió que este, como antes Basagoiti, Albiol y Monago, le declarase no ya experto o

“mano derecha”, si no su amigo personal. Bolaño, a través de centenares de entrevistas, desgrana su trayectoria política y vital para arrojar luz ante esta críptica figura.

Cómpralo y empieza a leer